

SCARLETT
O'CONNOR

Señoritas británicas 3

AMY





SCARLETT O'CONNOR

©Lune Noir, 2019

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

Imagen de portada: freepik; shutterstock.

La ignorancia lleva al miedo, el miedo lleva al odio y el odio lleva a la violencia.
Averroes

ÍNDICE

Preludio

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

Epílogo

Próximamente

Nuestro catálogo

Síguenos en las redes sociales

PRELUDIO

Nuevo estado de Kansas, Estados Unidos, 1854.

Dos ojos negros, ardientes como leños de sauce, escrutaron la noche. Se alzaron al cielo, en busca de una respuesta que era incapaz de hallar en su corazón. Mahpee fue clara, habían oficiado juntos una ceremonia de búsqueda de visión antes de esa misión, pues la anciana del clan Alce sabía que Hotah se encontraba dividido entre dos mundos.

Dos sangres, dos mitades; hasta que no comulgara con ellos iría errante por la vida. Esa batalla sería la que le brindara la respuesta definitiva. Hotah ansiaba no tener dudas; pero las mismas lo abrumaban por completo.

Levantaron los tipis, borraron el rastro, pintaron sus pieles con símbolos de protección y expusieron sus *wigrexe*, tatuajes de guerreros. Siempre al frente, la espalda jamás se le daba al enemigo. Avanzaron sigilosos sobre la tierra que los albergó por siglos, antes de la llegada del hombre blanco. Antes del arribo de aquella sangre europea que corría por las venas de Hotah en igual cantidad que la Iowa.

—No llega a ser un fuerte —dijo Akecheta, en chiwere, el dialecto de los Iowa—, apenas si son un par de rebeldes sin más motivación que el metal.

—Puede que así sea, de todos modos, no los subestimaremos. —Los dientes blancos de Akecheta brillaron en una mueca de desprecio ante las palabras de Hotah. No por su hermano de clan, ambos pertenecían a los búfalos, sino porque no creía que esos blancos fueran una real amenaza para un guerrero como él. Los tatuajes indicaban su jerarquía y la cantidad de hazañas acometidas; era temible e intimidante. Se alzaba como el mejor combatiente, y Hotah agradecía tenerlo a su lado. Al igual que a Kangee y Napayshni. Fueron los únicos dispuestos a ir al rescate de Canowicakte, el padre de Hotah y jefe del clan búfalo. Para el resto de la tribu, el hombre había forjado su destino al elegir la guerra del invasor.

No era la primera vez. Ya había elegido a una mujer blanca en el pasado, Cloe, la madre de Hotah, y su primogénito era, ni más ni menos, que un mestizo. Solo cuando la joven falleció, desposó una muchacha Iowa y engendró un hijo de pura sangre búfalo. Nadie quería su regreso, nadie deseaba volver a dividir el mando y cuestionar la sucesión. Para todos, cuando finalizara la temporada del Oso y regresara la del Búfalo, Chaska, el hermano de Hotah, debía tomar el mando.

Hotah también lo creía así. No deseaba liderar, se inclinaba más hacia el conocimiento ancestral de la medicina, las hierbas y los rituales. Pero al ser mestizo, ese espacio parecía ser más inalcanzable que el de jefe. Una vez más, la división que corría por sus venas se hizo evidente, y pudo saborear el gusto al humo de la pipa sagrada en su paladar. La respuesta la encontraría esa noche.

Rodearon la construcción. Los maderos toscos funcionaban de sostén para una estructura poco firme. El techo era bajo, por lo menos para los cuatro guerreros. Las fosas convertidas en calabozos apenas permitían a una persona estar sentada, y los hombres debían sacar a los reclusos de allí para implementar la tortura. Se divertían al hacerlo, y eso asqueaba a los Iowa. No era guerra, no había honor en la captura de Canowicakte, sino odio. Un profundo odio a todo aquel que no fueran ellos.

El territorio de la antigua Luisiana Francesa estaba a punto de ser escindido, y los nuevos

estados que lo compondrían peleaban por la esclavitud. Canowicakte había tomado partido por la abolición, no creía que ese asunto fuera solo cosa de blancos y negros, estaba convencido de que afectaría a la tribu. El costo de sus ideas fue la quita de la libertad y la tortura, un recordatorio poco amable de quiénes gobernaban ahora las llanuras. Hotah despreciaba su sangre blanca por eso, la asociaba a la expropiación, al desplazamiento, a la falta de honor; pero tampoco se sentía cómodo entre los Iowas, que lo observaban con recelo, a la espera de que esa parte de él mostrara su peor rostro. Era una amenaza para quienes amaba y debían amarlo.

Los hombres bebían, ajenos al inminente peligro. No eran capaces de escrutar la oscuridad, de oír a la noche, de percibir las presencias. No eran dignos de la llanura. Akecheta, Kangee, Napayshni y Hotah rodearon la construcción. Los caballos piafaron, Hotah los serenó con rítmicas caricias. Se hicieron señas, y alzaron las lanzas.

El grito de guerra resonó, los hombres blancos buscaron sus armas de fuego. Una lanza atravesó la mano de uno de ellos, antes de que los dedos alcanzaran su objetivo. Otro salió corriendo, Hotah sacó una flecha, la colocó en el arco y midió el viento, la carrera, la distancia. Las plantas hablaban si sabías escuchar, por ellas el viento susurraba. Disparó, el cobarde cayó al suelo.

No había más que siete hombres en total. Los que debían montar guardia, que bebían sin más, y tres que dormían. No tuvieron oportunidad ante los guerreros Iowa.

—Hotah —Kangee le lanzó un pesado manajo de llaves de hierro—, revisa los calabozos. El jefe Canowicakte tiene que estar aquí.

No lo dudaba, la información la había recabado Napayshni y jamás se equivocaba. Solo existía un problema, el tiempo que habían tardado en tomar la decisión con los jefes de los clanes.

Hotah sintió una brisa que le erizó la piel. El presagio, la voz de Mahpee, su destino. La anciana insistía en que él cerraba su corazón a las señales, y tuvo que darle la razón. Hallar a Canowicakte, para él, significaba el retorno a la tribu y el reclamo de su lugar de primogénito... lo que en cambio aguardaba por él era un designio contra el que era en vano batallar.

Tomó una antorcha que encendió en el fuego que ardía, calentando una preparación poco apetitosa. Descendió por los desiguales peldaños, hasta encontrar las puertas de madera. Abrió una, el nauseabundo olor lo azotó y tuvo que aspirar por la boca para contener las arcadas. Un hombre estaba tendido en el suelo. Un gruñido salvaje se escuchó a su lado, se giró y retrocedió. El sonido de cadenas se hizo oír. Acercó el fuego a la fiera, y divisó los colmillos de un perro desnutrido. Se aproximó utilizando la antorcha como repelente, hasta poder dar con la cadena y acortar la distancia de ataque del famélico animal. Por fin pudo hacerse con el cuerpo del calabozo.

La brisa danzó alrededor de él, alzando el putrefacto aroma de la derrota. Era Canowicakte sin vida. Cargó el cuerpo por las escaleras, tuvo que hacer el recorrido aún más inclinado para no golpear contra las enclenques vigas de madera. Los guerreros mantenían a los cautivos arrodillados; Akecheta había ido a por el que huía y que llevaba una flecha con las plumas decoradas de Hotah en su espalda. No estaba muerto, pero lo estaría.

—El jefe Canowicakte se ha ido —dijo, dejando el cuerpo de su padre con delicadeza en el suelo. Se veían las muestras de tortura, y el rostro no conservaba ni una pizca de paz. No había muerto en la serenidad de su tribu, ni con el honor de la batalla. El hombre blanco le había quitado ambas cosas, y por eso pagaría.

En esa ocasión, todos sintieron la brisa. Akecheta, Kangee y Napayshni fijaron sus ojos en Hotah, con respeto, dispuestos a aceptarlo como el nuevo jefe Búfalo. Lucharían a su lado, se enfrentarían a Chaska de ser necesario. Habían creído en Canowicakte, y él confiaba en su hijo, en

la mitad Iowa que Hotah tenía en su interior y que batallaba para permitirle prevalecer. Akecheta arrancó la flecha incrustada en la piel del blanco y extendió un cuchillo a Hotah para que cumpliera con el ritual. Debía arrancarle la cabellera y exponerla ante la tribu como muestra de su valor. Se ganaría un nuevo tatuaje, una nueva franja en el brazo que advirtiera a sus futuros enemigos a qué clase de guerrero se enfrentaban.

Hotah negó, y Akecheta insistió. Lucharon, cuerpo a cuerpo, chocando sus pechos. Su hermano de clan quería que tomara el arma, que cumpliera con el acto... quería que eligiera su parte Iowa.

Pero esa mitad estaba muerta. Su último vínculo era Canowicakte, y allí yacía, sin vida. La ceremonia de la visión jamás se equivocaba. Lo sucedido esa noche era el sendero, no el destino. Debía encontrar la señal que le indicara el camino.

—Llévenlo con los nuestros, tomen sus cabelleras, valientes guerreros. Chaska los honrará en esta era de búfalo...

Hotah sintió el mundo girar, el suelo moverse a sus pies. Solo debía interpretarlo... Solo debía saber oír lo que hasta el momento no quiso escuchar. ¿A dónde pertenecía si no era a la llanura?, ¿era la tierra su hogar, o lo era otro espíritu libre? Regresó al calabozo, para liberar al hambriento animal y, sobre todo, para no presenciar un ritual que ya no era suyo.

No era más un guerrero Iowa. El animal gruñía, sus fauces buscaban la otra puerta, olían por debajo en busca de comida. Hotah, antes de quitarle las cadenas, utilizó la llave de hierro para cerciorarse de qué se escondía en el otro calabozo. No venían en plan de rescate de todas las víctimas, sino de una... pero todo había cambiado. La puerta cedió, y de nuevo, un ramalazo de nauseabundo olor lo invadió. Pero no era aroma a muerte, se trataba de carne viva. Carne que hacía babear al perro. Alumbró con la antorcha hasta encontrar los restos de un hombre a quien no le quedaba demasiada humanidad. Lo arrastró fuera de la celda, y sintió los quejidos del animal, frustrado porque le quitaran a su presa.

—¿Quién es?, ¿un blanco? —preguntó Napayshni.

—Sí, uno con el que han alimentado al perro —especificó, asqueado. El can había probado la carne de ese hombre, una forma cruel de tortura para el humano y para el animal. Por esas cosas no podía más que renegar de su parte blanca. Su contrincante aún conservaba la cabellera, Akecheta se negaba a tomar el honor de un hombre no vencido por él, y Hotah se debatió en desoír al destino que le indicaba el camino del blanco.

—¿Está vivo?

—Apenas... —Dejó el cuerpo del preso en el suelo para inspeccionarlo. Le faltaban dedos de ambas manos y un ojo, sabía que los mismos no los hallaría en la celda sino en el estómago del perro. Lucía en su mejilla una marca de hierro ardiente, como las que tenían los esclavos y que indicaban su propietario.

—¿Qué harás?

—Marcharme... —Volvió a cargar el cuerpo inerte y se dirigió hacia los caballos. Los gritos de guerra lo alcanzaron, Hotah no podría decirle adiós a su padre, también eso le había sido robado. Acomodó al hombre en una de las monturas, atando sus muñecas y piernas en torno al lomo del animal, y avanzó por la noche, siguiendo las estrellas hasta el improvisado campamento. Debía recuperar su tipi, la pipa y las hierbas para emprender un nuevo viaje.

Una vez al resguardo de la luna, construyó una especie de trineo, llamado travois, para poder arrastrar el cuerpo sin que sufriera más daños. Dudaba de que el hombre consiguiera vivir, pero debía intentarlo. Algo le decía que esa era la señal que le indicaría el destino, que le marcaría el camino. Mahpee insistía en que debía escuchar con el espíritu, y esa noche lo

intentaría, no analizaría las señales con los sentidos humanos, esos que le indicaban que acarrearba un hombre blanco, un hombre que representaba lo que él odiaba, un hombre muerto. No... su otra parte le gritaba que debía salvarlo para salvarse.

Se detuvo un par de horas después, cerca de un arroyo de agua clara. Armó el tipi, utilizó su lanza para pescar y emprendió la tarea de sanar la carne de ese extraño. Enjuagó el cuerpo, le dio de beber primero agua limpia, luego una infusión con Shinxowe y Xanami, entre otras hierbas medicinales. Y quemó Haxoje, para purificar con su humo al paciente.

Tras repetir la tarea tres veces, consiguió que el hombre abriera su único ojo y lo fijara en él. Estaba adolorido, y apenas balbuceaba ininteligibles palabras en inglés. Hotah hablaba poco el idioma, hasta entonces se había relacionado con los blancos en francés y solo en el último tiempo con algo de inglés.

—*Qu'as-tu dit?*

Por fortuna, parecía entender el idioma, aunque la nebulosa mente era incapaz de elaborar una respuesta. Pasó una noche más antes de que pudiera intentar hacerlo hablar de nuevo.

—¿Cuál es tu nombre?

—Charles... Charles Miler. —Tras lo cual, regresó a la inconsciencia. Hotah comenzó a dejar atrás la convicción de espíritu; la tarea de mantenerlo con vida le resultaba más ardua cada día. La fiebre avanzaba, algunas heridas empeoraban. Había tenido que sellar la cuenca vacía del ojo, lo cual había llevado a Miller a una nueva jornada de doloroso letargo e incomprensibles palabras. Para empeorar las cosas, Hotah no tardó en darse cuenta de que los estaban rastreando. Y no eran los Iowa, no era su gente que iba en su búsqueda. De ser así, ya lo hubieran hallado. Eran los blancos. ¿Sería para darle caza a un errante amerindio culpable de la muerte de siete guardias?, ¿o era por aquel hombre moribundo llamado Charles?

Estaba casi seguro que era la segunda opción, y no conseguía quitarse de la boca el sabor amargo de una batalla perdida, de que luchaba por una vida que no estaba destinada a continuar. Necesitaba una nueva señal, saber al menos en qué dirección moverse. Solo lo hacía al ritmo del viento, y cambiaba con él, sin rumbo y a la deriva.

—Nos siguen los pasos, Charles Miler —dijo Hotah, mientras volvía a desparramar el empaste sobre las heridas de las manos y del rostro—, y creo que es a ti a quien buscan. Los hombres blancos suelen tener casas, tierras, propiedades. ¿No es eso lo que hacen aquí?, ¿no es para eso para lo que nos quitan el suelo?

—Seguro... lugar seguro.

—¿Y dónde está ese lugar seguro? —Charles iba a desmayarse una vez más, pero Hotah se lo impidió. Lo instó a beber un poco más de la infusión y a mantenerse lúcido por un par de segundos—. Debes decirme dónde se encuentra tu lugar seguro o morirás. Lo sabes, sabes que es a ti a quien buscan, y lo hacen para terminar de alimentar a los perros con tu carne. Así que, batalla con tu mente e indícame el camino...

Y entonces, de labios de ese hombre consiguió la respuesta que tanto ansiaba. Era tan clara, que rio al oírla.

—El oeste...

El camino del sol para los Iowa. Del este al oeste, de la vida a la muerte, el sendero de todos los hombres es el mismo, y Hotah siempre lo tuvo ante él. A veces, lo más evidente es lo más difícil de ver.

—Hacia el oeste... —Se puso de pie, dispuesto a cumplir con el designio. Debían borrar las huellas, confundir a los rastreadores. Debía poner su saber de guerrero Iowa a disposición del hombre blanco, comulgar sus dos mitades.

—California... Louis Grant... —fueron las últimas especificaciones de Miler. Allí encontrarían protección, y era en esas tierras del poniente donde Hotah estaba destinado a encontrar la unión entre su espíritu de búfalo y su sangre blanca.

Boston, Estados Unidos. 1859.

La suerte era una compañera que se permitía escoltar solo a unos pocos. Amy Brosman lo aprendió desde pequeña, la buena ventura no solía golpear las puertas de los orfanatos, menos una vestida con ropaje de nobleza.

El recuerdo del imponente marqués de Shropshire a las puertas del lugar era una imagen que quedaría por siempre grabada en la mente de la muchacha, y junto a ella, otra, el recuerdo de la dulce sonrisa de Lady Shropshire.

—Oh, mira tu precioso cabello... me recuerda al amanecer.

Desde que Amy tenía memoria, su cabello rojizo y su rostro manchado en pecas eran sinónimo de burlas. Las comparaciones no poseían gran creatividad, casi siempre recurrían al más básico vegetal: zanahoria. Si hasta le habían metido un conejo dentro de la cama para reírse de ella. ¡Niños tontos! Mal por ellos. Primero, carecían de conocimientos, podían recurrir a la calabaza, o atreverse a utilizar frutas de la misma tonalidad —que las había, inclusive, exóticas. Esas le fascinaban—, pero no, siempre zanahoria; segundo, ella se ingenió la manera de conservar al pequeño animalito como mascota, hecho que la consagró como líder en la reducida comunidad infantil del orfanato Bernard Hill.

Que alguien comparara sus cabellos con el amanecer, sin duda, no hallaba precedente en la vida de Amy Brosman, que conocía más de días grises que de sol.

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—Amy, señorita... —respondió ajena a las normas sociales de la nobleza.

Robert Platt, el rector de la institución, que se encontraba a un par de pasos de ella, carraspeó. De todos los niños del lugar, justo tuvieron que toparse con la pequeña y rebelde pelirroja que, como siempre, escapaba de sus actividades rutinarias para propiciarse las propias. Era un hueso duro de roer, y no era la carta de presentación que él hubiese decidido jugar en ese primer encuentro. La impresión inicial que el matrimonio del Marquesado de Shropshire se llevara, sería fundamental para el sostén financiero del abandonado asilo infantil. Sin más alternativa, tuvo que corregirla.

—Milady... —le dijo con los dientes apretados mientras la miraba de soslayo.

—No me llamo milady... ¡Me llamo Amy! —rebatió alzando el mentón sin pensar un solo instante en lo dicho. Su cerebritito inquieto y en estado de desarrollo reaccionó como si recibiese un nuevo apodo, porque a las burlas siempre le seguían los apodos. Estaba hasta la coronilla de ellos.

Las mejillas del hombre se tiñeron de un color similar al del cabello de la niña. Más tarde tomaría represalia contra la bravucona, pensó.

Lady Shropshire, contrario a ofenderse, rio. El marqués no dudó en seguir los pasos de su esposa, y con toda la libertad que su título y su género le permitió, dejó que una carcajada saliera de su boca.

Aprovechando el buen clima generado por tan incómodo momento, Platt la corrigió como debió de hacerlo en primera instancia.

—Debes dirigirte a la marquesa como «Milady». Me llamo, Amy... Milady.

La niña se regañó a sí misma en silencio. Platt estaba en lo cierto, ella tenía siempre la cabeza en cualquier lado. Bueno, en cualquier lado no, habían estado hablando de insectos en la clase del día anterior, y a ella le urgía trasladar a la práctica lo aprendido. Necesitaba verlos con sus propios ojos, por eso andaba por los alrededores del lugar sin autorización y en una hora que no debía. La hora en que todos se dedicaban a tareas de aseo.

—Lo siento, milady —dijo haciendo una reverencia mal coordinada que solo consiguió más risas por parte del marqués. No le agradó que se riera de ella, y como pudo lo contuvo. Al fin de cuentas, era un Lord. No podría lanzarle lodo como hacía con el resto de los niños.

Los ojos de Amy se hicieron pequeños, tanto que pareció una de esas niñas del otro continente, ese que tenía habitantes con ojos rasgados. La risa del marqués se detuvo, más adelante sabría que lo había hecho porque su esposa, con extrema delicadeza, le pellizcó el brazo para silenciarlo. En ese instante, por el contrario, solo pudo ver la expresión de la joven marquesa amable y calma, que se inclinó hacia ella y le murmuró al oído:

—Cuando estemos a solas, puedes llamarme Kathy...

Una sonrisa, una caricia en su mejilla, así comenzó su vida. Sí, ahí inició. Amy volvió a nacer el día en que —vaya a saber por qué extraña fuerza del destino— las oportunidades cubrieron su cielo gris como si fuese un hermoso arcoíris con título de nobleza.

Lord Shropshire se convirtió en el benefactor principal de Bernard Hill, al igual que lo hizo con otros tantos orfanatos en todo Londres. Las ideas del hombre pusieron de los pelos a la nobleza británica, el excéntrico Anthony Richmond —así lo llamaban, porque la excentricidad era comparable a la locura, y preocuparse por alguien más que uno mismo era una absoluta demencia— pretendía cambios a lo largo y a lo ancho del país, y esos cambios generaban un estilo de vida mejor para la clase más pobre del país a costa de la inversión de los que más tenían. En líneas generales, el común de la nobleza prefería invertir sus rentas anuales en fiestas ostentosas o en banalidades, y no en los necesitados. Nada provechoso obtenían de ello. La labor de Lord Shropshire fue ardua, paulatina y con buenos frutos. Exponer el asunto de salubridad social como un pilar fundamental para el crecimiento económico del país requirió de pensamientos abiertos y predisposición al cambio con beneficios a largo plazo. La educación también fue un tema esencial para el marqués y su esposa, el hecho de formar mentes para el futuro era un asunto de gran prioridad.

Amy se nutrió de cada pensamiento, de cada acción. Comprendió que, si uno ansiaba una transformación, tenía que luchar por ella, aunque todos estuviesen en contra. El Lord se convirtió en un ejemplo a seguir, y Lady Shropshire fue aquello que nunca creyó conseguir: afecto y calidez maternal; aunque la marquesa era mucho más que eso, y de ahí obtuvo Amy su fuerte dosis de inquebrantable tenacidad. En resumidas palabras, junto al matrimonio que le dio cobijo, bienestar y educación, aprendió que lo que poseemos o no, nuestro origen, no nos define, lo que lo hace es lo que hacemos con las situaciones de vida que nos han tocado. Lo que nos define son nuestras acciones, y Amy no se detendría jamás. Quería ser un agente de cambio, quería ser el arcoíris en el cielo gris de otros. Atesoraba las palabras del Lord como un recordatorio constante: *No solo hay estómagos hambrientos, también hay mentes necesitadas de alimento. En especial, las más pequeñas.* Eso fue una invitación para la muchacha de cabellos rojizos y mejillas con pecas. Una a la cual se aferró con uñas y dientes.

Sí, fue una privilegiada, recibió la mejor educación posible, y lo hizo por un bendito golpe de suerte; pero la suerte fue solo el primer escalón, el resto quedaba bajo su entera responsabilidad. Y esa responsabilidad le marcó un camino que desembocó al otro lado del mundo, en una tierra

ávida de cambios.... América, tierra de oportunidades, cuna de nacimiento de Horace Mann Stanley, el hombre que estaba decidido a romper con las estructuras de antaño en donde la educación era considerada un privilegio para unos pocos. Gracias a los contactos e influencia del marquesado, sumado a la formación escolar recibida en Inglaterra, Amy obtuvo una vacante en el programa de capacitación de educadores que le permitiría, en un futuro cercano, desarrollar tareas en las escuelas comunes —recientemente establecidas en Massachusetts, y en el resto de los estados aledaños—, bajo el título de «docente normal». Amy proyectaba aún más, tenía intenciones de ser una pionera de la educación común y universal en aquellos estados signados al olvido o adoctrinados a fuerza de pensamientos y costumbres arcaicas.

Se esforzaba a diario, literalmente se quemaba las pestañas estudiando —tal como le decía su compañera de habitación Clarise—, y no solo para convertirse en una mejor docente, sino también para nutrirse de la historia del país. Al este y al oeste, de norte a sur. Era indispensable para ella conocer la nueva tierra que habitaba, perfilar los posibles enemigos a enfrentar para adelantarse a ellos. Debía, quería y necesitaba saber todo.

Hacía ya más de medio año que estaba instalada en Boston, en el hogar de la Señora Saint Jordan, que se encargaba de dar alojamiento a jóvenes muchachitas. Allí se sentía a gusto, en especial porque gozaba de la compañía de Clarise, que equilibraba la balanza emocional de la soledad y le recordaba que existía otra realidad por fuera de las páginas de un libro. Ah, también tenía un beneficio extra, entre las dos podían armar un frente de defensa unido contra los despiadados y poco sutiles ataques casamenteros de la dueña de casa. La señora Saint Jordan concebía como única meta de vida el matrimonio, y no descansaría hasta conseguir un enlace correcto para las dos blancas palomillas que albergaba bajo su techo. Sí, así las llamaba. Por suerte, la mujer tenía sus costumbres, entre ellas, la que consideraba que la gente de bien y acomodada no debía levantarse temprano, esa triste suerte quedaba relegada a la clase trabajadora. ¡Dios los tenga en su gloria!

Los deberes impuestos como dama que Stephanie Saint Jordan proclamaba les daba aire a las muchachas, y las normas sociales —no tan rígidas como las británicas— se convirtieron en el abanico perfecto tras el cual ocultarse y disfrutar de conversaciones íntimas. Cada mañana, disfrutaban de un extenso desayuno en la cocina, junto a la señora Olivender quien, a pesar de su gran diferencia de edad, se sumaba a la conversación con su espíritu de doncella.

—¿Muchacha, me parece a mí o tienes más pecas que de costumbre? —La mujer puso los brazos en jarra a la cintura.

Grace Olivender evaluaba de manera cotidiana a Amy, la jovencita elevaba tanto la vara de sus expectativas académicas que ponía en riesgo su estado físico. Algunas mañanas eran notorias ojeras, otras, ojos exaltados, fuera de sí, como señal de no haberse detenido ni un minuto en toda la noche. En ocasiones, rastros de tinta le decoraban las mejillas, y eso solía ocurrir cuando caía rendida al sueño con pluma en mano.

—No lo sé, Grace, no suelo contarlas... pero sé que se reproducen cuando estoy bajo el sol. Tanto la señora Olivender como Clarise fingieron una carcajada.

—¿Qué? —les reclamó ante la actitud.

Clarise alzó la vista del zurcido que estaba realizando, no solía coser a esas horas del día, pero le estaba haciendo un favor a Grace al remendar el único vestido de su sobrina. Por lo visto, la muchachita tenía un evento comparable a una presentación social, sin lo ostentoso ni los extremos modales, claro está. Como fuese, si no quería terminar siendo una empleada doméstica soltera como su tía Olivender, debía de capturar el mejor partido dentro de sus posibilidades. Un

buen vestido le jugaría a favor junto a su belleza, juventud y curvas, algo que la señorita Clarise Eastwood estaba comprometida a lograr. Y contaba con los dones para conseguirlo. Dejaría ese vestido como nuevo, y le colocaría unos apliques de raso por aquí y unos pliegues de delicado encaje por allá. Pero lo haría en breve, de momento tenía que responder a la pregunta.

—Mira, analizando tu comportamiento nocturno de los últimos cuatro meses, he llegado a sospechar que esas pequeñas marcas rojizas en tu rostro no son pecas... —Las cejas de Grace se elevaron expectantes. Amy torció la boca en una mueca—, sino cicatrices diminutas provocadas por la llama de la vela.

La señora Olivender barajó tal escenario en su mente y asintió. Si hasta uno de los mechones de cabello de la muchacha estaba chamuscado producto del contacto con la llama. ¡A Dios gracias no había avanzado a mayores el suceso! Tras el incidente nocturno, Saint Jordan le prohibió el uso de velas a la señorita Brosman, y tal labor quedó a manos de Clarise. Por supuesto que la hermandad entre las muchachas echó por tierra la orden, era un secreto más compartido entre tantos otros.

—¡Ya calla, deja de decir tonterías! —afirmó Amy al ver la expresión de credulidad en la señora Olivender—. No le prestes atención, Grace. Está bromeando.

—¿Lo está?

Clarise rio, retomando el trabajo en el vestido.

—Sí, estoy bromeando —Grace resopló aliviada—, aunque podría no estarlo... pasas demasiadas horas a la luz de la vela.

—Tengo que hacerlo... —Se aferró a su taza de té. Estaba cansada, y los ojos le ardían. Había hallado uno de los ejemplares de «*The Common School Journal*», la revista educativa que abordaba las diferentes problemáticas actuales en torno a las desigualdades sociales, el adoctrinamiento sectario y la falta de auténtica formación docente. La revista había sido fundada y dirigida por el mismísimo Horace Mann, y para Amy era como tener entre sus manos las sagradas escrituras.

—No, no tienes que hacerlo, lo haces que es muy diferente. Los libros no van a darte lo que buscas. Te lo digo por experiencia —finalizó con gran convencimiento.

Si comparaban la calidad educativa de ambas, la señorita Clarise Eastwood perdía en la primera partida. A pesar de no contar con la educación casi de élite de Amy Brosman, su temple férreo y su deseo de independencia —algo para lo cual la sociedad no estaba preparada aún— le hicieron desarrollar una gran capacidad de análisis.

—¿A qué te refieres? —Nunca desestimaba las opiniones y sugerencias de su amiga.

Antes de responderle, exhibió el vestido remendado a Grace.

—Oh, muchacha, eres maravillosa... ¡Parece nuevo! —Las rasgaduras de la tela habían desaparecido, ocultas hacia dentro con una costura invisible y perfecta.

—Y eso no es todo, todavía no he terminado con él. ¡Ya verás!

—¡Te mereces otro pastelillo! —dijo colocando en su plato otro esponjoso manjar de limón y azúcar nevada.

—¡Has visto! A eso le llamo yo una cliente satisfecha —se vanaglorió frente a Amy.

—Coincido con Grace, eres maravillosa... —Su trabajo era impecable—, pero el hecho de que seas maravillosa no te excluye de la pregunta que te hice. ¿A qué experiencia te refieres?

—A que la práctica hace al maestro, Amy... Yo tuve dos opciones, sentarme y ver cómo otras hacían la labor de costura, o coger la aguja e hilo para aprender de la mejor manera... a prueba y error.

—¡Eso no es solo prueba y error! —Tampoco le entregaría todo el mérito a su discurso.

—Por supuesto que no, no soy necia, primero tuve que ver, oír... pero, eventualmente, tuve que decirles adiós a las clases para darle la bienvenida a mi propia experiencia. Tú tienes que hacer lo mismo, no encontrarás todo lo que buscas en libros y textos... en algún momento, tienes que trasladar eso a tu vida.

—Eso intento, Clarise, solo espero mi oportunidad... —La tenacidad con la que había atravesado el océano comenzaba a hacerse frágil. No lo confesaba, ni siquiera lo exteriorizaba en palabras, pero la realidad era que no hallaba el rumbo.

Clarise sonrió solo para contagiarle la sonrisa a su amiga. Y funcionó, Amy la imitó barriendo así el cansancio de su rostro.

—Prométeme algo... —Le solicitó Clarise a modo de confidencia—. Si la oportunidad no llega a ti, tú irás a por ella. ¿De acuerdo?

—De acuerdo...

Y esa promesa cobró sentido el día en que otra muchacha puso sus pies en el hogar Saint Jordan. Una integrante más para la secreta cofradía de jóvenes rebeldes que habitaban ese techo bajo la muda idea de independencia y logros personales. Otra muchacha que echaría profundas raíces en el corazón de la señorita británica de cabello rojizo. Nora Jolley, ese era su nombre, una coterránea que había atravesado el océano con un fin igual de importante y noble que el de ella.

La amistad surgió de inmediato, casi como resultado de una combustión espontánea. Las noches de ardua lectura de Amy fueron reemplazadas por inocente cotilleo y por estrategias de evasión a los intentos casamenteros de la dueña de casa. Con el paso de los meses, la historia que la señorita británica de diecisiete años cargaba en sus hombros fue compartida con sus amigas. Nora tenía un par de años viviendo en América con una meta en particular, hallar al hombre detrás de la editorial más consagrada del país, Miler & Miler. El motivo... bueno, el motivo les erizó la piel a las muchachas. Muerte, abusos, robo de identidad y título de nobleza. Jolley pretendía cobrar justicia por la muerte de su hermana a manos de un Lord británico, y la única manera de obtenerla era exponiendo la verdad que ésta había conseguido previo a su sospechosa muerte; una verdad le otorgaba el título de nobleza a el único y auténtico heredero del apellido, Charles Miler, el editor más controvertido del país. Controvertido y escurridizo. Hasta ese día...

Después de trabajar durante años en las oficinas de Miler & Miler en Nueva York y Boston, Nora, finalmente, obtenía un ascenso que la colocaría frente a frente al hombre que ansiaba encontrar. Pero no todo era color de rosa para ella, porque el camino que le permitiría llegar hasta él atravesaba el país, se encontraba en el extremo más lejano del oeste... California.

La verdad, los deseos y las emociones de Nora entraron en conflicto. Por supuesto que había información que se reservaba para sí, en especial, omitía mencionar los sentimientos que se habían generado hacia Charles Miler luego de varios meses de intercambio epistolar con él. Temía y sentía demasiado. Lo del sentir quedaría relegado hasta el día en que se hallara ante el hombre —si es que tal hecho llegaba a suceder—, en cuanto al temor, le temía a la sensación de volver a experimentar el dolor del desarraigo. Se estaba haciendo su lugar en Boston, y, además, por primera vez en la vida tenía amigas.

—Si voy, también las pierdo a ustedes —dejó escapar con las lágrimas aún inundando sus ojos. Viajar al pasado, recordar la muerte de su hermana, compartir el secreto que cargaba y enfrentarse al fantasma de la promesa aún no cumplida, le estrujaba el corazón. ¡Cielo santo, apenas recordaba cuándo había llorado por última vez!

Amy se arrojó sobre ella para envolverla con un abrazo. Clarise no tardó en sumarse a la afectuosa contención. En la realidad que les tocaba vivir, comprendían que solo se tenían las unas

a las otras. El temor de Nora era más que comprensible, todas lo sentían también en la piel. Pero el cariño era auténtico y puro, esa clase de afecto que colocaba sobre el tapete la verdadera esencia del vínculo, desde ese día en adelante, la distancia sería solo física, la amistad traspasaría estados, fronteras y océanos.

—Solo perderás a una de nosotras —dijo finalmente Clarise cuando las piezas del rompecabezas de las nuevas oportunidades se unieron—, a mí, que me quedaré a cumplir mi sueño de madre y dueña de boutique. —Sonrió con una mezcla de tristeza y felicidad combinada. Reconocía que su lugar se encontraba allí, que permanecería bajo el techo de Saint Jordan hasta toparse cara a cara con su «momento». Lo presentía, le pisaba los talones.

—¿Y a mí? —Amy estaba desconcertada. Tal vez el llanto y la congoja le taponaron los oídos. Se enjuagó las lágrimas a la espera de una explicación.

—Lamento ser la más lista de las tres —bromeó la señorita Eastwood para limpiar el aire viciado de confusión y tristeza—, es evidente que necesitarán mi consejo. Así que recuerden escribir con frecuencia, y tenerme al tanto de los líos en los que se ven envueltas.

—¿De qué hablas? —indagó Nora todavía sin poder desenredar el ovillo de pensamientos de su amiga.

Era fundamental ser directa con ellas, Jolley y Brosman eran dos mentes en extremo pensantes, demasiado para situaciones como esas. Daban vueltas, y vueltas sin más. Clarise era una jovencita de armas tomar. Pura acción. Se aclaró la garganta, y expuso la lógica de sus planes.

—Tú debes ir, la verdad y la justicia te invocan. Y además de eso, es un salto en tu carrera, analizarás manuscritos, decidirás qué corresponde ser publicado y te codearás con los intelectuales de este país. ¡No solo eso!, les dirás cómo hacer su maldito trabajo.

Imposible no echarse a reír a carcajadas. Clarise no solía utilizar insultos. Ninguna de ellas lo hacía.

—*Endemoniado* trabajo —la corrigió Nora valiéndose del estilo británico. Sin duda, los insultos del otro lado del continente poseían una sonoridad más armoniosa.

Antes de continuar, Clarise fue en busca de los ojos color miel de Amy. El intercambio de miradas entre ambas fue más que suficiente. Meses atrás, Amy le había hecho una promesa...

«Si la oportunidad no llega a ti, tú irás a por ella».

—Y Amy debe ir —continuó Clarise—, porque hace dos años que la escuchamos quejarse de que aquí las élites están arraigadas, que se resisten al cambio y al modelo educativo de Mann. Pues bien, señorita Brosman, es hora de llevar el pan al hambriento, el agua al sediento y la educación al privado. Y esa misión se encuentra en el oeste de este inmenso país.

Unas semanas, y un par de maletas después, su vida daba el primer paso a aquello que deseó desde siempre... ser el instrumento de cambio para otros. Presentía que allí lo conseguiría. La brisa caliente del desierto le golpeaba el rostro regalándole vestigios de lo que su vida sería. Una vida de trabajo, esfuerzo y dedicación.

Encontraba quietud de pensamiento al saberse acompañada, Nora estaba con ella, y aunque los caminos de ambas se separarían un par de millas una vez arribadas a la localidad de destino, estarían en continuo contacto. Atesoraría por siempre la experiencia de ese eterno viaje a través del país, y más adelante, cuando las dos ya estuviesen instaladas, disfrutarían de un té y rememorarían los cómicos episodios vividos junto a la señora Sullivan, la mujer que las acompañó como chaperona solo para satisfacer a Saint Jordan, quien, como buena cristiana no descansaría hasta saber que las muchachas que cobijó por tanto tiempo bajo sus alas estaban a salvo y en buenas manos. Como fuese, la mujer hizo que cada día y hora a su lado valieran la

pena; reirían por meses.

El calor comenzaba a perlarles la frente a las tres mujeres, la travesía se consagraba como eterna. Para suerte de ellas, el sofoco que sentían no eran más que el indicio de que estaban a pasos del lugar correcto. El cochero golpeó el techo del carruaje para ponerlas en aviso:

—¡Bienvenidas a Sacramento, señoritas!

Amy asomó el rostro por la ventanilla, Nora la imitó. Contemplaron el nuevo escenario que, en breve, las recibiría. El sol californiano les encendió las mejillas. La señorita Brosman maldijo para sus adentros.

¡Lo que le faltaba, más pecas!

Ese sol dejaría una huella en su piel, en su cabello... ¡Oh, sus mechones rojizos serían pura llama bajo esa luminosidad!

Aun así, sonrió, sonrió feliz. El perfume rústico y seco de California borraba los nebulosos recuerdos de una infancia lejana.

Tal vez siempre perteneció a esas tierras, sus verdaderos orígenes eran un gran enigma. Tal vez solo estaba arribando a casa. Tal vez...

Hizo a un lado las suposiciones para volver a sonreír. Ya lo descubriría.

El matrimonio Williams fue a su encuentro. La mujer, entrada en carnes y de mejillas rozagantes, la reconoció de inmediato. Amy no dudó ni por un instante que la misiva que llevaba la esposa del párroco especificaba el color zanahoria de su cabellera y, probablemente, lo menudo de su cuerpo.

—¡Señorita Brosman! —La mujer levantó la mano y movió los dedos, por más que la tenía a escasos pies de distancia.

—Señora Williams... señor...

—¡Oh, llámame Philomina! —El entusiasmo de la mujer era agotador y contagioso en partes iguales. Amy se encontró sonriendo. Se volvió hacia Nora y la señora Sullivan.

—Ellas son mis compañeras de viaje, la señora Sullivan y la señorita Jolley —las presentó.

El párroco, Norland, se disculpó en nombre de los Grant, diciendo algo respecto a que la bienvenida estaba en manos del bohemio Louis y eso era sinónimo de impuntualidad. La conversación intentó ser fluida, sin mucho éxito. La señora Sullivan no mostraba interés en ningún hombre casado, y las dos jóvenes viajeras estaban exhaustas. Philomina lo notó, y sin más, intervino.

—Vamos, vamos... el sol está en lo alto, y el calor se vuelve insoportable a estas horas. ¿Desean aguardar en el pórtico de casa? —invitó.

—Oh, no será necesario... —Amy adivinó que la negativa de Nora nacía de la impaciencia por conocer al fin al señor Miler—, esperaremos aquí a que mi empleador nos reciba. Es un hombre muy puntilloso, estoy segura de que no tardará.

—¿Louis, puntilloso? —Norland rio con un deje de cariño.

—Oh, no. Mi jefe es el señor Miler... —Por fortuna, el apasionamiento de Nora al hablar del editor impidió que se percatara de las cejas alzadas del matrimonio.

—Pues... en ese caso —Philomina regaló una sonrisa de mejillas llenas y dientes blancos aunque torcidos—, no las incomodaremos con nuestra insistencia. La invitación sigue en pie... para hoy o cualquier día. Nuestra casa está junto a la capilla, al final de esta calle, donde termina Sacramento. Imposible perderse —dijo en tono divertido—, cuando solo veas desierto, es que te has pasado.

Su marido rio de la ocurrencia, y sin dilataciones, ayudó a Amy a subir las maletas a una carreta destartalada, tirada por un manso y viejo caballo.

—Nos llevamos a su compañera. No saben lo felices que nos hace tener a una maestra para nuestros niños... —expresó el párroco. Se calzó el sombrero de ala ancha, su mujer se abanicó, y Amy saludó a sus compañeras de viaje antes de ascender a la parte trasera, tan lejos como pudo del caballo que la impresionaba demasiado. Se alejó con la mano en alta, efectuando un eterno saludo hasta que las perdió de vista.

—El señor Stanton permanece en San Francisco —comentó Philomina Williams, volteándose hacia ella. Hacía referencia al contacto de Horace Mann, que le brindaba la oportunidad de ejercer en tierras de California. Era un hombre de ideas abiertas y progresistas, interesado en elevar el lugar del Estado dentro del país—. Pero ha hablado maravillas de usted.

—Se lo agradezco, me hace mucha ilusión. Espero estar a la altura de las expectativas.

—¡Oh, sin duda, sin duda! Lo único que nos apena un poco es saber que... bueno, siendo mujer... —Amy simuló no entender lo que la señora Williams intentaba decir. Lo cierto era que lo había escuchado tantas veces que ya no le sorprendía en lo más mínimo.

—¿Sí?

—Que es un puesto temporal, ya sabe, hasta que encuentre un buen marido y tenga sus propios hijos para educar. Aquí hay muy buenos pretendientes —Codeó al párroco—, ¿el señor Rider, el boticario, no comentó tras el servicio su intención de casarse?

—En efecto, querida. Un buen hombre, trabajador y con intenciones de formar una familia.

—¡Los presentaremos luego del servicio dominical! De seguro encuentran mucho en común.

Amy solo sonreía de manera automática, si fue capaz de evadir a la señora St. Jordan, sin duda lo conseguiría con el matrimonio Williams. La conversación, gracias a la providencia divina, tocó fin al arribar a su nuevo hogar. La sonrisa de Amy mutó a una auténtica al ver la casa que le había sido asignada.

Pequeña, acogedora, con mil posibilidades para convertirla en su hogar. Quiso tener a Nora y Clarise a su lado para abrazarlas y chillar de felicidad. También a Lord y Lady Shropshire, para agradecerles inmensamente todo lo que hicieron por ella para que pudiera cumplir ese sueño. El matrimonio entró con ella, para mostrarle a grandes rasgos cada habitación y algunas particularidades, como el escalón algo flojo del pórtico o la falta de cortinas en la cocina.

—Hemos provisto la despensa de lo básico para que no debas correr a la tienda del señor Soler en busca de alimentos; esperamos que baste.

—¡Oh, señor y señora Williams! Es más de lo necesario. ¡Muchas gracias! —Tomó sus manos en muestra de afecto, y cuando Philomina la abrazó con tanta calidez, no pudo más que devolverle el gesto, aun cuando le resultaba ajeno a sus normas británicas.

—Una única advertencia... —dijo Norland Williams en tono serio, y Amy supo que lo que expresaría era de real importancia—, no te alejes por el otro lado de la plaza. Esa es la zona de perdición de este pueblo; el señor Ramírez es un hombre peligroso que vive del pecado. —Un eufemismo para referirse a un burdel.

—Lo tendré muy en cuenta. De nuevo, muchas gracias.

—Mañana, cuando hayas descansado, te enseñaremos el edificio destinado a la escuela. Es pequeño y requiere mejoras, pero sé que será un gran inicio.

Se saludaron con afecto, y una vez a solas, Amy giró en el centro del saloncito principal. Sacramento era más de lo que había esperado, era el inicio de una nueva vida, repleta de oportunidades.

Contar ovejas... ¿a quién se le había ocurrido tal cosa? No daba resultado, como tampoco respirar hondo, pensar en un prado o cerrar los ojos a fuerza de voluntad. El sueño le era esquivo, y su mente, siempre activa, no le daba respiro.

Bien, iba a admitirlo; el amor no te hace débil, sino fuerte. De modo que lo diría en voz alta:

—Los extraño, los extraño a todos... —Se sentía agradable en sus labios, no así en su pecho. No estaba vacío, claro que no. La distancia no aleja a las personas, las hace presentes de otra manera. Y esa manera era la presión en su esternón, el latido pesado de su corazón, la lágrima rebelde que se escapaba de la comisura de su ojo izquierdo.

Se incorporó en la cama. Se cubrió con la manta, pese al calor, y abrazó sus rodillas. Era la primera vez en mucho tiempo que estaba sola. De hecho, nunca lo había estado; aunque existían soledades y soledades. Sus años del orfanato era una clase de ausencia, la que uno siente cuando

está rodeado de gente. En esos instantes experimentaba la otra clase, la física, que te empuja al recuerdo de los seres queridos.

Lady Katherine y Lord Anthony; Nora y Clarise; hasta la señora St. Jordan o su chaperona de viaje, la señora Sullivan, eran bienvenidas.

—Debes ser agradecida, debes recordar todo lo que tienes... —se repitió como un rezo, y obtuvo un poco de calma.

Se encontraba donde debía estar, las pocas palabras con el matrimonio Williams se lo habían aseverado. No había otra escuela en varias millas, los niños de las familias adineradas de la zona se educaban con institutrices, mientras que los que menos tenían estaban sin alfabetizar. A edades muy tempranas comenzaban las labores en las minas, en los campos... los más afortunados, aprendían un oficio, como el de herrero. Ninguno de ellos conseguía las herramientas para forjarse un futuro más allá del dictaminado por sus orígenes. Si eras pobre, lo serías toda la vida. Si eras rico, también. Y allí estaba ella, para intentar cambiar eso con su pequeño aporte.

Para hacerlo, necesitaba dormir. Se puso de pie, dispuesta a prepararse un té. Tenía la costumbre británica de solucionar todos los males con esa infusión: un resfriado, té; un mal estomacal, té; insomnio... allí iba ella, en dirección a la cocina.

—¡Demonios! —maldijo, y se reprendió mentalmente por la palabrota. Su dedo pequeño había impactado con una pared. Aún no conocía la casa, y deambular en penumbras, su primera noche, no era la mejor de las ideas. Pero había olvidado la vela en el saloncito de ingreso. Avanzó a tientas, con las manos delante de ella, por el no tan extenso corredor.

Le gustaba la simpleza de su nuevo hogar, y las posibilidades que le brindaba de volverlo acogedor con sus propias manos. Tenía varias ideas en la cabeza, y pensar en ellas le ayudó a olvidar la nostalgia. Bordaría almohadones, cosería cortinas, tejería una manta para la cama — aun cuando el calor de esas noches parecía indicar que jamás sería necesaria—, armaría su propia huerta en la parcela de tierra que se extendía por la parte trasera...

Mientras ideaba y el entusiasmo inicial regresaba, prendió la cocina que se alimentaba de algunos leños y desechos, como hojas secas y ramitas que tan amablemente los Williams le habían dejado. También podía utilizar carbón, pero Amy no había averiguado aún el costo del mismo, y tenía que fuera un desperdicio. De momento, bastaría con un leño pequeño. Utilizó una de las cerillas que conservaba almacenadas con cuidado, pues eran muy peligrosas, y encendió el fuego. Colocó el cuenco para calentar agua y fue a por la vela, para prenderla e iluminar el espacio. La luna era llena, y en la cocina, que no poseía cortinas, se colaba con total libertad. La luz la ayudaría a calmarse, quizá incluso podría leer un poco. El silencio era absoluto, dando la idea de ser más tarde de lo que en realidad era. Sacramento distaba de Boston, no tenía tanta vida social, y la población era casi en su totalidad personas trabajadoras que comenzaban la jornada al alba. Regresó las cerillas a un lugar seguro, y se sentó a la mesa con la vista en la ventana a aguardar que el agua hirviera.

Sí, era cierto que extrañaba, pero en esos instantes en que fue capaz de racionalizar sus sentimientos, comprendió que esa vida que daba inicio en Sacramento era el cumplimiento de un sueño. Amy Brosman era una muchacha austera, que no era igual que ser pobre. No, y esa diferencia era algo que anhelaba enseñar. Una cosa era vivir con sencillez, y otra era vivir con carencias. Ella era afortunada, su existencia se asemejaba a la primera.

La sencillez y austeridad elevaban el espíritu, según varias corrientes filosóficas con las que coincidía. Había escuchado que los nativos decían que no se podía montar dos caballos al mismo tiempo, como ejemplo de la avaricia del hombre blanco. Amy estaba de acuerdo, preocuparse por cuidar más propiedades de las que tus ojos alcanzan a ver quita serenidad, y hace

que la mente se enfoque en eso y no en otros pensamientos. Por eso le agradaba esa casita, que tenía tan solo una habitación para dormir, una sala principal, una cocina y una parcela de tierra que podría labrar. De esa forma, su mente podía enfocarse en el estudio, en transmitir lo que sabía y en meditar e interiorizarse con sus lecturas.

Dispuso las hierbas en la tetera, y dejó caer el agua como un hilo. El reconfortante aroma la alcanzó, y bostezó. Sí, la forma británica de solucionar todo con té aún le funcionaba. Dejó el fuego encendido, apenas ardiendo y, así de pie, bebió el primer sorbo.

La luna la hipnotizaba, se veía grande, llena y muy baja... Casi como si pudiera alcanzarla con las manos. Los sonidos de la noche californiana le eran ajenos, no se sentían tantos grillos ni sapos, aunque sí algunas aves nocturnas. A lo lejos, una luz anaranjada captó su atención. No conseguía adivinar la distancia a la que se hallaba, podían ser un par de pies como una milla. Estaba intrigada.

Intentó descartar sus pensamientos. Rellenó la taza y, mientras seguía apoyada en el tablón de cocina, se trenzó los cabellos algo ondulados para que al día siguiente fueran más fáciles de peinar. Lo hizo de manera mecánica, con sus dedos danzando sobre los mechones, sin pensar en otra cosa que en las llamas lejanas. ¿Quién estaría despierto a esas horas? Otro sorbo, nuevas cavilaciones. Ató el cabello con un lazo de lienzo y tomó la vela para regresar a la cama.

Fue en vano. Ahora no la invadía la nostalgia, sino la curiosidad. ¡Maldita curiosidad! Sabía que era el alimento del saber, sin dudas, sin ganas de explorar, uno jamás aprendería. Pero... ¿no era riesgoso? ¡Estaban en el Oeste!, había escuchado infinidad de historias sobre esas salvajes tierras. Aunque... Hasta ahora nada indicaba que fueran tan malas. Los Williams eran muy civilizados, y los pocos vecinos que había conocido también. Sacramento era una población asentada, para nada como la había imaginado. Era prejuicioso asumir otra cosa, se dijo para darse ánimos. Ni siquiera había apagado la vela.

—Bien, solo unos pasos... No es que pienso deambular por el pueblo en camisón.

Sí, fue muy convincente consigo misma. Buscó el salto de cama, lo había guardado en un viejo armario, funcional a sus necesidades, y se rodeó con él. Era abrigado, óptimo para las noches bostonianas, o londinenses, no así para las californianas. Aun así, debía reconocer que las noches eran más frías, sobre todo en comparación a los días, producto del clima propio del desierto. Cuando el sol dejaba de arder, la temperatura descendía varios grados. Al menos no se brotaría en nombre del decoro. Calzó sus pies con unos escaarpines más propios de andar en casa que de salir a caminar por áridas tierras y abandonó su refugio con la vela entre los dedos.

No había brisa, la llama solo danzaba como consecuencia de su andar. Un paso, otro y otro. Su previa advertencia se desvaneció, y sí deambuló en camisón por el pueblo. Bueno... no por el pueblo, si no por las inmediaciones. No existían demasiadas construcciones hacia esa zona que se extendía por detrás de la iglesia y, por consiguiente, de su nuevo hogar.

Regresó la mirada solo para constatar cuánto se había alejado y maldecir su innata curiosidad. Se encogió de hombros por respuesta, ya era tarde; si no había conseguido dormir por sus pesares, menos lo haría con la mente imaginando fantásticos escenarios en torno a una luz lejana... una luz que pronto se convirtió en sonido.

Un rítmico sonido. La falta de brisa hacía que no se sintiera el olor a humo, ni tampoco el de tabaco. Por lo que solo cuando estuvo demasiado cerca pudo percibirlos. No le gustaba el tabaco, ni que los hombres fumarán y luego olieran de ese modo rancio, difícil de quitar de las prendas. Pero en aquel perfume había algo distinto, más intenso, quizás, aunque también más... natural. Al sentido del olfato, lo acompañó el oído, que pudo detectar el sonido con mayor precisión. Una voz ronca, profunda y gutural resonaba en un intermedio entre canción y rezo. Las palabras eran

ininteligibles para Amy, y no porque no pudiera oírlas, sino porque eran otra lengua. Una jamás escuchada por ella antes. Las llamas estaban al otro lado de una baja duna, con vegetación escasa pero alta. Le impedía ver más que el humo y el color ocre de una fogata.

Debía volver tras sus pasos. Sí, alejarse de allí y de esa voz hipnótica que parecía recitar un hechizo ancestral para atraerla. Debía tener miedo, aprensión o cautela. Algo de sentido común, al menos. Pero Amy no sentía más que un inmenso interés, uno que crecía más allá de toda razón.

¿Razón?, la última gota se evaporó en el instante en que Amy Brosman sopló la vela para no delatarse, y quedó enterrada junto a ella en el arenoso suelo californiano, pues la muchacha necesitaba de ambas manos para trepar la duna.

Solo cuando un relincho se oyó, una dosis de cautela regresó a su organismo. Temía a los caballos como a nada en el mundo; siendo que esos animales estaban por doquier, era ilógico que les tuviera miedo. Eran ellos los que habían tirado de un carruaje hasta esas tierras, eran ellos los que la habían trasladado del orfanato a la casa de Lord Richmond... Pero distinto era verlos en el tiraje que tenerlos cerca. Era incapaz de acariciarlos, de aproximarse y ver su inmenso cuerpo, imponente. Les parecían gigantes. Jamás había montado en su vida, y se decía que, si había alcanzado la edad de veinticuatro años así, bien podía abrazarse a la vejez sin tener que subir al lomo de un peligroso y letal animal.

Peligroso y letal... Clarise había intentado contener la risa cuando los definió de esa manera, por respeto a su aprensión, pero Amy había podido divisar el nacimiento de una sonrisa. Como fuera, los caballos eran temibles para ella, y al otro lado de la duna, junto a la melodiosa voz de hechicero, había relinchos.

Era brujería, ya no tenía dudas en su fabulosa mente, la única posibilidad —no había otra, la parte cerebral de maestra en su interior estaba dormida— era la magia. Porque en lugar de huir, trepó más, acercándose a los caballos. Asomó su cabeza por sobre la duna, y fue lo más lejos que pudo llegar.

No por miedo a los animales, sino por el hechicero. Los ojos miel de Amy se abrieron con desmesura, y contuvo el aliento tras una profunda bocanada que la inundó del aroma a tabaco y hierbas. Frente a ella... Él. Un Él magnífico, imponente. Un Él magnético que la mantenía anclada en el árido suelo, incapaz de moverse. Solo podía contemplarlo, embeberse y alimentar con su imagen una fantasía que creía incapaz de recrearse en su occidental y estructurada mente.

Frente a las llamas, arrodillado, un hombre recitaba. Tenía la mirada en el fuego... no, no en el fuego, en el humo que éste emanaba y que se hacía uno con el de la pipa que fumaba. A su alrededor, tres caballos. Estaban sin amarrar, sin montura, libres. Libres, pero tan hipnotizados por ese hechicero como la misma Amy. El hombre lucía la cabellera larga, por debajo de los hombros, con los mechones negros, lacios, trenzados en dos mitades y decorados con plumas. Sus largas piernas flexionadas se hallaban enfundadas en un pantalón claro, sobre el cual caía un paño, probablemente de cuero, que cubría la parte delantera y trasera. Tenía los pies descalzos, aunque junto a la tienda—tipi, recordó que se llamaba— se encontraban sus botas. Sin embargo, era la falta de camisa lo que más impresionaba a la joven británica. No solo porque era la primera vez que veía a un hombre sin esa prenda, sino por lo que el desnudo pecho revelaba.

El hechicero tenía en sus brazos varias franjas tatuadas; Amy supo que no se trataba de dibujos que se quitaran, estaban hechos con tinta bajo la piel. Las manos eran grandes, firmes, de dedos largos y esbeltos que rodeaban la pipa con una elegancia que jamás se vería en un salón londinense.

Mientras más apreciaba la cadencia de la voz, la gracia de los movimientos, el efecto que causaba, más se adentraba en una espiral fantasiosa en torno a la visión. Se mordió el labio

inferior, desde la comisura izquierda, para contener un suspiro impropio que la atormentaría luego. La figura del hombre recortado en las sombras anaranjadas la hizo alzar la cabeza un par de centímetros por encima de la duna, para observarlo mejor. No solo jamás había visto a otro ejemplar masculino sin camisa, sino que ese hechicero nada se aproximaba a las obras de arte griego o romano. Era más fornido, musculoso. Los pectorales se dividían en el medio, remarcando cada surco, cada relieve, para luego aplanarse en su vientre. Un vientre que no era liso, como había imaginado, ni tampoco sobresaliente como el de esos señores adeptos a los dulces y manjares. No... estaba dividido en perfectos cuadrados que se tensaban y movían con las aspiraciones, que danzaban al son del rezo y se perdían bajo la cinturilla del pantalón. Un pantalón que, a diferencia de los habituales, fijos en la cintura o sostenidos por tiradores, pendía de las estrechas caderas. Tan estrechas que a Amy le dio la impresión que los mismos caerían por su propio peso, desnudando...

La letanía se detuvo. El silencio la azotó, y sintió que caía de una nube para darse de bruces contra el árido suelo. Sus ojos se abrieron más aún, sus pupilas se dilataron y el ardor de la vergüenza nació en su pecho y creció hasta llegar a sus mejillas y orejas.

Dos iris negros, ardientes, la escrutaron. Amy se escondió tras la duna, e intentó serenar su respiración. No pudo hacerlo, el corazón le bombeaba desenfrenado, y sin el efecto del hechicero, los caballos relincharon molestos por la invasión.

Solo una cosa pudo hacer. Huir...

No frenó siquiera para recoger la vela, mucho menos su dignidad, que había quedado enterrada en la arenosa tierra del desierto. Corrió, lejos del hechicero. Volteó su cabeza tan solo una vez, para divisarlo sobre la duna, y se paralizó por unos segundos. Los separaban varios pies, su carrera la había alejado de él, pero gracias a la luna ambos eran visibles. Él, además, contaba con el brillo de la fogata a sus espaldas. Era temible y, aun así, no fue el temor lo que la invadió al observarlo. Al menos no un miedo hacia ese guerrero nativo con poderes sobrenaturales —así lo pensaría esa noche—, sino un espanto nacido de su interior, de la fascinación despertada en ella, tan ajena a su esencia, a su educación de maestra y mujer racional.

Se giró para alejarse más de él y del efecto que le provocaba. Sintió la mirada en su espalda durante todo el camino, y en lugar de sentirla amenazante, la percibió como una guía y una fuerza de protección. Al fin de cuentas, consiguió regresar por un sendero sin marcar, en una tierra nueva y ajena, sin ayuda de velas. Con la única iluminación de la luna y la dirección de esa mirada ardiente.

Una vez en su casa, cerró la puerta y apoyó la espalda en la madera. Ya no le alcanzaría el té para serenarse, debía obligarse a dormir o renunciar a la empresa. Lo descubriría una vez en la cama. Se quitó el salto de cama, los escaupines, y se cubrió hasta la cabeza.

No contó ovejas. No fue necesario. La letanía recitada con voz profunda se repetía en su mente, y contra todo pronóstico, la serenó. El rezo la acunó, y el cansancio venció en esa ocasión. El sueño la hizo prisionera, y en él, la imagen del hechicero se repitió sin cesar. Con la impronta del guerrero, su descanso fue reparador.

Jamás en su vida se sintió más segura que esa noche; y eso, junto a su piel erizada y a su corazón acelerado por la emoción, sería su profundo secreto, uno privado, personal, íntimo, que no podría compartir con nadie.

Con un par de días en Sacramento le fue suficiente para comprender que presentarse con la tarjeta personal del cambio no era una buena estrategia. La ignorancia era el arma de conquista de los poderosos, y un pueblo anclado en ella, cosechador, generación tras generación, de la misma, no era más que un pueblo moldeable, óptimo para los intereses de los que más tenían. Las extremas ambiciones de los ricos no se diferenciaban a lo largo del mapamundi, las mentes estrechas tampoco. En ese lado del océano, o al otro, era igual. Para desgracia o suerte de los habitantes de ese pequeño poblado californiano, la tenacidad de la señorita Brosman no menguaba, al contrario, hasta podía decirse que se potenciaba.

El espacio designado para la escuela no era lo que hubiese deseado, pero era el único espacio posible; una habitación amplia y anexa a la capilla que hasta su llegada fue utilizado como depósito de mobiliario en desuso. Un viejo altar, una docena de butacas de madera vencidas y agrietadas que se amontonaban y taburetes que solían utilizarse en las fiestas regionales. Ni mención hacer de la tierra acumulada, la nariz de Amy estaba al rojo vivo, producto de los estornudos constantes. Los ojos, bueno, sus ojos brillaban, como resultado de la irritación ante el polvillo. Una tela de araña por aquí, otra tela de araña por allá, nada del otro mundo...

Algo le rozó la falda, y se dio paso entre sus piernas hasta tocar la piel de sus tobillos, allí, en donde finalizaba el cuero de sus botines. Gritó como una niña. No, peor que una niña... gritó como si fuese un animal a punto de ser destripado. Lanzó al aire el paño con el que estaba limpiando y se subió a una de las banquetas tambaleantes. Sacudió todo su vestido con desesperación; lo que fuese que la había tocado, ya no estaba; podía ver cómo se escondía en torno a los cacharros olvidados en una esquina.

—¡Por todos los cielos, señorita Brosman! —Philomina Williams fue la primera en socorrerla—. ¿Qué le ha ocurrido?

Tras ella, se hizo presente Norland, su esposo. Y para su vergüenza, se le sumaron tres rostros masculinos más. Reconoció solo a dos, el joven mandadero de la despensa local, y el señor Murray, uno de sus vecinos más próximos quien se dedicaba a las tareas de carpintería. El tercero era una novedad. Un hombre en extremo elegante, con botas y ropas de la mejor calidad. Su barba suntuosa y las canas en su cabello, que sobresalían por debajo del sombrero, ponían en relieve las décadas vividas. Le sonrió desde la puerta, y la saludó moviendo el ala de su sombrero. ¡Muy inoportuno para una presentación formal!

Amy no era de espantarse, había vivido situaciones como esas de pequeña, no era la primera vez que se topaba con algún tipo de alimaña. En esa ocasión, la tomó desprevenida, solo eso. Tuvo que vestir su relato de un espanto justificado.

—¡Una rata... una gigantesca rata! —Utilizó las manos para brindar una medida más exacta. No lo logró, solo consiguió exagerar con el afán de no ganarse algún apodo a futuro.

—¿Dónde? —preguntó Norland escondiendo con el tono potente de su voz la risa de los otros espectadores.

Lo correcto hubiese sido bajarse de la banqueta para recuperar su orgullo que yacía en el suelo junto a el paño de limpieza. No lo hizo porque estaba convencida de que, de hacerlo, caería de cara contra el piso. La condenada madera que le brindaba refugio en lo alto se tambaleaba de

un lado a otro, un movimiento en falso, y se desplomaría ante la mirada de los presentes. Odiaba reconocerlo, pero necesitaba ayuda para bajar.

—¡Allí! —señaló la esquina en donde el animal se había escondido. Podía ver su pelaje gris, tan característico de esos roedores.

El señor Williams avanzó hasta el lugar indicado, movió un par de cacharros, corrió un par de tabloncillos roídos y dio con la alimaña.

—Pues está usted en lo cierto... —dijo volteándose a los hombres con una sonrisa pícaro—. ¡Es así de grande! —Imitó la medida indicada por Amy. Ella alzó el mentón impulsada por una tenue ventisca de dignidad. El hombre atravesó el hueco entre las maderas con su mano sin reparo para extraer al salvaje animal. Una vez capturado, lo elevó en lo alto—. ¡Tan grande como cualquier conejo del desierto! —finalizó estallando en risas. El señor Murray y el mandadero se echaron a reír con él. El elegante hombre desconocido y la señora Williams mantuvieron la compostura, no mostraron vestigio de burla. Philomina apretó los labios como signo de fastidio en contra de su esposo. Algo que no demoró en manifestar.

—¡Norland, ya fue suficiente! ¡Baja a ese animal!

—Sí, bájalo y entrégamelo, Betsy preparará un excelente estofado con él —convino el señor Murray. Hizo a un lado las risas decidido a apoderarse del animal.

—¡No! —reaccionó Amy, tambaleándose sobre la endeble madera.

El desconocido reaccionó como debía hacerse, avanzó con rapidez y, tras un par de zancadas, estuvo ante ella extendiendo la mano para socorrerla.

—Permítame asistirla, señorita Brosman. —Sabía su nombre. Amy se sonrojó.

Imposible negarse a tal gesto de amabilidad. Extendió su mano, y utilizando la fuerza del hombre como sostén, descendió sin accidentes.

—Gracias, ha sido muy cortés... —Dejó el final abierto para que el hombre lo completara. Ahora que lo veía de cerca confirmaba el estimativo de edad, de seguro rondaba los cincuenta y varios años.

—Grant... Benedict Grant a su servicio.

—Bueno, ya finalizada la presentación —interrumpió Joe Murray ansioso—, retomemos a lo importante, la pieza fundamental para el estofado de Betsy. —Estaba decidido a apropiarse del animal, que apenas se agitaba en las manos de Norland, el pobrecillo estaba inmóvil del terror. Podía ver como su pecho subía y bajaba frenético, víctima de la respiración desesperada. A Amy se le estrujó el corazón.

—Pues lamento decepcionarlo, señor Murray, pero si usted pretende cenar un estofado de conejo, va a tener que ir en busca del suyo... ¡Este me pertenece!

—¿Según quién? —La desafió, y el intercambio entre ambos pareció entretener al público presente.

La mente ágil de Amy encontró la respuesta perfecta. Sonrió victoriosa antes de tiempo, y su sonrisa fue compartida por Benedict Grant. Le quitó el conejo a Norland y lo acunó en sus brazos, barriendo por completo la imagen de muchachita asustada de minutos atrás.

—Señor Williams, usted me ha dicho que todo lo que se encontraba bajo este techo podía ser para mi uso o desuso, ¿verdad?

—Así es... desde su llegada este espacio pertenece a la escuela.

—Perfecto, entonces todo lo que se encuentra aquí es propiedad de la escuela... y eso incluye a este conejo.

—¡Tonterías! —bufó Murray.

—No suena a tontería para mí. —Philomina avaló lo expresado por la maestra.

Joe buscó apoyo en los hombres con la mirada. No lo encontró. Ni siquiera Billy, el joven mandadero, coincidió con él.

—La señorita Brosman ha expresado un muy buen punto Murray —convino el señor Grant.

Como todo hombre, detestaba perder ante una mujer. Masculló por lo bajo, apretó los dientes.

—¡Al diablo con el animal! ¡Quédeselo... solo aléjelo de su cabello para no confundirlo! —dijo sacudiendo la mano al aire dispuesto a marcharse. Con eso sí obtuvo una risa por parte de Billy, y se sintió satisfecho.

¡Oh, burlarse de su cabello, la broma menos imaginada de todas!, pensó Amy revoleando los ojos dentro de sus cuencas.

Antes de que el hombre abandonara el lugar, se dirigió a él mencionando lo único que consideraba importante:

—Señor Murray, recuérdale a Betsy que en unos días la escuela estará abierta, espero con ansias a Noah y a Owen...

—Sí, sí... —repitió como un autómatas sin voltearse. El par de mellizos era un quebradero de cabeza para el matrimonio, especialistas en escapadas y travesuras, cualquier cosa era preferible antes que tolerarlos en el hogar, inclusive la alfabetización.

En cuanto el hombre se fue, Amy liberó al conejo, y este, en vez de correr fuera del recinto, volvió a refugiarse tras los tablones roídos de madera.

—Creo que el animalillo ha tomado muy en serio sus palabras, señorita Brosman —rio Benedict Grant quitándose el sombrero.

—Que así sea, yo no desisto con nadie, señor Grant... encontraré la manera de que aprenda el abecedario.

Grant se quebró en una ruidosa carcajada.

—¡Vaya que sí es tenaz! —comentó buscando correspondencia con los Williams.

—Ya se lo he dicho, señor Grant —Philomina estaba feliz de la nueva adquisición del pueblo—, la señorita Brosman es justo lo que Sacramento necesita. Y ella, sin duda lo necesita a usted... —La mujer le obsequió a Amy una mirada cómplice de soslayo que no comprendió en lo absoluto.

El ceño fruncido de la muchachita expuso la estupefacción ante todos.

Norland interrumpió las suposiciones de Amy.

—¡Cielos, Billy, muchacho... no te quedes ahí parado, ve a por el encargo que te he pedido!

Billy estaba por demás entretenido, tenía intenciones de oír la conversación para cotillear en la cantina. Cualquier información sobre la nueva maestra del pueblo, la «señorita británica», era bien recibida y alcanzaba el valor de un trago gratis.

—Lo siento, señor Williams, he olvidado lo que me ha pedido...

—Jovencito cabezotas, ven... —Fue una reprimenda afectuosa, conocía al crío desde nacido, y a pesar de tener quince años, lo trataba como a un niño. Lo tomó por los hombros decidido a abandonar el lugar con él—, te lo escribiré en papel para que se lo entregues en mano al señor Soler. No quiero que se confunda de nuevo mi pedido, ¿oíste?

—Sí, señor Williams...

En ese nuevo secretismo de a tres, se retomó la conversación postergada.

—Amy, querida... —Philomina se acercó a ella, casi para hablar en complicidad—, aquí, el señor Grant, en nombre de toda su familia, se ha acercado para obrar como benefactor de este nuevo lugar.

Las pestañas de Amy se agitaron ansiosas.

—¿Benefactor?

—Nómbrelo como usted prefiera, señorita Brosman, solo estoy aquí para ponerme a su disposición y abastecer este espacio con lo que requiera.

Desestimar ese tipo de ayuda sería un completo absurdo. Bastaba con ver a su alrededor, maderas rotas, polvillo... hasta un conejo temeroso.

—Oh, señor Grant, su ayuda es una bocanada de aire fresco —Dados los calores intensos de ese mediodía, esa comparación era la más adecuada—, con lo que pueda colaborar es más que suficiente.

—¿Con lo que pueda? —Philomina resopló jocosa, conocía a los Grant desde sus primeros años en California. Murmuró en su oído—. Muchachita, ¿recuerdas la historia de la familia del oro, viñedos y demás...?

—Sí —respondió en un susurro sin proponérselo. Al instante, sintió el codo de la señora Williams golpear su vientre.

Rememoró la historia, aquella que colocaba a una familia en particular como a la más poderosa de la región. Poseían gran parte del territorio al norte de Sacramento, y las relaciones y negocios se extendían a lo largo de todo el estado.

—Oh, Benedict Grant —repitió para sí al recordar—. ¿De los Grant de California? ¿Esos Grant?

—El mismo que calza y viste. Y aquí la señora Williams está en lo cierto con su expresión, no se trata de lo que pueda brindarle, sino de lo que usted necesita... demande, señorita, no siempre se tiene el privilegio de contar con una docente tan comprometida con usted.

—Es una oferta terriblemente generosa, señor Grant. No sé si puedo aceptarla.

—Pues tiene que aceptarla, créame... por el bien de los niños. Ofrecerles un espacio óptimo va a ser fundamental para usted, de lo contrario... —No quería ser un aguafiestas, para el hombre la educación era indispensable. Él había carecido de ella durante gran parte de su vida, solo cuando la suerte los encontró, años atrás, pudo adquirirla a fuerza de dinero. Benedict Grant leyó su primer libro a la edad de treinta y nueve años. Él también conocía de tenacidad y, sobre todo, conocía a los habitantes de Sacramento—, me temo que solo impartirá clases a su nueva mascota.

Ya había recibido esa bofetada de realidad por parte de los Williams. Estaba claro que su labor allí era requerida, la mayoría de los niños del pueblo no estaban alfabetizados por falta de recursos, gran parte de ellos realizaban trabajos en las minas o se dedicaban a las labores de la familia, sean cuales fuesen. Erradicar la idea de que la educación formal no era una prioridad sería una hercúlea tarea.

—Lo sé ... —confesó con un dejo de tristeza en la voz—, no es el primero que lo menciona —finalizó acomodándose los mechones sueltos de cabello para disimular su repentino malestar fruto de la desesperanza.

—Tiene que tener paciencia, señorita Brosman. —Benedict intentó infundirle ánimos—. Aquí en Sacramento somos animales de costumbre, romperlas no es sencillo, pero tampoco es algo imposible. Tarde o temprano, le darán una oportunidad...

—De ser así, no se preocupe —sonrió al pensar en Clarise y sus palabras, continuaba siendo la voz secreta de su consciencia—. Aprendí que, si la oportunidad no llega a uno, uno tiene que ir a por ella.

Philomina fue la que rio en esa ocasión. Tan joven, inocente, delicada, tan... británica. Si la perdía de vista, de seguro, la devorarían los coyotes.

—Perfecto, señorita Brosman, usted vaya por esas oportunidades, que los Grant nos encargamos de lo demás. ¿Tenemos un acuerdo?

Por supuesto que lo tenían.

El señor Grant cumplió con su palabra más rápido de lo que cantaba un gallo, y no cualquier gallo, uno californiano, barítonos de pura cepa. Si hasta Amy llegó a pensar que el hombre tenía preparado lo necesario desde mucho antes de su arribo. Sin duda se encontraba ansioso por la apertura de la escuelita local, comprendía que el verdadero progreso venía de la mano del trabajo físico combinado con el mental. Estimular y despertar las mentes era fundamental. Estaba orgulloso de la educación que pudo darles a sus hijos gracias a la buenaventura que lo dotó de riqueza, y como retribución a la fuerza milagrosa que obró a favor de su familia, pretendía devolver lo recibido a través de donaciones y compromiso social.

En los días subsiguientes conoció al resto de la familia. Su esposa, Sandra Grant, una mujer encantadora, que no puso reparo en tomar la escobilla y quitar los restos de tierra con ella. También tuvo el gusto de intercambiar palabras con los niños Grant —en palabras de Sandra, claro está, porque de niños no tenían nada—. Entre conversaciones se puso al tanto de las actividades de su amiga Nora, quien se encontraba desarrollando labores de asistente editorial junto al tan anhelado Charles Miler. El menor de los Grant, Louis, era íntimo amigo del hombre y un hablador profesional. El resto de sus hermanos lo catalogaban como la «chismosa» de la familia, algo que a Amy le resultó más que favorecedor, ya que el joven le hizo un perfil de cada uno de los habitantes del pueblo, y hasta sugirió las familias a abordar con el fin de conseguir niños para la escuela. Sí, aunque sonora espantoso, tendría que ser ella la encargada de procurarse alumnos. Ojalá su ánimo y el de los Grant con respecto a la apertura de la escuela fuese compartido por el resto de la población. No lo era. En su alumnado estaban inscriptos solo los mellizos Murray y, si pretendía ampliar esa lista, tendría que hacerlo por cuenta propia. Puerta a puerta.

Lo que recibió como respuesta a la iniciativa fueron repetitivas negativas. La base era la misma, el trabajo sustentaba a una familia, y desde pequeños debían aprender el oficio. La mayoría de los niños iniciaban su experiencia en los campos y en las minas a temprana edad. Ese era el futuro para ellos. El trabajo ponía sobre la mesa el pan, y esa lección era la que las familias impartían a sus hijos. En cuanto a las niñas, su función se limitaba a las tareas del hogar, y a recibir a los hombres luego de la extensa jornada laboral. Esa mecánica de acción y pensamiento se extendía casa por casa. Las puertas se cerraban en la punta de la nariz de Amy sin posibilidad a que compartiera con ellos el discurso que había preparado para motivarlos. No había lugar para la motivación bajo el cielo sofocante del desierto californiano, y sus piernas... sus piernas ya no soportaban más.

¿Cuánto había caminado esa mañana? ¿Y la anterior? ¿Y la anterior a esa? Ya no podía ni hacer la cuenta mental. Demasiado, y la caminata pesaba a sus espaldas porque fue tristemente infructuosa; con cada paso dado, con cada kilómetro barrido, sus esperanzas se debilitaban a la par de sus piernas. Si no fuese por su endemoniado temor a los caballos, hubiese aceptado la carreta de Norland. Pero no, su perseverante razón perdía de inmediato ante la fobia. ¿Llevar las riendas? ¡Una catastrófica locura! Prefería caminar bajo el sol, aunque... aunque estuviese a punto

de desmayarse por la sofocación.

A un par de metros divisó el pequeño rancho de los Wilkinson, los tenía desde hacía días en su lista, estaban al final junto a un par más. Eso era el equivalente a un tácito «no». Respiró profundo, alzó su falda —para despegar las enaguas de sus piernas que se habían adherido por el sudor—, y se encaminó pensando en la posibilidad de conquista de un sí. Tenía todo en su contra, era más que obvio, pero varias guerras se habían ganado con mínimas probabilidades a favor.

La madera del pórtico crujió bajo sus pies, y el alboroto dentro de la casa se intensificó. Oyó llantos de pequeños, gritos de niñas y una voz femenina que luchaba por mantener el control. Golpeó a la puerta, apenas con fuerza. ¡Cielos, sí que estaba agotada!

No obtuvo respuesta. Volvió a golpear invirtiendo toda la energía que le quedaba. La puerta se abrió a los segundos. Una mujer de cabello rubio, largo y desordenado, con un bebé en brazos, y otro niño más pequeño enredado a su falda, la recibieron.

—¿Señora Wilkinson? —La mujer asintió dudosa, evaluándola de pies a cabeza. Recordó las palabras de Louis: nada de formalidades ni discursos extensos, nunca tienen tiempo para ello —. Mi nombre es Amy Brosman...

—Sí, he oído hablar de usted... —El bebé en sus brazos retomó el llanto pausado, podía notarse por las marcas todavía húmedas en sus redondas mejillas—, lo siento, estoy ocupada... — Se dispuso a dar por finalizada la visita cerrando la puerta.

Amy la detuvo apoyando la palma en la madera.

—Son solo unos segundos, señora Wilkinson... permítame, tan solo unos segundos.

—Señorita Brosman, aquí, en California, los segundos valen oro. —La comparación era literal. Apartó su mano y cerró la puerta sin piedad.

La desesperanza, el agotamiento, y el calor se unieron para destruir a Amy por completo. Las piernas le temblaron, y el sofoco le hizo sentir que el alrededor tenía vida propia, giraba. Cerró los ojos por un instante y se dejó caer en un tronco tallado que decoraba el pórtico. No tuvo más alternativa que descansar para poder emprender el viaje de regreso. Alzó la mirada y se encontró con unos ojos castaños que la espiaban tras el cristal de la ventana. A los ojos se le sumó una nariz, y luego, unos labios diminutos y sonrientes. Amy le devolvió la sonrisa, era una niña, de unos cuatro años o más.

Al cabo de unos minutos, la puerta volvió a abrirse. La señora Wilkinson, que a simple vista aparentaba tener una década más de edad que Amy, se asomó con el rostro fruncido teñido de amable preocupación.

—¿Se encuentra bien?

—Sí... no se preocupe, solo es cansancio.

—No debería de caminar bajo el sol a estas horas.

—Me lo han dicho, y lo desestimé... —En el pliegue de la cintura de su vestido ocultaba un pañuelo, lo tomó y quitó los restos de sudor de su frente—, pero creo que hoy he aprendido mi lección. Si me lo permite, descansaré aquí un par de minutos y luego me marcharé.

—Está bien... —dijo la mujer regresando al interior de la casa. La conciencia hizo eco en ella y, antes de alejarse de su vista de manera definitiva, volvió a dirigirse a Amy—. Venga... descanse dentro, está más fresco.

—Oh, no quiero importunarla.

—Tarde, señorita Brosman, ya lo ha hecho... entre.

Por dentro, la casa era más pequeña de lo que aparentaba, tal vez por la saturación de muebles rústicos y niños. A los dos pequeños que seguían pegados a ella se le sumaban dos niñas, la de la ventana, y una más grande, de unos siete u ocho años, que remendaba ropa.

—Tome asiento, por favor —le indicó la mujer.

El lugar estaba compuesto de un gran ambiente, comedor, cocina y, en uno de los laterales, dos camas, que de seguro compartían más de un niño. Contiguo al ambiente, una habitación que estaba separada solo por una cortina, parecía ser la recámara del matrimonio, aunque desde donde estaba, veía una cama matrimonial y otra pequeña junto a la misma. La mesa principal era rectangular y estaba rodeada por largas banquetas. Tomó asiento en la punta.

La mujer se acercó a la niña más grande, y le colocó el bebé en brazos. Ya libre de él, sirvió agua en un cuenco, y se la entregó.

—Tenga, humedezca el pañuelo y refrésquese.

Amy la tomó con agrado. Es más, estaba sedienta...

—No la beba —la mujer se adelantó— es agua de pozo, y no creo que esté usted acostumbrada. Si quiere algo para beber, puedo ofrecerle leche recién ordeñada...

—No, no es necesario —Empapó el pañuelo en el cuenco y lo llevó hasta su nuca—, con esto me es suficiente. Gracias.

—Yo ordeñé a Wilma hoy... —Los ojos que, minutos atrás, la escudriñaron tras el cristal, ahora estaban frente a ella.

—¿Wilma? ¿Así se llama la vaca? —La niña asintió—. ¿Y tú, tan pequeña como eres, la ordeñaste solita?

—No soy tan pequeña, tengo cinco... Soy más grande que Dylan —dijo señalando al niño faldero— y que Leonard. —El bebé.

La señora Wilkinson sonrió y se dio el permiso de hacerle compañía a Amy del otro lado de la mesa.

—Pero eres más pequeña que yo, Milly —se burló la hermana.

—Y tú lo eres de Liam y ...

—¡Ya basta, niñas! —La madre puso un punto final a la infantil discusión.

—¡Vaya par de muchachitas! —dejó escapar Amy hundiendo, una vez más, el pañuelo en el cuenco de agua.

La mujer bufó. El bebé lloró, y tuvo que volver a cargarlo en brazos. El otro, celoso, se abrazó a su cintura. Apenas pudo moverse, no tuvo más alternativa que quedarse de pie.

—¿Son cinco en total? —La curiosidad no pudo contenerse más en Amy.

—Seis... —corrigió liberando una gran exhalación. El agotamiento de Amy era una broma de mal gusto comparado al de la mujer—. Los dos pequeños, Leonard de diez meses, Dylan de año y medio, Milly... —La niña ya se había encargado de manifestar su edad, no era necesario repetirla—, Rosalie de ocho —La mayor de las niñas le sonrió—, y los mayores, Liam y Martin... diez y doce años, en ese orden. Trabajan con su padre en las minas.

El común destino de todos. Amy se reservó la opinión. El silencio encontró su momento, y todos lo disfrutaron, hasta que se quebró con un nuevo llanto de Leonard. La señora Wilkinson se acomodó sobre una de las camas, y soltando los lazos frontales de su vestido, amamantó al pequeño dándole la espalda.

Amy utilizó el momento a su favor. Buscó las palabras más adecuadas, lejos del discurso de futuro y progreso que intentaba hacer mella en las mentes paternas.

—Sabe, señora Wilkinson...

—Janice —la interrumpió—, llámeme Janice.

¡Perfecto, la estaba oyendo, y estaba dispuesta a más! Era un auténtico logro. ¡Bendito sea el calor californiano y sus sofocos! La señorita Brosman disfrutó de su primera victoria.

—Janice, yo podría ayudarla si me lo permite... a usted y a sus hijos. —La mujer rio con

cierto aire de sarcasmo, y a pesar de ello, continuó oyendo—. La escuela puede servir de espacio de conocimiento para sus hijos, y un momento de tranquilidad para usted.

Estaba decidida a valerse de cualquier recurso. Inclusive a reducir su labor a la del simple cuidado infantil; no importaba, a la larga, con los resultados, comprenderían el verdadero beneficio de la escolaridad.

—Mis hijos no necesitan de conocimiento, señorita Brosman...

—Amy, por favor... —interrumpió, deseaba establecer un vínculo entre ambas. El que le fuese posible.

—Mis hijos necesitan aprender a subsistir, señorita Brosman —Janice continuaba marcando la distancia entre ambas, y Amy sintió cómo la melancolía le quebraba la voz a la mujer—, es la realidad que les ha tocado vivir, que nos ha tocado vivir a la mayoría.

—Comprendo muy bien lo que me dice, Janice, pero a veces... si tenemos verdaderos deseos de experimentar otra realidad, debemos atrevernos a romper las costumbres.

—Y esa otra realidad que usted plantea ¿coloca comida sobre la mesa?

Era una lucha constante, una lucha desigual, carencia contra educación. Allí no importaba saciar el apetito de conocimiento, solo el del estómago.

—No hoy, ni mañana, aunque sí lo hará en un futuro.

El bebé pareció satisfecho con la leche materna y se durmió. Janice se cubrió el seno desnudo, y se volteó a ella.

—El futuro es una palabra muy grande, señorita Brosman, no solemos utilizarla. Como le he dicho, mis hijos trabajan en las minas con su padre, y romper esa costumbre es casi imposible, aunque así yo lo quisiera.

Janice Wilkinson le obsequiaba una dosis de esperanza a Amy. La mujer se hallaba entre la línea de lo que debía y deseaba.

—¿Y las niñas? —se arriesgó a mencionar.

Los ojos de Rosalie fueron directo a los de su madre. La aguja que danzaba entre la tela y sus dedos se detuvo. Milly se sentó junto a su hermana, a esperar un dictamen que, de seguro, mucho no comprendía.

—Como se imaginará, necesito de ellas... y ellas necesitan de mí.

Estaban condenadas a la labor del hogar, y al hecho de prepararse como esposas. Así se repetiría el ciclo, una y otra vez. Generación tras generación. Para cuando tuviesen la potestad sobre sí mismas, ya sería demasiado tarde. Tarde para formarse como seres individuales, tarde para ir en busca de lo que deseaban.

—Tal vez podría prescindir de ellas por un par de horas, solo un par. —Amy no se rendiría, los ojos de Rosalie pedían a gritos esa oportunidad.

Janice dudaba. Janice ansiaba, y aunque lo negara, pensaba en el futuro. Un futuro para sus hijas diferente al suyo.

—Y de ser así... ¿Rosalie aprendería a escribir?

—Leer, escribir y mucho más.

Acomodó al pequeño Leonard sobre la cama. Mientras lo hacía, la mente de la mujer analizaba lo planteado. Luego, retomó el lugar frente a ella. Finalmente, rompió el caviloso silencio.

—¿Tendrían que concurrir todos los días?

—Sería lo más conveniente.

La cabeza de Janice expuso el conflicto interno, se movió de un lado al otro.

—No podría asegurarlo.

Amy se tomó la libertad de extender su mano hasta alcanzar la de ella.

—Lo que sea, no importa... lo que sea.

—Está bien...

Amy y Rosalie se sonrieron. Las dos estaban felices. Milly también, y lo expresaba saltado.

—¡Gracias, gracias, Janice... no se arrepentirá!

El gesto de la mujer le dijo que eso estaba por verse. Tendría que lidiar con la opinión de su esposo y modificar muchas cosas en torno a lo cotidiano. Aun así, lo intentaría, por el bien de sus hijas. Además, la muchachita británica de cabellos rojizos le agradaba. Si le contagiaba ese espíritu voluntarioso y testarudo en partes iguales a sus niñas, ya se daría por satisfecha.

Janice la acompañó hasta la puerta, tenía que seguir con sus tareas del hogar, no podía demorarse con más conversación. Antes de que Amy cruzara el pórtico, una idea se le atravesó en la mente.

—Señorita Brosman...

—¿Sí? —se giró.

—¿Ya ha ido a casa de los Jenkins?

Jenkins... Jenkins. Amy constató en sus anotaciones.

—No, no los tengo en mi lista.

—No me extraña, son un tanto solitarios, pero Sue Jenkins es mi prima, y tal vez, si la envío de mi parte, la reciba.

—¿Tienen niños? —Amy estaba que tocaba el cielo con las manos. Ya tenía dos alumnas en su haber.

—Sí, cuatro, aunque son todos varones y se dedican a la labor en el campo... a excepción de Cody.

—¿Cody?

—Sí, el pobrecillo nació con una malformación en sus piernas, y lo más probable es que nunca pueda realizar actividades como las de sus hermanos. Se la pasa encerrado en la casa, y es una pena... porque es un niño muy inteligente —resaltó. Ese futuro que tanto ofrecía Amy era el más adecuado para el pequeño Cody—. Tal vez usted pueda ayudarlo...

—Por supuesto que sí, Janice... ¿Sue Jenkins, no? —preguntó para afianzar el dato en su memoria.

—Sí, y recuerde, dígame que va de mi parte.

—Lo haré, sin duda, lo haré. Gracias.

Regresó sobre sus pasos, con el sol devorándola de pies a cabeza. No sintió ni calor ni sofoco, solo inmensa felicidad. Respiró profundo y elevó el rostro al cielo. Ni bien llegara a la casa, prepararía un delicioso té y brindaría consigo misma. Merecía ese festejo, podía imaginar los primeros rastros de arcoíris en el firmamento californiano.

Los alumnos se limitaban a dos esa mañana: Noah y Owen. Bueno, tres si contaba al conejo, que resultó ser coneja y que en lo que llevaba del día había cambiado de nombre cuatro veces. Brownie parecía ser el definitivo. Los demás niños no se habían presentado, cada cual por diversas razones. Rosalie y su hermanita debieron quedarse a ayudar a su madre en el hogar, y si una no podía, ninguna asistía; y Cody había amanecido con las piernas entumecidas. La señorita Brosman se maldijo mentalmente por su *endemoniada* fobia a los caballos, porque de usar la carreta del señor Williams, Cody podría haber asistido, aunque fueran un par de minutos.

—Hoy es once de agosto de 1859 —Amy repitió mientras anotaba en la pizarra, cortesía de Benedict Grant—. Y está soleado... —*Para variar*, murmuró de modo que no la oyeran. ¿Cómo pretendía enseñar los distintos climas si allí había uno solo? Dibujó un sol en la esquina de la pizarra—. Ahora ustedes...

El terrateniente californiano había entregado no solo la pizarra, sino también los tinteros, las plumas, hojas, material de dibujo e, incluso, algunos instrumentos de música. Todo cuanto Amy deseara, era provisto por el hombre. Solía llegar de manos de Louis Grant, el más joven de los hijos varones, el bohemio poeta de buen talante. También tenía una hija, quien, para sorpresa de la señorita Brosman, conocía de oídas. Emily Grant era la esposa de un lord británico, Lord Webb, y amiga de, ni más ni menos, que Vanessa Cleveland, a quien había conocido en Inglaterra y con quien había entablado una breve amistad. Si no fuera porque la señorita Cleveland también se casó con un lord, hubieran viajado juntas a Boston. Que en California hubiera encontrado gente en común, reforzaba la idea de la señora St. Jordan: ¡El mundo es un pañuelo!

Caminó por entre los pupitres para cerciorarse de que tanto Noah como Owen tomaran la pluma de manera correcta y pudieran escribir las primeras letras. Las dibujaban imitando el trazado, sin poder codificarlas y decodificarlas.

—¡Muy bien! —los alentó, y se granjeó dos sonrisas idénticas.

—¿Eso quiere decir que podemos jugar con Brownie? —preguntó Noah.

—¡Se llama Peluda! —se quejó Owen.

—¡No!, dijimos Brownie.

—Brownie Peluda —decretó de manera conciliadora Amy—, puede tener más de un nombre.

—Entonces que sea Peluda Brownie. —Owen no quería dar el brazo a torcer.

—Lo mismo da, yo le diré Brownie.

—Porque tú eres un zopenco...

—¡Suficiente los dos! —los reprendió Amy—. Nada de insultos ni peleas en el aula. Ni fuera de ella, ya que estamos. Esa no es la forma de comportarse de dos caballeros.

—Yo no soy un caballero... —dijo Noah, con el ceño fruncido—, él es un caballero. ¡Yo soy un indio!

—¡No!, ¡Yo soy un indio!, y tú eres un sheriff.

—No... Esta vez me toca a mí ser indio con Elsu, y tú eres el sheriff borracho.

Eran imposibles. Detuvo la pelea, no sin antes percatarse de la cantidad de información que

transmitían los pequeños. Quien creyera que los cotilleos se daban en los salones de fiesta, no tenía idea de cuánto se iban de boca los niños. Amy Brosman acababa de descubrir la inclinación del Sheriff de Sacramento hacia el alcohol, pero no solo eso, si no también que había un niño al que no conocía y que no se encontraba en su aula.

Y eso, para Amy Brosman, era un sacrilegio.

—¿Quieren jugar? —propuso.

—¡Sí! —los niños exclamaron al unísono.

—A cambio me tendrán que contar de todos los niños del pueblo, ¿trato?

—Trato. ¿A qué jugaremos?

—Hmmm, jugaremos a... las brujas.

—¿Usted es una bruja? Tiene el cabello de una, pero le faltan las verrugas —convino Owen.

Amy intentó contener la risa.

—Ya tenían que hablar de mi cabello.

—Podemos decir que sus pecas son verrugas —propuso Noah—, en ese caso sería la bruja más *verrugona* del mundo.

—Creo que la palabra *verrugona* no existe... —dijo Amy, divertida—. Pero yo tengo un truco de magia para hacerla existir.

—¿Cuál?!

—Escribirla... cuando escribimos las cosas en mi pizarra mágica, entonces existen. Vamos a crear la palabra *verrugona*... —A Owen y Noah les pareció una excelente idea, y ya escribir no les resultaba una actividad tan odiosa. Por el contrario, peleaban por ser el que tomaba la barrita de yeso con la que Amy escribía, y dibujar las letras. La señorita Brosman había adquirido la costumbre nacida en Edimburgo gracias a James Pillans de colocar una pizarra al frente, más grande que las que poseían los alumnos, para que ellos imitaran lo expuesto en la misma—. Ve... Veee —pronunció con exageración la maestra—, ¿qué letra del abecedario es?

Los niños fueron repasando de memoria las letras aprendidas, hasta encontrar la que sonaba como decía Amy. Ella la anotó y los niños la imitaron. La E, la R...

A medida que avanzaban, la señorita Brosman aprovechó para indagar.

—¿Y con quiénes juegan cuando no están en casa?

—Con Augusta, cuando viene al pueblo. Su padre y su madre trabajan en casa del señor Foster, viene para el servicio dominical, y a veces a comprar a lo del señor Soler. —Amy agregó el nombre en su libreta, solía confeccionar las mismas como las listas de baile de las damas londinenses, solo que, en lugar de escribir pretendientes, listaba actividades e ideas para que no se le olvidaran.

—Verru... uuuu —les indicó, y los niños repitieron las vocales hasta hallar el sonido—, y entonces, ¿quién es el niño con quien juegan a indios y sheriff?

—Elsu... ¿También se escribe con «u»? —preguntó Owen—, Elsuuuuu... uuuuuu... —repitió, y Amy sonrió enternecida.

—Sí, ¡muy bien, Owen!

—Pero Elsu no vendrá a la escuela... —se lamentó Noah, mientras buscaba en su mente la letra G. Era tramposa, porque no sonaba gangosa como en la palabra *verrugona*, sino seca, como en *jardín*. Los misterios de la G lo tenían absorto.

—¿Por qué dices que no vendrá?

—Porque es indio de verdad... no como Noah, que es falso indio.

—¡Tú eres un falso indio! —se quejó el aludido.

—No, tú...

—No peleen. ¿Saben qué somos todos? —Los niños la miraron—. Humanos. Todos somos humanos. Y los humanos tienen que aprender en las escuelas, así que Elsu, que es humano, vendrá a clases.

Los mellizos la miraron con escepticismo. Una expresión tan adorable que hizo a Amy pasar por alto la información entrelíneas que los niños dejaban caer: discriminación. No de su parte, claro, para ellos Elsu era un amigo más; todavía no existía en sus corazones la impronta de la diferenciación y la exclusión, pero lo veían en los adultos y lo repetían. Como las borracheras del Sheriff.

—No, señorita Brosman. Elsu no vendrá —se lamentó Owen—, porque no lo quieren en el pueblo. Mamá y papá solo nos dejan jugar con él cuando nos ponemos muy revoltosos y quieren que nos vayamos, pero los demás padres no quieren que sus hijos jueguen con Elsu. Y a Elsu le importa una mierda...

—¡Owen!

—Una miel de abeja... —completó fingiendo inocencia.

Amy dejó la charla ahí, por el bien de su vocación, porque estaba enfureciendo con la discriminación hacia un niño inocente y no quería que esos hermanitos pensaran que se molestaba con ellos. Terminaron de escribir *verrugona* en la pizarra, y pasaron a acomodar los pocos libros con los que contaban. Amy escribía el título, y los niños buscaban en los lomos los caracteres hasta reconocer el ejemplar y los colocaban en el único estante que el señor Murray había amurado de momento. Al finalizar, los tres se dedicaron a guardar la tinta, las plumas y los tinteros y a alimentar a Brownie Peluda. Los despidió en la puerta, y los acompañó con la mirada todo el trayecto hasta la casa de sus padres. Mientras lo hacía, escrutó con la mirada a Sacramento.

¿Así que había un niño allí?, pues bien, Elsu recibiría educación como que ella se llamaba Amy Brosman. Puso los brazos en jarra, y se marchó a su casa. Comería algo ligero e iría en búsqueda de sus dos nuevos alumnos: Augusta y Elsu.

Augusta no fue un problema; por el contrario, la visita a los Foster fue una grata sorpresa.

—Te alcanzaré con mi carreta, aprovecharé para hablar unos asuntos con Wyatt Foster —dijo Norland Williams cuando Amy le comentó sus planes.

—No es necesario... —intentó oponerse. No por falta de agradecimiento, sino porque Philomina no viajaba con ellos, y a Amy le correspondía ocupar el lugar en el pescante, demasiado cerca del viejo caballo.

—Vamos, muchacha, que son demasiadas millas hasta la mansión Foster, perderás todo el día si pretendes ir a pie; sin contar con que a estas alturas del año el sol no baja y te asarás antes de llegar. —La señorita Brosman alzó la mirada al diáfano cielo, y la bola dorada la encegueció. Debió darle la razón al pastor.

—Iré a por mi sombrero y mis guantes... —dijo, a modo de aceptación.

—¡No olvide el parasol! —La voz del hombre la alcanzó a sus espaldas. Ella se perdió en su casa en busca de los objetos necesarios para emprender un viaje por los caminos californianos. Había adquirido en la tienda de Lila Anteen, la modista del pueblo, varios accesorios de moda aptos para el clima del desierto. Su preferido, el sombrero de paja, de ala ancha que se sostenía con dos cintas verde agua por debajo de su mentón. Bajo el mismo escondía no solo su rostro pecoso, sino también los mechones rojizos siempre rebeldes. No solía usar miriñaque, pues el armazón le resultaba molesto para impartir clases entre los pupitres de los alumnos; prefería las enaguas livianas y renegar un poco de la moda, utilizando menos de las que se estilaba. Su falda

era menos acampanada que las de las damas de alta alcurnia.

Acomodó las trenzas en la coronilla, sosteniéndolas con un par de horquillas, y calzó sobre ellas el sombrero. Preparó una canasta con frutas frescas para el viaje, una cantimplora con agua y agregó un frasco de conservas fabricado por ella misma. Le gustaba hacer dulces y preparados caseros, y darles su toque personal. Con la canasta en brazo, subió al pescante y contuvo el pánico al hallarse tan cerca del animal. Por suerte, Norland tenía un talante amable y charlatán ese día, y no paró de darle conversación que la distrajo durante el trayecto.

—El señor Grant es un gran hombre, no lo discuto. Y un pilar de nuestra sociedad. Sus aportes a Sacramento fueron inmensos, y entre los trabajadores, todos concuerdan con que lo mejor que les puede suceder es estar bajo el mando de cualquiera de los hombres de la familia...

—¿Pero? —Amy lo instó, reconociendo que el pastor intentaba encontrar un espacio para quejarse de algo. La señorita Brosman no podía encontrar una sola cosa mala para decir del terrateniente, más si tenía en cuenta que toda su escuela se fundaba gracias a sus aportes, pero hablar de Benedict la distraía del ruido de los cascos tan cerca de ella y de la imagen que se proyectaba en su mente de su cuerpo pisoteado por semejante bestia.

—Pero son católicos... ya sabe, papistas.

—¡Oh! —exclamó sin sentirlo. Nada le importaba menos que la fe y creencias individuales. De hecho, su corriente de estudio se inclinaba hacia las escuelas laicas, de modo que la religión fuera algo privado.

—Ayuda en la congregación y permite a sus empleados asistir al servicio en mi capilla, pero ellos van a otra y ahora...

—¿Sí?

—Pues que Elton Grant se casará con Amber Foster, y los Grant insisten en hacerlo por la iglesia romana, en San Francisco. ¡Si hasta Elton está trabajando en el diseño de una iglesia en aquella ciudad! Creo que Foster debe imponerse y exigir que el matrimonio tome la fe protestante. ¿Usted qué piensa?

Amy quiso caerse de la carreta y ser pisoteada. Emitir una opinión sobre un tema tan delicado era como caminar en un terreno lleno de trampas mortales.

—Pienso que dos personas que se aman siempre encuentran un camino para sedimentar ese amor. Y que Dios bendice a los que obran en este sentimiento.

Norland Williams frunció el ceño, era lo suficientemente listo como para comprender que la señorita Brosman no había emitido una real opinión ni lo haría. De todas maneras, no era su postura la que le importaba, sino la de Foster. Si conseguía que el adinerado hombre se impusiera sobre Grant... barruntó en su mente las posibles conversaciones, y el resto del viaje se dio en silencio. Un silencio que aterrorizó a Amy durante los siguientes quince minutos, hasta que la mansión Foster se divisó en el horizonte.

—¡Oh, Dios mío! —fue lo único capaz de decir. Conocía de habladurías a la familia, eran adinerados desde hacía varias generaciones, no como los Grant, y se instalaron en la zona para invertir en las minas e inclinar la política del país hacia el nuevo territorio adosado.

—Es realmente lujoso, ¿alguna vez ha visto algo así? —Williams se mostró orgulloso, como si esa magnificencia le perteneciera. Era un estandarte de California y sus nuevas riquezas. Amy sonrió con simpatía, ahorrándose una vez más la opinión, y Norland se sonrojó.

Primero, porque siendo pastor debía mostrar una imagen austera, y segundo, porque recordó que Amy Brosman había sido tutelada por un marqués británico, que poseía tanto o más que los Foster. Pero la jovencita era demasiado educada para mencionarlo, además de que no era dada a la ostentación de ningún tipo. No se dejaría impresionar por oro y riquezas, si algo había

aprendido era a valorar a las personas por sus espíritus y no por el brillo de sus ropajes.

Y en ese sentido, los Foster eran tan ricos como Lord y Lady Richmond, no le cupieron dudas. La sonrisa de la matriarca, Gillie, la calidez de Wyatt Foster y la simpatía de las hermanas Amber —prometida de Elton— y Brithany fueron la carta de presentación. La de ella... un frasco de conserva que recibieron como si se tratara del más delicioso de los manjares exóticos.

—¡Señorita Brosman! Al fin conozco a la famosa maestra.

—Y valiente —agregó Brithany, con un brillo pícaro—, que venir a educar en estas tierras requiere dosis iguales de valor y locura.

—Pues me temo que tengo un poco de ambas. —Efectuó una reverencia, y las hermanas sonrieron. Su madre las reprendió con un codazo poco disimulado.

—Lo siento, es que, ya sabe, hemos conocido a su coterránea, la señorita Nora Jolley —dijo Amber—, y es dada a tratarnos como la nobleza. Vamos, vamos, dejemos los formalismos y tomemos el té... o limonada. Dejemos que el señor Williams y nuestro querido Wyatt hablen en el despacho, nosotras aprovecharemos el frescor de la terraza. —Y la hicieron pasar. Las hermanas la rodearon por ambos lados, habían tenido un trato casual en el pueblo, en la ocasión en la que Nora Jolley había ido a comprar su guardarropa y por poco tuvo un ataque de pánico al enterarse de que su empleador, un hombre joven y soltero, pagaba por el mismo. La respuesta práctica de Amy Brosman había dejado una buena impresión de ella, y Megan Foster de Grant, la esposa de Jonathan Grant, no paraba de comentar lo bien que le vendría una institutriz con las dotes educativas de la joven británica para civilizar un poco a sus dos hijos, Dorothy y Steven.

La mansión contaba con un estilo europeo, con una escalinata que se abría en la parte trasera y desembocaba en un cuidado jardín, el cual conservaba su verdor gracias al riego constante. En la cima de la escalera, tras acristaladas ventanas altas, se hallaba la terraza con varias plantas y mesas para disfrutar de un tentempié al aire libre. Las mujeres tenían razón, y allí el aire circulaba generando una agradable y cálida brisa. Le sirvieron té frío, algo que a Amy no le agradaba demasiado, pero tuvo en bien no remarcar, y algunos dulces frutales.

—Y bien... ¿Qué la trae por aquí?

—Tengo entendido de que con ustedes trabaja el matrimonio... —Buscó sus notas— Foxworth, quien tiene una niña llamada Augusta.

—Así es —confirmó Gillie Foster—. La señora Foxworth es quien ha preparado este delicioso té frío, y el señor Foxworth se encarga, entre otras cosas, de mantener nuestros jardines.

—Me alegra saber que tienen un buen trabajo. —La sonrisa de las mujeres fue la afirmación de que allí, al igual que en tierras Grant, trataban bien a sus empleados—. Me gustaría que Augusta pudiera recibir educación, y para eso necesito hablar con los Foxworth...

—Por supuesto, querida —Gillie le brindó una palmadita en la mano—, Augusta asistirá, y sus padres estarán encantados.

—También están los niños de Winifred, Jo Ellen y Barton... —agregó Brithany.

—Jo Ellen es algo mayor. —Amber se mostró pensativa—. Y creo que sabe leer y escribir, ¿no es así?

—Sí, sí, le enseñó una tía. Pero Barton tiene la edad de Augusta, pueden ir ambos a clases. Claro, si le parece bien, señorita Brosman —dijo Gillie.

—Más que bien, perfecto. Incluso Jo Ellen será bienvenida, siempre se puede ampliar la educación. De momento me encuentro algo limitada, pues debo agrupar todas las edades en la misma aula, e igualar los niveles educativos de los alumnos. Pero creo que, si conseguimos varios interesados en la edad de Jo Ellen, podré separar la jornada en dos, para impartir lecciones a adultos... —La idea la entusiasmó, aunque pudo leer en las miradas de esas mujeres que su

propuesta era una odisea digna de novela. Casi todos los adultos elegían la labor paga que el estudio, incluso si el mismo era gratuito.

Conversaron un poco más sobre temas banales, le agradecieron la conserva y la llevaron junto a los Foxworth y Winifred para que acordaran los horarios de clases. Como Amy aún no se atrevía a tomar la carreta del señor Williams, la familia Foster pondría a servicio de los niños el transporte hasta Sacramento para que asistieran a la escuela. La señorita Brosman no pudo más que sentir la dicha de una tarde productiva; tal fue así, que su humor le permitió reír del inapropiado comentario de Amber Foster.

—El señor Williams debe olvidar su intención de casarnos por la iglesia protestante, que, si siguen postergando mi unión con Elton, solo conseguirán que huya con él para vivir en pecado.

—¡Amber, por Dios!

—Por Dios, si me dejan llegar al altar. —Amy se cubrió la boca para no emitir una impropia risotada. Brithany, en cambio, dejó escapar la carcajada.

—Debes dejar de leer las novelas de Sarah Lorean... —dijo la menor de las hermanas—, están poniendo absurdas ideas en tu cabeza.

—Ni tan absurdas —se defendió la aludida—, quien quiera que sea esa escritora de novelas románticas, no hace más que inspirarse en los hermanos Grant. Yo solo le doy material para sus historias... para que no me suceda lo mismo que a Megan. —Las hermanas rieron, y la señora Foster exageró su hastío para disimular que también la divertía.

—¿Qué ha sucedido con la joven señora Grant? —preguntó Amy, sin poder contener la curiosidad.

—Pues que Sarah Lorean se ha basado en Jonathan Grant para una novela romántica, pero la protagonista no tiene ni una pizca de Megan. Nuestra hermana se siente insultada —Más risas—, asegura que su Jonathan jamás se enamoraría de una cabeza hueca como la protagonista de dicha historia.

—Oh, no —se lamentó Amy—, ahora tendré que leer la novela, y si no descanso las horas suficientes, será su culpa. —Las hermanas la acompañaron hasta la carreta para despedirla, no sin antes correr hacia la biblioteca y regresar con un ejemplar de *Camino de un tortuoso amor* de Sarah Lorean.

—Luego nos cuentas...

—Lo haré. Y Amber, intenta no entregarle material de inspiración a la misteriosa escritora.

—No depende de mí. —Le guiñó un ojo, y Amy observó que el señor Williams no tenía buen talante. El matrimonio se celebraría por la iglesia romana o no se celebraría en lo absoluto; la señorita Brosman tenía varias millas para intentar inclinar la balanza hacia la primera opción.

De regreso a Sacramento, Amy consiguió aplacar un poco el enojo de Norland Williams, pero no lo suficiente como para que viera con buenos ojos la nueva misión de la maestra.

—Norland, si ese niño está en las calles y roba, se comporta como un *salvaje* —Odiaba en lo más profundo de su ser ese término—, con más razón necesita educación.

—Es un mestizo, señorita Brosman. Ni indio ni blanco...

—Humano... —El hombre puso los ojos en blanco, y ella también. Los motivos diferían, los del pastor por la terquedad de la muchacha, y los de la maestra porque eran más racionales los niños que los adultos.

—Me niego a ser partícipe de esta locura. Ese niño...

—Elsu —lo corrigió ella con cariño, como a un alumno difícil.

—Elsu... deambula por la parte fea del pueblo y con gente poco... poco cristiana.

Amy agradeció la furia inusitada en su cuerpo, porque la hizo olvidar del miedo al caballo. Arribaron a la puerta de la capilla, y sin esperar asistencia, descendió de un salto del pescante.

—Señor Williams, si el niño se relaciona con personas *poco cristianas*, será porque las personas *muy cristianas* le han dado la espalda. Pues bien, yo he sido educada en la fe protestante y cambiaré eso. Si no desea acompañarme, no importa, aquí puedo manejarme a pie. —Bajó la canasta, irguió la espalda y se perdió en el interior de su casita con el mejor porte de dignidad que pudo impostar. Sintió la mirada del pastor en la nuca, pero los movimientos en ella estaban impulsados por la ira y el malestar. No le agradaba para nada chocar contra esos muros; le parecía que retrocedía en el tiempo hasta la edad media. ¿Cómo pretendía abrirse camino en una educación universal y laica si aún las personas se dividían en escalafones absurdos? Dejó en la mesa de la sala la canasta vacía, se refrescó el rostro con agua del aguamanil y bebió un sorbo para hidratarse. Ya comenzaba a bajar el sol, el cielo se teñía de colores ocre y le otorgaba al paisaje una belleza sin igual. Era la hora más linda en esas tierras, y Amy esperó que esa belleza influenciara en su temple para mejorarlo.

Lady Katherine solía decirle que debía aprender a manejar su temperamento fogoso, no para aplacarlo, sino para canalizarlo en buenas acciones. Que sea un aliciente y nunca un ancla, que te permita sacar provecho de él sin hacerte jamás presa de emociones destructivas. Los consejos de la mujer eran de gran valor para Amy, sobre todo, porque supo luego, por rumores poco felices, que Lord Richmond fue un hombre de pasiones destructivas hasta que la dulzura de su esposa lo encaminó, volviéndolo uno de los lores más racionales y comprometidos con las causas justas. Había conseguido encauzar ese fuego y carácter para construir con él, en lugar de destruir. Y eso era lo que hacía a Amy tan especial en opinión de la marquesa, su semejanza con el hombre que amaba.

Respiró hondo, acomodó el sombrero y abandonó el refugio de su casa una vez más. En esa ocasión, para ir a pie por las calles de Sacramento.

Puerta a puerta, hasta que sus pies dolieron.

—Disculpe, señor Murray... Disculpe, señor Soler... Disculpe, señora Anteen... Disculpe, sheriff...

No solo nadie le daba respuesta, sino que la miraban con las cejas alzadas o expresiones de desconcierto. Hasta con una dosis de amenaza.

—Si lo ve, dígame que no vuelva a aparecer por aquí, ratero mal agradecido... —fue la amenaza de uno de los comerciantes a quien el niño le había robado dos manzanas. ¡Dos manzanas!

Canaliza la furia... canaliza la furia.

Rendirse jamás. Había recorrido Sacramento de punta a punta, y el sol apenas se divisaba en el horizonte. Estaba a punto de dar por finalizada la búsqueda, cuando cayó en cuentas de que no había recorrido el pueblo por completo, esquivó una zona que por las advertencias de Norland... El otro lado de la plaza.

Aspiró profundo, alzó el mentón y hacia allá se dirigió. El burdel y la destilería se presentaban como los dos edificios principales; a su alrededor, casas humildes, casi destartadas. El olor era más intenso en esa parte, se mezclaba el orín, el vómito, la basura y el sudor de varios hombres que desconocían el jabón. También se diferenciaba el acre aroma del sexo, que la inocencia de la señorita Brosman no supo reconocer.

—Disculpe... —En esa ocasión, ni respuestas recibía. Muchos de los hombres ya estaban inconscientes, y la noche siquiera se hacía presente aún. A medida que se acercaba al burdel de Ramírez, las miradas se acrecentaron, y la falta de respuesta fue reemplazada por una horda de piropos soeces y avances desmedidos.

Un hombre la tomó de la cintura, y Amy chilló.

—¡Suélteme, saque sus sucias manos de encima!

—Todas las que vienen por aquí buscan lo mismo... —dijo el hombre con la voz rasposa y algo vacilante. Le costaba hablar producto del alcohol.

—Solo busco a Elsu...

—¿Para qué quieres a un indio si puedes tener a un hombre de verdad? —El borracho intentó alzar las faldas de Amy, pero una voz femenina lo detuvo.

—¿Un hombre de verdad?, ¿dónde, Harold? Solo te veo a ti...

—¡Calla ya, perra!

—Salma, para ti. Suelta a la maestra del pueblo, o solo conseguirás pasar la borrachera en una celda.

—¿Esta?! ¿La maestra? —El tal Harold la miró de arriba abajo—, si ni vieja es. Además, si fuera decente, no estaría por estos lados...

—No lo escuche, señorita. —Salma la arrastró lejos del hombre, y por algún extraño motivo, esa muchacha de gran belleza imponía más respeto que Amy Brosman—. No es más que un patético hombre que ni su esposa lo quiere. Sin embargo, haría bien en escuchar el consejo, usted no pertenece a esta zona de Sacramento.

Amy miró a su salvadora y le regaló una sonrisa.

—Me parece que usted tampoco, Salma, ¿verdad?

—Sí, así me llamo. Y usted es la señorita Brosman... los rumores corren rápido. Al parecer vuelven a invadirnos los británicos. —Amy rio.

—Esta vez lucimos menos amenazadores... —Señaló su porte menudo, su escasa estatura y su incapacidad de poner un límite a los avances de un ebrio.

—Lucen tan amenazadores como siempre, solo que, en lugar de la espada, trae consigo la pluma. Y eso asusta a los ignorantes. —Amy se sorprendió del gran saber en las palabras de la muchacha. El aspecto parecía el de una prostituta, un vestido escotado de un tono azul chillón, pocas enaguas, el cabello renegrido, suelto hasta debajo de los hombros y una figura que hacía

babear a los hombres. Pero eso no era más que la fachada que escondía a una mujer fascinante y compleja; la mujer que, luego se enteraría, había robado el corazón de Louis Grant, el bohemio hermano. Era por ese amor que el adinerado le profesaba que Salma era intocable, incluso en los bajos fondos de Sacramento.

—Y mi pluma está ansiosa de impartir lecciones sobre un niño en particular, Elsu. Lo he buscado por todas partes, me han dicho que ronda el pueblo, robando para comer...

—Dudo que le hayan dicho eso —contradijo Salma—, la parte de «comer».

—Es cierto, eso lo he agregado yo al deducirlo. Sin dudas nadie robaría dos manzanas para hacerse rico...

—No, claro que no. Pero no todos lo ven de esa forma... —Amy se percató de que Salma, con su andar pausado y su seguridad, la había alejado de todas las amenazas. Estaban casi al final de la calle—. Y como usted parece sí notarlo, le diré dónde hallar a Elsu. —Se detuvo y se giró hacia ella—. No es un niño fácil, señorita Brosman, y la desconfianza que mostrará es acorde a lo vivido. Confío en que tendrá paciencia.

—Gracias por su honestidad y confianza. Por supuesto tendré paciencia... además —agregó para alivianar la conversación—, ya tengo a Owen y Noah de alumnos, dudo que alguien les gane.

Salma rio, conocedora de los terribles mellizos Murray.

—En ese caso, no tengo dudas, es usted una santa. Debo regresar al saloon, pero... — Señaló la última casa de la calle—, girando por allí, encontrará la vieja herrería de Lannis, ya el hombre casi no trabaja, pero enseña un poco del oficio pese a estar enfermo; Elsu suele quedarse con él cuando lo echan de la tribu y nadie le da cobijo en el pueblo.

—¿Y eso ocurre seguido?, ¿que lo echen de la tribu?

Salma se entristeció.

—Sí, señorita Brosman. Elsu es mestizo; ni de aquí, ni de allá. Esperemos que usted sí pueda encontrarle un sitio. La dejo... —La saludó con un asentimiento de cabeza y se alejó al ver que Ramírez se asomaba por la puerta vaivén del saloon para constatar dónde estaba *esa maldita prostituta*. A unos pies de distancia, se volteó—, por cierto, si no se encuentra Lannis, pase sin más, que Hotah también suele rondar por aquí cuando Elsu está en el pueblo.

—¿Hotah?, ¿quién es Hotah? —Pero Salma no la oyó, el ruido del saloon ahogaba cualquier otro sonido, sobre todo el de la delicada voz de la señorita británica.

Amy no le dio importancia; si el tal Hotah, al igual que Lannis, le brindaba la atención necesaria a un niño, entonces ella asumiría que era una buena persona.

No era una buena persona. ¡Era el hechicero!, el maldito brujo que se le aparecía en sueños desde la primera noche en Sacramento. Y en esos instantes lo tenía ante ella... con camisa. Lo cual era un avance, ¿o no?

A medias. Pues la prenda no estaba abrochada del todo, descubriendo el inicio de su musculoso pecho, lampiño y del tono de las castañas. Estaba apenas perlado por el sudor, lo que solo le otorgaba un barniz, como si el artista que era Dios hubiera querido hacer brillar a su obra maestra. Amy tragó saliva, y se convenció de que la reticencia a delatar su presencia se debía a los dos magistrales caballos que se encontraban en el improvisado corral, sin silla ni riendas. Tan magníficos al natural como el hombre que los intentaba herrar.

Junto al hechicero llamado Hotah, un niño a quien Amy identificó como Elsu. Lucía el cabello negro y lacio recogido en una mitad, con varias trenzas pequeñas. El resto caía como una sedosa lluvia hasta la altura de los omóplatos. Era delgado, quizá demasiado, pero también se lo veía fuerte y fibroso, un niño muy acostumbrado a la actividad física; al parecer, montar caballos,

correr y andar por varias millas al día. Fue Elsu el primero en delatarla, volviéndose hacia ella con sus ojos negros cargados de desconfianza.

—Hay una mujer, Hotah.

—Sí, ya lo sé. ¿De qué otra forma olería a lavanda la herrería de Lannis?

—¿Y por qué no dices nada? —Hotah se volteó hacia la invasora, con una media sonrisa que descubrió unos dientes blancos y parejos.

—Porque la última vez que la brisa me trajo esa fragancia, la mujer en cuestión huyó despavorida.

Amy se sonrojó de pies a cabeza, y solo pudo dar un paso al frente para desmentir al hombre y resguardar una cuota de dignidad.

—Lo siento, no estaba fisgoneando —dijo en su defensa—, Salma me comentó que podría hallar aquí a Elsu, y que me adentrara si no veía a Lannis.

—¿Esta vez no huirá como una conejita asustada? —Hotah alzó las cejas, y Elsu miró a los adultos sin entender muy bien cómo se estaba dando la relación entre ellos. Los blancos solían mostrarse hostiles con los amerindios, y ellos, a su vez, no querían saber mucho de los europeos con intenciones de invasión. Pero frente a él, ese hombre y esa mujer parecían tratarse de igual a igual, e incluso compartir un secreto.

—Dos cosas diré al respecto y nunca más hablaré del asunto. Uno... —Indicó con su dedo enguantado—, es de mala educación sacar a colación un tema que evidentemente nace de un bochornoso malentendido. Y dos... —Otro dedo se sumó—, los conejos californianos no son muy dados a huir. Es más, tengo uno en mi aula de clases.

—No huirán de usted... —Bromeó el hombre con una risotada—, porque la superan en tamaño y agresividad, pero sin duda huyen de mí. Como hizo usted...

—¿Cómo se atreve a hablar de mí... de mí...? —No encontraba un término apropiado, que no se considerara fuera de lugar en una conversación entre personas de distintos sexos—, contextura...

—¡Oh!, ¿también eso es de mala educación? Y, dígame, no haberse presentado todavía, ¿eso cómo se considera? —El rubor ascendió por sus mejillas hasta borrarle las pecas.

—No cambie el tono de la conversación, señor Hotah, que ambos sabemos que esta es una situación extraordinaria.

—Ya veo, ya veo... como usted es la maestra, es quien dicta qué está bien y qué está mal, qué es educado y qué una falta de respeto. ¿No le parece injusto?, así no podré ganar jamás, está en sus manos, como en la de los blancos en general, dictar las reglas y cambiarlas siempre que van perdiendo.

—Entonces usted sabe quién soy, de modo que solo nos hemos salteado el formalismo...

—Y usted también sabe quién soy, me ha llamado señor Hotah... —Dio un paso al frente, acortando la distancia que los separaba. Amy aspiró el aroma masculino de su piel, y no pudo evitar preguntarse si él de verdad olía su perfume a lavanda, y, peor aún, si le agradaba. El sonrojo fue disimulado por el que nacía producto de un infundado enojo—. Solo la corrijo, no soy señor. Llámeme Hotah...

—Señor Hotah, y yo soy la señorita Brosman para usted.

—Me honra al darme un nombre para mí...

—No dije... no quise decir... Agggg —se frustró—, soy la señorita Brosman y entre nosotros el tuteo no corresponde.

—Ah, cierto. Las reglas del blanco, todo lo que usted diga es lo educado...

—¡No le permito que arroje sobre mí acusaciones infundadas! —Sin darse cuenta de que

abandonaba los consejos de Lady Katherine de cómo manejar su fogoso temperamento, se adelantó reduciendo el espacio entre los cuerpos—. No estoy aquí para elevar el estatus quo, si no para cuestionarlo. Así que jamás... ¡jamás! —repitió con su dedo en alto—, aceptaré que digan que utilizo mis privilegios para beneficio personal.

—De ese modo... —Con total descaro, Hotah capturó el dedo de Amy y lo rodeó con su enorme y cálida mano—, no le quedará más que admitir que hasta el momento no se ha comportado de manera educada... ha huido sin presentación de nuestro primer encuentro, y ha fisgoneado detrás de ese muro por más minutos de los que cualquier cultura consideraría apropiado.

—Las circunstancias...

—Sí, claro, las circunstancias. —Amy no podía pensar. Su mente estaba agarrotada por un torbellino de sensaciones que comenzaban en el punto exacto en que las pieles se tocaban. Tenía los sentidos embriagados: la vista por la perfección de ese hombre, el olfato por su aroma, el oído por la cadencia de su voz, el tacto y... saboreó el gusto al vacío, allí y solo allí faltaba la impronta de Hotah. La sorpresa ante sus propios pensamientos la hizo retroceder y, peor aún, ceder.

—Tiene razón, señor Hotah. Le pido disculpas. —Las cejas del hombre se alzaron, y las de Elsu, quien atestiguaba el intercambio en silencio, también. Era la primera vez que una persona blanca decía «lo siento»—. Insisto que en mi defensa tengo las extrañas circunstancias y la diferencia de vivencias, pero tiene razón, no me he comportado como es debido. Mi nombre es Amy Brosman, soy maestra, y he abierto una escuela en Sacramento. Y quisiera que Elsu se sumara a las clases que se imparten por las mañanas, de lunes a viernes.

—¿Junto a niños blancos? —preguntaron los dos al unísono. Hotah aflojó el agarre de su mano, aunque no retrocedió.

—¡Oh, por Dios! Si vuelvo a escuchar una vez más que me hablan de blancos e indios voy a perder la cordura.

—Ya la perdió —remarcó Hotah—, si cree que recibirán a un mestizo en su aula.

—¡La única que recibe o deniega el acceso de personas en «mi» aula, soy yo! —Volvió a mostrarse desafiante, pero Hotah era inmune al efecto *señorita británica* que tenía a todos cautivos. Él solo veía a una mujer que era todo fuego, y al igual que un potro salvaje, lo tentaba a querer acercarse, acariciarla, apaciguar ese ardor sin apagarlo. Solo convertir las llamas en el más bello resplandor. Si Amy Brosman creía que él era un hechicero, era porque desconocía el poder que albergaba y el efecto que provocaba en quienes la miraban... la miraban de verdad.

—¡Yo no iré a ninguna escuela! —se quejó Elsu, al ver que intentaban tomar las riendas de su vida. El niño mitad Miwok era tan fogoso como esos dos que debatían su futuro.

—¡Claro que sí! —Amy se dio cuenta de que había alzado la voz, y cerró los ojos, aspiró profundo e intentó serenarse. Tarea ardua, si consideraba que Hotah la desequilibraba con su presencia. Quería decirle que se abrochara la camisa, pero era lo mismo que admitir que había espiado la piel desnuda que se asomaba, y que eso la perturbaba en lo más profundo de su ser. Sin más que hacer, se mordió el labio, y se enfocó en Elsu—. Owen y Noah van a clases...

—Ya veo... —dijo el niño.

—¿Qué?

—A su clase van los que nadie quiere. Yo no seré uno de ellos. —Cruzó los brazos a la altura del pecho, abrió las piernas e infló el esternón. El desafío se adivinaba en cada rasgo infantil, que Amy pudo notar, imitaba la expresión amenazante de Hotah.

Sin embargo, Hotah no le infundía miedo a Amy. Aún no sabía por qué, solo que así era. El

hombre la enervaba, la alteraba y perturbaba, pero no le provocaba temor. Por el contrario, en esos instantes, que se hallaba en la parte más peligrosa de Sacramento, no temía a los borrachos ni regentes de burdel, porque estaba junto a el hechicero.

—¿De dónde sacas que nadie los quiere, Elsu? Eso es muy feo...

—Y muy cierto.

—Señorita Brosman... —intervino Hotah—, le agradecemos los dos que esté aquí y que considere a Elsu para sus clases, pero la respuesta es no.

Amy se volvió hacia él. Le dolieron las cervicales al tener que levantar tanto la cabeza para poder indagar en los ojos negros del hombre. Le llegaba apenas al pecho, al maldito pecho que se podía ver por debajo de la tela. Para colmo, Hotah no parecía entender de espacio personal, devoraba todo a su paso. La única barrera entre ellos eran las enaguas de Amy, que tocaban las botas del entrenador de caballos.

—No acepto un no por respuesta.

—Peor para usted. El niño ya está recibiendo educación... —aclaró Hotah.

—¿Qué educación?

—Estoy aprendiendo de caballos —dijo el niño—, a herrarlos, pero también a domarlos. Para poder trabajar como Hotah, con el señor Zachary Grant, cuando sea grande. —Elsu le regaló una sonrisa sincera y orgullosa, que aplacó parte de la furia de Amy. Un niño feliz siempre conseguía ese efecto en ella. Un efecto que se dispó de inmediato cuando...— ¡Mire, señorita!, ¡mire!

El niño tomó carrera, veloz como nadie que ella hubiera visto en su vida, y dio un gran salto. Posicionó las manos en el lomo de uno de los animales del corral, y con el impulso ganado, se elevó por el aire más de metro y medio para caer a horcajadas sobre el caballo. Sin sillas, sin riendas, solo niño y animal hechos uno.

—¡Oh, mi Dios santo! —chilló ella, aterrorizada. Corrió hacia el corral, se detuvo, volvió a correr, volvió a detenerse. Se llevó la mano al pecho, donde el corazón le latía desbocado, y las pecas, que hasta ese momento se disimulaban por el ardor de sus mejillas, ahora se veían en todo su esplendor por la palidez de la piel—. ¡Baja de ahí! De esa bestia... y ¡Usted!, ¡usted, ¿cómo lo permite?! —Se giró hacia Hotah, presa del pánico. Sin darse cuenta, se aferró a su camisa y lo sacudió. O, más bien, lo intentó, porque era incapaz de batallar contra metro noventa de puro músculo.

—¿Cómo permito qué cosa? —insistió él en tono burlón. Elsu la miraba sin entender nada, mientras ella era dominada por una irracional fobia.

—¡Eso! —Señaló al niño montado. El caballo ni siquiera se movía, también la miraba con sus ojos marrones, extrañado ante el alboroto. Hotah apoyó las manos en los hombros de Amy Brosman y la hizo enfrentar el escenario.

—Señorita... —le susurró muy cerca del oído—, vea con los ojos y no con la mente nublada de malas experiencias. —La voz del hechicero era tan hipnótica como la primera noche que lo oyó—. Tanto el niño como el animal están bien, tranquilos; la única alterada aquí es usted. ¿Cómo permito eso? Porque sé muy bien que Yago es un animal manso, yo mismo lo domé cuando era un potro. —Amy sintió los dedos de Hotah viajar por la piel de su cuello, y desatar el lazo verde agua del sombrero. Se lo quitó y lo dejó a un lado, algunos mechones rojizos cayeron libres por su frente y espalda. Hotah debió recurrir a todas sus fuerzas para no capturarlos entre sus dedos, saciar la curiosidad que despertaba esa muchacha y cerciorarse de que no era magia; que esos cabellos no eran hilos de crepúsculo trenzados, gracias a un hechizo, a la cabeza de una maga —. Elsu está aprendiendo un oficio que le dará de comer, señorita Brosman.

Hablar de educación, eso la trajo de regreso al mundo de los vivos.

—Por favor, Elsu, baja —solicitó con voz trémula—, aunque sea solo por mis nervios. —El niño buscó la confirmación en su mentor, y luego de que Hotah asintiera, hizo caso—. Usted —Se volvió hacia el adulto—, me ha acusado de defender el estatus quo y...

—No dije eso, ni siquiera sé qué es el estanosequé...

—Privilegios de blancos... —resumió muy por arriba.

—Ah, sí.

—Lo que hago es todo lo contrario, señor Hotah. Si Elsu no recibe educación, la misma que los demás niños, se creará una brecha cada vez más grande entre el hombre caucásico y el de cualquier otra etnia. Y no... yo no pongo las reglas, de ser así, intentaría ser más justa de lo que es la vida; pero sí intento hacer con esas reglas un mundo más equitativo. No me opongo a que usted le enseñe... —No fue capaz de decirlo—, preferiría que lo hiciera con una silla apropiada y riendas, y en un suelo mullido... —Hotah apenas si pudo contener la sonrisa por lo poco que la señorita británica sabía de entrenamiento de caballos; se ahorró los comentarios porque estaba bastante más enternecido por el miedo de la muchacha de lo que era capaz de reconocer—. En fin, Elsu puede aprender las dos cosas. Por la mañana el aula, y por la tarde... el oficio. ¿Les parece?

Hotah observó a su pupilo. El niño miraba a los caballos con adoración, y no veía la hora de que la mujer se fuera para retomar las lecciones. Lecciones que le resultaban por demás de entretenidas, un juego. Pero tuvo que admitir que la señorita Brosman tenía razón; él sabía que era el mejor domador de California, no se trataba de vanidad o soberbia, sino de experiencia. Los caballos entrenados por él valían más que cualquier otro, por eso, y porque Zachary Grant era un buen hombre, era que la relación con su empleador era fructífera y respetuosa. A pesar de ello, no conseguía hacerse valer por fuera del rancho Grant; recordó con bochorno la vez que lo estafaron en una venta, aprovechando que no sabía contar, para entregarle menos dinero del pactado, y las infinitas discusiones que tenía con el boticario, el señor Rider, por no saber leer las hierbas y cantidades de los ungüentos que él necesitaba para sus animales. Gracias a su desconocimiento, estaba condenado a la dependencia hacia las buenas personas; no podía apostar a que Elsu siempre se encontraría con hombres de bien que no tomarían ventaja de la desigualdad. Amy Brosman tenía razón, la vida no era justa, lo mejor era hacerla un poco más equitativa. Ignoró la terquedad del niño, que esperaba a que Hotah reafirmara su no, y se rindió a la bruja de cabellos rojizos.

—Tenemos un trato, con una última condición. —Elsu refunfuñó, a sabiendas de que le haría caso a Hotah de todos modos. Era fiel al hombre que se elevaba como su mentor y ejemplo a seguir—. Que yo le pueda dar unas monedas a la semana para que desayune antes de clases.

—Dé por hecho el desayuno. —Amy sonrió de oreja a oreja, dibujando dos hermosos hoyuelos en sus mejillas pecosas que le robaron el aliento a Hotah—. No hay necesidad de las monedas.

—Insisto...

—Y solo conseguirá perder otra batalla, señor Hotah.

—Yo no he perdido ninguna batalla —replicó con el orgullo herido, el ceño fruncido y una irrefrenable necesidad de exponer sus tatuajes ganados con hazañas de valor.

—Sí, sí lo has hecho —se quejó Elsu, y saltó fuera del corral—, la señorita Brosman te ganó, Hotah. Y mañana me tengo que levantar para ir a la escuela. —Arrastró los pies con desgano por el árido suelo—. Vamos, señorita... —dijo el niño, entre dientes—, la acompaño hasta la zona buena del pueblo. Que no todos son tan fáciles de ganar como el gran guerrero Hotah.

Amy no negó la ayuda, tomó el brazo del niño y se despidió del hombre con una reverencia delicada. Él esperó a perderla de vista para dejar que la sonrisa se asomara. Tomó el sombrero olvidado en sus manos y lo hizo rodar.

—No he perdido, señorita Brosman, solo le he regalado una batalla. Aún nos queda toda la guerra.

Los mellizos Murray eran dos ángeles del cielo comparados al pequeño mestizo Miwok. Elsu era un auténtico profesional a la hora de escabullirse. Hacía cuanto podía para evitar la escolita, inclusive, quedarse con el estómago vacío. Eso era lo que más angustiaba a Amy, el acuerdo con su hechicero... No, el acuerdo con el señor Hotah.

Lo repetía para no olvidarlo, señor Hotah... Hotah. Era fundamental para Amy desterrar de su cabeza aquella imagen de él en la noche, susurrando frente a la fogata, en ese hipnótico acto ceremonial que, hasta ese día, continuaba siendo una canción de cuna para ella. Cada vez que caía rendida a la cama al final de la jornada, esa extraña melodía la acompañaba. Y él... él tomaba posesión de sus sueños. Amanecía con el cuerpo sudoroso y las mejillas ardidadas. Por supuesto, le adjudicaba a el clima del lugar la incómoda sensación a primera mañana. Negaba el efecto verdadero, y por culpa de esa negación, se contenía. Sabía que la mejor manera de lidiar con el pequeño era con la intervención de Hotah, si le comentaba que el niño ni siquiera se presentaba a tomar su desayuno, él mismo iría a por él y lo llevaría de las orejas a la escolita. No literalmente, por supuesto. Amy jamás toleraría ningún tipo de violencia sobre los pequeños, aunque ésta fuese paternal y amorosa. Por sobre ello, ese torbellino de sensaciones nuevas e incómodas que tomaban posesión de ella cada vez que estaba frente al amerindio potenciaba su terquedad y autosuficiencia.

—Niños... vengan aquí.

Los mellizos eran siempre los primeros en arribar, y desde que Elsu tomaba su desayuno allí, se adelantaban mucho más al horario de clase solo para pasar un tiempo extra con su amigo en un espacio neutral. Porque la escuela era eso, un lugar libre de prejuicios, en donde la riqueza, la religión o los tonos de piel, no hacían diferencia alguna, todos eran iguales. Iguales para aprender, para jugar, y para compartir.

Owen fue el primero en ir hacia ella, Noah estaba alimentando a la coneja, como siempre solía hacerlo.

—Diga, señorita Brosman... —dijo colocando los brazos tras su espalda. Los modales del niño se estaban puliendo, Amy sonrió.

—Dime, ¿han visto a Elsu hoy?

Owen negó con la cabeza. Al oír la pregunta, Noah dejó a Brownie en el suelo para correr hacia ellos.

—No, señorita... esperábamos verlo aquí. Ayer no vino a clase.

—Y el día anterior tampoco —agregó Owen.

Por lo visto, no era la única que contabilizaba las ausencias.

—Lo sé... lo sé.

El sonido de los pesados bastones de Cody sobre la madera los puso en aviso de la presencia. Los tres sonrieron. Solía faltar más de lo esperado debido a su problema en las piernas, tenía las pantorrillas arqueadas hacia afuera, formando una gran equis; necesitaba del soporte de dos bastones para sostenerse en equilibrio y caminar. Había días en los que el dolor provocado por el entumecimiento era tan fuerte que ni levantarse de la cama podía. Pobrecillo.

Aun así, su afán de conocimiento no tenía límites. Sabía leer; Amy estaba convencida de que aprendió el hábito de la lectura solo, a fuerza de voluntad y conocimientos básicos. Los mellizos lo adoraban, para ellos era la fuente máxima de información infantil, con tan solo once años tenía conocimiento de todo.

La presencia de Cody compensaba la ausencia de Elsu.

—¡Cody! —gritaron felices los Murray.

—Oh, que gusto verte... —Amy fue a asistirlo. El jovencito cargaba libros bajo sus brazos, apretándolos con fuerza para que no se le cayeran mientras maniobraba los bastones—. Permíteme ayudarte —dijo tomando los libros con cautela. Luego caminó a su par, Cody era autosuficiente, y ella no quería intervenir ni modificar sus formas de desenvolverse. Era digno de admiración a tan corta edad.

—Gracias, señorita Brosman. —Con uno de los bastones, apartó la primera de las sillas que se atravesó en su camino, y tomó asiento. Apoyó los bastones en el borde de la mesa pupitre, y ayudándose con las manos, acomodó sus piernas. Una vez que logró la comodidad, exhaló satisfecho.

—¿Cómo te encuentras hoy, Cody?

—Un poco mejor que ayer, y peor que mañana. —Siempre utilizaba la misma frase y sonreía.

—Veo que has traído tus libros tal como prometiste.

Asintió.

—¿La historia de piratas? —Owen tomó asiento junto a él de inmediato.

—Esa misma... —le confirmó.

En realidad, era un libro de historia que narra las operaciones del gobierno estadounidense contra la piratería griega en el mar Egeo. Cody, con su maravillosa imaginación, reformulaba los textos históricos captando la atención de sus compañeros de clase.

—¿Puede Cody leernos la historia, señorita Brosman? —Noah se apoderó de otro de los asientos en torno de Cody.

—Tal vez luego de la práctica de sumas y restas, niños...

Los Murray protestaron. Era habitual en ellos.

—Señorita Brosman... —Cody le habló por lo bajo.

—¿Sí, Cody? —Se acercó a él al comprender la necesidad de confidencia.

—De camino hacia aquí... —Cuando iba a clase, uno de sus hermanos mayores lo alcanzaba en carreta hasta el pueblo—, vi a Elsu entrar al saloon del señor Ramírez.

Oh, no... ¡Demonios!, maldijo Amy apretando los dientes. ¡Lo que le faltaba, el niño entrando a un burdel!

—¿Estás seguro, Cody? —La mirada del niño le dijo todo. No se equivocaba. La capacidad de observación de Jenkins no debía ser puesta en duda, era un experto. Poseía la clase de experiencia que te da una vida sedentaria, que contempla el derredor como una figura externa. Le murmuró al oído—: ¿Crees que puedas con Owen y Noah tú solo?

No dejaría ni un minuto más a Elsu en ese lugar del pecado. El pequeño mestizo ya tenía demasiados motes escritos en su espalda que lo excluían, no necesitaba de más.

—Por supuesto que sí, señorita. —Cody encontraba gratificante el hecho de compartir con otros sus gustos.

—Bueno, por hoy... —Elevó la voz para que los Murray la oyeran—, y solo por hoy, podemos hacer una excepción —dijo alzando el libro de Cody. Los niños festejaron y acercaron sus sillas junto a la de su compañero—. Pero luego, sumas y restas, ¿me han oído? —Las

cabecitas se sacudieron indicando un gran sí—. Cody quedará a cargo de la clase por unos minutos, ¿de acuerdo?

—Sí, señorita —respondieron al unísono.

Cody inició la lectura, y Amy aprovechó para marcharse. A la salida del salón, se topó con la señora Williams, esta le prometió echarles un ojo a los niños en su ausencia. Amy prefirió ahorrarse el motivo de su repentina huida, ya conocía la opinión del pastor con respecto a Elsu, de seguro, esa opinión se trasladaría a su mujer.

Atravesó la plaza principal a ritmo frenético, tal vez, demasiado. Los ojos en los alrededores se posaban en ella, posiblemente, porque intuían su destino final. Iba directo al hoyo del infierno —algunos solían llamarlo así—, y nada la detendría. Estaba al tanto de las habladurías que comenzaban a correr en su nombre, y todas por aceptar en la escuela a Elsu. Su «afecto» por los «nativos» comenzaba a destruir el puente de aceptación que había construido. Erguía uno nuevo, como la mujer blanca que se vinculaba con los salvajes. A esas habladurías se le sumarían otras, y otras...

Los primeros comentarios fuera de lugar no se hicieron esperar. Apreciaciones sobre el color de su cabellera y de si esa tonalidad se extendía a los vellos de sus partes íntimas. Amy hizo oídos sordos, tragó saliva, e intentó ocultar la roja vergüenza que decoraba sus mejillas. Vergüenza y furia, en realidad. Peligrosa combinación para la señorita británica.

Los rumores de su inminente llegada hicieron eco dentro del burdel. Alzó su falda para subir las escalinatas dispuesta a atravesar la puerta vaivén dejando atrás los comentarios fuera de lugar. Antes de que pudiera poner un pie dentro del antro, un brazo la detuvo tomándola por el codo.

—Oh, no... se ha equivocado de camino, señorita Brosman. —Era Salma, la joven prostituta que días atrás había salido a su rescate. Por lo visto, estaba decidida a ser una especie de guardián personal para la joven e incauta maestra. Sin más, fue forzada a retroceder en pasos.

—No, no lo he hecho, vengo a buscar a uno de mis alumnos. —Intentó librarse de la presión de la mano de Salma para volver a entrar.

Las murmuraciones de los hombres crecían exponencialmente. Algunos hasta sugerían un intercambio cariñoso entre ambas.

—Lo sé, pero si entra aquí, saldrá sin el niño y sin su buena reputación.

Juntas descendieron los peldaños de madera. Salma la obligó a no mirar atrás. Los rostros de los concurrentes comenzaban a asomarse por las ventanas.

—Agradezco que te preocupes por mi reputación, pero no es necesario, yo puedo con ella y con sus consecuencias...

—No sabe lo que dice, señorita Brosman. —Cuando estuvieron a un par de metros de la puerta principal, la liberó, se adelantó un par de pasos, y le indicó—: Sígame.

—Amy... dime Amy. No señorita Brosman —le dijo avanzando tras sus pasos—. ¿A dónde vamos? —La pregunta fue una mera formalidad, sabía que se dirigían a la parte trasera del burdel. Un fétido olor le inundó las fosas nasales. Tuvo que contener la respiración por unos segundos, cubrirse la nariz delante de la muchacha no le pareció una buena idea, ella caminaba como si el aire fuese limpio y puro.

—En busca del alumno que se le perdió... —Se detuvieron a varios metros de lo que parecía ser un pequeño establo vacío utilizado como depósito de cacharros, maderas, y colchones de paja en desuso. Allí, sentado en un diminuto taburete para que sus pantalones no entraran en contacto con el barro, producto de restos de agua estancada y orín, estaba Elsu. Con trapo en mano y grasa animal, lustrado un par de botas—. Ramírez lo hace a propósito... —murmuró Salma más para sí que para Amy.

—¿Qué? ¿Qué hace a propósito?

—Tentar al pequeño con monedas... lo hace solo para provocar a Hotah.

Hotah... Amy contuvo de nuevo la respiración, y no precisamente por el olor desagradable.

—¿Por qué?

—Porque lo detesta; según Ramírez, Hotah mete sus narices en donde no debe.

Elsu seguía atento al trabajo, junto a él tenía otros dos pares de botas más. El tal Ramírez pretendía tenerlo ocupado gran parte de la mañana. Lo observaron en silencio.

—Y Elsu... ¿qué culpa tiene el pequeño?

—¿Culpa? Ninguna. Es un mestizo salvaje, y con eso es suficiente.

Salma se alzaba como el periódico local de ese lado del pueblo. Se aprovecharía de ella para averiguar todo del niño. ¿De qué otra manera obtendría información? Elsu no colaboraba, y Hotah... bueno, mantener una conversación con él significaba estar dispuesta a algo más que un choque cultural. El hombre desechaba todo conocimiento sobre los modales de un caballero valiéndose de sus raíces. Todavía recordaba su atrevido acercamiento, el contacto de su piel con la de ella, su perfume rústico, único... su respiración caliente, ansiosa, mezclándose con la suya... ¡Una completa locura!

—¿Su madre es una mujer blanca?

—No, su padre... —Salma resopló con evidente furia, y se corrigió—, mejor dicho, el que lo engendró, producto de una violación, es un hombre blanco. —Amy se cubrió la boca con las manos para contener la exhalación de espanto—. Por eso su madre se desentiende de él, y el resto de la tribu también lo hubiese hecho de no ser por Hotah.

—¿El señor Hotah? ¿Qué ha hecho él?

—¿Señor? —Salma contuvo las ganas de reír a carcajadas—. Ay, ay, ay, señorita Brosman, por si no se ha dado cuenta, está muy lejos de su hogar ya...

No aceptaría que la criticaran por sus costumbres protocolares.

—Los buenos modales son una elección... una que todos deberíamos de tomar. —Salma sacudió la cabeza, y Amy fue lo suficientemente inteligente para regresar la conversación a su cauce antes de que el buen clima se perdiera—. ¿Por qué el pequeño no está con su tribu?

—Porque en el fondo no es uno de ellos, es un mestizo... si el niño tiene protección es porque Hotah, respetando las costumbres de la tribu, compró un lugar para el pequeño.

—¿Compró un lugar? ¿A qué te refieres?

—Robó caballos, y se los entregó al cacique en nombre de Elsu. —Una vez más, las manos de Amy cubrieron su boca para contener el espanto. «Robó caballos». Salma rio—. Quite esa expresión, señorita Brosman. Lo que para usted es un delito, para ellos es una costumbre ancestral...

—Amy, ya te lo he dicho... dime Amy.

La risa de Salma alcanzó los oídos de Elsu, apartó la mirada de las botas, y dio con ellas. De inmediato, al sentirse capturado, echó la cabeza hacia atrás.

—No, no, pequeño... —lo regañó con cariño Amy—, tu lugar, a estas horas, es en mi salón de clase. ¡Deja esas botas!

Contrario a hacerlo, lustró más y más rápido. La desafiaba.

—Es un rebelde, no puede evitarlo —continuó Salma—, supongo que viene a el pueblo porque con Hotah se siente identificado, y recibir la aprobación de otro mestizo es importante para él... sea buena con él.

—¡Vamos, ven! —Amy caminó hasta él luchando con el barro. Sus botines se hundían, un mal paso, y caería de bruces en la lodosa inmundicia.

—¡No lo haré, las monedas del señor Ramírez valen más que sus tontas letras!

Amy no se marcharía sin el niño. Sin su alumno. Patinó sobre el barro, por suerte, puedo sostenerse a tiempo.

—Espere, deténgase ahí... —Le sugirió Salma. Ella se detuvo justo antes de tambalear—. Elsu, ven aquí...

—No, ven a buscarme —la desafió también a ella.

—Oh, no, ni la señorita Brosman ni yo lo haremos... si no vienes aquí, buscaré a Hotah y él vendrá a por ti. ¿Quieres que Hotah venga a por ti? ¿Que sepa que lustras las botas de Ramírez?

Las palabras exactas en el momento preciso. Elsu dejó la labor a medio hacer, y se encaminó hacia ellas de brazos cruzados sin decir ni una palabra más.

Una vez que Elsu pasó junto a Amy, ésta se sumó a su caminata, al alcanzar a Salma, le murmuró:

—Gracias...

La muchacha le sonrió. La imagen no cuadraba, Amy se preguntaba cómo una jovencita tan bonita y amable como Salma había terminado en aquel lugar como producto de intercambio entre hombres. Se preguntaba cuál sería la historia detrás de ella. Tal vez, su historia no era muy diferente a la suya, por lo menos no en los inicios de vida. A simple vista, a primera interpretación, lo único que se podía decir que las diferenciaba era el tipo de suerte que se les había atravesado en el camino.

—De nada, yo me ocupo de las botas, y por favor, Amy... mantente alejada de este lugar.

Tendría que tomar esa amable advertencia muy en cuenta, no siempre la joven prostituta estaría ahí para rescatarla.

—Lo haré, en lo posible lo haré... —Dio un paso hacia adelante, para luego arrepentirse y girar sobre sus talones. Le dijo en confidencia—: ¿Puedo pedirte un favor, Salma?, entre los que ya me has hecho. —Salma respondió con un gesto de cabeza expectante—. ¿Podrías conservar esto como un secreto entre nosotras?

—¿Esto?

—Sí, esto... —Carraspeó nerviosa de solo pensar que el corpulento hombre mestizo de piel bronceada y ojos oscuros como el carbón podría hacerse presente en la escuela—, no quiero incomodar con las travesuras del niño al señor Ho...

—Hotah —la interrumpió entre risas. Salma no era tonta, y acababa de caer en cuenta de que la utilización de el «señor» era un recurso que la joven maestra utilizaba para conservar la compostura cuando hablaba del amerindio—. No se preocupe, ni yo ni Elsu se lo diremos, de eso puede estar segura. —Elsu recibiría una reprimenda de su mentor si se enteraba, una que lo dejaría sin poder acercarse a los caballos—. Eso mantendrá a Hotah lejos de la escuela.

—No se trata de eso, él... —balbuceó como una jovencita al tiempo que sentía que la temperatura en sus mejillas subía—, él no es un inconveniente... —Debía encontrar las palabras adecuadas. Aquellas que no expusieran a la luz la verdad, el inconveniente no era él, sino ella, lo que experimentaba cada vez que el hombre se acercaba o la miraba. Si hasta se había dispuesto huir de él en cuanta oportunidad pudiese, solo para dejar de abastecer de alimento a sus sueños.

Elsu caminaba a lo lejos, y Salma, conocedora en primera persona de sentimientos ingobernables que debían ser silenciados, se valió del pequeño para salvarla del pozo en el que Amy se había hundido.

—Si no se apura, volverá a perder al niño...

—Oh, no... —Levantó su falda y avanzó a paso rápido, no sin antes decirle—. Una vez más... gracias.

Al regresar al salón de clase se sorprendió con una asistencia perfecta; Rosalie, Milly, Augusta y Barton. Con Elsu, protestando por lo bajo, completó el listado de alumnos. Cody, desde su asiento, continuaba teniendo la atención de sus compañeros, mientras la señora Williams controlaba todo desde la puerta.

—Vaya, con que los motivos que la empujaron fuera del aula fueron estos... —dijo mirando de reojo a Elsu. Sin más que decir, se dirigió al pequeño mestizo con el ceño fruncido y los brazos en jarra—. La próxima vez que faltes a clase, la señorita Brosman no irá a buscarte, yo lo haré, ¿has oído?

—Sí, señora Williams...

—Pues ve adentro que tus compañeros te esperan.

Lo hizo sin chistar, y cuando estuvo dentro del salón, el recibimiento alegre por parte de los niños se hizo notorio para ambas mujeres.

—Cuando necesite ayuda, no tiene más que pedirla, señorita Brosman —carraspeó Philomina—, aunque esa ayuda signifique ir a la captura de sus alumnos más rebeldes.

Amy sonrió de par en par al comprender que la suposición en cuanto a la mujer había sido por completo equivocada. El pensamiento de la señora Williams brillaba con luz propia y no imitaba al de su marido.

—Lo haré, de ahora en más, sin duda que lo haré... Gracias.

Ingresó a salón e impuso su amoroso orden. Ya habría tiempo para la distracción... era hora de sumas y restas. Era tiempo de ser la que era, una maestra.

Las manos enguantadas de Amy se hundieron en la tierra hasta sacar la última raíz. Como el agua no era muy común en esos lares, las plantas buscaban la humedad extendiendo las raíces hasta lo más hondo. La labor de mantener la huerta era más ardua allí que en Inglaterra, aun así, no se rendía. Cosechar sus propios alimentos era una parte fundamental de la educación, conseguía que las personas entendieran el real valor del plato en la mesa. En esas latitudes, no era algo que se desconociera, pero sí en los grandes salones de Londres; la corriente educativa que perseguía la señorita Brosman era universal, y eso implicaba que se adaptaba tanto a ricos como a pobres.

No podía negar, a su vez, que la tarea era relajante y le permitía ahondar en reflexiones de manera que las mismas no la asaltaran por las noches quitándole el sueño. Y si de quitar el sueño se hablaba, el nombre Hotah se hacía presente.

Amy sopló para apartar de su frente un mechón de cabello que caía sobre el rostro. Lucía el sombrero que Hotah le había devuelto, y parecía que había dejado su impronta en él. Era incapaz de usarlo sin pensarlo. Mentira, Amy no necesitaba de objetos para recordararlo.

La incomodaba como nadie antes; no sabía cómo actuar con él. Las reglas sociales, esas que Amy impartía en el salón de clases y que siempre le sirvieron para manejar cualquier situación, eran obsoletas cuando tenía al hombre ante ella. Se ponía a balbucear, era incapaz de emitir un saludo cordial o de mantener las distancias establecidas. Tampoco lo trataba con la naturalidad con la que se relacionaba con las demás personas, incluso las del sexo masculino. Amy no dudaba en sonreír a Louis Grant, por ejemplo, y agradecerle las colaboraciones de la familia con una taza de té y algún panecillo horneado por ella. Incluso si, por un extraño motivo, se hallaban sin carabina, no se preocupaba demasiado por el asunto, teniendo su conciencia tranquila de que los pocos minutos compartidos con aquel soltero apuesto no significaban más que eso ¡y que alguien se atreviera a ponerlo en duda! Con Hotah el mundo se ponía de cabezas.

Cuando de él se trataba, Amy olvidaba todo. Si se encontraba ante el hombre, se sonrojaba; si alguien le preguntaba por él, enseguida recurría a la carta de la ofensa, como hacían aquellos que se sabían culpables. Era incapaz de alzar el mentón, erguir la espalda y exclamar con sinceridad: ¿Qué insinúa, que no puedo estar en compañía de un caballero y comportarme como una completa dama? No, porque la respuesta era negativa. Sus pensamientos la condenaban en presencia de Hotah y era una odisea ocultarlo. La distancia y frialdad eran las únicas herramientas que contaba contra el hombre, y las aplicaba tanto como podía.

Pero existían momentos en los que le era imposible; era una mujer de palabra y principios, y no permitiría que su pueril comportamiento ante una camisa desabrochada, unos ojos negros y profundos y un rostro de facciones tan firmes y filosas que la invitaban a una caricia la hicieran olvidar su misión en esas tierras: educar. Educar a todos los niños que estuvieran a millas a la redonda. Educar a Elsu.

De modo que, ¡al demonio!, ella guardaría las distancias hasta cierto punto y por razones personales. No por el qué dirán. Un rumor que se alzaba con su nombre y el lema de *amante de indios*. Esa era la nueva habladuría que se había sumado a su colección personal. Lo había escuchado por aquí y por allí, cuando entraba a la tienda del señor Soler, a la boticaria del señor

Rider, a la tienda de Lila Anteen...

Arrancó la hierba mala con furia, y la misma se cortó. Maldijo entre dientes, tendría que escarbar hasta dar con la raíz o crecería de nuevo.

El rumor se propagaba, y cada vez estaba en boca de más gente. Y allí era cuando se sentía en falta consigo misma; ¿desde cuándo le molestaba que hablaran de ella? Quizá, desde que había una cuota de razón. Adoraba a Elsu y la perturbaba Hotah, y esos sentimientos eran tan ciertos que no conseguía alzarse con su orgullo británico y desmentir a las lenguas viperinas.

Sin embargo, que el orgullo no apareciera cuando de Hotah se trataba, no quería decir que lo tuviera dormido. O que su carácter fogoso no hubiese mostrado su peor rostro y, con esas llamas, alimentado aún más las habladurías. El señor Krandall no dejaba de contarle a quien estuviera dispuesto a oírlo, que la señorita Brosman lo había echado de su escuela cuando planteó su disconformidad sobre que niños blancos estudiaran con *indios mugrosos*.

La respuesta de ella se había alzado casi como una blasfemia, en su defensa, diría que el señor Krandall la había hecho enfurecer más de la cuenta. «Así como aquel es un templo de Dios —Había señalado hacia la capilla—, este es un templo de conocimiento. Usted no blasfema allí, y aquí no viene con discursos de ignorancia. Y la discriminación, déjeme decirle, señor Krandall, no es más que una muestra de su honda y profunda ignorancia. Si algún día desea cambiar, esta aula también estará abierta para usted». Acompañó su sentencia con un ademán de invitación que el hombre refutó. Ofendido, fue puerta a puerta a comentar el desplante y a regar en las calles de Sacramento la versión de que Amy Brosman prefería a los indios.

El muro de ignorancia por sortear era mayor del esperado; comprendía que, sin proponérselo, había saltado una valla y se encontraba al otro lado del que siempre vivió. En Inglaterra, Amy Brosman era la pobre huérfana a quien miraban por sobre el hombro, y los que luchaban contra las mentes cerradas eran el marqués y la marquesa. En cambio, en esas tierras, Hotah tenía razón, ella era sinónimo de reglas y educación, y no podía alzar los hombros en señal de desprecio, mofarse y clamar: si quieren seguir en la ignorancia, allá ustedes, yo sé quién soy.

Volvió a jalar con fuerza de una maleza rebelde. Unas botas aparecieron en su campo visual, se giró y chilló por el susto y la sorpresa.

—No hay manera de que no la asuste, señorita Brosman. —El dueño de sus pensamientos se hizo presente en carne y hueso; y Amy, desde su lugar, con el trasero en el suelo, pensó que el desgraciado era más alto de lo que recordaba.

—Así parece, señor Hotah. ¿Por qué no ha llamado?

—Lo hice, pero nadie respondía.

—¿Y le pareció correcto adentrarse en propiedad privada? —lo reprendió.

—Sí... de hecho, sí, me pareció correcto. —Hotah se inclinó hacia ella, Amy extendió las manos, pensando que la ayudaría a ponerse de pie, pero el hombre no lo hizo. Tomó la hierba con la que había estado luchando en vano, y muy cerca del origen de la raíz, con sus manos desnudas, jaló hasta arrancarla por completo. El movimiento le llevó apenas un segundo, tiempo que bastó para que la señorita Brosman dejara una vez más los reparos y la buena educación de lado, y se lanzara hacia él, aprisionando la piel del hombre entre sus guantes. Hotah se giró para observarla, y Amy pudo jurar que el contacto lo había tomado tan desprevenido como a ella.

—Se lastimará... —se defendió la muchacha, con el naciente sonrojo que ya era habitual—, he trabajado toda la tarde con los guantes y así y todo siento las manos ardidadas. No debería hacer eso sin protección.

—Usted es muy delicada...

¿Por qué sonaba todo tan mal en sus labios?, se suponía que la delicadeza era una virtud

femenina, pero Hotah lo hacía sonar como una debilidad.

—¡No lo soy! —se defendió y se incorporó sin auxilio de parte del hombre. Pensó, erróneamente, que al estar de pie se sentiría en menor desventaja. No fue así. Hotah sonrió, una media sonrisa que siempre lucía socarrona en esos labios firmes que se recortaban en una mandíbula cincelada.

—Lo es... un poco.

—Un poco... acepto ese poco —dijo a modo de pacto de paz—, ¿qué lo trae por aquí?

Amy se maldijo una vez más, y algo en su expresión la delató. Como era habitual entre ellos, todas las normas del decoro y la buena educación terminaron en la basura. No hubo un saludo apropiado, ni la conversación sobre salud general, suya y de la familia, ni la invitación a un té...

—Tenía que venir al pueblo, a buscar un ungüento en lo del mequetrefe... perdón, señor Rider, y me han pedido que le entregue esto. —Extendió una misiva con el sello Miler. La letra era de Nora, la reconoció de inmediato, y la embargó un entusiasmo juvenil que borró la incomodidad entre ambos. Como una niña, alzó la mirada hacia el mensajero y le regaló una sincera sonrisa de hoyuelos y labios rosas.

—No debería decirle mequetrefe al mequetrefe. —La opinión sobre el señor Rider era compartida—. Por favor, señor Hotah, disculpe mis modales —Y ahí, su frase de cabecera cuando lo tenía cerca, parecía que era lo único capaz de decir tras sus encuentros—, permítame servirle agua fresca, que el clima no acompaña y haré té. —Alzó la carta como excusa, y vio que Hotah no comprendía—. Por si requiere respuesta inmediata...

—Ah, eso. —En esa ocasión, quien se mostró incómodo fue él; Amy no lo notó, Hotah era un gran dotado a la hora de disimular su malestar.

—Acompáñeme al porche —invitó la señorita Brosman. Sentarse en vistas de todos cumplía con los estándares del decoro, solo que, en el caso de ellos, era un verdadero incordio. Las miradas se posaban en la pareja, los habitantes de Sacramento parecían encontrar una excusa que los guiara a la capilla y se paseaban frente a su casa solo con la intención de observarlos y cuchichear.

—En ese caso, señorita Brosman, prefiero regresar en una hora y buscar su respuesta —se negó el hombre. Llevó la mano a su morral hasta dar con unas monedas y Amy lo detuvo, conocía lo que vendría a continuación. Se daba cada semana, era el trato obligado entre los dos.

—No, no... de ninguna manera. —Meditó por unos segundos, y supo que el sonrojo se instalaría en sus mejillas borrando el rastro de pecas. Los pensamientos de minutos atrás volvieron para atormentarla, cuando de Hotah se trataba, no encontraba la manera de obrar con naturalidad ni de defenderse con orgullo. Para ella, lo que iba a hacer significaba más que simple amabilidad—. Pase, por favor. Beba aunque sea un vaso de agua fresca en la cocina...

No se volteó para ver si la seguía, por miedo a delatar el temblor que la asaltaba. Dejó las herramientas de jardinería allí, con la idea de regresar a las labores una vez a solas, y se quitó el sombrero cuando cruzó el umbral. Su cabellera rojiza se desprendió de las horquillas, y los mechones cayeron con libertad, horrorizando a la muchacha.

—¡Oh, disculpe, señor Hotah! Lo siento mucho... yo... —Pensó que se desmayaría—, por favor, siéntese, enseguida regreso. —Y corrió hacia la habitación.

Hotah quedó petrificado en el ingreso a la cocina, con la sensación de que un rayo lo había alcanzado y reducido a cenizas. Esa mujer lo volvía loco, demente, desquiciado. Y la impotencia lo invadía sustentando una furia rara en él. No podía siquiera apreciar la belleza de una mujer blanca sin recordar las consecuencias que eso traía aparejado. Segregación, discriminación y... odio. Ya odiaban a Amy Brosman por Elsu, ¿qué sería de ella si supieran que había invitado a un

mestizo a su cocina?, ¿que se hallaban solos?, ¿que se había marchado hacia su recámara sin medir las interpretaciones de sus actos?, ¿que el amerindio que aguardaba impávido en donde lo habían dejado se encontraba cautivo de sus sedosos cabellos de fuego?

Se enfurecía con Amy por su inocencia, por su delicadeza —esa que ella negaba tener—, por su vulnerabilidad y el orgullo que se imponía por sobre la razón. Se enfurecía con ella por enloquecerlo, y luego mantenerse fría y distante. Por romper las normas, y luego alzarlas como un escudo. Por tentarlo, enredarlo en pensamientos imposibles que no hacían más que recordarle cuál era su lugar en el mundo: ninguno.

Se adentró en la cocina, y lo invadió el aroma a lavanda y a hogar. Todo allí olía a Amy Brosman. Ella regresó compuesta, sin rastro de tierra en el rostro y con el cabello en un tenso y simple moño a lo alto de la cabeza. Tenía tanto pelo, espeso y largo, que Hotah pensó que le dolerían las cervicales por el peso de llevarlo de esa forma... también pensó en cómo se vería sin recoger, podía jurar que le rozaría las caderas.

—Disculpe una vez más, señor Hotah. —Se dirigió a la jarra de porcelana y le sirvió un vaso de agua que apoyó en la mesa, como invitación muda a que se sentara de una vez. Él sonrió apenas, a la señorita Brosman lo intimidaba su altura y la hacía sentirse en desventaja, ya se había dado cuenta de eso. Se preguntó si eso era lo único que despertaba en ella, intimidación, y se maldijo porque tal asunto le importara. ¿Acaso quería provocar otra cosa en la maestra del pueblo?, ¿tan imbécil podía ser? Su rostro manifestó la dureza hacia sí mismo, y las facciones adustas pusieron más incómoda a Amy—. Espero no le moleste el té caliente con estas temperaturas, no he podido habituarme a beberlo frío y con limón.

—Debería probar, y ya que parece gustarle, agregar lavanda...

—¿Y eso por qué?

—La lavanda es buena para los nervios... —expresó con saber el hombre.

—Mis nervios están muy bien, gracias por preocuparse —respondió con manos temblorosas que la desmintieron. Maldijo en silencio, aunque agradeció que, aun a costa suya, Hotah hubiera cambiado la expresión de guerrero amenazante por una socarrona.

—Como sea, además de la nota... —Sacó las monedas del morral—, la paga por la comida de Elsu.

—Ya le dije que no era necesario. —Siempre la misma disputa. Amy puso su mano sobre las monedas en la mesa y las arrastró en dirección a su dueño. La mano de Hotah se posó sobre la de ella, impidiéndole el movimiento. Los dos permanecieron petrificados ante el contacto. Los ojos miel de Amy se fijaron en los carbones ardientes de Hotah, y leer en ellos la turbación no ayudó a serenarla. ¿Era deseo lo que observaba en su mirada, o acaso los iris del hechicero no eran más que pozos en los que uno se reflejaba y ella solo se veía a sí misma, anhelándolo a él? Retiró la mano con lentitud y murmuró:

—Creo que sí usaré lavanda en mis infusiones... —Preparó el té de manera convencional y cerró los ojos derrotada. Eso le sucedía por alardear de su primera victoria con Elsu; desde entonces, no hacía más que perder frente a Hotah. El hombre siempre conseguía pagar por la semana de alimentos del niño.

—¿Cómo le está yendo a Elsu en su escuela de blancos?

—Señor Hotah... —lo reprendió, a sabiendas de que lo hacía solo para molestarla. Sirvió el té, y en lugar de sentarse a la mesa como era debido, se permitió romper una regla más. Permaneció de pie, con la taza en las manos y la cadera, mullida por las enaguas, apoyada en la mesa de trabajo—. Le está yendo bien... —Sorbió, y el efecto «Inglaterra» la acunó con su familiaridad. Se permitió que esa misma sensación alcanzara a Hotah, y le sonrió. En esos

instantes, daban la impresión de ser dos padres preocupados por su niño, que se ponían al corriente de los avances—. Tiene una mente analítica que lo convierte en un excelente alumno en matemáticas, y respecto a las ciencias naturales... bueno, me atrevo a decir que sabe más que yo. Aprendo mucho de su conocimiento de fauna y flora de California, más que de los libros...

Hotah se relajó al oír los halagos hacia Elsu. Le agradaba que la señorita Brosman no fuera una esnob y estirada que pensaba saber más que todos. Aceptaba su ignorancia en algunos temas, y como toda persona que reconoce su falta de saber, batallaba contra ella con más estudio. Era una mujer abierta de mente, dispuesta a adquirir conocimientos de quien y de donde sea.

—Es un niño listo, lo sé, pero veo que ha comenzado por lo bueno... y que ahora viene la lista de lo malo. —Amy rio, su risa invadió la cocina y consiguió tensar cada músculo en el cuerpo de Hotah. La suave carcajada se cortó al sentir en ella la ardiente mirada del hombre, la malinterpretó y Hotah no la sacó de su error. Hacerlo implicaba reconocer su deseo.

—No son cosas malas, señor Hotah —dijo a la defensiva, y bebió más té—, cada uno tiene sus fortalezas y debilidades. En Elsu las fortalezas son las matemáticas y las ciencias naturales, y las debilidades... Bueno, debe mejorar la caligrafía; para eso se requiere mucha práctica, y entiendo que no es posible para todos los niños tener acceso a papel, tinta y pluma. Por otro lado, su negativa a aprender de literatura e historia nace de un temperamento terco y rebelde...

—Ya sabía usted que era terco y rebelde.

—Sí, pero lo es más que yo, y me preocupa que me venza en mi propio terreno —bromeó—. Oh, señor Hotah... —se lamentó, sin darse cuenta de que bajaba las barreras con él. Se sentó en la silla vacía, casi rendida, y dejó ir parte de su pesar. La confianza la hizo olvidarse de que compartía sus penas con una víctima directa de ellas; en su mente, Hotah y víctima no parecían ir de la mano, por lo que interpretaba esa espalda ancha y ese temple de acero como un buen lugar para dejar ir la frustración—, es que a donde quiera que una va se encuentra con esta división. Que si es indio, que si es blanco, que si es negro... es imposible dejarla atrás. —Golpeó la mesa en un gesto de malestar, sin dejar de violencia—. Y Elsu lo absorbe... yo le doy cuatro horas de lecciones ¿para qué?, para que el pueblo las borre con sus habladorías. El niño no quiere aprender historia, porque no es «su historia», ¿entiende? Para él no existe tal cosa como historia de la humanidad, y a veces no logro disuadirlo, y me pregunto ¿tendrá razón? Y creo que sí, la tiene. —Suspiró para darle una pausa a su monólogo liberador. Hotah permanecía casi inmóvil, oyéndola, permitiéndole el desahogo—. Y con la literatura sucede lo mismo, él está acostumbrado a las leyendas recitadas, a la transmisión verbal. Intenté que escribiera esas mismas leyendas, para ver si así lo motivaba, pero no...

—Si las escribe, quita de ellas el ritual, señorita Brosman. Cada sabio las cuenta y transmite a su manera; si Elsu las plasma en papel, impondrá una, dejará establecido que solo hay una versión. No lo conseguirá de esa forma —dijo Hotah.

—Ya veo... gracias por la explicación. —Le palmeó la mano con afecto, absorta en otros pensamientos. Era la primera vez que se comportaba como ella misma frente a él—. Oh, lo siento. Lo retengo sin darle respuesta de la misiva... permítame servirle más té. —Se puso de pie, rellenó su taza, la de él estaba intacta, y abrió el sello de Miler. Sonrió con la felicidad que la embargaba al saber del éxito de su buena amiga. Puso a Hotah al corriente, aun cuando imaginó que el hombre ya estaba al tanto de las buenas nuevas—. Al parecer han conseguido publicar un libro muy esperado y controversial, y harán un festejo. Me alegro muchísimo, creo que el señor Miler y mi gran amiga, la señorita Jolley, están haciendo gran cosa para cambiar esto de lo que yo no hago más que lamentarme en mi cocina...

—Hace mucho más que lamentarse, señorita Brosman. —La dureza en la voz de Hotah la

golpeó. Estaba enojado, enojado con ella por... ¿desmerecerse? Tragó saliva por la emoción despertada. No, jamás podría defenderse de los rumores cuando ella era tan débil ante él.

—Como sea, no creo que se requiera una respuesta escrita. Basta con que les diga que por supuesto iré, no me perderé la celebración por nada en el mundo... ¿qué sucede? —preguntó al ver la enigmática expresión del hombre. Por lo visto poseía información que no se encontraba plasmada en la misiva.

—Nada, nada. Trasladaré su respuesta. —Se puso de pie, dispuesto a marcharse—. Su amiga estará muy feliz... sin duda, será un festejo especial.

—Oh, no. No quiero secretismos...

—Pero sin secretismos, le arruino la sorpresa —bromeó. Podía ser que hubiese miles de diferencias entre blancos, negros y amerindios, pero si algo los igualaba era que una mujer, sin importar la raza, no manejaba bien la incertidumbre. Se despidió de ella con una reverencia burlona, y abandonó la cocina por la puerta trasera, para no dar que hablar. Lo hizo con un eco de reclamos a sus espaldas...

—¿Qué sorpresa, señor Hotah?, no me gustan las sorpresas. Regrese... regrese y responda... —La brisa le trajo la risa gutural del hombre por respuesta.

La preparación para el festejo puso nerviosa a Amy como jamás le había sucedido. Dada su poco ortodoxa situación en Inglaterra, la presentación en sociedad y la búsqueda de marido jamás fue un aspecto de peso; lo que se tradujo en un desinterés completo hacia la vanidad. Los hombres que en tierras británicas habían mostrado algún indicio de querer desposar a la tutelada del marqués resultaron ser unos imbéciles ambiciosos sin cerebro que, en lugar de una esposa, intentaban cazar los favores de Lord Shropshire. Mientras que aquellos que podían ser legítimos en sus afectos, no podían brindarle a la joven dama la vida que ansiaba —y en muchos casos, la repudiaban por querer ejercer una profesión—. Había abrazado la soltería como una forma de libertad, y así había sido por mucho tiempo. De hecho, en términos sociales, ya era considerada una solterona. Bastaba preguntarle a la señora St. Jordan, rememoró con cariño a la anterior casera.

Esa noche, algo cambió. Podía mentirse, luchar consigo misma, ahogar los pensamientos y sentimientos, pero la verdad se alzaba implacable. Quería lucir bella para el hechicero.

Por tal motivo, y pese al calor, en lugar de utilizar uno de los simples y prácticos diseños de Lila Anteen, recurrió a su pieza más valiosa: un vestido confeccionado por Clarise. Su amiga tenía el don de la elegancia corriéndole en las venas, y el futuro le auguraba éxitos si conseguía la clientela adecuada. Amy ya había escrito a Lady Katherine comentándole las dotes de Clarise, con el afán de que la marquesa utilizara uno de sus atuendos. Sería su entrada triunfal de la moda bostoniana en los salones de Londres. De momento, ella tendría su victoriosa entrada en casa de Charles Miler y esperaba que surtiera efecto.

Hotah la hacía sentir en desventaja, y eso no le agradaba. Él no necesitaba más que su piel para dejarla sin armas ni defensa, su impronta y presencia bastaban para quitarle el aliento y ponerla a tartamudear. El porqué de que aquello fuera importante y pesara esa noche era algo que no iba a analizar. Sobre todo, porque era la noche de su amiga Nora Jolley, y serían de ella todos los pensamientos.

Se bañó y perfumó con su esencia de lavanda; se enfundó la camisa liviana, las medias de seda, el corsé frontal y las enaguas almidonadas. Una, dos, tres, cuatro y cinco. Uff... el sudor le hizo compañía, y tras la tarea, se refrescó con un paño humedecido en agua del aljibe. Permaneció de esa manera hasta última hora, los Foster irían a por ella de camino a las tierras Grant en donde la casa de Miler estaba dispuesta. Desató su cabello, previamente recogido con lazos para armar los bucles, y los acomodó en un recogido en la coronilla. Despejó por completo el rostro, tenía la cabellera demasiado larga, y a diferencia de otras muchachas, le era difícil conseguir enmarcarlo con algunos rizos. Finalizó el peinado con un delicado aplique en forma de mariposa, con una perla y piedras semipreciosas incrustadas, y con eso listo, se calzó el vestido azul Francia de falda amplia y cintura estrecha. Agradecía que fuera de mangas cortas, que se abultaban a la altura de los hombros y dibujaban una línea recta con la parte superior de la pechera del traje. La misma terminaba en el nacimiento de sus senos y los elevaba, haciéndolos lucir más turgentes de lo que eran, los de Amy eran dos pequeños montículos coronados de rosados pezones; pero gracias al arte de Clarise, parecían grandes y llenos. En nombre del decoro, la piel del esternón hasta el grácil cuello estaba cubierto de una tela fina, que ocultaba la transparencia gracias al delicado

bordado que dibujaba una intrincada enredadera con sus correspondientes flores.

El carruaje de los Foster resonó en el pórtico, en el momento exacto en el que Amy abrochaba el último botón. Había desarrollado una envidiable habilidad de llegar a su espalda con las manos y vestirse sola. Tomó un pequeño bolso y se colocó los guantes hasta los codos. Los zapatos estaban junto a la puerta de ingreso, se los puso casi al paso, antes de abandonar el refugio de su hogar.

Tras los saludos de cortesía, compartieron una charla amena sobre la novela que le habían prestado, de la escritora Sarah Lorean.

Las luces de la casa Miler se divisaban a lo lejos, y Amy, que nunca había estado en las tierras Grant hasta entonces, se maravilló de la extensión de la tierra, de los viñedos que secundaban el camino y del aroma dulzón que embalsamaba el aire. Un par de antorchas marcaban el sendero de ingreso, y el coche se detuvo cerca de la puerta. José, uno de los pocos empleados de Miler, se acercó a ayudarlos; pero allí los protocolos estaban de más. Se asemejaba a una visita de amigos en confianza y no tanto a un evento social, con normas y normas a seguir. Descendieron y entraron sin más; el anfitrión conversaba con Benedict Grant, y Nora corrió a su encuentro en cuanto la vio.

—No me alcanzan las palabras para expresar la alegría de verte —dijo la señorita Jolley, casi desesperada. Se veía en su rostro la luminosidad de una dicha imposible de opacar, al igual que el miedo que se desprendía de esa felicidad.

Amy la abrazó con consuelo y comprensión; la charla de días atrás sobre el enamoramiento de la joven hacia su jefe y la disyuntiva en la que se hallaba era todo lo que necesitaba saber para empatizar con ella. Sin contar con que, en su escasa y nueva experiencia en términos de sentimientos, entendía que resistirlos estando bajo el mismo techo podía ser una tortura.

Y su tortura se hizo presente. Junto a Louis y Zachary Grant, un Hotah elegante, con pantalones claros, botas altas, camisa blanca abrochada y chaleco en tonos bronce. La cabellera lucía peinada en una coleta baja, que se sostenía por un lazo de cuero, y algunos mechones estaban trenzados, otorgándole esa imagen exótica y única que lo caracterizaba. Kaliska, la otra empleada de Miler, pasó con una bandeja, y Amy se apresuró a tomar una copa. Bebió un sorbo para desatorar su garganta, y tarde comprendió que la bebida era champaña. No estaba muy acostumbrada al alcohol.

—Yo también me alegro de verte. ¡Estás radiante! —halagó a Norah, sin falta de razón. Si ella se había puesto su mejor vestido, los adjetivos no alcanzaban para describir el de su amiga. Verde oliva, fino, de una tela delicada que le sentaba de maravillas. Sin contar el collar de perlas; había visto a condesas lucir menos elegantes que a su amiga la señorita Jolley.

—Oh, no lo menciones. Creo que voy a morirme del bochorno... —confesó Nora, y su confesión estuvo cargada de mil secretos más. Al igual que Amy, la falta de orgullo y seguridad en su amiga delataba sus pecados. Si no se sentía cómoda con ese vestido era porque creía estar en falta, y esa falta estaba a unos metros de ellas. Charles Miler observaba a Nora Jolley con una adoración sin igual, y también con una dosis de posesión. «Es mi mujer», clamaba todo él, «es mía y me siento pleno por ello». Las palabras de Hotah, el secretismo, la azotó y supo que esa noche no vaticinaba nada bueno.

Miler no era el único con secretos; Nora los tenía, y los de ella no eran felices ni traerían alegría al ser confesados. Su amiga había caído en la red de sus silencios y ni la amistad que le profesaba podría salvarla. Lo que hizo, en cambio, fue tomarla del brazo para que supiera que no estaba sola. Y reemplazó la copa vacía por otra llena... ¡Maldición, esa noche requería de ayuda extra y el alcohol sería su aliado!

Las hermanas Foster se acercaron tras desperdigar los saludos de cortesía.

—Se la ve radiante, señorita Jolley —acusó con picardía Brithany Foster al hacerse presente. Megan, la mayor de ellas, le brindó un poco disimulado codazo—: ¿Nos dirá su secreto?

—Creo que ya lo saben. —El rubor se alzó por las mejillas de Nora, pero también lo hizo su mentón. Un gesto desafiante que caracterizaba a la muchacha británica. Amy escondió la expresión tras el borde de la copa, pues, conocedora de su amiga tras dos años de vivir con ella, sabía lo que significaba: Nora Jolley amaba a Charles Miler, y por muy en falta que estuviera ante la sociedad, no renegaría de ese sentimiento; por esa terquedad compartida era que se llevaban tan bien.

—Verdad, su vestido lo confiesa.

Amy tosió de manera descontrolada, la mayoría de las miradas se posaron en ella. No estaba acostumbrada a conversaciones que se consideraran indecorosas; tales afirmaciones solo podían salir de labios de matronas muy bien relacionadas, jamás de una mujer soltera, y menos en edad casadera como era Brithany Foster.

—¡Eso le ocurre por no beber licor, señorita Brosman! —Louis Grant intentó evitar el bochorno en la muchacha haciendo de las suyas—. El licor nunca traiciona ¡No lo olvide! —Levantó su copa. El resto lo imitó, uniéndose al improvisado brindis.

Si la champaña ya surtía efecto, no quería imaginar cómo actuaría bajo los efectos de un fuerte licor.

—Respira, Amy... —Nora le palmeó la espalda mientras Megan le proporcionaba una ficticia brisa con su abanico.

—Lo siento, señorita Brosman... —Brithany se disculpó.

—Dime Amy... —Tras varios encuentros, podía otorgarle el beneficio del tuteo—, y no, no es necesario que te disculpes. No tienes por qué.

—Tienes razón, Amy —intervino Megan—. No tiene que disculparse contigo, sino con Nora. Su comentario estuvo, por lejos, fuera de lugar.

Nora quería pasar por alto el asunto del vestido. Si seguían indagando, el collar de perlas que Charles Miler le había obsequiado como muestra de su afecto, sería el próximo punto de análisis.

—No es necesaria la disculpa, Brithany.

—No, mi hermana tiene razón, a veces suelo abrir mi boca sin mesura.

—Exacto —convino Megan, satisfecha. Y Amy, ya restablecida, asintió.

—Perdón por mi equivocación, es evidente que el señor Miler le paga un excelente salario. ¡No cualquier empleada puede darse el gusto de un vestido como el suyo... —Ironía pura. La pequeña Foster era peligrosa. Señaló con su abanico la gargantilla en Nora—, o ese collar de perlas!

—¡Por todos los cielos, Brithany! —gruñó entre dientes Megan—. ¿Qué hablamos antes de llegar aquí?

—Señorita Foster... —Amy recurrió a sus delicados modales y formas para regresar a su lugar a la jovencita. Una cosa era que se permitieran cierta flexibilidad, y otra era atacar de manera despiadada a Nora Jolley—. No sabía que usted se desenvolvía en el ámbito laboral como para estar al tanto de los salarios actuales. Dígame, ¿cuál es su área de trabajo?

—El cotilleo, ¡qué más! —respondió Megan, sabedora de que la victoria le pertenecía a la maestra—. Me disculpo por ella, ya que parece incapaz de hacerlo.

—Tengo mis motivos. —Brithany se abanicó el rostro ardido con la vista puesta en Amy. Los ojos de la joven Foster se perdían en la distancia tras la espalda de la señorita británica.

—¡Pues aparta esos motivos de esa cabecita tuya! —la reprendió su hermana.

Nora y Amy se miraron intrigadas, y la señorita Jolley consideró prudente indagar en el asunto para dejar de ser el centro de los comentarios tendenciosos de la jovencita Foster.

—¿Cuáles motivos? Si es que se puede saber —preguntó Nora.

—El hombre que, se dice, va a ser el nuevo protagonista de la novela de Sarah Lorean —se acercó a ellas a modo de confidencia y susurró entre medio de las cabezas—: Hotah...

Y el nombre del hechicero surtió efecto en Amy. Se tensó, y ya no bastó un sorbo de champaña para serenarla. La mirada de Brithany demostraba un contenido deseo, pícaro, como toda ella, pero deseo al fin. El calor que nació en el vientre de la señorita Brosman y aprisionó con cadenas de fuego sus tripas no fue ni más ni menos que celo y posesión. Toda ella parecía gritar que era la única con el derecho a sentirse perturbada ante Hotah. Ya veía que no era así.

—Nora... por favor, sé más disimulada. —Amy tiró del brazo de su amiga para que no le diera peso a la charla de Brithany. Ojalá fuera capaz de confesarse con ella, sabía que, si le explicaba sus motivos, la señorita Jolley sería su aliada, y Hotah quedaría fuera de toda discusión. Sin embargo, y como siempre sucedía cuando de ese hombre en particular se trataba, la razón la abandonó y actuó impulsivamente.

—¿Lo conoces, Amy? Me imagino que sí, suele recorrer el pueblo —preguntó Brithany, ávida de jugosa información.

—Puede que nuestros caminos se hayan cruzado en alguna oportunidad —mintió con descaro. La descubrirían en falta, pues no se hablaba de otra cosa en Sacramento que no fuera de las *malas amistades* de la maestra, pero ni las hermanas Foster ni Nora visitaban el pueblo tan asiduamente como para estar al tanto. De momento, tenía esa ventaja a su favor, y la utilizaría para no delatarse.

—¿Cuándo?

—¡Brithany, no seas tan metiche! —Megan decidió ponerle un límite a su hermana.

—No lo recuerdo. —Amy no fue muy convincente.

—¿No lo recuerdas? ¿Tú? —Nora se sorprendió, y Amy la miró con ojos suplicantes, llenos de pavor.

—¡Sí, no lo recuerdo! Mi memoria puede fallar, ¿no lo crees? —Actuó a la defensiva, esperando que su amiga lo entendiera sin palabras, del mismo modo que ella podía saber todo sobre la verdadera relación con Charles.

—Creo lo que tú digas. —Nora lo captó, y Amy largó el aire con alivio.

—Ahora que te observo... Amy —Brithany se permitió el tuteo que esta le había brindado para romper el silencio. El rostro de la señorita Brosman se encontraba en primer plano, y detrás, a lo lejos, coincidía el de Hotah—, serías la perfecta protagonista para la historia de Sarah. ¿No lo crees así, Megan? —Buscó complicidad en su hermana. Los ojos de Megan respondieron a la demanda. Las dos la evaluaron—. Tú, blanca como la luna, y él... con esa piel bronceada por el sol californiano. —Brithany volvió a abanicarse. Megan la imitó—. Tus cabellos rubios rojizos, y su cabellera oscura que le llega hasta los hombros...

¡Dios, que alguien la silenciara o tendría que hacerlo ella y no sería amable! No podía soportar esa tortura ni un segundo más, pues la imaginación de Brithany no se comparaba, en ese tema en particular, con la de la señorita Brosman. ¿Cuántas veces había proyectado ese cuadro en su mente? Carraspeó, y la fortuna intervino a su favor. Aunque en contra del de su amiga Nora.

Charles Miler tomó la palabra; habló para todos los presentes, pero sobre todo, para una mujer en particular.

—Nora... mi amada señorita Jolley. ¿Me otorgarías el último de los honores? ¿El honor de

hacerte mi esposa? —dijo al finalizar, y Amy sintió en carne propia el dolor de su amiga. El secreto que albergaba y le robaba la felicidad de esa noche.

—Lo siento, Charles... No, no puedo ser tu esposa. ¡No puedo! —Entre lágrimas, Nora Jolley abandonó la fiesta.

Con disimulado interés en el conocimiento de hierbas de Kaliska, la empleada mitad Miwok de la casa Miler, probó agregar lavanda a su infusión. Hotah tenía razón, era bueno para los nervios. Se sentó en el pórtico del editor, a la sombra de los árboles allí dispuestos para mantener la temperatura del hogar, abrió el libro y esperó a Kaliska para comenzar la lectura.

Su estadía en ese predio se debía a la grata noticia de que Nora y Charles habían llegado a un acuerdo. Ella le confesó que él era el verdadero marqués de Aberdeen, y él le dijo que le importaba un pimiento si ese era su motivo para no casarse. La elegía por encima de un título nobiliario, y ante semejante renuncia, sumado al intenso amor que se profesaban, continuar con la negativa hubiera sido absurdo.

Como absurda era su tarea de chaperona. Tras oficializar el compromiso, las normas del decoro —incluso en Sacramento se respetaban las básicas— indicaban que la pareja no podía vivir bajo el mismo techo hasta que se celebrara la boda. Amy sonrió con una mueca socarrona y rodó los ojos... Charles Miler esgrimió que tenía demasiado trabajo para prescindir de su asistente y que sería un incordio que ella se instalara en el pueblo, teniendo que viajar varias millas al día solo para cumplir con sus labores.

¡Claro!, que las millas las hiciera la maestra Amy Brosman. Para cumplir ese capricho del editor, ella ocupó el lugar de chaperona. Se alzaba como la compañía perfecta para asegurar que la pareja mantuviera el recato hasta la noche de bodas. Ja-Ja.

—¿Y la pareja? —preguntó Kaliska al llegar con una nueva infusión. Cada día combinaban nuevas hierbas, para sacar a Amy de su única posibilidad de bebida: té caliente.

—¡Oh, creo que la luz del despacho no era buena y han decidido ir a leer junto al arroyo!

—Todo sea por conservar bien la vista.

—Sí, algo que yo tendría que hacer, dado que no veo ninguno de sus deslices. —Las mujeres rieron. Kaliska se sentó junto a la maestra en el porche, y dejó que fuera ella quien sirviera el té. Tenían un nuevo libro de Sarah Lorean, pero la mujer Miwok se percató que, además, la acompañaba una lectura menos ligera. No sabía leer muy bien, Miler había insistido en que aprendiera, siendo editor, deseaba que todo el mundo a su alrededor amara los libros como él. Kaliska sabía lo básico, no tanto como para deleitarse con una novela, de modo que Amy compartía su lectura en voz alta—. Está delicioso —halagó la infusión.

—Es por la miel. Las hierbas que utilicé son bastante amargas; una de ellas es buena para bajar el fuego de estómago. Miler lo sufre cuando se pone nervioso... Y ya sabe, sucede con frecuencia.

—No lo culpo... —Las manos de la señorita Brosman fueron hacia el segundo ejemplar. Una pequeña cinta hacía las veces de señalador y por allí lo abrió. Algo la hizo fruncir el ceño y volvió a cerrarlo.

—¿No prefiere algo más ligero? —sugirió la mujer.

—Sí, sin dudas. Solo que... evadir el problema no lo hará desaparecer.

Kaliska bebió con parsimonia, y al ver que su compañera no decía más, indagó:

—¿Qué problema?

—La segregación. —Tomó el ejemplar—. Esto habla de la esclavitud y del destino de

aquellos que encuentran la libertad, pero no un lugar en el mundo. Sé que no es lo mismo... y no quisiera ofenderla con mi curiosidad...

—¿Qué sucede con los nativos?

—Sí, ¿por qué usted no está con su tribu?, ¿y Elsu? —Se abstuvo de mencionar a Hotah, y ese silencio la condenó ante Kaliska. La mujer supo con exactitud cuál era el destino de esa conversación.

—Yo también soy mestiza, como Elsu. Los nativos tienen lugar en sus tribus, no es justo, nos han quitado tierras, desplazado, arrinconado. Los Miwok fueron desterrados cuando California pasó a ser un Estado de Estados Unidos; la batalla fue letal, muchos murieron a manos de los blancos. En mis venas y en las de Elsu corre esa sangre, representamos al enemigo y no nos quieren con ellos. Yo no tuve la suerte de que alguien interviniera por mí... —Al ver que Amy asentía con conocimiento, se atrevió a decir su nombre—: Hotah también es mestizo.

—Algo escuché... No luce como Elsu o como tú. —Kaliska rio, y el sonrojo creció en la señorita Brosman. Había cometido un desliz que, de no ser esa mujer tan amable y abierta, se hubiera considerado una ofensa.

—Él es mitad Iowa, de la llanura. No solo es mestizo aquí, también es forastero. Tiene todo para ser aceptado —ironizó la mujer, y fingió un brindis con su taza a medio beber.

—Iowa... —Amy repitió el nombre de la tribu y buscó en su mente lo que sabía de ella. Pieles rojas era el término despectivo. Su ceño se frunció, creyó estar confundida entre lo que sabía y lo que veía. Kaliska salió a su rescate.

—Como dije, es mestizo. Por eso su piel no es tan rojiza... de hecho, es menos roja que la tuya en este momento. —La señorita Brosman largó una carcajada casi histérica al sentirse descubierta.

—Me declaro culpable —agregó con aún más sonrojo.

—Oh, no sé si son los británicos o los blancos en general, no entiendo por qué te avergüenza tanto mostrar interés por un hombre. Es lo más natural del mundo, a tu edad...

—Gracias por remarcar mi soltería. —Kaliska rio de buena gana; entre su gente, no conseguir esposo también estaba mal visto. Significaba que algo malo había en ti.

—Dado que andas con rodeos, muchacha, yo te brindaré la información sin necesidad de preguntas. —Volvió a rellenar las tazas y se relajó—. Hotah es mitad Iowa, hijo de un jefe de clan y una mujer blanca, a diferencia de Elsu o de mí, él no fue rechazado de inmediato, pues el padre amaba a la madre y fue una elección. La tomó por esposa...

—Aguarda... —La detuvo Amy y se irguió en la silla—, ¿dices que en la zona de Kansas y Nebraska puede existir el matrimonio interracial? Aquí dice que solo dos estados lo permiten, Pennsylvania y Massachusetts...

Kaliska carcajeó.

—No la tomó como esposa por la ley de los blancos, señorita Brosman... —La risa se extendió por varios minutos ante la «ocurrencia» de la señorita británica—. Matrimonio interracial... —Volvió a reír—, ¡en América! —Amy la observaba con su rostro serio, mientras la mujer se iba en espasmos y golpeaba la mesa. Intentaba respirar, y volvía a reír—. Es... usted... la... mujer... más... divertida... que... conozco...

—Si sigue riendo voy a tener que pegarle, y me opongo a la violencia. —Acompañó la amenaza con una sonrisa. Una vez la calma regresó, Kaliska retomó el relato.

—Como sea, se crio en la tribu, y le correspondía ser jefe de clan, y eso sí que no sería aceptado. Cuando su padre murió, él eligió dejar la tribu y venir hasta aquí. Es más... sé que te preguntas por qué, pese a ser tan tosco, tu querida amiga Nora Jolley lo adora y cada vez que lo ve

corre a sobrecogerlo con sus demostraciones de afecto...

—Reconozco que la efusividad de mi amiga me sorprende.

—Y usted no ha preguntado para no tener que decir el porqué de su interés... Como sea, lo adora porque sabe que Hotah es quien le salvó la vida a Miler. Su padre murió en el mismo lugar en donde torturaban a Charles, y así llegaron los dos aquí. Ahora Hotah no abraza sus tradiciones por completo, porque no se siente de ningún lado, al igual que le sucede a Elsu y, a veces, a mí. No rapa su cabellera como los Iowa y no ha vuelto a tatuar su piel, por más que tiene varias hazañas en su haber. Tampoco toma cabelleras de los enemigos —finalizó con picardía, solo para divertirse a costa de la expresión de la señorita británica.

—Me alegro de oír eso. —Sorbió de su taza.

La mano de Kaliska se posó sobre la de Amy, dejando de lado las bromas. Posó la taza en la mesa para tener la otra mano libre, y acariciarle el mentón. La instó a girar hacia ella y mirarla a los ojos.

—Señorita Brosman, como dije, nada más natural que el interés entre un hombre y una mujer. Más si ambos son jóvenes, atractivos y temperamentales. Pero... pero esto no es uno de esos lugares de los que lee... —Señaló el libro.

—Pennsylvania y Massachusetts.

—Esos mismos... Aquí no está permitido. Duele, señorita Brosman, duele no pertenecer a ningún sitio. Hasta las aves, que surcan incansables los cielos, tienen un nido al cual volver. No pertenecer es el costo... recuérdelo, y si siente que vale la pena volar por siempre... entonces no necesitará mis consejos ni los de nadie.

Amy asintió en silencio, y el mutismo la acompañó por varios minutos. Suspiró, derrotada, y tomó el libro de Sarah Lorean. Lo abrió, sonrió con un deje de pena y comenzó a leer.

Elson Grantson montaba su negro corcel bajo el ardiente sol, mientras su cabellera rubia desprendía rayos que opacaban a los del astro... Las carcajadas regresaron, ¡Elson Grantson!, ya ni siquiera disimulaba, era evidente que esa historia sería la de Elton Grant, solo que no con su futura esposa, Amber, sino con una muchacha con menos seso que la protagonista de la historia de Jonathan. Quien quiera que fuera Sarah Lorean, conocía a los hermanos Grant y a las hermanas Foster, y se divertía mucho a costa de ambas familias.

La estadía en la casa de los Miler tenía sus pros y sus contras. Por un lado, se encontraba a gusto y contenida por su amiga, a la vez que encontraba por demás gratificante la compañía de Kaliska.

Actuar como una verdadera y rígida chaperona no tenía mucho sentido, se notaba a la legua que los sentimientos expresados por Charles y Nora ya habían traspasado los límites físicos. El desvergonzado y tierno comportamiento de la pareja no hacía más que propiciar bromas compartidas junto a Kaliska y José, el otro empleado de Miler. Las últimas horas del día se vestían de amena conversación entre vasos de limonada fresca e infusiones de hierbas que Kaliska preparaba para la degustación de la maestra. El té al estilo inglés comenzaba a perder, muy lentamente, el protagonismo en su cotidianidad. Allí se encontraban gran parte de los «pros» de su momentáneo cambio habitacional, la buena compañía la distraía de los pensamientos impropios de una dama que la acosaban en la soledad de su hogar; hasta podía decirse que, en esos territorios, el embrujo de su hechicero personal no la alcanzaba. En las noches que llevaba en el lugar, sus sueños no fueron más que sueños, sin rastro de un imponente hombre de piel tostada, tatuajes y cabellera larga.

Para su desgracia, los «contras» le abofeteaban el rostro a la primera luz del alba. Sus funciones en la escuelita no podían ser pospuestas, y la distancia que separaba la residencia Miler del pueblo era muy amplia. Charles tomó la iniciativa de orquestar un servicio de transporte para ella, algo que no se puso en tela de discusión, porque hacerlo era absurdo. Amy no solo no montaba, sino que no sabía cómo dirigir una calesa, en consecuencia, requería de asistencia, y en aquellos territorios la asistencia tenía un único apellido: Grant.

Si el encargado de tal empresa hubiese sido Louis, Amy se habría sentido tranquila y relajada. Cuando se encontraban juntos intercambiaban opiniones con respecto a la mentalidad cerrada de la gente del pueblo, y siempre terminaban dirigiendo la conversación en torno a Salma. El menor de los Grant, en cierta forma, hallaba consuelo en Amy, sentía que con la joven maestra podía hablar en libertad sobre sus sentimientos, sin vergüenza. Pero no, no era él su chofer asignado. Era el esquivo Zachary Grant, junto a su gran amigo y empleado, Hotah.

Lo de esquivo era una apreciación muy superficial en Zach, era esquivo en tanto a las mujeres y el ámbito social de Sacramento, no así en tanto a las amistades cercanas y la familia. Charles Miler era un buen amigo, y Nora Jolley ya era una extensión de ese vínculo, lo que hacía que el afecto se extendiera hasta la maestra.

—Buenos días, señorita Brosman... —Era un hombre sonriente cuando estaba predispuesto, y su predisposición estaba delimitada por las tierras familiares, una vez que las cruzaba, la seriedad le tensaba el rostro—. ¿Cómo ha amanecido hoy?

Él comandaba la calesa. A un par de metros estaba Hotah, a caballo, como una especie de escolta personal. Aprovechaban las idas al pueblo para tratar algunos asuntos de negocios, y matar dos pájaros a tiro, como solía decir Zach cada vez que iniciaban el recorrido.

—Muy bien, señor Grant... ¿y a usted?, ¿cómo lo ha encontrado la mañana? —Estiró la mano para que él la ayudara a subir al pescante. Situación que siempre provocaba un intercambio de miradas entre Hotah y él. Sí, ya era de saber popular que les temía a los caballos, algo que no demostraba tener una base sustentable de explicación para esos dos hombres que se dedicaban a

la crianza y entrenamiento de los mismos.

—Como siempre, señorita Brosman, con los pies en la tierra. —Con frases como esas, Grant, no podía evitar manifestar las verdaderas emociones que hacían mella continua en él, y esas emociones tenían una cuota de inexplicable desesperanza.

Amy sentía una amarga tristeza por él, era un hombre atractivo y encantador, sin contar con su fortuna personal, una que generó a fuerza de logros personales. Lo sabía por Louis, el pasado era su condena, y en ese pasado se encontraba una mujer; la llama de su corazón se había extinto en nombre de aquella muchacha que quedó al otro lado del océano. Ni Sarah Lorean se había atrevido a narrar esa historia, porque su final no era más que ese, un joven hombre dispuesto a enterrarse en el olvido.

Antes de acomodarse en la acolchada butaca junto a Zach, sin levantar la mirada más de lo deseado, hizo lo que correspondía. Saludó al otro hombre presente.

—Buen día, señor Hotah... —Los modales no podían ser manipulados por sus intensas emociones, se lo recordaba a diario.

Él solo asintió con un gesto de cabeza, y a Amy, su actitud le resultaba por demás inquietante. En algunas ocasiones era en extremo directo, casi imprudente, se tomaba todo tipo de atrevimientos; en otras, se comportaba distante, ajeno. Parecía que imitaba el proceder esquivo de su jefe, que se mimetizaba con él. No podía comprender el motivo real que empujaba al amerindio a tal conducta, no podía ver lo que estaba frente a sus narices. Hotah solo le entregaba sus palabras cuando ella tenía la cortesía de mirarlo a los ojos; cuando huía de su mirada, se las negaba a sabiendas de que la afectaría. Podía leerla, la interpretaba mejor que a las estrellas, y cuando se reprimía a sí misma, no lo toleraba. Él era un hombre libre, poseía una libertad diferente a la del hombre blanco, marcada por su origen y por una elección que lo guio por un camino solitario, lejos de la que fue su tribu. Para Hotah, la libertad era un bien muy preciado, y su señorita Brosman anhelaba esa libertad con desesperación. Desde su adorable inocencia creía que con el simple hecho de romper estructuras y luchar contra la segregación de pensamiento de la mayoría pujaba por esa libertad. Pero no, ella mantenía en lo alto su propia prisión. No era libre, y no lo era por decisión, sino por común imposición. Tomó las riendas, y avanzó a cabalgata ágil, alejándose de ellos en cuestión de segundos.

El estómago de Amy se endureció, como si hubiese desayunado una gran piedra, una que ahora se encontraba estancada en su vientre. Disimuló el malestar ante Zachary.

Tarde, él lo percibió.

—Sepa disculpar a Hotah, señorita Brosman —dijo poniendo la calesa en movimiento—. Es un hombre de pocas palabras.

¿Pocas palabras? ¡Patrañas! Sin ser consciente, dejó escapar un suspiro. Zachary rio. Amy se exasperó. Tal vez era absurdo, pero sentía que desde que estaba allí, el delgado hilo que la unía a Hotah se estaba tensando al punto de romperse.

—No es muy cordial reírse solo, señor Grant...

—Lo siento.

—No lo haga, solo comparta con el resto de la clase lo que le resultó tan gracioso —se impuso la maestra del pueblo. La diferencia entre Zach y los niños era que con él no dudaría en el tirón de orejas. Además, contaba con la aprobación de Sandra, ya le había dicho que no se opondría a ningún correctivo de su parte, conocía muy bien a sus pequeños bribones.

—¿Puedo ser sincero con usted? —Tenía la mirada anclada en el camino. A lo lejos avanzaba Hotah.

—Me encantaría que lo fuera.

—Perfecto, porque quiero que sepa que comprendo su incomodidad, al igual que lo hace Hotah.

¿De qué rayos estaba hablando? Amy volteó el rostro hacia Zach con la estupefacción deformando sus facciones.

—Me parece que comprende lo equivocado, señor Grant. Aquí no hay incomodidad, créame.

La estupefacción cambió de rostro, y en esa ocasión fue él el que giró el rostro hacia ella.

—Disculpe mi error, si hice esa suposición fue porque no sería, ni será la primera vez, que una mujer... —Hizo una pausa para evitar el común calificativo—, que una mujer no se encuentra a gusto ante...

—Oh, no, dígalo, vamos... —lo interrumpió furiosa.

—No, no voy a decirlo —regresó la vista al camino. Caía en cuentas de que se había equivocado con ella, y eso le agradaba. A la vez, se replanteaba el comportamiento de la joven maestra hacia Hotah. ¿Acaso ocurría algo de lo cual él no estaba enterado?

—Usted es igual a los metiches del pueblo, ¿quién lo hubiese imaginado, señor Grant? —bufó por lo bajo. Zach rio a carcajadas. Amy reaccionaba a la defensiva, no por ella, sino por el hombre que cabalgaba metros más adelante.

—Estamos dando vueltas sin sentido sobre un asunto que, por lo visto, usted tiene muy en claro, señorita Brosman.

—¿A qué se refiere? —La picardía en Zach le quemó las mejillas, necesitaba la respuesta. Que Kaliska descubriera la inevitable atracción que sentía por Hotah no era una sorpresa, la mujer era una experta a la hora de interpretar a otros. Ahora, que Grant lo hiciera al cabo de unos segundos, justo él, el hombre que se mantenía al margen de todo para enfrascarse en sus sentimientos secretos, ponía en jaque su arte del disimulo.

—Que si no es incomodidad, es otra cosa... —No ocultó la intención socarrona en sus palabras. Si hasta apretujó los labios para contener la sonrisa.

—Finalice la oración, señor Grant. —Intentó que lo dicho sonara a orden.

—Finalícela usted, señorita Brosman... hasta aquí llegó mi sinceridad.

—¡Cobarde! —espetó ella buscando el abanico dentro de su pequeño bolso. El calor de la mañana comenzaba a torturarla.

—Coincido con usted... —dijo por lo bajo ya sin intenciones de burla. Resopló, y luego de unos segundos de silencio, retomó la conversación—. ¿Qué le parece si cambiamos de tema de conversación? Nos quedan unas cuantas millas.

Era una tregua, y Amy iba a tomarla. Nada más embarazoso que el mutismo.

—¿Tiene alguna idea en mente?

—Sí, pero dudo que sea de su interés...

—Ni lo mencione... ¿caballos? —En esos aspectos, Zachary era un libro abierto para cualquiera.

—Eso mismo. —La sonrisa regresó a él.

—Podemos hablar de caballos, no tengo problema con ello, solo con la cercanía.

—Sabe que está en el lugar menos indicado para ese absurdo miedo, ¿verdad?

—Miedo a secas, quite lo absurdo, por favor... —Y fingiendo acomodar su falda, agregó—: y sí, lo sé.

—Me pregunto qué le habrá ocurrido para generar tal temor en usted.

Era una pregunta que no tenía una verdadera respuesta. Tan solo un recuerdo, uno sin rostros ni motivos tangibles.

—Retomando la sinceridad de minutos atrás... Yo tampoco lo sé, creo que es un temor enraizado a un recuerdo anterior a mi estadía en el orfanato.

—¿Vivió en un orfanato? —preguntó con duda y sorpresa en iguales dosis.

Ese fragmento de su vida jamás salía a colación en conversaciones, casi todos asumían que estuvo rodeada de privilegios por el simple hecho de ser la pupila de los marqueses, y en esa común presuposición dejaban a un lado aquella primera parte de existencia que se colaba en ella como recuerdos fantasmales con formas de caballos.

—Así es, de los tres a los ocho años... luego recibí la tutela de Lord Shropshire y su esposa.

—¿Y su temor nace desde antes?

—Sí... —confirmó con un extraño sabor amargo en la boca. No tenía más información que brindar.

Continuaron unos cuantos metros en silencio, hasta que Zach halló las palabras para retomar la conversación. Para ser un esquivo ermitaño, disfrutaba mucho de la plática.

—Ha oído la expresión: «se le teme a lo que no se conoce».

—Por supuesto que sí, y no aplica conmigo, señor Grant... lo he intentado.

—No lo ha hecho de la manera correcta, los caballos son animales de corazón muy noble, solo hay que saber cómo llegar a ellos.

—Pues, de ser así, estoy abierta a cualquier sugerencia práctica...

Las comisuras de los labios de Zach se ensancharon, el muy sinvergüenza contenía las ganas de reír. La expresión en su rostro le recordó a Owen Murray cada vez que el pequeño planeaba una travesura.

—Si usted quiere arrancar de raíz ese temor suyo, solo hay una manera...

—¿Cuál?

Zach cabeceó en dirección a Hotah. Amy carcajeó. Sentía que lo había hecho adrede, de nuevo la conversación giraba en torno a su hechicero.

—Es el mejor domador de caballos que existe, si él no consigue vencer su temor, nadie lo hará...

—Supongo entonces que nadie lo hará... —sentenció como forma de cierre—. No se preocupe, ya encontraré la manera de lidiar con mi miedo.

Amy agradeció que a lo lejos se divisara el ingreso al pueblo. Podía poner un punto final a la conversación, y luego... luego regresaría al hogar Miler en compañía de Louis. Suspiró aliviada.

Como utilizó su único vestido de gala para lo que resultó ser una inesperada fiesta de compromiso, no tuvo más alternativa que recurrir a la modista del pueblo para que le confeccionara un vestuario nuevo. Algo sencillo, que no opacara la elección de vestido de la novia. Se mantenía en perfecto secretismo, solo Kaliska y ella conocían los detalles, un simple y delicado atuendo de muselina blanca sin ningún tipo de accesorio o aplique. Solo la delicada prenda y la belleza de Nora. A Amy se le llenaban los ojos de lágrimas por adelantado al pensar en el momento y en la felicidad de su amiga.

El tiempo no estaba a su favor, en realidad, el tiempo no estaba a favor de nadie, ni siquiera para Nora. El ansioso futuro esposo no pretendía dilatar más la espera, y la boda se celebraría con celeridad. Al parecer, Charles también tenía planes secretos tras la unión, unos que los haría cruzar el océano en busca de la justicia que Nora tanto añoraba. Amy obtuvo la primicia directamente de los labios de Louis, él era el encargado de llevar esos planes a lo concreto. Sus hermanos tenían razón, era la chismosa de la familia; no logró contenerse ni dos días; en cuanto

pudo, le confesó todo a la única mujer que, confiaba, no desparramaría la información: la señorita Brosman. Ella batalló contra él y con su infantil reclamo de intercambio de chismes, de su boca no obtuvo nada de nada. Y las Foster tampoco, que desde la confirmación de fecha de la boda estaban tras sus pasos desesperadas por una dosis de cotilleo prenupcial.

Brithany y Amber se convirtieron en su sombra, las hermanas sabían que Louis le había compartido detalles únicos, y pretendían obtenerlos a como diera lugar. Estaban en el local de Lila Anteen bajo la excusa de que sus vestidos requerían de ciertas modificaciones y ajustes; ante la falta de jugosos chismes, se dedicaron de lleno al asesoramiento de belleza.

—Vamos, señorita Brosman, sea más osada... —Brithany se manifestó en desacuerdo con cualquiera de las elecciones de Amy—, es una celebración del amor, no un encuentro dominical.

La primera opción de la maestra fue una tela en tono ocre, casi marfil. Todas las féminas presentes, incluyendo a la modista, coincidieron en lo mismo. Un rotundo no.

—¿Acaso pretende fundirse con los cortinados, señorita Brosman? —Era una broma, aunque no muy lejos de la verdad; Amy intentaba no ser atractiva para nadie, no pretendía eclipsar ninguna mirada. El «ninguna» se reducía solo a una mirada gobernada por un par de ojos negros como el carbón—. Si ese es su propósito, la felicito, lo ha logrado —finalizó la prometida de Elton Grant.

Amber era la especialista consumada de moda en ese trío de hermanas. Por suerte, esa tarde, Megan no se les sumó, de lo contrario sería una amable tortura.

No la dejarían marcharse de allí. Lo sabía. No tuvo más que resignarse... Si Nora estuviese con ella, podían combatir las, pero sola, era una batalla perdida desde el inicio.

—Mi segunda opción es esta... —dijo acariciando la tela de un vestido simple en tonalidad rosa Maiot. La señora Anteen poseía unas cuantas prendas ya confeccionadas que solo requerían retoques en función de las medidas de sus compradoras. La expresión de las hermanas comenzaba a manifestar otro desacuerdo. Amy se adelantó a sus opiniones—. Discúlpenme si dentro de mis gustos no se encuentran los pliegues, los encajes y cintas de todo tipo... —fue un ataque directo, con una, poco común, dosis de socarronería.

Las Foster se codearon entre sí satisfechas por la reacción de la maestra. Se adjudicarían ese logro en algún momento.

—No se trata de encajes y cintas, señorita Brosman —convino Amber recorriendo la tela con sus manos.

—¿Y de qué se trata? —Amy estaba perdiendo la paciencia.

—Del color...

—¿Qué hay con él?

—Nada... —Brithany dio el dictamen final—, es perfecto... perfecto para una jovencita próxima a presentarse en sociedad.

—Coincido con mi hermana, señorita Brosman —dejó escapar con una exhalación Amber—. Su cuerpo y el tono de su piel piden a gritos un toque de osadía.

No, no... definitivamente no. Nada de osadía para su cuerpo. Prohibido. No y no.

—Señora Anteen, ¿recuerda el vestido que nos mostró la última vez que estuvimos aquí? —La sonrisa pícaro de Brithany puso en evidencia las ocultas intenciones.

La mujer asintió de manera automática. ¡Vaya puesta en escena! Sin duda la habían ensayado.

—Oh... ese vestido. —Amber simuló también recordarlo—. ¿Podría traerlo, por favor? Solo para quitarnos la duda.

En segundos Lila estuvo de regreso trayendo consigo un vestido en tono verde lima que

desplegó sobre la acristalada mesa central. Bastaba con verlo para saber que resaltaría su cabello, el color miel de sus ojos y cada una de sus pecas... En ese instante, Amy declaró la derrota frente a las Foster.

La duda fue despejada de inmediato, es más, la duda se fue a casa en brazos de la señorita Brosman.

La boda se celebró en el rancho Grant; coincidió con el arribo del atardecer, logrando así un escenario único, embriagador y romántico. Las lágrimas de Amy fueron libres con justificación, sumándose a las de Sandra Grant, que vivía la unión matrimonial como si de sus hijos se trataran. Los invitados no eran muchos, por fuera de los Foster, solo un par de terratenientes más, afines a Charles Miler. Al caer la noche, luego de finalizar con la selección de platos y concretar el brindis principal, la ansiosa pareja se despidió de la fiesta. Pretendían otro tipo de festejo, y se lo habían ganado. Kaliska y Amy intercambiaron miradas cómplices, ya no tendrían que fingir más, el matrimonio era libre de hacer cuanto se le placiera. ¡Adiós chaperona! ¡Bienvenida cotidianidad!

Mientras todos bebían y festejaban, la señorita Brosman pensaba en su huerta, en lo desatendida que estuvo en los últimos días. ¡Gracias a los cielos retornaba a su rutina! Lo primero que haría con los niños al iniciar la semana sería impartir una lección de botánica, sí, todos con las manos en la tierra. Después...

Estaba enfrascada en pensamientos, era el recurso que utilizaba para mantenerse a salvo. Las mesas estaban dispuestas a lo largo, tres en total, y frente a la de ella, se encontraban Zachary Grant y Hotah... En esa ocasión tan especial, hasta lucía chaqueta. ¡Chaqueta! Amy tragó saliva. Pensar que ella había tomado la iniciativa de pasar desapercibida ante sus ojos, cosa que no consiguió por culpa de las Foster; su vestido verde lima, de corsé ajustado, falda amplia y escote recto, no hizo más que recibir halagos. Como si eso no fuese suficiente, nunca antes odió tanto a su cabello como esa noche, el muy desgraciado —siempre rebelde—, decidió verse perfecto. ¡Sí, perfecto! Los bucles decoraban su rostro con total naturalidad, y las horquillas de perlas mantenían a salvo el resto de su cabellera a la altura de la nuca en un prolijo recogido. Esa buenaventura que solía acompañar a las protagonistas de los cuentos de hadas estaba de su lado, sin embargo, la única que no podía apartar los ojos de alguien era ella...

¡Endemoniado hechicero!

Camisa blanca abierta a la altura de cuello, chaleco y chaqueta azul índigo, pantalones beige y botas. Ni siquiera esas delicadas telas podían disimular el bello arte de su cuerpo tonificado. Lo observaba con deleite —cuando las miradas en derredor no la observaban a ella—, y trazaba sobre la ropa, de manera imaginaria, los tatuajes de su piel... allí, en el lugar exacto, tal cual los recordaba. El intercambio de palabras entre ellos fue cordial, sin mucha extensión, respetando los saludos convencionales. Dadas las circunstancias, era lo mejor. En tierras Grant, las habladurías no tenían lugar como en el centro de Sacramento; pese a ello, era preferible no alimentarlas. Era preferible...

Tarea difícil teniendo en cuenta que estaba rodeada de Grant's y Foster's.

—Señorita Brosman —Louis tomó asiento al otro lado de la mesa—, el sol ha desaparecido, la luna brilla en lo alto y la feliz pareja se ha marchado, ¿sabe lo que eso significa?

—No, ¿debería significar algo? —dijo buscando apoyo moral en Kaliska que comenzaba a reír a su lado.

—Por supuesto que sí, significa que es hora de que su paladar se deleite con un buen Chardonnay... Aparte a esa limonada de una vez por todas. —Colocó en la mesa una botella de la

mejor cosecha personal—. Pura cepa Grant, señorita Brosman.

—Le agradezco, ya he tomado un par de copas de champaña durante el brindis, creo que por esta noche me basta.

Louis tomó tres copas y las relleno, hasta el tope, con vino blanco. Le entregó una Kaliska, acercó otra a las manos de Amy que reposaban sobre la mesa y se apropió de la tercera.

—¿Has oído, Kaliska? Por esta noche le basta —repitió con tono burlón.

—No le haga caso, lo dice por timidez, nada más... —La mujer disfrutó del vino.

—¡Kaliska! —Amy intentó mostrarse enojada. No lo consiguió. La verdad era que deseaba probar un auténtico vino cosecha Grant, si no lo hacía era por temor al efecto que la bebida tuviese en ella—. No es timidez, me encuentro satisfecha con mi bebida, eso es todo.

—¿Tú crees que es por timidez? —continuó Louis como si no la hubiese escuchado.

—¿Qué más podría ser? —Kaliska apoyó su copa vacía en la mesa. Louis la relleno con prisa. Al instante, el néctar de uva verde volvió a entrar en contacto con los labios de la nativa.

¡Hablaban como si no estuviese presente! La boca de Amy se abrió, como un pez que boquea fuera del agua, en un gesto de ofensa combinado con sorpresa.

—Entonces... —Louis se tomó la barbilla y se acarició el mentón como si pensara—. Sugieres que deje aquí la botella, y... simplemente me marche.

—¡Ya dejen de tratar de mojigata a la señorita Brosman!

¡Lo que faltaba! Amy reconoció esa voz... Era Brithany Foster.

—Disculpa, nadie la ha tratado de mojigata aquí. —Louis se defendió.

—Tienes razón. —Con una actitud total de confianza, no propia de una dama, tomó asiento junto al joven Grant—. Yo lo he hecho, pero ese no es el punto aquí. ¡Beba, señorita Brosman, de lo contrario le estaría faltando el respeto al dueño de la casa!

La muy pícara alzó un argumento incuestionable. Benedict Grant, el benefactor de la escuela, el patriarca de la familia que esa noche la recibía con los brazos abiertos, el propietario de esas tierras gobernadas por el oro y las más hermosas plantaciones de uva. La etiqueta en la botella rezaba su apellido. ¿Cómo negarse?

Sin más, tomó la copa y bebió ante la mirada atenta de los presentes. Un sorbo... y otro... y otro. ¡El sabor dulce era ... era...! Sentía cosquillas en la garganta. Continuó bebiendo decidida a hallar el calificativo correcto, el que se merecía. La copa quedó vacía.

—¡Cielos! —masculó Louis sorprendido. Se giró a Brithany para felicitarla por el hecho de obtener la reacción deseada en la maestra—. Eres increíble... ¿lo sabes, no?

—Por supuesto que lo sé, zopenco...

—Debería casarme contigo —bromeó él.

—¿Y darles la satisfacción a nuestras familias de conseguir la perfecta trinidad matrimonial Grant – Foster?

—Sí, es casi nuestra obligación, Brithany. —Existía una extraña complicidad entre esos dos, Amy lo notaba.

—¡Jamás! Antes prefiero casarme con un cactus.

Se provocaban como si fuesen hermanos. Amy se relajó, entre el chardonnay y el espectáculo que le obsequiaban, finalmente recuperaba el tono festivo.

—¿Con un cactus? Dudo que ese tipo de enlaces matrimoniales sean aceptados en California.

—Pues que me parta un rayo... me iré a casar al otro extremo del mundo si es necesario.

Kaliska intervino elevando su copa.

—¡Un brindis por eso!

Louis volvió a llenar las copas agregando una más para Brithany.

—Me sumo a Kaliska.... ¡Un brindis por el amor! —Louis alzó la voz movido por el dulce frenesí—. Cuenta conmigo, Brithany, si lo necesitas, yo te llevaré al altar.

Las copas se juntaron en lo alto. Amy quedó inmóvil, el mensaje entre líneas de lo dicho la motivó a hacer aquello que tenía minutos conteniendo: mirar a Hotah. Para su sorpresa, ya no estaba... buscó con desesperación en derredor. La tierra se lo había tragado.

—¿Señorita Amy? —La voz de Kaliska la regresó al momento. La esperaban a ella para concretar el brindis. Como un autómata lo hizo.

—Ahora, Louis... —Brithany abrió un paréntesis en el pequeño festejo—, ¿puedo solicitarte otra cosa? Además de tu futuro padrinzago para mi boda.

—Dime, soy todo oídos.

—Podrías dejarnos a solas —le susurró cerca del oído—, ya tú sabes, cosas de mujeres...

En labios de una Foster no era un pedido, era un orden. Con una amable reverencia, Louis abandonó la mesa y se despidió.

Una vez a solas, la mano de Brithany se alzó para convocar a la reunión a Megan, la mayor de las hermanas.

—Es hora de que viva la experiencia californiana, señorita Brosman... ¿no es así, Kaliska?

—Considero el momento más que oportuno. —Miró el diáfano cielo nocturno para darle un tenor de contenido místico ancestral a sus palabras—. Las estrellas están a su favor.

Amy la observó de soslayo, la sonrisa traviesa de la mujer la hizo bufar por lo bajo, ya ajustaría cuentas con Kaliska de regreso al hogar Miler.

Megan se acercó a ellas. Su hermana no se anduvo con indirectas.

—¿Los niños?

—Duermen... —confirmó la mayor de las Foster.

—¿Jonathan? —Brithany requería de un panorama completo. El esposo de su hermana no solía ser un incordio, de todas maneras, Megan solía moderarse cuando éste se encontraba en las cercanías.

—Con Zachary lanzando cuchillos, compitiendo contra Hotah... —resopló—. Necios, como si pudieran ganarle. ¿Amber? —preguntó al no verla por los alrededores.

—Besuqueándose con Elton entre los viñedos ¿dónde más? —Se incorporó para ser la primera en ponerse en acción—. Después de usted, señorita Brosman. —Encontraba como un divertimento personal no tutearla.

La actividad propuesta, todavía no confesa, olía a travesuras. Amy ya no estaba en edad de travesuras, si fuese por ella, estaría en su cama, a la luz de la vela con un libro en mano y la tibia compañía de un té.

—Kaliska... —Amy extendió la invitación a la mujer, no quería estar a solas con las Foster en un ambiente tan jocoso y distendido. A medida que las horas pasaban, las normas protocolares perdían su forma.

La maestra del pueblo necesitaba un poco de diversión, y su presencia no iba a ser más que un impedimento, dejaría todo en manos de las hermanas Foster.

—Lo siento, señoritas... esta anciana mujer —Se burló de sí misma— disfruta más de la quietud que del movimiento. Además, conozco la experiencia californiana desde mucho antes de que ustedes llegaran a este mundo. No hay nada nuevo en el horizonte para mí. —Era cosa de muchachitas, ella prefería otras compañías, como, por ejemplo, la de un buen licor, y Sandra Grant tenía en su poder el mejor licor de California.

—Ya ha oído a Kaliska, señorita Brosman... levante ese trasero de la silla.

—¡Brithany! —Megan la regañó, estaba ansiosa de festejo, pero tenía su límite.
—Perdón, quise decir... venga con nosotras, señorita Brosman. —Sin más, la tomó de la mano y la obligó a levantarse.
—¿Adónde vamos? —Amy luchaba con la falda de su vestido, mientras intentaba avanzar sin tropezar. Brithany no estaba dispuesta a soltarla.
—Al lugar en donde se encuentra el mayor tesoro de este rancho.
Amy frunció el ceño. Megan y su hermana se miraron y rieron en complicidad. Fue la mayor la encargada de apartar la incertidumbre en la maestra.
—Las bodegas Grant, señorita Brosman...

Al cabo de unas horas, Amy descubrió que dentro de su genética albergaba una gran capacidad de tolerancia al alcohol. «*Beba este, señorita Brosman*» ... «*Pruebe este, va a encantarle*». «*Y este, es extremadamente dulce*». «*Oh, y este licor, señorita Brosman, no puede perderse*».

Se detuvieron cuando el hipo la torturó, y los descoordinados pasos la hicieron tambalear.
—¿Te encuentras bien, Amy? —La preocupación en Megan dio lugar al tuteo.
—Sí, sí... pero estaré mejor cuando la bodega deje de girar. —Se apoyó en uno de los toneles—. A propósito ¿por qué gira la bodega?
—Porque es parte de la experiencia, señorita Brosman. —Brithany quería reír a carcajadas.
—Oh... ya veo. No puedo decir que me agrada, pero tampoco que me desagrada... —Hipó, hasta eructó sin darse cuenta—. Uy, lo siento...
Tenía las mejillas al rojo vivo producto de la primera borrachera de su vida.
—No se preocupe, sea libre... ya saben lo que dicen: mejor afuera que adentro.
—Ya basta, Britt... —Megan estaba decidida a ponerle fin a la noche. Por lo menos, en lo que involucraba a la joven maestra. La pobre amanecería con una jaqueca del demonio—. Ven, Amy... un poco de aire fresco te hará bien.

—¡Aguafiestas! —protestó la menor de las Foster.
—¿Quién? ¿Yo? —Amy tomó la acusación personal producto del embotamiento mental.
—No, no... usted no, señorita Brosman, después de esta noche queda bien claro que de aguafiestas no tiene nada, solo requiere de un empujoncito.

Se encaminaron fuera de la bodega, una vez al descubierto, el aire puro de la noche inundó los pulmones de Amy y le refrescó las mejillas. Respiró profundo, una, dos... tres veces.

—¡La bodega dejó de girar! —gritó de repente. Megan la sostenía.
—Que suerte, eso quiere decir que ya se encuentra mejor.
—Sí... —Volvió a hipar—, me encuentro de maravillas.
A lo lejos, en la parte trasera del establo, una luz de improvisada fogata les permitía divisar los cuerpos de Zachary, Jonathan y Hotah.

—Perfecto, ¿quiere ir a lanzar cuchillos, señorita Brosman? —Para Brithany la noche recién comenzaba.

Los ojos de Megan atravesaron a su hermana, estaba enojada.
—Cierra tu boca —le ordenó por lo bajo apretando los dientes.
—¡Por supuesto que quiero! —dijo Amy separándose de Megan con intenciones de valerse por sí misma.

—¿Aunque esté el señor Hotah? —Era una pregunta con trampa de parte de Brithany, y Amy cayó en ella.

—¡Justamente por eso quiero, porque está el señor Hotah! —afirmó alzando el mentón con plena satisfacción, como si la confesión le sacara un peso de encima.

Brithany festejó. Rio. Codeó a su hermana.

—¿Oíste, Megan? Perdiste tu apuesta...

—¿Qué apuesta? —preguntó Amy, su estómago comenzaba a manifestarse en contra de lo bebido.

La apuesta era simple, confirmar la atracción de la maestra hacia el apuesto mestizo. Nadie la culparía por ello, Hotah era un verdadero ejemplar masculino, digno de admiración.

—Ninguna apuesta —mintió Megan—, es pura imaginación de mi hermana... Vamos, regresemos a la casa.

—¡No, quiero lanzar cuchillos! —gritó como una niña caprichosa, y...

Y vomitó ahí mismo.

—¿Satisfecha? —El reproche de Megan abofeteó a Brithany. La culpa no se demoró en aparecer. Entre las dos la sostuvieron hasta que terminó de vomitar.

—Creo que la res no me sentó bien —dijo Amy olvidando la cantidad de copas de más que había tomado, y se dejó caer de rodillas al suelo.

—Sí, señorita Brosman... sin duda fue la carne de res.

La situación entre las mujeres no tardó en alcanzar a los hombres que se encontraban a un par de metros.

—¡Qué demonios! —protestó Jonathan Grant al acercarse al epicentro del conflicto. Un intercambio con su esposa bastó para comprender lo sucedido.

Zachary y Hotah fueron los últimos en apersonarse. La expresión del amerindio estaba teñida de una feroz reprimenda.

—Creo que el festejo ha llegado a su fin —sentenció Zachary igual de molesto que Hotah.

Nadie discrepó con la orden, ni siquiera la achispada señorita Brosman.

Ni bien estuvieron de regreso, buscaron a Kaliska y a José, el otro empleado de Charles Miler, que se encontraba en la fiesta en compañía de su mujer. El hombre también hizo uso y abuso del licor, y cargaba con su propia borrachera, era imposible que condujera el carruaje en ese estado. Zachary tomó medidas al respecto.

—Hotah, ten la cortesía de alcanzarlos a destino, por favor... Y Kaliska, en cuanto lleguen, prepárale una infusión de hierbas a la señorita Brosman, la necesitará.

—Ya lo creo que sí. —La mujer rio, Amy ya se encontraba dentro del carruaje, con la cabeza contra el respaldar, durmiendo.

Al arribar a la residencia Miler, no tuvieron más alternativa que despertarla, de lo contrario, alguien tendría que cargarla en brazos. Kaliska la abofeteó con delicadeza.

—Vamos, señorita... ya hemos llegado, despierte.

José se lanzó del carruaje al feliz grito de:

—*¡Vivan los novios!*

Lo dijo en español, y Amy intentó imitarlo. La buena fonética de la maestra se vio afectada por el alcohol, lo que provocó una oleada de risas de sus compañeros de viaje.

—Shhhh... calla, muchacha, no queremos importunar a los novios —le susurró Kaliska.

—Cierto, cierto... los novios.

—¿Puede levantarse?

—¡Claro que sí!

Kaliska descendió del carruaje para permitirle el paso. Hotah estaba a su espera, ya podía imaginarse el desenlace de la noche, al más mínimo trastabilló estamparía su rostro contra el suelo.

Así sucedió, ni bien intentó colocar el pie en la escalerilla, se tambaleó y perdió el control del cuerpo. Hotah la atrapó entre sus brazos.

—Sabía que no me dejaría caer, señor Hotah... —le murmuró cerca del oído. Él la regresó al suelo, y su cuerpo volvió a ceder.

—Hotah, creo que lo conveniente será que la cargues hasta la casa —sugirió Kaliska.

Él dudó, era un atrevimiento demasiado grande. Lo deseaba, por supuesto que sí, deseaba sentir el calor de su delicado cuerpo contra el suyo, pero no disfrutaría de ese placer a costa de un momento de debilidad e indefensión.

—Ya ha oído a Kaliska, señor Hotah... cárgueme en sus brazos. —Apretó sus bíceps con fuerza, los exploró con ansias—. Cárgueme en esos musculosos brazos.

—No sabe lo que me pide, señorita Brosman, mañana por la mañana se arrepentirá de esto.

—¡No lo haré! —El hipo se sumó a sus palabras.

—Mañana por la mañana no recordará nada de esto —intervino Kaliska. José y su mujer ya eran historia del pasado, estaban dentro de la casa. Solo quedaban ellos—. Ya te lo ha dicho... cárgala. Los espero adentro... —dijo poniendo fin al asunto.

Hotah barrió las piernas de Amy con sus brazos, y la cobijó contra su pecho. Ella se abrazó a su cuello con total descaro.

—¿Por qué huye de mí, señor Hotah? —balbuceó.

—No lo hago... —Caminó a paso lento para gozar del calor de su cuerpo todo el tiempo que le fuese posible. Olía a lavanda, dulce y sensual lavanda.

—Sí lo hace, no me tome por tonta... sabe, si usted huye de mí, y yo huyo de usted, jamás nos encontraremos.

—¿Usted huye de mí? ¿Por qué?

—Porque se supone que es lo que debo hacer... —Volvió a susurrarle—, pero lo que quiero es lo contrario. —Le acarició la lampiña mejilla, era suave, invitaba a más y más caricias. Él sonrió. No esperaba esa confesión—. Tiene una hermosa sonrisa, señor Hotah. Como sugerencia le diría que debe de sonreír más a menudo.

Era encantadora. Víctima de la borrachera o no, era encantadora... A la vez, era peligrosa, ponía en riesgo mucho más de lo que imaginaba al permitirse expresar con tanta libertad sus sensaciones. El mundo no estaba preparado para ese tipo de confesiones, no había lugar para ellas.

—Y como sugerencia... yo le diría que se mantenga alejada de la bodega de los Grant, señorita Brosman.

Atravesó el porche de la casa, y una vez dentro, la obligó a recuperar la verticalidad. Desprendió sus brazos que, aún, continuaban entrelazados tras su nuca.

—Kaliska, la dejo a tu cuidado... asegúrate de que llegue a su recámara sana y salva.

La sensación de calor compartido abandonó el cuerpo de ambos. Quedaron huérfanos de sensaciones, desamparados frente a la añoranza que, hasta ese preciado instante, nunca había sido compartida. Kaliska estuvo en lo cierto... esa noche las estrellas estuvieron a favor a Amy, y encontraron la forma de liberar las emociones reprimidas en ella. Para agonía de Hotah, esas emociones tenían un costo muy alto a pagar, y tendrían que ser contenidas. Contaba con que la embriaguez le hiciera olvidar todo, absolutamente todo.

No había regresado a Sacramento desde la boda de Charles Miler; la razón: Amy Brosman y su desliz. Desde que la conocía, la maestra del pueblo se elevaba como una tortura para Hotah. Sus modales, su andar, su cuerpo menudo y grácil, su voz delicada con dejes autoritarios. Jamás había visto a una persona contener tanta fuerza y entereza en un envase tan pequeño y... bello. Le resultaba hermosa, pero hasta ese momento, no le había molestado admitirlo.

Era un hombre joven, sano, con dos ojos que funcionaban muy bien y sangre caliente en las venas. Por supuesto que la señorita Brosman le resultaba atractiva; pero de ahí a permitirse un pensamiento que fuera más allá de la superficial apreciación...

Ahora no solo se permitía algún que otro pensamiento, era preso de ellos. No hacía otra maldita cosa que pensar en la maestra. Sentía la piel tibia donde Amy había posado la mano, y aún podía percibir en sus brazos el peso de su cuerpo cuando la había cargado. La mirada de ella en él, la forma de decirle señor Hotah, casi como un suspiro... Estaba condenado.

Y estaba furioso.

Mejor era enfocarse en otras cosas; olvidar, por ejemplo, que no había pagado esa semana de alimentos de Elsu por evitarla, y poner atención a Krystal, la yegua que permanecía hacía días en lo del señor Lannis. Él iba a lomo de un potro joven, que aún no se acostumbraba a la silla; viajar a Sacramento en él sería un buen ejercicio, para los dos. Le permitió galopar, y el potro probó la velocidad de sus patas hasta olvidar que cargaba un jinete en sus grupas.

—Buen chico... —Lo palmeó, acomodando su cuerpo para mejorar la aerodinámica y hacerse uno con el animal. Recién en las inmediaciones de la población, tomó las riendas y lo direccionó. El potro, conforme con el paseo y con las gentilezas del jinete, en lugar de mostrarse arisco como era habitual, aceptó de buena gana el descanso. Hotah lo amarró junto al bebedero, a la sombra, y en cuanto lo hizo, Elsu apareció al trote.

—Hotah, Hotah... ¿puedo montarlo? —Las manos del niño acariciaron el pelaje del caballo.

—En unas semanas. Aún se está acostumbrando a la silla...

—Puedo montar sin silla. —El niño se mostró tan orgulloso como entusiasmado.

—¿Quieres que la señorita Brosman me degüelle? —Los ojos de Elsu brillaron divertidos. La imagen de la menuda maestra pudiendo someter al gran guerrero Iowa le resultaba cómica. *Todavía eres demasiado pequeño para comprender las mil formas que tienen las mujeres de someter a un hombre*, pensó Hotah, sin rastros de gracia en sus facciones—. Además, te he dado otra tarea, una muy importante, ¿cómo te ha ido con ella?

Elsu se puso serio, el asunto así lo ameritaba. Hotah le había dado un trabajo, uno con una gran responsabilidad, y el niño se había esforzado en no fallar.

—Le he dado de comer como me indicaste, y la cepillé todos los días. También caminé por el corral, sigue rengueando.

—Lo imaginé... —Hotah le dio una palmada a modo de seca felicitación, y buscó en su morral el frasco con el ungüento para Krystal. La yegua había sufrido una contractura en su pata trasera derecha, producto de un paso en falso en el camino desparejo. Si la forzaba a regresar al rancho, solo conseguiría que su andar desigual lastimara la otra pata. Necesitaba sanar allí, en el

improvisado corral del señor Lannis, antes de emprender el viaje. Y para eso requería que el inútil del señor Rider fabricara en unguento bajo sus especificaciones y no las que él creía convenientes. Debían mezclar hierbas antiinflamatorias con hierbas calmantes y la dosis de menta, aloe vera y té verde justa para generar frío en lugar de calor durante el masaje en la zona afectada.

Elsu no entró en la boticaria, el señor Rider no se lo permitía, se despidió de Hotah y le dijo que lo esperaba en lo de Lannis.

—Lleva al potrillo, pero sin montarlo. Hazlo con las riendas... —le ordenó, y simuló hacerlo con seriedad, para que Elsu no leyera en su expresión que, en realidad, le estaba cumpliendo el capricho de jugar con el caballo. El niño acató de inmediato.

La campanilla de la puerta de la boticaria sonó cuando Hotah atravesó el umbral. Lo único que le gustaba de ese lugar era el aroma, la mezcla de hierbas que formaban un perfume perfecto; lástima que su dueño supiera tan poco del asunto.

El señor Rider estaba tras el mostrador, del otro lado, el párroco, Norland Williams, apoyado sobre la madera. Conversaban animadamente, le echaron un vistazo y no consideraron pertinente cortar la conversación por tan poca cosa como un amerindio enfurecido.

—Buenas tardes... —saludó con insistencia. Lo miraron con malestar.

—Buenas tardes, enseguida estoy con usted —dijo Rider, y volvió su atención a Williams—. Es lo que le digo, Norland, olvídense del asunto...

—No me corresponde olvidar, sino insistir. Usted dijo que buscaba una esposa, y la señorita Brosman está soltera.

Hotah se tensó, creyó que tenía todos los músculos agarrotados por la simple mención de Amy junto a la palabra matrimonio; pero estaba equivocado, aún le quedaban partes del cuerpo para reaccionar con desprecio hacia esa conversación.

—Solterona, querrá decir...

—Sí, es cierto, está un poco pasada... —Hotah pensó que les arrancaría las cabezas con sus manos. ¿Pasada, la señorita Brosman? ¡Si apenas tenía, ¿cuánto?, ¿veinticinco años?! ¡Era menor que él! Y sin duda, era menor que Rider, que rondaba los cuarenta y los lucía muy mal. Calvicie, vientre abultado, canas en el bigote y un pensamiento tan rancio que apestaba al pasar—. Pero aún tiene edad de dar hijos, y eso es lo importante.

¡¿Eso es lo importante?!

—¿Qué clase de hijos? ¡Subversivos! No, Norland, vaya a otro a querer encajarle la mercadería pasada. La señorita Brosman no solo es vieja, si no que lejos está de ser un derroche de virtudes. Las mujeres no tienen por qué andar leyendo, escribiendo, ¡mucho menos trabajando! ¡Una esposa que educa los hijos ajenos no tiene tiempo para los propios! Sin contar con que motivará a los niños a relacionarse con... —Recordó la presencia de Hotah y bufó—, con personas no gratas. De ninguna manera repetiré una cena con esas intenciones...

Hotah a segundos estuvo de recurrir a la violencia, segundos que bastaron para dejar escapar otra reacción. La risa. Una profunda y gutural carcajada nació de su garganta, y lo obligó a sostenerse del mostrador. Los otros dos hombres lo miraron, y eso provocó otra risotada.

—¡Por favor, señor Rider! Esto es lo más gracioso que he escuchado en mi vida. —Rio de nuevo—. Habla como si la señorita Brosman quisiera casarse con usted. —Tuvo que detenerse para tomar aire—. ¡Con usted! —La idea era demasiado hilarante, las lágrimas le mojaron las pestañas producto del divertimento—. Oh... y encima finge estar ofendido ante la idea... como si tuviera que justificar su negativa. —No podía respirar, ¿se podía morir uno de la risa?—. ¡Su negativa!

—¿Terminó? —preguntó Rider, ofendido, y provocó otra carcajada—. ¿Qué se le ofrece?

Hotah posó el frasco de vidrio marrón en el mostrador.

—Que haga bien su trabajo, dado que pagué por este unguento que no sirve para nada.

—¡El unguento está bien hecho!

—No, no lo está. Le dije bien claro que debía ser un puñado de menta y...

—Hotah, entienda, es usted un bruto. No me dirá a mí cómo preparar un medicamento... —

El hombre movió el bigote, con malestar. A Hotah le recordó a una marmota—. Para empezar, no existe la medida «un puñado». ¿Un puñado de su mano, uno de mi mano? —Uno de la mano de la señorita Brosman, pensó el amerindio, para volver a sonreír y no permitir que el mal humor lo gobernara—. Y menta no es una hierba, *Mentha spicata* o *Mentha crispata* son hierbas.

—Esa de allí. —Señaló un frasco a espaldas del boticario. Conocía de plantas medicinales por su aspecto y propiedades, no por los nombres con las que los europeos las llamaban.

—*Mentha crispata*...

—Un puñado de menta, la muele para que deje ir el jugo...

—Savia... —lo corrigió el hombre y puso los ojos en blanco. Se giró hacia Williams, para compartir con el párroco el malestar. Norland negó con la cabeza, en un gesto de resignación que consiguió al fin aplacar las risas de Hotah.

—Véndame el frasco entero ese, aquel de allá... —Indicó con el dedo—, ese y ese... Yo prepararé la mezcla.

—¡De ninguna manera! No seré cómplice de que ande por ahí envenenando animales.

—¿Yo?

—Sí, usted. ¡Un puñado!, eso no es una medida. ¿Sabe el daño que podría provocar con un puñado de sulfato de magnesio?

—¡Pero si no le he pedido un puñado de sulfato de magnesio!

—Es un ejemplo... —se mofó Rider.

—Un mal ejemplo. Sé lo que hago, y lo sé mejor que usted. ¡Véndame la maldita menta o haga bien el unguento!

—No voy a soportar un segundo más de sus insultos. Abandone mi tienda.

—Encantado... —Deslizó el frasco por el mostrador y dejó el recinto tras el sonar de la campanilla. Una vez en el pórtico, maldijo para sus adentros. El señor Rider no podía importarle menos, pero Krystal necesitaba del tratamiento o no mejoraría la pata. Mientras más días pasara sin actividad, más le costaría la recuperación. Tendría que ir a San Francisco a abastecerse de hierbas, para lo cual perdería días de trabajo en el viaje.

Rider era un imbécil. Un... mequetrefe. Sonrió al recordar que Amy lo había llamado así en una ocasión, y parte del buen humor le regresó. ¿De verdad el boticario se creía en lugar de rechazar a la señorita Brosman? ¡Por favor!, tendría que besar el maldito suelo por el que su señorita británica caminaba.

¿Su?, ¿había utilizado el posesivo con ella? ¡Demonios!, era un mal día. Un muy mal día. Caminó hasta lo de Lannis y halló a Elsu cepillando a Krystal. Le hablaba en su lengua, pausado, tranquilo, y el animal lucía a gusto pese al dolor. Un dolor que no podrían calmar culpa del inútil del boticario.

—Come poco... —comentó el niño, la preocupación se hizo presente.

—Es normal —Hotah lo tranquilizó—, está adolorida y hace poca actividad. Ha perdido el apetito...

—¿Y cómo mejorará si no come?

—Comerá, ya lo verás. Tiene que mejorar el espíritu, haces bien en hablarle y por eso era importante que vinieras a diario. ¿Lo hiciste?

—Sí, pero creo que te extrañaba a ti. —Algo en su expresión le dijo a Hotah que no solo la yegua lo había extrañado. Elsu se había sentido muy solo por la ausencia de su mentor. Maldijo para sí, no era correcto permitir que los sentimientos ganaran por sobre el sentido común. Elsu y sus caballos eran prioridad... La señorita Brosman... ella era un imposible. Un imposible con el que debía tratar.

Izó la vista al cielo, el anaranjado cielo le recordó a Amy, a sus cabellos; al igual que le indicó algo importante: la hora. No podía perder más tiempo, menos aún si deseaba viajar a San Francisco.

—Elsu, hazme un favor, ve a por la señorita Brosman y dile que necesito hablar con ella. No podré pasar por su casa, o no terminaré más.

—¿Puedo ir en el potro? —Los ojos negros de Hotah traslucieron divertida censura—, ya... ya... probaba suerte.

—Me di cuenta... Vamos, apúrate, que cuando baje el sol, será peligroso para la maestra acercarse a esta zona. —El niño se fue al trote, y Hotah se adentró en el corral. El señor Lannis se asomó por la ventana de la herrería para saludarlo. Estaba viejo y algo cansado, aceptaba la compañía de esos amerindios a cambio de un poco de entretenimiento, conversación y que fueran a la tienda en su nombre.

—¿Cómo anda la yegua?

—Mal, mal... y Rider ha hecho un desastre con el pedido.

—Ese hombre nos va a matar a todos, diga usted que la señora Grant es amable y se acuerda de sus orígenes, que si no... —Sandra le preparaba la mezcla para el reuma; pero era más sencillo, podía hacerlo con hierbas locales que plantaba en su propia huerta. Krystal requería de una mezcla especial, y muchas de las plantas medicinales que Hotah conocía provenían de la llanura, al igual que él. No crecían en el clima californiano, salvo que tuviera un invernadero, no tanto para protegerlas del frío como sí del sol extremo y la sequía, y él no poseía más que una pequeña casa en tierras Grant.

Tras compartir un par de quejas, Lannis regresó al interior y Hotah se acercó a Krystal. La yegua relinchó con una mezcla de alegría y malestar.

—Lo sé, lo sé... —le dijo en su lengua—, estás triste y molesta; debes mejorar el ánimo, si no, te costará más sanar. ¿Me entiendes? —Los ojos del animal se fijaron en él, transmitiendo su dolor—. Haremos algo de ejercicio...

La hizo caminar por el corral, como le había indicado a Elsu. Varios pasos, hasta poner en funcionamiento músculos y tendones. El andar era más irregular, se estaba endureciendo la contractura. Maldecir no servía de nada, era tan inútil como el receptor de sus insultos.

—Te dolerá, Krystal, pero debes hacerlo... —Hotah tomó primero las patas delanteras, la derecha, y la movió desde la articulación; la izquierda, lo mismo. Con las traseras repitió la actividad, al levantar la izquierda, la derecha, que era la herida, se resintió y Krystal no ocultó su malestar. Cuando intentó hacer mover la que sufría de la contractura, el animal no dudó en propiciarle una coz... no fue brutal, porque lo conocía, y en el fondo sabía que ese hombre no la lastimaba, pero sí fue lo suficientemente fuerte como para lanzarlo al suelo y hacerlo caer en el barro junto al bebedero—. Tú te lo buscaste, Krystal... —Hotah se quitó la camisa húmeda y manchada y se acercó de nuevo al animal. Una vez más, tomó la pata lastimada y, con delicados movimientos, la hizo flexionar hasta que el músculo se calentara.

Krystal bufaba, relinchaba, mostraba su dolor como le era posible; a pesar de ello, Hotah supo que, al finalizar la actividad, se sentía menos entumecida. La hizo dar otra vuelta por el corral, en esa ocasión, él corrió a su lado. No podía montarla, ponerle peso sería un despropósito,

al igual que guiarla a paso lento no serviría de nada. Tras la ronda de ejercicio, la yegua estaba lista para un masaje... un masaje sin hierbas que la calmaran. En esa ocasión, fue Hotah quien pifó.

Así lo encontró Amy: sin camisa, con la piel perlada por el entrenamiento, hablándole al animal en su lengua ancestral. Olvidó cómo respirar, cómo comportarse... olvidó todo, como había olvidado su desliz.

—Hotah... —susurró. Carraspeó—. Señor Hotah... disculpe usted, Elsu me dijo que me ha llamado.

—Sí, tengo el dinero de la semana pasada y de esta semana.

¿Por qué no vino la semana pasada?, quiso preguntar. En cambio, dijo lo mismo que siempre. La repetición la aburría hasta a ella.

—No era necesario. —El bufido del hombre le reveló que él también estaba harto de ese falso intercambio. Siguió con su labor, ignorándola, y Amy se quedó anclada en el suelo.

—Está en mi morral, por favor, búsquelo. —Ella no acató, y Hotah le dirigió su mirada de fuego. Estaba enojado por algo, por un motivo que la señorita Brosman se encontraba incapacitada de adivinar. Al sentirse tan vulnerable ante él, recurrió a la única defensa que poseía: el decoro. Si él estaba furioso con ella, ella lo estaría más con él.

—No profanaré sus pertenencias. —Elevó el mentón—. Y déjeme decirle, señor Hotah, que esta vez se ha pasado de la raya.

—¿Disculpe?, ¿yo me he pasado de la raya? —Que no recordara lo sucedido en la boda lo irritaba, pero que no reconociera sus sentimientos, que los ocultara, que alzara el argumento del protocolo para poner distancia entre él y lo que sentía... ¡Oh, eso lo llenaba de ira! ¡No iba a ser el único allí que ardiera de deseo!, ¡el único en retorcerse en la insatisfacción!, ¡el único en batallar con lo prohibido!

Amy le dio la espalda; Hotah pudo ver su cabellera trenzada en lo alto, su cuello fino y blanco y la estrecha cintura en la que posaba sus manos formando un perfecto jarrón.

—Sí, le ha dicho a Elsu que necesitaba hablar conmigo, y cuando vengo ¡siendo que es la peor zona del pueblo! Me encuentro con usted... con usted... sin todas sus prendas. Y como si eso no fuera suficiente, ¡exige que hurgue en sus pertenencias! Esto es inadmisibile.

—Oh, veo, veo... se horroriza de mi comportamiento «salvaje».

—¡Sí! Me horrorizo de su comportamiento salvaje, y no... no es algo inherente a sus orígenes o cualquier aspecto discriminatorio. Se trata de algo repudiable venga de quien venga, pero da la casualidad, señor Hotah, que viene de usted. —Amy sintió el ruido de los pies del hombre al impactar en el suelo. Había saltado la valla del corral, lo que implicaba que se acercaba a ella. No iba a voltearse, no volvería a mirarlo al rostro nunca más. ¡Oh, Dios!, si la primera noche en Sacramento aún la torturaba... esa imagen, él con el caballo... ¡Iba a arder en el infierno, y Satanás la haría recordar cada bochornoso pensamiento que tenía cuando de Hotah se trataba!

Los pasos del hombre se escucharon cada vez más cerca, hasta que Amy pudo percibir la respiración tibia, el aroma de su piel, el calor de su cuerpo. Iba a desmayarse, y una parte de ella quería hacerlo, porque ese era el único modo que tenía de caer en sus brazos. Un recuerdo borroso la alcanzó... ¿acaso ya había estado en sus brazos? No, era un sueño... era un sueño que se mezclaba con la realidad. Tragó saliva.

—Tenemos ideas muy distintas de lo que es ser un salvaje, señorita Brosman... —le susurró al oído, y la piel de Amy se erizó por completo. Las mejillas le ardieron, la boca del estómago cosquilleó y sintió que una corriente la recorría. Solo dejarse caer... sería tan fácil.

—Ya... ya lo creo —balbuceó.

—Si los blancos fueran tan civilizados, no necesitarían andar tan tapados para ocultar el decoro. ¿O es que acaso no se pueden contener al ver una porción de piel? Si necesitan de las prendas para comportarse, entonces no es una cuestión de moral... son solo bestias dormidas, a la espera de una tentación que las despierte. —Hotah apoyó sus manos en los hombros de Amy, lo hizo suave, con la necesidad imperiosa de acariciarla. Era insoportable tenerla tan cerca, y saberla tan lejos, inalcanzable. Sintió esos hombros moverse bajo sus palmas, y al vaivén lo acompañó un suave sorbido. Su señorita Brosman contenía el llanto, un sollozo que nacía de la misma frustración que lo azotaba a él—. Gírese, señorita Brosman, gírese y demuéstreme que me equivoco. —Su voz se transformó en una ronca súplica—. Permítame leer en sus ojos que no hay nada ahí cuando me mira... convéncame de que no vale la pena, que no es más que una santurrona más con aires de hipócrita decencia. Hágalo, por favor...

Amy se secó la única lágrima que se permitió derramar. No fue capaz de voltearse, Hotah tenía razón, ella no era civilizada, pero tampoco era hipócrita. No mentiría esgrimiendo rectitud cuando le faltaba, y no diría la verdad, porque no sabía qué hacer con esa verdad.

—Señor Hotah... puede alcanzar el dinero con Elsu o como le resulte más conveniente —sugirió con voz trémula. Se alejó de él en lentos y pequeños pasos—. Por cierto, el niño se encuentra jugando con Noah y Owen...

Hotah la vio marchar, la acompañó con su mirada durante todo el trayecto, hasta verla perderse en la parte buena de Sacramento. Solo en ese instante, cerró los ojos. Ya no era una guerra entre ellos, no se trataba de batallas contabilizadas para uno o para el otro; ahora eran ellos, juntos, contra un enemigo mayor: la infranqueable barrera que separaba a un indio de una mujer blanca.

Extrañaba a Nora, la extrañaba más que nunca. Los días se hicieron semanas, y las semanas meses. La reciente señora Miler le había prometido escribir ni bien estuviera en tierras británicas, pero la recepción de la correspondencia tardaría más semanas de las que Amy pudiese contar. Por lo menos no tuvo que luchar con la incertidumbre de su bienestar, un telegrama despejó la inquietud en todos; el matrimonio ya se encontraba instalado en Londres y la nobleza le brindó un muy buen recibimiento a Charles Miler, el nuevo Marqués de Aberdeen.

Amy no podía sentirse más que feliz por su amiga, y se abrazaba a esa felicidad para apaciguar las tristes emociones que la acompañaban a diario. Tenía la angustia atorada en la garganta, y la tortuosa sensación casi no la dejaba respirar. Se encontraba rendida y maltrecha, presa de una cobardía que no era propia de ella. Ocupaba su mente en las labores escolares y en tareas banales como la decoración de su hogar. Recorría el pueblo lo justo y necesario, se valía de Billy, el mandadero, para el resto de sus recados, y de Louis para aquello que requería de una mente más capaz y una predisposición bien activa.

El joven Grant era la única compañía con la que contaba. En realidad, él y Salma, porque de una u otra forma, se había transformado en un hilo de unión entre ambos. Era una especie de mensajera. Podía negarse, por supuesto que sí. No lo hacía porque el amor secreto que se profesaban era el silencioso aliciente que ella necesitaba. Ese amor estaba construido a base de miradas lejanas, sonrisas robadas y encuentros fugaces. Louis le había prometido a Salma jamás tratarla como el resto de los hombres lo había hecho, respetaba su cuerpo, su alma, y el encuentro de pieles no era más que un inocente instante compartido.

Amy veía en la pareja la proyección de sus sentimientos. De los suyos y los de Hotah. Porque estaban ahí, en él, creciendo, extendiendo sus raíces en lo profundo, al igual que en ella.

Él le había reclamado una confesión, una que no salió de sus labios por temor a que su mundo colapsara. ¿Qué le quedaría después? Arrojarle en sus brazos, y apartarlo de sus sueños para convertirlo en realidad, en su eterna realidad. Algo tan simple y poderoso como eso, entrelazar los hilos de sus vidas y no separarlos. Pero su cuerpo, combinado con el deseo, la traicionaba cuando estaba ante él. Reaccionaba y se avergonzaba, y lo hacía por la virginal inexperiencia; no quería que él pensara que lo que lograba despertar en ella era la tentación dormida, y que una vez satisfecha en el cobijo de sus brazos, desaparecería.

Estaban rodeados de muros, y sortearlos distaba mucho más del simple hecho de desearlo. No funcionaba así, y no se trataba solo de la condena social, también ponían en juego sus lugares de pertenencia. Amy era una recién llegada, y aunque ella se sintiese ajena a todo, tenía un amoroso lugar al cual volver, en donde se encontraban personas que la querían y le darían, de nuevo, la bienvenida. Él... él podría perderlo todo.

La dinámica de distancia entre ambos volvió a su cauce. Elsu era el intermediario. Por fuera de ello, intentaban que sus caminos no se cruzaran. Hotah pasaba la mayor parte de su tiempo en el rancho Grant, junto a Zachary y los caballos. Los dos hombres parecían ser la sombra del otro, cabalgaban hombro contra hombro, ensimismados, con la mirada en el camino, sin apartarla por ningún motivo.

Ese día, el sol se mostró más rabioso que nunca, hizo arder cada centímetro de tierra. El

arriba del atardecer fue una bendición para todos. Amy aprovechó el momento para un descanso, cogió las agujas para sus bordados y se refugió en el porche. La brisa de la tarde siempre la acompañaba en ese punto de la casa. Preparó una infusión, tal como le había enseñado Kaliska, la combinación de hierbas la hacían óptima para beberla a temperatura ambiente. Agregó una cucharada de miel, y la dejó reposar. Se permitió cerrar los ojos para disfrutar de la calma y respirar. Respiró profundo, y contrapuso la inhalación con una extensa exhalación. Quería dejar ir las penas...

—¿Melancólica, señorita Brosman?

Abrió los ojos, el rostro de Salma la evaluaba desde el otro lado del porche, como si fuese un territorio sagrado que no pudiese cruzar.

—Tal vez... no lo sé —lo pensó. Dudó. Torció los labios en una mueca, y obtuvo la certeza—. Bueno, sí, creo que lo estoy. Supongo que todos debemos disfrutar de la melancolía cada tanto, ¿no?

Salma arqueó sus cejas. Hablar de melancolía no era una buena alternativa para la muchacha.

—Supongo lo que usted supone, señorita Brosman. Tenga... —Traía en sus manos un paquete, lo extendió sobre la baranda del porche, sin poner un pie en la escalerilla—. La señora Anteen me lo dio para usted.

Le había encargado una tela en particular, fue antes de Navidad, meses atrás, después de la partida de Nora. ¡Cómo pasaba el tiempo, ni lo recordaba!

—¡Oh, la tela para mis cortinas! —festejó. Tendría una nueva tarea a la cual dedicarse para olvidar. Abrazó el paquete como un niño feliz con su obsequio—. Gracias, la señora Anteen ha sido muy amable, y tú también, ven... —la invitó a que tomara asiento junto a ella.

—No... no, señorita Brosman, no quiero ser una molestia.

La joven prostituta era un libro abierto cuando la conocías, en esa ocasión Amy interpretaba el verdadero significado de su negativa: mi compañía solo conseguirá más rumores en su nombre. Los encuentros entre ellas eran ocasionales —algunos orquestados por Louis—, y no duraban más de un par de minutos. Extenderlo era comprometerla.

Amy estaba hasta la coronilla de los condenados prejuicios de Sacramento, de California y del resto del mundo.

—Serías una molestia si te marchas, mira... —Señaló la pequeña mesa entre las sillas, en donde se encontraba la jarra con la infusión de hierbas—, he preparado té en exceso, de seguro fue un acto inconsciente, sabía que alguien vendría.

—No lo sé... —Los dedos de Salma se estrujaron entre sí, en demostración del debate interno que la mantenía inmóvil: querer y poder. Quería, pero el estigma que cargaba le susurraba al oído que no podía. ¿O sí?

—Le he puesto miel. —Sonrió de par en par. Al ver que Salma no tomaría la iniciativa, lo hizo ella—. Ya, ven aquí... —Abandonó la silla, eliminó la distancia entre ambas y, tomándola del brazo, la obligó a ocupar la silla contigua vacía—. ¡Cielo santo, eres peor que mis alumnos! —bromeó una vez que se aseguró de que la muchacha no se marcharía—. Espérame aquí, iré por otra taza, y dejaré...

Salma saltó como un resorte de la silla.

—Si quiere —la interrumpió—, podemos beber el té dentro de la casa.

De esa manera nadie la vería, evitando todo tipo de habladuría. Amy entendió el motivo de la sugerencia.

—¿Y privarme de la brisa del atardecer? ¡No, ni loca! ¡Siéntate! —le ordenó. Cruzó el

umbral de la puerta ante la mirada expectante de Salma, retrocedió y agregó—: Además, todos pueden irse al mismísimo infierno —finalizó en referencia a las opiniones de los habitantes del pueblo. Después se llenaban la boca hablando de pecado, para Amy no había peor pecado que el desprecio hacia otro ser humano.

Estuvo de nuevo junto a Salma en segundos. Sirvió té en la taza de la muchacha, y relleno la suya. Volvió a tomar asiento y exhaló satisfecha. Se quedaron en silencio por un buen rato, viendo cómo los transeúntes las observaban. Fue Salma la que le dijo adiós a la pausa.

—¿En verdad soy peor que sus alumnos? ¿Incluyendo a los Murray? Ganarle a los Murray es todo un logro.

Amy rio con ganas; se atragantó con el té. Tosió.

—Nadie les gana a los Murray... no te sientas tan victoriosa. —Rieron y bebieron. Salma saboreó la infusión con deleite.

—¡Vaya, está delicioso!

—¿Esperabas lo contrario?

—No sé qué esperaba —bromeó Salma.

—Para que lo sepas, la preparación de un buen té es todo un arte... y yo soy una especialista.

—Y lo confirmo. —Alzó la taza.

A Amy no le pareció correcto llevarse todo el crédito del halago.

—Aunque esta receta, en particular, la he tomado de Kaliska. ¿La conoces?

—No en persona, pero sí he oído de ella... No suele venir por el pueblo. —Carcajeó ante el simple hecho de pensarlo. Otra nativa—. ¡Lo bien que hace!

—Te agradecería... —Suspiró al recordar los días en compañía de la mujer antes del casamiento de Nora. Parecía una eternidad.

—Oh, no... otra vez la melancolía —intervino Salma con intenciones de amable reproche—. ¡Si hasta ya parece una de esas grandes solteras!

—¡Si lo parezco es por ti! Por los cielos, tutéame de una buena vez.

El comentario la hizo reír.

—Lo intentaré. —Fue una pequeña promesa.

—A ver, ponlo en práctica de inmediato... como maestra te lo digo, es la mejor manera de asimilarlo.

Salma pensó en algo... algo que le permitiera retomar la conversación con esa nueva dinámica de relación.

—¿Extraña a su...? —Se detuvo, rio. Dejó la taza en la mesa—. Perdón...

—No te preocupes, con calma, repite conmigo: Extrañas a tu...

Se dejó guiar por la maestra, y repitió con pausa:

—Extrañas... a... tu... amiga —lanzó por último como si se quitara una espina de la garganta.

—Amy... —agregó la señorita Brosman.

Salma repitió una vez más.

—Extrañas a tu... amiga, Amy.

Amy aplaudió a modo de festejo. Rellenó las tazas, feliz.

—Sí, la extraño, no nos veíamos tan a menudo, pero siempre es bueno saber que se cuenta con alguien si lo necesitamos.

—Debe ser una linda experiencia tener una amiga —dijo Salma por lo bajo.

—¿No tienes amigas, Salma? —Amy cayó en cuenta de la riqueza que poseía, que nada

tenía que ver con lo material, Nora y Clarise eran casi comparables a hermanas para ella.

—En mi vida no hay lugar para amistades... ¡Qué digo! —resopló con amargura—. No hay lugar para nada de nada. —Estaba condenada, le habían vendido a Ramírez mucho más que su cuerpo, también hipotecaron su alma y libertad.

—¿Y dónde está establecido eso? —protestó Amy. Era evidente que Salma llevaba tiempo rendida ante la desesperanza. No luchaba, ni lo haría. ¿Cómo hacerlo cuando se está sola? Ya no... ya no estaría más sola.

—En algún lado —masculló con sarcasmo.

—Pues haremos algo al respecto. ¡Como que me llamo Amy Brosman que lo haremos!

Salma se echó a reír. La inocencia de la maestra era la clase de brisa que ella necesitaba.

—A propósito... Amy —Todavía le resultaba difícil llamarla por su nombre—, hablando de amistades... —Cambió el tema de conversación, no quería contagiarle a la señorita Brosman su pesimismo—. Me ha contado un pajarillo... —Se tomó su tiempo para sonreír ante la rememoración del pajarillo.

Amy le atribuyó el rostro de Louis a la imaginaria ave, y sonrió con ella.

—Oh, ese pajarillo es muy peligroso...

—Lo sé... pero vale la pena oírlo cantar. —Salma se sonrojó como una adolescente. El pesimismo desaparecía cuando Louis entraba en escena. Aunque solo fuese una simple fantasía.

—Y dime, ¿qué te ha contado ese pajarillo?

—Que una mujer británica arribará en días a suelo californiano.

¡Eso sí que era una sorpresa! Amy abrió los ojos como platos. La información era rica y sabrosa.

—¿Sabes quién es? —Estaba intrigada.

—No, solo sé que vendrá a cumplir funciones de asistente en las nuevas oficinas de Miler & Miler.

—¿Junto a Louis?

La joven prostituta asintió, intentaba ocultar los infantiles celos que le provocaba saber a Louis en compañía de otra mujer. ¡Británica! Ni más ni menos. Para Salma, eran perfectas, delicadas en todos los sentidos, en sus formas y modales. Tenía un ejemplo a su lado. Jamás podría ser una competencia.

—Eso sí que no me lo esperaba... —Percibió la celosa incomodidad en Salma, e intentó colocar un paño frío sobre el asunto de la única manera posible, bromeando—. ¿Louis siendo jefe de alguien? ¿Quién fue el inconsciente?

Las dos se miraron y respondieron al unísono.

—¡Charles Miler!

Tras la partida del hombre a Inglaterra, éste entregó la responsabilidad de sus funciones editoriales a su íntimo amigo Louis Grant, y no solo eso, también inauguraron la primera oficina editorial en Sacramento, en el centro del pueblo, junto a las instalaciones del periódico local. No era de extrañar que contratara los servicios de una empleada. Lo llamativo del asunto era que esta fuese, justamente, británica, pensó Amy. En fin, de seguro, comprendería los motivos cuando la conociera. Imposible no hacerlo...

La melancolía comenzaba a disiparse. Las nuevas noticias traían consigo aires de cambio, y eso era bueno para un pueblo sumido en la más aburrida cotidianidad.

—Oh, hablando de Grant... —murmuró Salma en el borde de su taza al tiempo que bebía los últimos sorbos de infusión.

Amy siguió el camino que marcaba la mirada de Salma... y a lo lejos, se encontró con la

imagen de dos jinetes al galope. Tal cual lo mencionado, hablando de Grant, ahí se acercaba Zachary, y junto a él, su escultural sombra de cabellos largos color azabache y piel tostada... Hotah.

La taza que se encontraba en manos de Amy resbaló por entre sus dedos derramando el contenido en la falda.

—¡Maldición! —masculló enojada.

Salma abrió los ojos de manera desmesurada. ¿En verdad acababa de salir un insulto de la boca de la maestra del pueblo?

—Déjame ayudarte. —Recogió la taza y el pequeño platillo. Pudo notar la ansiedad repentina en la muchacha.

—¿Sabes qué?... —balbuceó Amy—. Creo que lo mejor será que finalicemos el té dentro de la casa ¿estás acuerdo? —Salma no pudo más que regalarle una sonrisa indefinida. Al fin de cuentas, ella le había propuesto eso en un principio—. Vamos, coloquemos todo en la bandeja... —Las piezas de porcelana chocaron entre sí. Estaba nerviosa.

—Ya me ocupo, Amy... espérame dentro ¿sí?

—Sí... —giró sobre sus talones, una y otra vez. Lucía desorientada—. Perfecto... te espero dentro. Sí, es lo mejor, Amy. —Se hablaba a sí misma. Finalmente, se refugió en el interior de la casa.

Zachary y Hotah desfilaron a un par de metros de la vivienda de la maestra. Grant fue el único en desviar la mirada hacia ella para saludarla con un gesto de cabeza. Hotah, con el cual tenía una agradable relación, no manifestó ni el más mínimo movimiento en sus facciones.

¿Qué demonios ocurría? Salma unió las piezas al instante. Se cubrió la boca para ocultar sus locos deseos de reír a carcajadas.

Hotah y la maestra del pueblo... Pensar que su pajarillo personal se lo había dicho, y ella... ella no le creyó. Se prometió no volver a desacreditar a Louis. Los rumores no eran tan desacertados después de todo...

—¡Salma, ven, no te demores... creo que está refrescando!

¿Refrescando? ¿En California? ¡Rayos! Tendría que culpar a Kaliska y a sus hierbas por el comportamiento de Amy... Sí, culparía a el té.

Que golpearan a su puerta a última hora del día rompía por completo su rutina. Intentó no preocuparse, a pesar que la insistencia de los golpes la impulsaban a hacerlo. A esas horas solía permitirse un tiempo para ella y la lectura antes de lanzarse a la travesía del sueño. Abandonó el cómodo reposo, se envolvió con el salto de cama, hundió los pies en los escaarpines, tomó la lámpara de aceite y se encaminó a la puerta.

—Señorita Brosman... —Una voz la llamó en tono de susurro. Le fue irreconocible desde donde se encontraba, solo identificaba el sello masculino—. ¡Señorita Brosman!

La luz se proyectó en la ventana motivando al visitante nocturno. Golpeó una vez más.

—Soy Louis... señorita Brosman.

—¿Señor Grant? —Fue una pregunta más para sí que para él. Se apuró en su caminar, ajustó el lazo de la bata para asegurarse de que no viera ni el más mínimo detalle de su camión, y quitó la traba de la puerta. Apenas asomó el rostro tras la madera—. ¿Se encuentra bien? ¿Ha ocurrido algo?

—Sí y no... disculpe —Expresaba el arrepentimiento en su mirada—, soy un atolondrado. No debería molestarla a estas horas tan... tan... —Rascó su cabeza, luego se masajéó las sienes. El estado en el que se encontraba no era típico de él, de seguro tendría jaqueca.

—¿Inadecuadas? ¿Inapropiadas? ¿Lejos del comportamiento de un caballero? —completó Amy con cierto deje de reproche.

—Eso mismo, y más... lo siento.

—Disculpas aceptadas, señor Grant... vaya a los hechos, por favor.

—Oh, sí, los hechos... —Giró sobre sus talones, caminó a lo ancho y a largo del porche. Estaba muy inquieto. Era preocupante—. Ocurre que cuando no puedo estar tranquilo con mis pensamientos tengo que ponerme en acción, por eso estoy aquí.

—¿Y cuál es el problema con sus pensamientos, señor Grant? —Abrió la puerta por completo, y se abrazó a sí misma como un intento de contener cualquier desliz por parte de su vestuario nocturno. La brisa agitaba la delgada tela de su camisón.

—Puede que haya cometido un error...

Louis necesitaba confesarse, lo notaba, pero a esas horas, Amy no se encontraba apta para officiar esa función. Si los vieran... Oh, si los vieran sumaría otro rumor más. No era que le afectara, estaba tranquila con su conciencia, pero los pueblerinos bocas sueltas podían hacer una gran tormenta de arena con un cotilleo tan jugoso como ese. De amante de indios a querida de un Grant. ¡Eso sí que la subiría de escalafón!

—¿Puede? Vamos, Louis, siéntase libre de hablar conmigo, no voy a juzgarlo.

—Lo sé, pero todavía no puedo compartir esto con usted, primero tengo que indagar en el asunto... —Como decirle: *le pedí a Charles Miler un favor, que buscara a la mujer que gobernaba el corazón de mi hermano y se las ingeniara para enviarla aquí con la intención de favorecer el reencuentro entre ambos. Pero la mujer en sí es viuda, o no... todavía no pude averiguarlo, y tiene un hijo, que no sé si es o no de mi hermano. Si no lo es, Zachary me degollará, y si lo es... Oh, no, no quiero ni pensarlo.*

—¿Entonces? —inquirió Amy al notar que Louis vagaba en pensamientos.

—Necesito un favor de su parte, eso es todo... uno que está a su alcance.

—Pues, de ser así, dígamelo, hombre... y deje de dar vueltas.

Louis se detuvo en seco, colocó las manos a los lados de su cintura, y la enfrentó con más calma.

—La muchacha destinada a ser mi asistente ha llegado al pueblo.

—Eso es una buena noticia, ¿no?

Louis dudó. Sus ojos giraron en las cuencas.

—Sí, digamos que sí... es británica, como usted.

—Lo sé, un pajarillo me lo ha dicho.

Una vez más, el juego del pajarillo. Louis sonrió, el solo hecho de recordar a Salma causaba ese efecto en él.

—Tal vez se conozcan... su nombre es Thelma Ferrer.

Amy indagó en su mente. No, el nombre no le resultaba familiar.

—No, no creo que la conozca.

—¿Está segura?

Amy carcajeó. Lo que faltaba, que pusiera en duda sus recuerdos.

—Sí, muy segura... no todos los británicos nos conocemos, señor Grant. Le recuerdo que Londres es un... un poquito más grande que Sacramento. —Fue por demás irónica.

—Bueno, no importa, lo que importa es que tiene un hijo... y pensé...

Los ojos de Amy brillaron, sus pestañas se agitaron, como quién está ante la presencia de un magnífico tesoro.

—¿Qué pensó? —lo interrumpió—. Me agrada el camino que está tomando su

pensamiento...

—Que podría sumarlo a su alumnado...

—Me encantaría sumarlo a mi alumnado, ¿cree que la tal señorita Ferrer lo aceptará?

Quizás el niño estaba acostumbrado a la rígida educación inglesa, y su madre pretendía que el pequeño continuara en la misma línea.

—Yo creo que sí, apostarí a que sí... más si usted logra convencerla.

—Lo intentaré —afirmó. La idea de un nuevo alumno, en especial, uno extranjero, sumaría otro color al salón.

—¡Perfecto! —Louis sonrió de par en par—. ¿Podrá ser mañana, a primera hora del día?

—¿Mañana?

—Sí, es importante no demorar la educación en los niños ¿no es así? —Jugó la carta más adecuada contra Amy.

La señorita Brosman lo atravesó con la mirada. Detestaba esa clase de situaciones abruptas, nacidas de la nada, o, mejor dicho, nacidas en plena noche. Aun así, no iba a negarse. Por el niño, y por Louis, él estaba siempre disponible para todo lo que ella necesitara.

—Está bien, mañana por la mañana será.

—¡Gracias, señorita Brosman! ¡Gracias, gracias!

—No hay de qué, ahora márchese de una vez... —Miró de reojo la casa vecina. Las cortinas dibujaban los cuerpos de los secretos espectadores—, los Murray ya disfrutaron del espectáculo.

—Buenas noches —dijo él y le obsequió una infantil reverencia.

—Buenas noches —le respondió al tiempo que cerraba la puerta.

Regresó a la cama, no más lectura por esa noche, debía descansar.

Cumplió con lo que Amy consideró una promesa implícita. Abandonó la cama cuando el alba despuntó en el horizonte, bebió un té, degustó un bizcocho de almendra —cortesía de Philomina Williams—, dispuso lo necesario para el desayuno de Elsu, que en un par de horas estaría ante su puerta y, una vez que la rutina de su día estuvo organizada, se marchó rumbo a la oficina editorial de Miler & Miler. Louis era un madrugador nato, y considerando las circunstancias de su inesperada visita a horas tardías, Amy podría jurar que el hombre no había pegado un ojo en toda la noche. Estaría ansioso, esperando por ella.

Lo primero que halló fue a su futuro nuevo alumno, en el pórtico de la oficina del periódico local, contiguo a la de la editorial, en compañía de Edmund Taner —el repartidor oficial de la folletería informativa— y Rupert, el único caballo al cual no le temía —no le temía porque su altura apenas le alcanzaba la cintura—, fue directo a ellos.

—¡Buenos días, Edmund! ¡Buenos días, Rupert!

El hombre escupió el tabaco que masticaba y se quitó el sombrero como cordial gesto.

—¡Sin duda es un buen día para Rupert, señorita Brosman, tiene un nuevo amigo!

Para la mayoría de los niños, el caballo petiso ya no era un atractivo, sino lo que podría considerarse... una noticia pasada de moda. El pequeño animal, contrario al resto de su especie, fue criado como si de una criatura humana se tratara, y según Edmund, era fundamental que jugaran con él para no dañar su espíritu.

El niño estaba tan feliz con el animal que ni cuenta se dio de la presencia femenina a sus espaldas.

—¡Ya lo veo! Y también será un buen día para mí, Edmund... creo que mi escuela recibirá un nuevo alumno.

—¿Escuela? —La fascinación en el niño fue notoria—. ¿Hay una escuela? —Giró sobre sus

talones hasta encontrarse con ella.

Edmund rio mientras buscaba más tabaco en el bolsillo.

El pecho de Amy se hinchó de satisfacción, era la primera vez que veía a niño tan emocionado por asistir a clases.

—Sí, hay una escuela, y yo soy su maestra...

—¿Y cualquier niño puede ir? —Abrió los ojos tanto como pudo, unos hermosos ojos azul zafiro. El entusiasmo crecía en el niño, y Amy quería apretarle las mejillas y besarlo. Era una ternura.

—Cualquier niño que esté deseoso de aprender... Dime, ¿tú quieres aprender?

Hizo una mueca con los labios, se tomó su tiempo antes de dar la respuesta.

—Mi mamá me ha enseñado mucho... letras, números... ¡Planetas!

Definitivamente, quería apretarle las mejillas y besarlo.

—¡Oh, qué maravilla! Tal vez el que tenga que enseñarme a mí seas tú... ¿qué te parece?

El pequeño alzó los hombros.

—Tendría que preguntarle a mi mamá.

Lo sentaría en medio de los hermanos Murray, con suerte les contagiaría las ganas de saber a los traviesos mellizos. O, podría ser al revés, y estos le pegarían las malas mañas. Mmmm, mejor junto a Cody. Sí... mejor.

—Dime, jovencito... ¿cómo te llamas?

—Derek... Derek Ferrer —dijo con el mentón en alto en un gesto de orgullo.

La conversación dentro de la oficina Miler resonó en sus oídos, lo que fuese que estaba ocurriendo ahí dentro estaba rozando el límite de discusión.

—*Un lord... Esa clase de hombre, un lord... ¿satisfecho?*

—*¿Un lord? ¿De qué habla, Thelma?*

Louis estaba en problemas. Lo oyó balbucear.

—*El padre del niño es un lord... No quiso reconocer a un bastardo. ¿Le es suficiente información ya?*

Oh, sí, el límite de la discusión estaba a segundos de borrarse de la faz de la tierra.

—Bueno, Derek Ferrer, yo soy la señorita Amy Brosman, y si me lo permites, iré a hablar con tu madre.

Alguien tenía que poner un paño frío en esa extraña discusión. *¿Bastardos? ¿Lores?*

El silencio repentino la sorprendió. ¿Louis callado? Eso sí era un acto en contra de la naturaleza. Después de eso, solo quedaba esperar algún tipo de catástrofe en tierras californianas. Fue al rescate del joven Grant.

—¡Buenos días, señor Grant!

Tanto la mujer como Louis giraron hacia ella. En los ojos de él brillaba el agradecimiento.

—¡Señorita Brosman! ¡Qué agradable verla por aquí!

Amy Brosman torció los labios en una mueca. ¿Con que fingiría que eso no estaba pactado? ¡Ajá!

Las pestañas de Louis se agitaron... ¡Cielo santo! Hacía honor a la cualidad de zopenco que sus hermanos le atribuían. Siguió el camino de su juego.

—No pude resistirme, señor Grant, el rumor de su nueva empleada golpeó a mi puerta.

—¿Soy un rumor? —La idea no le agradó a la muchacha. La incomodidad pareció abofetearla de repente. Amy estableció con un rápido análisis visual que tendría dos o tres años más que ella.

—Sí, pero un rumor local... —Louis intentó tranquilizarla. Por lo visto, él poseía

información confidencial que le otorgaba cierta lógica a la reacción de la muchacha.

—Muy local... —aseguró Amy—, no ha cruzado el límite de la plaza. ¡Quédese tranquila! Además... —Se le acercó para murmurar con aires de confidencia— las señoritas británicas en Sacramento dejaron de ser noticia de primera plana. Aunque no para mí, siempre es un placer poder contar con una coterránea. —Entrelazó su brazo al de ella—. Amy... Amy Brosman.

—Thelma Ferrer ...

La incomodidad, así como llegó, desapareció en la muchacha. Amy percibió que se sintió a gusto con su cercanía.

—Sabe, Thelma... —Louis intervino, el mal clima se despejaba, sus labios estaban a pasos de curvarse en una sonrisa—, la señorita Brosman es la maestra del pueblo.

—¿Sí? —Los ojos de la recién llegada se abrieron de par en par. Sonrió feliz, tal cual lo hizo el niño minutos atrás.

—Sí, lo soy... soy una maestra ávida de alumnos. —Sin quebrar el amistoso abrazo, la hizo caminar hasta la ventana, desde ahí contemplaron al niño que cepillaba a Rupert con gran esmero—. Y creo que he encontrado a uno. ¿Qué opinas? —Dio por sentado el tuteo entre ambas.

—Que... que es una maravillosa idea. ¡Derek ha recibido educación en el hogar!

—Puedo verlo, se nota que es un niño despierto, con mucho interés en aprender y un vocabulario muy amplio para su edad.

—Lo es... es un gran niño.

—¡Y un gran niño merece una gran maestra! ¿No es así? —Louis volvió a intervenir. Confirmado, la ansiedad lo dominaba—. Tal vez sería una buena idea que conocieran la escuelita —sugirió.

—¿Ahora? —preguntó la muchacha, dudosa, estaban en pleno horario laboral.

El intercambio fugaz de miradas entre Louis y Amy pasó desapercibido para Thelma Ferrer.

—¡Sí, ahora! —respondieron en complicidad los dos con perfecta coordinación. Luego quedó el resto del argumento a cargo de Louis—. No se preocupe, Thelma... los manuscritos y la correspondencia no se irán a ningún lado. Confíe en mí, hace semanas que están en el mismo lugar.

Amy ocultó su risa. Aunque lo utilizara de argumento momentáneo, no estaba muy lejos de la verdad. Pobre Thelma Ferrer... Louis era pésimo en lo relacionado al orden y la organización.

—¡Vamos! —Amy tiró con delicadeza del brazo de Thelma, juntas abandonaron la oficina—. Tú y Derek conocerán la escuelita, tomaremos un té... entre nosotras, todavía no me acostumbro al café. Nada como un buen té ¿verdad?

—¿Té? No me parece correcto demorarme tanto... ¡Derek, cariño, ven!

El niño abandonó el cepillado, y se despidió del animal y de Edmund. Corrió hacia ellas.

—Tranquila, no vas a demorarte mucho... ¿Ferrer has dicho?

—Sí.

—¿Puede que hayamos coincidido en algún evento en Londres? —Ahora que la tenía a su lado, el rostro le era un poco familiar, tan solo un poco.

—Puede que sí... ¿Tal vez en lo de Lady Thomson?

La memoria de Amy hurgó en el pasado, y allí la halló. Sonrió.

—Oh, sí, definitivamente...

—¡Vaya, el mundo es un pañuelo! —dejó escapar en un suspiro Thelma.

—Sí, por supuesto que lo es... y puede que me adelante a decirlo porque apenas nos acabamos de conocer —Se permitió guiarse por la intuición y las primeras impresiones—, pero me da gusto haberte encontrado en este extremo del mismo, Thelma. ¡Bienvenida a Sacramento!

El tiempo tenía su propio ritmo en Sacramento; lento, perezoso. Podías no darte cuenta de que la vida pasaba, y en un abrir y cerrar de ojos te encontrabas con los cambios frente a tus narices sin saber cómo había sucedido.

Así había ocurrido con esa ecléctica amistad entre las tres muchachas: Thelma, Salma y Amy. No las unían los orígenes, no podían ser más distintos. Thelma y Amy eran británicas, sí, pero de estratos sociales distintos. La señorita Ferrer era hija de un vicario y había crecido con educación y bienes, aunque la pobreza la había asolado el último tiempo hasta su *inesperada* contratación en Miler & Miler. Respecto a Salma y Thelma, las dos tenían en común el desprecio social por razones dispares. Salma por el oficio al que había sido sometida desde que la vendiera un tío a manos de un regente de burdel, y la joven Ferrer debido a ser madre soltera. Como fuera... lo que las enlazaba eran los giros del destino, y que entre ellas jamás se alzarían los prejuicios y el desprecio. ¿Acaso no lo decía la biblia, que el que estuviera libre de pecado arrojara la primera piedra? Entre las muchachas no había inocencia ni santidad, todo se reducía a tres mujeres que amaban, luchaban, se esforzaban y merecían salir adelante.

Amy supo de labios de Thelma su historia con Zachary Grant; lo conoció en Londres, cuando el hombre viajó a modo de emisario en compañía de su hermana Emily. La muchacha consiguió su cometido y más, no solo se casó con un noble elevando el estatus de la familia, sino que lo hizo con aquel a quien le entregó el corazón. Y Thelma había cumplido un rol fundamental en esa unión, uno llevado a cabo en las sombras, que le había condimentado la vida con ese extraño sabor agridulce: Tenía a Derek, su hijo, que había nacido del vientre de su hermana, pero que no podía ser más suyo si lo hubiera gestado en su propio útero; por el otro lado, había perdido a Zachary Grant, quien abandonó Inglaterra pensando que la mujer que amaba lo había dejado y despreciado.

La historia de Zachary y Thelma estaba por encausarse, porque el amor que los enlazaba era fuerte, capaz de sobrevivir a los malentendidos, a la distancia y a cualquier obstáculo. Sin embargo, en esa trinidad de amistad, se apoyaban las unas a las otras, y existía otro amorío que debía encontrar el camino a la felicidad. Uno que tenía incluso más años gestándose.

—Tenemos que hacerlo, Thelma... —Amy observaba a la pareja que tomaba té en su pórtico. Louis cortejaba a Salma como todo un caballero, tenía una capacidad asombrosa de ignorar a los curiosos y a las lenguas viperinas. Nada le interesaba más que los minutos compartidos junto a su gran amor.

—Claro que sí, no es ella la que me preocupa ahora.

—Debería...

—Estás cambiando de tema. —Sí, Amy lo estaba haciendo. Su rol de casamentera descubriría el verdadero motivo que lo propulsaba, su propio corazón. Quería que todos a su alrededor amaran y fueran felices, y que con esa dicha alimentaran la de ella... la nutrieran de esperanza. Hasta una mente práctica y racional como la de la señorita Brosman requería de una dosis de fantasía y cuentos de hadas.

—No lo hago, tú lo haces. Estamos hablando de Salma y Louis.

—Sí, porque no quieres hablar de ti... Vamos, somos amigas, y ya sabes que sabemos...

—Y si saben, ¿para qué indagan? —Amy bufó. Claro que sus amigas conocían su secreto, el motivo por el que rehuía de Hotah; no eran tontas. Y dicho fuera, se divertían un poco a su costa. Sin maldad, claro estaba, solo para colocar una dosis de risas a un pesar tan hondo; pero a Thelma le preocupaba la férrea negación de la señorita Brosman, pues era algo que podía doler demasiado si se enraizaba dentro de ella—. Thelma, decirlo en voz alta no cambiará el asunto, ¿sí? No se puede hacer nada al respecto, pero sí podemos hacer algo por ellos dos... —Señaló a Louis y Salma.

—Bien, empecemos por ellos, pero no creas que me he rendido contigo. Piénsalo de este modo, el amor de ellos también insulta a los mojigatos y santurriones, si ellos pueden, ¿por qué tú no? —Thelma le dio un cariñoso abrazo antes de avanzar camino al pórtico. Amy tardó unos segundos en moverse, su amiga había puesto en palabras los pensamientos que la asaltaban cada noche. ¿Por qué ella no?, si conocía miles de historias de amores *imposibles* que llegaban a buen término. Nora, por ejemplo, una plebeya con un noble. O Emily Grant, ¿no era esa la misma historia?

Sacudió su cabeza para despejarla de ideas absurdas, y recordó que una cosa era que estuviera *mal visto* y otra, muy distinta, era la ilegalidad. El matrimonio entre personas de distintas razas era ilegal en Estados Unidos...

—No en todos los estados... —murmuró al recordar lo leído en casa de Miler. Massachusetts, por ejemplo, lo permitía; aunque el debate se daba en torno a africanos y caucásicos, lo cierto era que hablaban de ley anti mestizaje. De nada servía enfocarse en eso, de momento, tenían algo en manos mucho más importante.

Thelma ya se encontraba varios metros más adelante, Amy apuró el paso para sumarse. Debían llevar a cabo los planes en la brevedad, antes de que bajara el sol por completo.

Era muy simple; en esos meses desde que Thelma había arribado y eran tres contra el mundo, consiguieron que Salma pudiera ampliar sus horizontes. La muchacha aprendía a leer y a escribir junto a la señorita Brosman, y a tejer y bordar con la señorita Ferrer. ¡Y hasta le habían conseguido un empleo! Lila Anteen, la modista del pueblo, aceptó entregarle algunos encargos menores de arreglos de prendas que pagaban pocas pero valiosas monedas. La independencia económica de Salma hacia su regente, el señor Ramírez, era el primer paso a la libertad. Sin embargo, no bastaba. Para ser libre por completo, necesitaba romper las cadenas con el desgraciado y violento chulo del pueblo, algo que no sería posible si vivía bajo su mismo techo y soportaba que la exhibieran como un objeto para alimentar la libido de su clientela.

—Oh, oh... —Louis se puso de pie, se quitó el sombrero para saludar a las damas que se aproximaban y sonrió con su mejor sonrisa Grant—, me temo que las señoritas británicas algo traman.

—Señor Grant... —La sonrisa de Thelma fue tan íntegra como la de Louis—, tiene correspondencia por tratar, al parecer un problema de presupuesto de la sucursal de Chicago.

—¿Es urgente o es usted una aguafiestas? —Salma se sonrojó ante las palabras del hombre, que comunicaba sin más cuánto disfrutaba de estar en su compañía.

—Un poco y un poco. Debemos hablar con Salma a solas...

—¡Oh, por Dios! —intervino Amy, presa de un repentino mal humor. Uno que tenía nombre y rostro: Hotah. Quería ponerle fin a ese asunto, quería alimentar las llamas de sus esperanzas y poder perderse una noche más leyendo sobre los avances de los abolicionistas para hallar un hueco legal por el cual colar sus sueños truncos. Quería llorar—. No sé ni por qué le damos explicaciones, señor Grant.

—Ya veo, ya veo... —Hizo visera con la mano, y a la distancia divisó a los dos jinetes que

se acercaban al poblado. Amy sabía que cada día se ponía más y más en evidencia, pero ¿qué podía hacer? Si existiera la posibilidad de correr a esos brazos, lo haría sin dudar. ¿Inglaterra?, podrían huir a Inglaterra... ¡Oh, ya no estaba de mal humor, estaba de un temperamento de mil demonios!—. Tenemos visitas. Bueno, mis bellas damas, les permitiré huir de sus gavilanes por una tarde más.

—Aquí el único gavilán es usted —bromeó Thelma—, y el más peligroso de todos. Vamos, vamos... que no puede ser que sea yo quien da las órdenes en esa oficina. ¿Recuerda? Usted es el jefe. Y de paso, me hace el favor de cuidar a Derek, que hace media hora está con Edmund y Rupert; dejará agotado a los dos.

—Le cuento un secreto, Thelma, Miler la envió a usted para que mandara. No confía en mí como gestor.

—Lo bien que hace...

Louis se giró hacia Salma, se inclinó hacia ella, con el sombrero apoyado en el pecho a modo de saludo. Luego lo calzó y descendió hasta que su mirada celeste se perdió bajo el ala, y con un gesto de dedos sobre la misma, se despidió de las británicas para ir al encuentro de los otros dos gavilanes

—¡Cambia esa expresión, Salma! —se quejó Amy, y detestó descargar con ellas las frustraciones. Como ese escenario se daba con cierta frecuencia, siempre con el mismo resultado, supo que sus amigas conseguirían reírse del asunto y, quizá, robarle una tan necesaria sonrisa—. Les he hecho un favor, si siguen tomando tanto té, les saldrá por las orejas.

—No me molestaría ser un manantial de té. —La observación de Salma hizo reír a Thelma, quien se sentó en el espacio vacío que había dejado el menor de los Grant.

—Te entiendo, te entiendo... pero dejemos que la señorita Brosman refunfuñe un poco más. Quizás así nos cuente qué le molesta tanto del señor Hotah. —Amy frunció el ceño; Salma, en cambio, se sumó al cruce verbal con Thelma. Ahí estaba, el giro que volvía comedia a la tragedia. La señorita Brosman puso los ojos en blanco, sin real malestar.

—Sin duda no debe ser su aspecto. Es un hombre atractivo... ¿no lo crees? —Salma guiñó el ojo, y Amy fue presa de un profundo sonrojo.

—Oh, mucho... y deja poco a la imaginación. Si casi nunca lleva la camisa...

—¡Deténganse las dos! Es inapropiado hablar de vestimenta masculina. ¡Somos damas, por favor! Además, no echamos a Louis por esto, es porque tenemos que hablar contigo. Prepararé té...

—¡Más té! Me saldrá por las orejas. —Y el eco de carcajadas la siguió hasta la pequeña cocina de su casa. Al regresar con la tetera caliente y las tazas en una bandeja, cortó el cuchicheo de las muchachas. No estaba lista para hablar de Hotah, y ellas lo respetaban. Sobre todo, porque en la balanza de sensaciones imposibles de dominar, se encontraba otra: no había conversado con el hombre en cuestión sobre lo que sentía. ¿Y si para él no era más que un juego de coqueteo?, ¿si para él, la señorita Brosman no valía la pena? Las charlas con Kaliska retornaban a ella con todo su saber, en caso de que Amy concluyera que Hotah valía la pena, que lo compartido pesaba más que el qué dirán, entonces no necesitaría de consejos ni aprobación. Pero aún no lo sabía, no estaba segura ni de sus anhelos, mucho menos los de él. Era mejor desplazarlos, ahogarlos con té y con problemas ajenos, de lo contrario enloquecería.

—Estamos todas, y más calmas, vayamos a lo nuestro —propuso la señorita Ferrer.

—¿Y qué es lo nuestro? —Salma se inquietó; las ideas de sus amigas siempre traían vientos de cambio.

—Pues... —Amy bebió de su té con una delicadeza admirable, tenían con Thelma planeada

la conversación hasta el dedillo. No dejarían que las inseguridades de Salma prevalecieran... de hecho, no las dejarían salir a la superficie siquiera—, no conseguiremos quitarte el estigma mientras sigas durmiendo en el burdel. —Las mejillas de Brosman volvieron a arder; le era difícil ser tan franca, en cada ocasión que lo intentaba, la reprimenda de Hotah resobaba con más fuerza. Los blancos eran unos incivilizados que llevaban consigo burdeles, pero se sonrojaban al hablar de camisas abiertas.

—No tengo lugar...

—Con Amy pensamos en que podríamos hacerte sitio —interrumpió Thelma—, y también coincidimos en que es mejor aquí que en mi casa. —Salma intentó hablar; no la dejaron.

—Y es que tu relación con Louis es muy evidente —manifestó Amy, sin permitirle introducir bocado—, si vivieras sobre la oficina que él trabaja, daría qué hablar.

—Amy... soy prosti... —Quiso explicar que las habladoras la seguirían de por vida; no se lo permitieron.

—Además, aquí estarías junto a la capilla, el último lugar al que Ramírez se acercaría... —continuó Thelma.

—El pueblo ardería al ver a quien regenta un burdel entrando a la iglesia. —Salma iba a decir que tampoco la veían a ella con rostros de bienvenida cuando presenciaba la misa, pero, de nuevo, la silenciaron.

—Podrías continuar con tus labores, y Lila no tendrá inconvenientes en acercarse con sus encargos... —Thelma se puso de pie, y Amy la imitó. Ambas dejaron las tazas en la bandeja como la danza previamente coreografiada que en realidad se trataba.

—Señoritas... yo...

—¡Nos alegra que aceptes! —exclamó la señorita Brosman, ignorando la ausencia de respuesta.

—Sabía que diría que sí. Pues bien... Vamos. —Thelma le quitó la taza de las manos al ver que no se movía—. No podemos esperar, ya en breve anoecerá y será más difícil.

—¿A dónde vamos?, ¿qué será más difícil? —Salma se encontraba estupefacta.

—Buscar tus pertenencias en el saloon... por la noche es cuando más clientes hay. Debemos hacerlo ahora...

Las dos jóvenes británicas secundaron a Salma para que no opusiera resistencia, la tomaron del brazo y emprendieron su andar orgulloso. No querían que la vacilación o los miedos la asaltaran, y producto de ellos, o del prejuicio, pasara una noche más bajo el yugo de Ramírez. Cierto era que, gracias al amor silencioso de Louis, los abusos hacia la muchacha habían menguado. De hecho, no ejercía la prostitución desde el momento exacto en que los Grant descubrieron oro; pero las formas de sometimiento iban más allá de la clientela. Los maltratos del regente del burdel podían ser físicos, verbales, incluso grandes humillaciones. En los años anteriores a la llegada de Amy, se habían dado varios enfrentamientos entre los hermanos Grant —que incluían a Hotah— y Lito Ramírez; era por eso que el maleante intentaba por todos los medios hacérselas pagar, ya fuera ofreciéndole trabajos poco dignos a Elsu, como exponiendo a Salma a las libidinosas miradas de los clientes del burdel.

Amy sabía de labios de Louis que el joven y adinerado poeta solo esperaba una señal de su amada para ponerle fin al asunto de una vez y para siempre; una señal que no había llegado no por falta de interés, sino por ignorancia. Salma, hasta que la maestra le enseñó, no sabía leer, pero fue lo suficientemente orgullosa como para ocultarlo y seguir recibiendo las misivas del hombre sin entender qué decían ni poder contestar. En ellas, Louis había plasmado su peor miedo, convertirse en un gentil carcelero, pero carcelero en fin. Que Salma lo eligiera no por amor o con la libertad

rigiendo su corazón, sino porque era preferible pertenecer a un adinerado hombre que a un rufián de bajos fondos. Lo aterraba la idea de poseer a Salma, como tantos hombres intentaron hacer en el pasado a cambio de unas monedas; quería construir con ella una relación sin ataduras ni dependencias más que la necesidad que rige en los corazones de quienes se aman.

Y ahora podrían hacerlo; Salma se había abocado al estudio con el incentivo de poder leer las cartas que guardaba con celo, y con el certero conocimiento del sincero amor de Louis Grant, los obstáculos a sortear no parecían tan difíciles. Amy y Thelma pensaban de igual manera. Solo debían ponerle fin a su vida en el burdel, para que Salma pudiera extender sus alas y volar, libre, hacia aquel que la esperaba sin jaulas.

Parecía sencillo... no lo era. La señorita Brosman conocía la zona fea de Sacramento, la caminaba cuando Elsu intentaba huir de ella. Sin embargo, no era más que las puertas del infierno, porque el inframundo se hallaba en una construcción de dos pisos con un destartado cartel que rezaba: saloon, agujereado por las balas. Como habían previsto, no se encontraban demasiados clientes; algún que otro borracho que no podía esperar demasiado sin empinar el codo. El olor era intenso, sin ser nauseabundo a esas horas. Las prostitutas, entre ellas la misma Salma, se encargaban de la limpieza; solo que el orín, el sudor, el vómito y el hedor a sexo se impregnaba en las maderas dejando su impronta.

Además de la escasa clientela, se encontraban cuatro hombres: Lito Ramírez y tres de sus secuaces. Entre todos no hacían un cerebro, pero sí los suficientes músculos para impedir a las jovencitas salirse con la suya.

—Venimos a por las pertenencias de Salma —expuso Amy, en su mejor tono de maestra que reprende a un alumno, y avanzó camino a la escalera. Las demás muchachas que trabajaban la noche descansaban en la planta alta bajo el mando de Margot, la madame del lugar.

Lito Ramírez largó una risotada.

—En tus sueños, muñeca. Esas cosas me pertenecen, es más, la puta esta me pertenece. —Se acercó a Salma para aprisionarla del brazo. Thelma se interpuso.

—Ya no más... —dijo la señorita Ferrer—. Nunca te perteneció, en primer lugar... —Ramírez la hizo a un lado con un ademán violento. Salma, acostumbrada a recibir los golpes, intervino, y el regente no dudó en depositar en ella la ira.

—¡Putas mal agradecidas!, años viviendo sin trabajar y vienes aquí a exigir. ¿Crees que porque tomas el té eres británica como estas dos zorras? Y ustedes... —Enredó los dedos en los mechones de la prostituta y tiró sin piedad. Uno de sus cómplices interpretó eso como una invitación a sobrepasarse con Amy, y la alzó al vuelo, impidiéndole el paso a las escaleras. Thelma, quien estaba libre, se arrojó sobre Ramírez dispuesta a pelear con todas sus fuerzas.

—No necesitamos sus malditos vestidos; buscamos la paga que ganó con la señora Anteen y... —Iba a agregar las cartas de Louis; se silenció justo a tiempo. No le daría un arma emocional para chantajear a Salma. De todos modos, no tuvo oportunidad de decir más, porque Lito también la agarró a ella, clavando los fuertes dedos en la piel del brazo.

—¡Me cansaron!, ¡las tres! Tú... —Señaló con el mentón a Amy, que forcejeaba contra uno de ellos sin posibilidades de victoria—, que te crees con el derecho de andar mi calle buscando niños. Los que están aquí, trabajan aquí. Tú... —Apretó más el brazo de Thelma—, te crees con poder de regir en Sacramento solo por ser la zorra de un Grant, pues yo te voy a enseñar dónde terminan las zorras Grant... —Y eso decantó en Salma. Sí, le haría pagar a los hermanos Grant sometiendo a sus mujeres. Las arrastró con evidentes intenciones; la voz de uno de los secuaces lo detuvo.

—Vienen los Grant...

—¡Qué sorpresa!, los caballeros al rescate... —Thelma y Salma palidecieron ante la idea de que Ramírez pudiera lastimar a los hombres que amaban. Amy batallaba contra el que la retenía, y solo conseguía cansarse. Lito le hizo señas de que la llevara con él, tras la barra. Atrincherado, con las tres mujeres como rehenes, se preparó para la guerra—. Yo que ustedes, me agacho, miladies... —Cargó el arma y aguardó por los invasores.

La puerta vaivén se movió, Lito disparó, y Salma le hizo señas a las británicas de que hicieran caso. Era mejor esconderse. El regente tuvo que recargar los cartuchos, el hombre que había apresado a Amy intentó atacar a los recién llegados, y fue disuadido por el cuchillo de Hotah, que voló hasta clavarse junto a su oreja. La señorita Brosman sintió que los ojos se le inundaban de lágrimas de pavor al verlo, quiso correr hacia él y la mano de Ramírez la detuvo tomándola de los rojizos cabellos. Le ardió el cuero cabelludo, creyó que se lo arrancaría por la fuerza del agarre. No logró ver cómo Hotah empujaba a la inconsciencia al maleante, reduciendo la desventaja numérica.

—¿Escondiéndote detrás de una falda, Ramírez? ¿Por qué no me sorprende? —La voz de Zachary Grant resonó en el lugar. Tras hablar, disparó a las botellas acomodadas en la barra. Los cristales se hicieron añicos y cayeron sobre las muchachas, las tres chillaron y se cubrieron con los brazos. Sabían que Zach no les haría daño a ellas, por eso era que no disparaba a través de la madera. Lito también lo sabía. Salma aprovechó la distracción para arrastrarse lejos de la protección, Louis la divisó y ella le señaló con los dedos cómo estaban ocultas. Ramírez en el medio de Amy y Thelma. El menor de los Grant les transmitió esa información a sus hermanos.

Los clientes ya habían abandonado el lugar, al igual que cualquier curioso o transeúnte. No eran poco habituales las peleas en el burdel, y no sería ni la primera ni la última vez que finalizaran con un muerto.

Salma corrió tan rápido como pudo, las faldas con enaguas que utilizaba desde que la amparaban las británicas le impidieron hacerlo a la velocidad habitual y terminó presa de un secuaz del regente. Louis desesperó, intentó ir a por ella, su hermano lo detuvo:

—Es una trampa, quiere que salgas para dispararte. —Ramírez asomó el cañón del rifle, no se atrevía a mirar hacia dónde disparaba. Sabía que, si mostraba aunque fuese la frente, los desgraciados Grant o el malnacido del indio le volarían los sesos.

Volvió a gastar sus dos disparos. Como requería de ambas manos para recargar, la distracción les permitió a las muchachas escapar a gatas como había hecho Salma. Amy logró correr hacia el lugar en que estaban sus salvadores. Thelma cayó en garras de un tercer maleante. La señorita Brosman no dudó en refugiarse en el pecho de Hotah, el único lugar seguro en el mundo. Al demonio el decoro, la distancia, el miedo a exhibir sus sentimientos. Necesitaba sentir la piel del hombre, su corazón latiendo, la tibieza de la piel; cualquier indicio de que estaba viva y que esa experiencia, la más aterradora de su vida, tendría fin gracias a él.

—¡Mierda!, ¿en qué pensaba? No, usted no piensa, señorita Brosman. —El enojo de Hotah no se condecía con la forma en que aprisionaba el cuerpo de Amy contra el suyo y le secaba las lágrimas de pavor que le surcaban el rostro. Ella se aferraba a esa camisa abierta que tantas veces había recriminado, escondió en el cuello de Hotah su rostro y se sintió una imbécil al haberse impedido esas sensaciones por tanto tiempo.

—Ti... Tienen a Thelma y Salma. —Otros dos disparos a ciegas tronaron en el burdel.

—No por mucho... —masculló Zachary, y se puso de pie.

Amy no pudo atestiguar más, Hotah se lo impidió. La escondió tras su musculoso cuerpo, dispuesto a dar su vida por la de ella. Las lágrimas le nublaban la vista, solo pudo adivinar el resto. Salma huyendo por la puerta lateral, Zach liberando a Thelma de las manos de un maleante y

Louis golpeando a Ramírez hasta la inconsciencia.

—¡Maldición, Grant, no seas tan considerado con esta lacra! —El reclamo de Hotah le dijo a Amy que todo había terminado. Louis no iba a matar a Lito Ramírez a sangre fría, y una sensación espantosa recorrió a la señorita Brosman al reconocer que su querido Hotah tenía razón; ser considerado con el regente del burdel solo le otorgaba la posibilidad de vengarse de lo sucedido.

—No soy como él, pero esta vez es definitiva, Ramírez... —Louis le propició un puñetazo en la mandíbula—. Salma se va de aquí para nunca más volver. Y tú aceptarás eso, de lo contrario, verás que no soy tan considerado la próxima vez. —El dueño del burdel rio. ¿Cuántas veces había escuchado esa amenaza? Millones. La moral no valía de nada, para un hombre como él, que regentaba un lugar así, el honor era cosa de débiles.

A los pocos minutos, tras reducir a otro de los hombres, Zachary Grant se sumó a la tarea de someter a Ramírez y dejar bien en claro quiénes mandaban en Sacramento.

—Escúchenme bien, porque no pretendo repetirlo. Thelma Ferrer es mi mujer, está bajo mi protección y la de todos los Grant. Si le vuelven a tocar un pelo, esto no quedará en una simple pelea de bar. Haré arder este maldito lugar hasta los cimientos, y me aseguraré de que tú... — Caminó hasta Lito, le colocó la bota en el cuello y presionó con todo su peso—, sí, tú... ardas con todos tus malditos amiguitos. ¿He sido claro?

No esperó respuesta. Se dirigió hacia Thelma, la levantó sin más y abandonó el lugar, dispuesto a sortear el último obstáculo que los separaba: el orgullo. Louis no tardó en socorrer a Salma, y Amy y Hotah solo pudieron mirarse sin saber qué hacer.

La señorita Brosman supo la respuesta: sí, Hotah valía la pena, la alegría, el susto, la felicidad, el miedo, la gloria. Hotah valía todos los sentimientos que la hacía experimentar. Se abrazó a su cuello y le demandó la seguridad y el consuelo.

No se dijeron nada; sobraban las palabras. Un par de minutos después, debieron romper el hechizo.

—Señor Hotah, vayamos a por las cosas de Salma, vivirá conmigo hasta que se solucione su situación. —Se puso de pie, barrió las lágrimas y caminó hacia las escaleras con la espalda erguida y el mentón en alto. Hotah la siguió con la mirada y una sonrisa que desentonaba con el regadero de hombres heridos y manchas de sangre; luego lo hizo con sus pasos, para protegerla de esa hermosa locura que la poseía cuando intentaba mejorar la vida de todos a su alrededor.

Sí, la misión de Amy Brosman era trastocar la existencia de todos los afortunados que se cruzaban en su camino, y la de él... la de él era cuidarla por siempre y para siempre.

Se debían un vespertino festejo, o un encuentro de muchachas, como fuese, daba lo mismo. Cuando lo pensaba, en cierta forma, tanto Thelma como Salma regresaron a la vida tras el vendaval de acontecimientos que, de una buena vez por todas, las colocaba de nuevo en el camino que nunca debieron abandonar. Thelma junto al hombre que amaba, y Salma recuperando el poder sobre su cuerpo y su espíritu. Ya no sería una víctima más de Ramírez. ¡Lo habían conseguido! Era libre... Por lo menos, alguien obtenía su libertad. Y eso debía de celebrarse, aunque fuese con un té y un improvisado pastel, bajo el sol de esa infernal tarde de domingo.

Preparó todo con gran esmero. Utilizó el juego de té de porcelana destinado a los grandes momentos, ese que viajaba a todos lados con ella, un obsequio de parte de Lady Shropshire, que conocía las preferencias de su adorada pupila. Elaboró la infusión junto a otras de hierbas que podrían tomarse a temperatura ambiente. Le sumó una refrescante bebida hecha con limones recién exprimidos, menta y miel. Ideal para combatir las altas temperaturas.

Trozó el pastel de melocotón, y lo dispuso en pequeños platos. Esperó...

El calor se hizo pesado, molesto. Fue en busca de su abanico y se dirigió al porche de entrada. Gozaría de la brisa y las vería llegar; Salma debía estar en lo de Lila Anteen en busca de las labores del lunes, tareas que llevaba a cabo en su nuevo hogar.

Esperó... Las enaguas se adhirieron a sus piernas como resultado del calor, y eso significaba una cosa, tenía demasiado tiempo esperando. Una sensación de ardiente acidez subió hasta su garganta. No debía de preocuparse, se dijo. Carraspeó luchando contra el malestar.

¡Un libro! Sí, iría a por un libro, leería un par de fragmentos hasta que las muchachas se hicieran presentes.

¡Maldición! No sostuvo la atención más de un párrafo. Su cabeza inquieta no se detenía, la muy desgraciada le atribuía un matiz oscuro a la situación. Detestaba la sensación de presagio, y la misma le estaba retorciendo las tripas de la peor manera.

La preocupación de Amy no era infundada, hacía más de tres horas que las esperaba. No era común la demora en ellas. Menos en Thelma. En especial un domingo, día en donde la pasividad del pueblo no hacía más que provocar la somnolencia. Sin más compañía que la angustia, tomó su parasol, y fue en busca de respuestas por los alrededores.

La señora Copperfield, una de las vecinas cercanas a la capilla, le dijo que había visto a Thelma a primera hora del día, junto al pequeño y la muchacha esa... la de Ramírez. Supuso que habían ido a la feria local. Supuso mal. Mary Jane y su esposo —que formaban parte del mercadillo de fin de semana— se lo confirmaron, nunca las vieron.

Después de intercambiar palabras con un par de lugareños, decidió ir a la fuente suprema de información, la oficina del sheriff. Él no se encontraba, estaba en su día de descanso, Wilbur lo reemplazaba. Wilbur no estaba solo, no, nunca lo estaba, siempre contaba con su buen amigo el alcohol. Roncaba con la cabeza hacia atrás con un hilo de baba colgando de la comisura de su boca. ¡Por todos los cielos! Amy contuvo el deseo de abofetearlo con violencia para despertarlo y que hiciera su condenado trabajo. Por lo visto, alguien se tomó la molestia de abastecerlo con alcohol más de lo acostumbrado. Como si quisieran que este quedara fuera de acción.

La preocupación de Amy combinó con su matiz creativo, y la capacidad de fabulación hizo de las suyas. Pensó lo peor. ¡Desgraciado presentimiento!

Se infundió calma, de lo contrario, tendría un ataque de nervios. Una mente despejada era una mente pensante y racional. ¡Eso es Amy, respira, vamos! Alejó la concepción de catástrofe inminente de su pensamiento dándole lugar a lo funcional. Descartó las opciones que no tendrían sentido ni en cien años, y todo se redujo a una última posibilidad: la vivienda de Thelma. Tal vez se había demorado allí con algo relacionado a Derek.

No dilató la situación ni un segundo más. El apartamento no estaba muy lejos.

La desesperación la embargó al comprobar que el cerrojo estaba forzado. Empujó la puerta, y con ese simple movimiento, se abrió. Temerosa, subió la escalera. El silencio le perforaba los oídos. Las propias palpitaciones la enloquecían.

Recordó el té, la limonada, el pastel de melocotón trozado. ¿Cómo era posible que el escenario de festejo hubiera sido suplantado por la más desesperante de las incertidumbres?

En la planta alta se encontró con la misma situación, el picaporte de la puerta de ingreso al lugar también estaba roto. Al ingresar, el silencio anterior fue desbancado por ahogados gemidos, y lo que parecían ser débiles patadas. El instinto la hizo correr hasta el origen del sonido, provenía de la cocina. Los golpes resonaban en el interior de la despensa. Antes de abrirla, agarró el cacharro de metal que tenía a mano y lo alzó por si se lo tenía que encestar a alguien en la cabeza.

Halló a un Derek preso del terror. Enrojecido de pies a cabeza, amordazado y maniatado.

—¡Cielo santo! Oh, Derek, tranquilízate... —Como pudo, controlando el temblor en sus manos, lo liberó de la presión de la soga en las muñecas—. Respira, pequeño, ya estoy aquí... — intentó tranquilizarlo mientras luchaba con la mordaza apretada en su boca.

Ya libre, el pequeño se abrazó a ella con desesperación.

—¿Dónde está tu madre?

—Ellos se la llevaron... a mamá y a la señorita Salma.

La acidez atravesó el estómago de Amy. Apretó el vientre para contenerla mientras unía las piezas de ese atroz rompecabezas. Todo olía a Ramírez. ¡¿A quién más?!

¡Tonta, maldita tonta! El reproche no tardó en resonar en su mente. No tendría que haber callado, confiado en que todo estaría bien... Si hasta ella había oído rumores en el pueblo de que el hombre se las cobraría contra los Grant. ¡Lo estaba haciendo con Thelma! Y juraría que Salma también era su víctima. El malnacido de Lito Ramírez le decía a Sacramento que los Grant ya no eran los amos y dueños, que él también podía hacer lo que se le antojase.

¡Oh, cielos! Acarició la cabeza de Derek para darle consuelo e infundirse valor.

¿A quién recurrir? Ninguno de los pueblerinos se atrevería a enfrentarse al regente del burdel, ni por la prostituta devenida en damisela en apuros, ni por la madre soltera extranjera con un pasado que muchos ya juzgaban. Y regresar junto a Wilbur era tiempo perdido, aunque lograra despertarlo, no coordinaría movimientos. Solo contaba con...

Con los Grant... a unas cuantas millas de distancia. ¡Demonios!

Las lágrimas pujaban por salir. Quería llorar, gritar...

No, no podía hacerlo, tenía a Derek en sus brazos, y Thelma... Salma, de seguro contaban con ella.

Fue a por uno de los caballos de Edmund. La aterraban, pero en ese momento hizo a un lado el temor por un bienestar mayor. Sabía que el niño había recibido lecciones por parte de Hotah. Allí, en donde había un niño dispuesto a amar a los caballos, allí estaba su adorado hechicero, dispuesto a enseñar. Confiaba en ese aprendizaje, no tenía más alternativa que hacerlo. Ella estaba

atada de pies y manos, víctima de la ignorancia y de un temor que la dominaba.

—Derek, tú sabes afianzarlo a la calesa, ¿verdad?

—Sí, Hotah me ha enseñado... ¡Me ha enseñado todo!

—¿Y crees que puedas ayudarme a llevar las riendas también? —Él asintió. El pobrecillo se enjugaba las lágrimas con la manga de la camisa.

—¿Vamos a ir en busca de mamá?

—Vamos a ir en busca de los Grant... —le informó mientras lo subía al pescante. Luego se sentó junto a él y agitó las riendas con la ayuda de Derek—. Y ellos irán en busca de tu madre.

Elevó una plegaria al cielo. ¡Dios santo, guíame, por favor... guíame!

Ni Dios... Ni Derek, ni Amy dirigían al caballo; los nervios y la angustia lo hacían. El animal percibió las emociones descontroladas, se inquietó, no se encontraba a gusto en la aventura, posiblemente porque el arnés no estaba atado como correspondía. Lograron atravesar los límites del pueblo hasta adentrarse en territorio Grant sin grandes inconvenientes, pero a mitad del trayecto estos decidieron cobrar protagonismo. El bocado del caballo se desprendió del lado derecho, el animal agitó la cabeza, molesto, liberándose de la frontalería. Derek y Amy perdieron el control, las riendas se deslizaban por sus manos sin guantes, no habían tenido tiempo para prepararse como era debido.

—Suelta, Derek, yo me encargo... —No quería que el niño se lastimara.

Ella las sostuvo cuanto pudo, la fricción de las cintas de cuero le quemaron las manos. Toleró hasta que las lágrimas de desesperación en sus mejillas se confundieron con las de dolor. La fuerza del animal pudo más, ansiaba la libertad total por la pésima comandancia a la que se enfrentaba. Se alejó al galope, hasta perderse en el horizonte.

—Lo siento, señorita Brosman... —Derek se responsabilizó por lo sucedido. ¡Pobrecillo!

—No, no tienes por qué. —La culpa era de ella, su temor a los caballos y todo aquello que los incluía. Se prometió que jamás, nada ni nadie, volvería a tomarla tan poco preparada y desprevenida. De un salto se bajó de la calesa—. Caminaremos... ¿crees que puedes hacerlo?

—Sí... —dijo. La imitó en el salto.

Amy hizo visera con la mano, el sol del atardecer jugaba con sus ojos.

—No estamos muy lejos —mintió. No recordaba la distancia, la última vez que estuvo en el rancho Grant fue para la boda de Nora y Charles Miler. Parecía una eternidad. Lo tomó por los hombros y avanzaron.

Caminaron un poco más de un cuarto de hora, el atardecer dibujó sombras a lo lejos, y entre ellas, Amy distinguió una en particular... Los cabellos renegridos al viento, la camisa sujeta a la altura del borde del pantalón exhibiendo un torso desnudo curtido por el despiadado sol del desierto... Hotah. Ahí estaba la respuesta a su plegaria, el hombre que gobernaba sus sueños. Un dios nativo, el único dios al que ella le entregaría toda su devoción.

Amy exhaló dejando salir una pequeña parte del dolor contenido. Hotah cabalgaba en dirección a ellos con una furia única, como si corriera una carrera contra el tiempo. Había recorrido las inmediaciones del rancho movido por una extraña sensación, la clase de sensación que no podía ser remediada con el reposo de la mente ni del cuerpo. Así fue como encontró a Shadow, uno de los caballos pertenecientes al rancho, uno de los tantos animales que Louis tenía a disposición en el pueblo. El animal estaba bien adiestrado, por eso galopó directo a sus orígenes cuando se halló libre. Sería una locura decir que el pelaje del animal olía a lavanda, pero para Hotah no lo era. Podía sentir el perfume de Amy a kilómetros de distancia, y esa tarde, el dulce perfume de la muchacha corría junto a la brisa del atardecer. No quería presuponer lo peor,

aunque todo le indicaba que la inquietud que lo acompañaba involucraba a la señorita británica. Maldijo en su lengua natal al comprobar que no se había equivocado, y su corazón se desbocó como animal furioso al ver la cabellera pelirroja de la muchacha agitarse contra el viento... los mechones parecían llamas enloquecidas, era puro fuego en medio del desierto.

—¡Hotah... Hotah! —Los oyó llamarlo. Alzaban los brazos con desesperación, como si él no fuese capaz de verlos.

Descendió del caballo antes de que este se detuviera.

—¿Qué ha ocurrido, señorita Brosman?

Sin duda, nada bueno. El solo hecho de pensarla cerca de un animal de cuatro patas confesaba la realidad aún no expuesta.

—Thelma y Salma... han desaparecido. ¡Se las han llevado!

Amy no toleraba más el peso de las sensaciones. Quería quebrarse en mil lágrimas, y si no lo hacía era por el bienestar emocional de Derek. Tenía, debía de controlar el llanto y las palabras.

Hotah era un hombre de silencios y pensamientos. Le bastó lo dicho para unir cabos: Ramírez. Las muchachas estaban en peligro. Si el hombre se arriesgaba a más luego de la advertencia de Zach, era porque estaba dispuesto a todo.

Quitó la montura de su caballo y la arrojó al suelo. Montó al animal a pelo, una vez acomodado a mitad del lomo, extendió la mano a Derek. El niño se dejó alzar por él. Era tan ligero que ni cuenta se dio cuando aterrizó a horcajadas tras la espalda de Hotah.

—Aférrate a mi cintura —le indicó, y el pequeño extendió los brazos a cada uno de sus lados, pegando la mejilla a su espalda.

—Ahora es su turno, señorita Brosman.

—No, no... prefiero quedarme aquí.

El temor se instauraba en ella una vez más. Y la cercanía de Hotah... sus brazos, la tibieza de su piel. ¡Oh, tonta... maldita tonta! ¿En verdad dejarás que tus sentimientos hacia Hotah te nublen el pensamiento? No, no...

—Su preferencia no importa... —Él atravesó sus cavilaciones sin piedad. No más juego de presa y cazador. No más infantiles necedades—. ¿Tengo que subirla a la fuerza?

No era momento para desafiarse, para rehuirse... La mano de Amy se unió a la de Hotah, y el contacto de pieles hizo temblar al desierto mismo. Ella contuvo la respiración para apaciguar el ritmo acelerado de su corazón. Con un simple y rápido movimiento, la elevó, la acunó con su brazo hasta sentarla a mujeriegas delante de él.

Inició un suave galope, cargaba con pasajeros inesperados, tenía que ser veloz y cuidadoso. El silencio tomó como víctima a Amy, de parte del pequeño, oía los sollozos. Su encantadora maestra no se demoró mucho más con los suyos, apartaba las lágrimas con disimulo mientras el hombro golpeaba contra su pecho descubierto.

No sabía cómo consolarla, ni siquiera sabía cómo echar abajo las murallas que lo distanciaba del resto de mundo, una muralla que los dos se habían encargado de construir de manera metódica.

Si usted huye de mí, y yo huyo de usted, jamás nos encontraremos...

La más oscura buenaventura se encargó de ponerle fin a los forzados desencuentros. Ahí estaban, en medio de la adversidad, descubriendo que sus cuerpos se reconocían, se añoraban... y encontraban un refugio el uno en el otro.

Amy se sintió segura junto a él. El mundo podría derrumbarse a su alrededor, y a ella no le importaría, porque en brazos de Hotah se encontraba a salvo. Y esa suprema seguridad fue la que

hizo que dentro todo colapsara... ella estaba a salvo. ¿Thelma? ¿Salma?

—Oh, Hotah... —gimió, y las lágrimas brotaron sin control, rendidas a la tristeza. ¡Al diablo el decoro! Necesitaba a Hotah, su calor... la suavidad de su piel en contacto con la de ella. Apoyó la cabeza en su pecho desnudo, dejó que sus lágrimas cayeran libres, y estas bañaron el vientre de Hotah.

No sabía cómo consolarla sin traspasar una barrera que no tendría retorno para él. Para ambos...

Hizo una promesa a los cielos... Se cobraría cada lágrima que la mujer que anhelaba derramaba.

Los Grant declararon la guerra de inmediato. Partieron dispuestos a recuperar a sus mujeres y decididos a ponerle fin al reinado violento de Lito Ramírez en Sacramento.

El rancho familiar se transformó en el epicentro de la tormenta. Amy los vio marcharse a furioso galope, no sin antes elevar la apuesta de su angustia ante las palabras oídas.

—Por favor, manténganse a salvo... —Sandra Grant se persignó. No podría impedir la partida de sus hijos, de todos ellos, hasta Jonathan, que se encontraba de visita, se sumaría a la cacería junto a sus hermanos—, y traigan a las muchachas de regreso.

—Eso haremos, madre —sentenció un Zachary al borde de la furia.

Y no era el único que ardía en llamas. El alma libre, el bohemio... el único rostro de la familia que aún conservaba un rastro de inocencia, también estaba dispuesto a todo.

—Esto se termina hoy... —Louis conseguiría la libertad definitiva de Salma.

No pudo despedirse de Hotah, y eso provocó un inmenso dolor en su corazón. Demasiado dolor. La presión en su pecho no le permitió respirar. La falta de aire le enrojeció las mejillas, el alrededor giró con violencia y tuvo que buscar soporte en una pared para no desmayarse. Para no desmayarse y gritar... ¿Y si no volvía a verlo? ¿Y si...?

Apoyó la mano contra la blanca pared sin darse cuenta de que, la sangre, producto de la herida por la fricción de las riendas en la piel sin guantes, dejaba una huella carmesí. Fue Megan Foster la que lo vio, y corrió en su ayuda.

—¡Por todos los cielos, Amy! —Le brindó su cuerpo a modo de sostén.

—Estoy bien, estoy bien... —Ni ella misma creía sus palabras. Estas se le atoraban en la garganta—. No... no te... no te preocupes por mí.

—¿Qué no me preocupe? ¡Estás sangrando, Amy! Ven... —La hizo caminar hasta donde estaban dispuestas las sillas. La familia había sido sorprendida en plena cena, y todo estaba orquestado para la misma—. ¡Mamá Grant! —le gritó a Sandra, así solía llamarla afectuosamente—, necesitamos agua, vendas y ungüento cicatrizante.

Sandra dio órdenes a las empleadas que la rodeaban. Fue de aquí para allá con la continua silenciosa plegaria en los labios. Una vez con los elementos en su poder, tomó asiento junto a las muchachas, y entre Megan y ella, desinfectaron y limpiaron la herida.

—¡Rayos! ¡La noche ha comenzado! —resopló con resignación la matriarca Grant, esa no sería la única herida a la que se enfrentarían.

—Esto va a arder, Amy—alertó Megan antes de depositar una abundante cantidad de preparado en los cortes de su piel.

Apretó los labios. Ardió, claro que sí, pero nada se comparaba con el otro dolor... el que estaba anclado en su pecho. No entendía cómo las dos mujeres frente a ella se mantenían tan apacibles. Si tenían la receta, el combinado de hierbas para apagar la angustia, la quería.

—¿Cómo... cómo pueden estar tan calmas?

—Porque nacimos en California, señorita Brosman. —Sandra le obsequió una mirada que traía consigo mucho más que consuelo, demostraba certeza, la certeza de que todo saldría bien. Debía creerlo. Quería creerlo—. El idioma de esta tierra se construye en base a la supervivencia... y esa supervivencia no hace diferencias sociales. ¿No es así, Megan?

Los Grant eran nuevos ricos, en cambio, los Foster cargaban en los hombros un legado familiar de riqueza. Las hermanas nacieron bajo un techo privilegiado, en donde la realidad podía haberse mantenido ajena a ellas. Sin embargo...

—Mi padre me enseñó a disparar a los diez años —dijo con una mueca de orgullo en los labios—, así me convirtió en una auténtica californiana, a mí y a mis hermanas. También nos enseñó otra cosa... —Hizo una pausa, tenía que cubrir la herida con la venda.

—¿Qué? ¿Qué otra cosa? —Amy necesitaba esa receta.

Megan y Sandra se miraron. A pesar del fatídico escenario en el que se encontraban, sonrieron compartiendo la única gota de tristeza que exhibirían ante el mundo esa noche.

—Que junto a la supervivencia camina la aceptación a sus consecuencias.

Vida y muerte. Las dos caras de una misma moneda. La balanza siempre se tambaleaba, y no existían favoritos, la sangre derramada no siempre brotaría de los enemigos. Aceptaban las reglas, y si debían llorar a sus muertos, lo harían solo frente a sus cadáveres. Mientras tanto, continuaban con las plegarias en silencio. Perpetuo y cómplice silencio.

—Vamos, muchacha —Sandra se incorporó y le palmeó los hombros—. Debemos prepararnos para lo que viene.

Siguió paso a paso las indicaciones, hirvieron agua, prepararon más ungüentos, alistaron las habitaciones que serían el lugar de reposo de los heridos y cortaron tantos vendajes como pudieron. Benedict Grant comandaba la vigilia desde lo alto de la torre de agua, los años le jugaban en contra, ya no podía cabalgar junto a sus hijos en busca de justicia, su presencia solo los demoraría. Ofició de protector de las mujeres, desde ese lugar, escrutaba el horizonte; en situaciones críticas, el vandalismo local siempre estaba dispuesto a la conquista de más. El resto de los empleados del rancho se armaron, y se prepararon para el desvelo.

Restaba esperar...

El fin de la noche los sorprendió con un grito a lo lejos. La campana del rancho repiqueteó con fuerza alertando sobre los hechos. Las voces de los empleados surcaron el aire hasta alcanzar los oídos del patriarca y las mujeres.

—¡Ya llegan!, ¡regresan todos!

El conteo de cabezas fue inmediato, como también lo fue el de las heridas. Los más maltrechos eran Salma y Zachary, el resto, apenas presentaban heridas preocupantes.

Amy cumplió con la función que le asignaron, les brindó asistencia a sus amigas. Salma fue la primera, requería de reposo, de mucho reposo para sanar. La acompañó hasta una de recámaras y allí la dejó descansar. Luego regresó a por Thelma. Tenía algunos raspones menores y golpes por la travesía; mamá Grant se había encargado de limpiarlos, así que, simplemente, se acurrucó a su lado.

—Oh, pensé lo peor... imaginé lo peor —susurró a sus oídos.

—Y lo fue, Amy... fue lo peor que viví en mi vida. —Los ojos de Thelma fueron en busca de los de Zachary, que estaba a un par de metros, bebiendo alcohol mientras le regresaban la articulación del hombro a su lugar. A pesar de todo, se sonrieron expresando un tácito «Te amo»—. Por eso lo enterraré aquí, en esta noche. Lo olvidaré... porque no permitiré que nada ni nadie me vuelva a arrebatarse la felicidad otra vez. —El hermoso decreto salido de labios de su amiga provocó lágrimas en Amy—. Y tú... tú deberías hacer lo mismo. —Thelma apartó las

lágrimas de su amiga con la yema de sus dedos—. El arrepentimiento tardío es el peor adversario del amor. Te lo dice una experta.

En cuanto Zach recibió el último de los cuidados, se marcharon a descansar. Amy sonrió al verlos caminar rumbo a una de las recámaras... él, ella y el pequeño Derek. Desde ese instante en adelante, serían una familia. Una hermosa familia.

Amy miró en derredor, Dorothy y Steven, los hijos de Megan y Jonathan, quedaron al resguardo de los abuelos mientras sus padres retozaban juntos en una de las habitaciones para compensar el estrés de la noche. Los niños estaban algo tensos, pero se entretenían en la sala de juego bajo la supervisión de algunas empleadas. Sandra y Benedict se sentaron en el salón principal, junto al hogar apagado, desde allí, gozando de una buena copa coñac, observaban a sus nietos. Los empleados regresaron a sus actividades cotidianas; si bien no habían hecho un interrogatorio, sabían por Louis y Jonathan que habían terminado con Ramírez de una vez y para todas. El rancho y sus alrededores estaban a salvo.

La melancolía, esa que se estaba convirtiendo en parte de la sombra de Amy, caló profundo en ella. Solo una persona faltaba en el cuadro que tenía ante sus ojos... ¿o acaso era que ella sobraba ahí? Como fuera, existía un único lugar para Amy en esos momentos. Por esa noche, casi amanecer, podía dejar sus pensamientos y reparos de lado. Las palabras de Thelma se repetían como eco.

Abandonó la casa por la puerta principal, recorrió la galería y se perdió en la espesura de la noche. La más profunda oscuridad era la previa al alba. Caminó y caminó, sin saber hacia dónde se dirigía, pero sí hacia quién.

—¿Señorita Brosman?, ¿qué hace lejos de la casa, en medio de la noche? —Nunca necesitaba buscarlo, él siempre la encontraba.

Quizás algún día Hotah se lo confesara, tendría el coraje en su corazón para decirle que estaba allí esperando por ella, porque la necesitaba con una desesperación nunca antes experimentada. Quizás algún día el mundo se pondría de cabeza, y él no sería quien era... y ella... ella se aferraría a su pecho sin excusas.

—Faltaba usted allí adentro, ¿han atendido sus heridas? —A Amy le tembló la voz al verlo. La luz de la luna, que comenzaba su lucha cotidiana contra el astro luminoso diurno, iluminó el torso desnudo del hombre. Había limpiado los restos de sangre de su cuerpo en el arroyo. Estaba húmedo, al igual que su larga cabellera, que se secaba al aire.

—Estoy bien... no se preocupe.

El viento decidió sumarse al encuentro. Agitó la cabellera rojiza de la muchacha, que ya no se sostenía con ninguna horquilla, e hizo danzar a sus bucles traviosos alrededor de su rostro. Él se vio tentado a apartarlos, colocarlos tras su oreja. Respiró profundo para dominar a la maldita tentación. Lo logró.

—Gracias por todo, señor Hotah.

—De nada.

No dijo más. Hacerlo solo extendería el martirio en él. Amy se marcharía de regreso al refugio que el hogar Grant le brindaba. La clase de refugio que él no podría darle. Esperó a que se marchara, a que se diera la vuelta y se alejara de manera definitiva, manifestando en silencio el único final posible para ellos. Pero esa noche, la luna complotaba a favor de los sentimientos. Esa noche no había lugar para farsas sociales, ni recatos fingidos. No había escapatoria, no podían huir. No querían huir.

Hotah jamás tomaría la iniciativa, sin siquiera saberlo, se alzaba como el hombre más caballero entre todos los caballeros de la faz de la tierra. Todo quedó a manos de Amy, a su entera

decisión. Avanzó hasta la cerca que delimitaba el corral de entrenamiento de los caballos y se dejó caer en el suelo. Sentada con la espada contra la madera, palmeó el suelo a su lado, a modo de invitación, y él fue incapaz de negarse. Se acomodó junto a ella y los dos alzaron la mirada en busca del amanecer.

—Necesito un favor de su parte, señor Hotah... —Quebró el mutismo instaurado por el espectáculo del inicio del alba ante sus ojos.

La respuesta no se demoró ni un segundo.

—Lo que necesite, señorita Brosman. Lo que necesite de mí, lo tiene.

Él le entregaba todo, y con las pocas palabras que se atrevía a utilizar, se lo expresaba.

El corazón de Amy perdió el control de sí mismo. Sus latidos atravesaron su pecho y comulgaron con los últimos sonidos salvajes de la noche.

—Estoy cansada de temer... Hotah.

De un paso a la vez. El primer paso fue ese, Hotah... solo Hotah.

De un paso a la vez, y de un temor a la vez. Así construiría un puente hacia sus brazos.

—Pues elija dejar de hacerlo, el temor le pertenece... usted es su dueña, señorita Brosman.

—Amy... —lo interrumpió apoyando su mano vendada en la de él—, quiero oírte decir mi nombre.

—Para un hombre como yo, pronunciar su nombre es peligroso.

Era una triste verdad. La condena pendía de su cabeza por el simple hecho de pensarla, adorarla... amarla.

—Por esta noche, ¿sí? Por favor, Hotah. —Movidos por la locura del sentimiento que les desbordaba el corazón, entrelazaron sus dedos—. Tendremos al amanecer como testigo... solo al amanecer.

Nombrarla y sentir el contacto de su piel. Demasiado para él. Demasiado para su cuerpo. Separó su mano de la de Amy, y una vez más, priorizó las necesidades de su adorada maestra.

—El temor te pertenece, Amy. —Contuvo en su garganta el dolor que le provocaba el fuego que lo consumía por dentro—. Eres su dueña, tú lo has gestado, y tú puedes desterrarlo.

—Lo sé, pero no puedo luchar contra este temor sola... me ha perseguido toda mi vida, y lo acepté, le permití ser porque nunca me tuve que enfrentar a sus consecuencias...

—Hasta hoy. —Él leyó más que sus pensamientos. Descifró el mensaje oculto en sus latidos, interpretó a la perfección la melodía de sus exhalaciones—. Los caballos...

Amy asintió angustiada.

—Si tú no hubieses aparecido, Hotah, yo... yo no habría llegado a tiempo, y ellas... —Un sollozo escapó de su boca. *Y ellas podrían estar al otro lado de la frontera.*

—De nada sirve pensar en las suposiciones que no fueron...

—Verdad, por eso pienso en las que, algún día, pueden ser, y no quiero que mi miedo triunfe. —La verdad que durante años se mantuvo en la parte más oscura de su memoria, tenía meses flotando en la superficie—. Le mentí a Zachary cuando le dije que no recordaba el origen de mi temor. Lo recuerdo cada vez que oigo el relinchar de un caballo, cada vez que escucho a los cascos golpear contra el suelo. —Una lágrima rodó por su mejilla, y luego otra, y otra... Las apartó con el revés de la mano. El vendaje sirvió como un improvisado pañuelo.

Las lágrimas de Amy Brosman eran comparables a flechas para Hotah, flechas que le atravesaban el pecho. Se desangraría ahí mismo, a su lado. El sol en el horizonte le recordó sus raíces. Era un guerrero...

Si Amy estaba dispuesta a decirle adiós a uno de sus temores, él se enfrentaría al suyo, al único que lo asechaba, el temor de sentirla, acariciarla, amarla y no poder tenerla. Regresó su

mano a la de ella.

—Es tan solo una imagen, vaga e imperfecta —Amy continuó, encontraba la fortaleza que le faltaba en la calidez de ese encuentro de pieles—, pero que está ahí... grabada para siempre en mi memoria. —Giró el rostro a él, requería de mucho más que su mano, necesitaba de su mirada, de esos profundos ojos negros que la hacían sentir segura—. En un establo... ahí fue en donde me abandonaron, tardaron varios días en encontrarme... eso me han dicho. La cantidad de días no importa, porque no aumenta ni debilita la sensación. Recuerdo el frío, el olor a excremento, la humedad del suelo... y entre eso, recuerdo a los demonios que se agitaban furiosos, que relinchaban enojados por mi ajena presencia, y que, a la vez, me impedían gatear por el heno en busca de mi libertad. Ahora lo sé, Hotah —Llevó la mano de su hechicero a su pecho, a la altura de su corazón—, no le temo a ellos, sino a lo que significan para mí...

En el brillo de sus ojos, él encontró el final de esa confesión.

—El abandono... —Lo dijo por ella, para evitarle el dolor. Amy asintió.

—Y ya no le temo... ¿Sabes?, he vivido mi vida siendo una errante. Aquí, allá, y de nuevo, aquí y allá. Nunca fue suficiente para mí, y eso fue lo que me trajo a este lado del mundo, al extremo más lejano de esta tierra. Escapar del recuerdo del abandono y la secreta necesidad de búsqueda de pertenencia... eso me trajo hasta ti. Tú nunca me abandonarás, ¿verdad, Hotah?

No. Jamás. Sería su sombra. Estaría siempre un paso detrás. Lucharía por ella, mataría de ser necesario. Se convertiría en su escudo, en su lugar seguro, sin demonios de patas embravecidas. No, nunca la abandonaría, aunque tuviese que contemplarla de lejos como un intruso. Aunque tuviese que amarla solo en sueños.

—Sabes mi respuesta... —susurró por lo bajo, con el fuego del amanecer brillando en sus ojos.

Amy se recostó contra su pecho. Él se mantuvo inmóvil, sin reaccionar. Ella tomó su brazo y se rodeó a sí misma; forzó el abrazo que, sabía, los dos deseaban.

—Por esta noche, ¿sí? —Fue una dulce súplica—. Por favor, Hotah, solo por esta noche.

Y lo hizo. La abrazó como si la vida de ambos dependiera de ello.

El sol y la luna se encontraron a mitad de camino en el diáfano cielo californiano. Eran espectadores de esa historia. Existía una leyenda en torno a los astros... estaban destinados a amarse, pero nunca a estar juntos. Cada tanto, el universo le otorgaba una tregua a ese eterno amor, y los unía en algo llamado eclipse.

Eso estaba ocurriendo en los corazones de Amy y Hotah... se encontraban, se enfrentaban al mundo, lo desafiaban.

Solo por esa noche, solo por ese amanecer.

No iba a negarlo, volvía por ella. Era capaz de aguantar las miradas del pueblo, los agravios, los desplantes. Era capaz de todo por verla un par de minutos. Desde la noche del rescate, no habían pasado tiempo juntos, tenían asuntos pendientes que tratar y Hotah se lamentaba de que Amy no hubiera ido en su búsqueda. ¿Le correspondía a él?, ¿y si había cambiado de parecer?

Fuera cual fuese el motivo, las lecciones con caballos eran una excusa para su cercanía, y más que eso, Hotah realmente deseaba ayudarla a superar su miedo. No obstante, uno nuevo se interponía: él. Quizá le tenía miedo a él, a lo hablado, a lo que significaba. Solo una cosa restaba por hacer, presentarse en el pueblo con absurdos motivos, hacerse visible para Amy, de modo que, cuando ella lo considerara oportuno, enviara a Elsu para organizar un encuentro.

Montó a Krystal, que ya estaba repuesta, y la premió con un paseo por senderos parejos. No la presionó, la dejó galopar a su ritmo, hasta arribar a Sacramento. La única excusa que encontraba para deambular por allí era Louis, pero el muy maldito trabajaba ahora desde el rancho; con Thelma en las inmediaciones y los preparativos de su propia boda con Salma, no tenía motivos para apersonarse en el pueblo. Lo único bueno era que él se podía ofrecer para llevar el correo; así lo hizo. Luego, el otro punto de posible interés era la boticaria; aunque rara vez le compraba al señor Rider desde sus enfrentamientos, en esa ocasión hizo una excepción. Soportar al hombre a cambio de divisar a Amy a lo lejos parecía un pago justo... ¡Qué demonios!, caminaría sobre carbones ardientes por ella.

—Prefiero los carbones... —murmuró cuando la campanilla de la boticaria sonó—. Buenos días, señor Rider.

El hombre se hallaba, como siempre, detrás del mostrador. En esa ocasión conversaba con Williams, Murray y Soler. Los tres debatían algo sobre los trenes y el proyecto de unir los rieles y conectar todo Estados Unidos. Un tal Marcus Gibbon había arribado hacía unos meses, junto a la señorita Thelma Ferrer, desde Inglaterra, para trabajar en los ferrocarriles. Al parecer, tras su labor en San Francisco, marcharía a Virginia. No interrumpieron su charla al verlo.

—Buenos días, señor Rider... —insistió. Avanzó hacia el mostrador y se interpuso entre Williams y Murray. Quedarse dentro del local no le ayudaría en su verdadero propósito. Mientras él se encontraba allí, Amy Brosman estaba en la escuela o en su casa.

—Un segundo... —se disculpó el boticario con sus invitados. Se giró hacia los estantes a sus espaldas, leyó los frascos, los recorrió con los dedos hasta dar con el que buscaba y lo aferró. Se volvió hacia Hotah—. Son veinticinco centavos. Como decía... El ferrocarril es fundamental, pero, tras la independencia, ¿dárselo a los británicos?

—No es dárselo a los británicos, hombre... que un empleado lo sea no quiere decir que la compañía en su totalidad pertenezca a los ingleses. Si el tal Walsh es americano, de Chicago.

—¿Qué sabrá uno de Chicago sobre lo que necesitamos los californianos? —bufó Murray, evidenciando su poco conocimiento sobre todo. Hotah destapó el frasco, lo olió, palpó la textura y volvió a interrumpir la conversación.

—Está mal, Rider. Le dije que dividiera en tres...

—No está mal. Mire... —Le señaló la etiqueta adrede—. Oh, claro, no sabe leer. Mucho

menos sabrá de proporciones. Así que... ¡No vuelva a decirme que algo está mal!

—Entonces devuélvame mis veinticinco centavos.

—De ninguna manera... el trabajo está hecho, los ingredientes los he utilizado y que usted no sepa nada no quiere decir que no me haya ganado el dinero.

—Si perdió ingredientes es porque no sabe absolutamente nada.

Las voces comenzaron a alzarse; Hotah estaba furioso, odiaba que lo tomaran de idiota y le quitaran su dinero bien ganado. Rider no hacía más que arruinar preparados y cobrar por ello; y no era de Hotah del único que se aprovechaba, solo que los demás aceptaban con abnegación su ignorancia y terminaban por colocarse ungüentos que los brotaban o té de hierbas que los descomponían. Con suerte, no cumplían su función, pero en el peor de los casos, agravaba la enfermedad o el malestar de los pacientes. Solo una vez al mes, cuando el doctor se hacía presente en el pueblo, alguien conseguía decirle al boticario que su labor era un desastre; los demás, o se iban a San Francisco a comprar o lo soportaban.

Hotah no podía ir a San Francisco, porque Amy estaba allí. Pero tampoco lo soportaría.

—Usted no me va a decir cómo hacer mi trabajo. Váyase...

—¡No sin mis veinticinco centavos! —Era una cuestión de orgullo, y Rider tenía las de ganar. Ya en otras ocasiones se había marchado sin más, perdiendo el dinero por no discutir. No volvería a suceder.

—¡Deje mi tienda ahora mismo! —Hotah abrió la caja y sacó las monedas; Rider forcejeó, nada podía hacer contra la musculatura del hombre, era como pelear con una montaña—. Si no me deja el pago, hablaré con el sheriff.

—¿Y qué le dirá? Ahí tiene su jodido frasco...

—¡Me tiene que pagar por el trabajo, se lo lleve o no! —Como no podían igualar fuerzas, Murray, Williams y Soler se sumaron a sacarlo a la rastra del lugar. Las voces habían llamado la atención de los transeúntes y los mismos se habían acercado a ver qué sucedía. Muchas miradas los aguardaban dispuestas a juzgar la situación sin saber nada de lo acontecido. Entre ellas, unos ojos color miel que se fijaron en él con pesar.

—¡Márchese o llamo al Sheriff! —Rider aprovechó los testigos para lanzar una acusación más—. Intentar robarme... lo que faltaba.

—¿Yo?, ¿robarle a usted? —Hotah alzó los brazos para mostrar que no cargaba con nada—, usted es quien me ha quitado veinticinco centavos sin darme lo que le pedí a cambio.

Rider le colocó el frasco con el preparado en cuestión en las manos.

—Ahí tiene su trabajo y yo tengo mi pago. La próxima vez no seré tan noble... debería agradecerlo, indio bruto. No me dirá usted a mí cuánto es un tercio de *hypericum perforatum*, hipérico para usted, que no sabe de hierbas.

Amy no soportó el insulto y se abrió paso entre la multitud. Hotah la vio, y la ira fue reemplazada por otro cúmulo de emociones, uno que lo hizo priorizarla. Sabía que la señorita Brosman saldría en su defensa, y eso lo conmocionaba, pero también entendía con su parte racional que debía impedirlo. Solo conseguiría que los insultos en su nombre se elevaran a un nivel irreversible; ¿acaso no habían pasado apenas unas semanas desde que su intervención en un burdel había terminado en asesinato? Si quedaba algo de la reputación de la maestra por salvar, él se encargaría de hacerlo.

Se rindió, dio media vuelta y se alejó de la muchedumbre. Amy se detuvo a mitad de camino al ver la derrota, y la impotencia la hizo arder como una antorcha. Todo en ella era rojo en esos momentos: desde su falda color ladrillo, hasta su cabellera de fuego, pasando por su piel que abrasaba al punto de borrar las pecas. Se debatió entre enfrentar a Rider, que se vanagloriaba de

su triunfo, o correr tras Hotah. No necesitó pensarlo demasiado, sus pies fueron tras el hombre que le robaba el pensamiento y la serenidad.

—Señor Hotah... —Él no se detuvo, arrojó el frasco junto a otros desechos y dejó que sus piernas largas se cobraran la distancia entre él y Amy. La señorita Brosman recogió el preparado y leyó la etiqueta. Corrió tras los pasos, alzando las faldas para poder moverse más aprisa. Casi arribaron a lo de Lannis—. Señor Hotah... tiene usted razón. Rider dijo un tercio de hypericum perforatum, pero aquí hay menos...

Él se detuvo en seco, se giró para enfrentarla. Amy, que avanzaba con la vista en la etiqueta, chocó contra su pecho; los brazos de Hotah la retuvieron para que no cayera, y mantuvieron el abrazo por más tiempo del que el decoro reclamaba. La señorita Brosman alzó la mirada, de manera lenta, ya no encontraba pretextos para quitar los ojos de la piel de su pecho que se revelaba por debajo de la tela, ni dejar de observar la mandíbula definida, los labios firmes, la nariz recta con un puente predominante, los ojos negros...

—Ti... tiene razón... —balbuceó, aún aferrada a los brazos de él.

—Lo sé, pero no puedo probarlo.

—Yo sí... ¿ve? —Amy le indicó la escritura, y Hotah giró el rostro, Ella prosiguió—: aquí dice que ha colocado quince gramos de esa hierba, y quince gramos de noventa gramos que es el total equivale al dieciséis coma seis por ciento de la preparación. Y eso no es un tercio —remarcó con énfasis.

—¿Lo acaba de calcular mentalmente? —se sorprendió Hotah.

—Sí, no es un cálculo difícil. Verá... —Amy se deshizo del abrazo para ir a por una rama, buscó derredor. Hotah no la detuvo, porque estaba él mismo paralizado por la imagen entusiasta de la señorita Brosman. Ya no emanaba ira, sino dicha; y portaba una sonrisa sincera en sus labios rosas. Esos labios que él quería besar—. Noventa gramos son el total, y el total es el cien por ciento. —Trazó una línea en la tierra con un palo que unía noventa con cien—. Ahora, la pregunta es, ¿cuánto corresponde quince gramos? —Escribió quince bajo noventa—. Quince, por cien, dividido noventa —Acompañó lo dicho con una línea que unía quince, con cien y luego con noventa, y escribió el cálculo debajo del cien—, y allí consigues tu porcentaje. —Volvió a hacer el cálculo y anotó dieciséis coma seis—. Ahora lo pasaremos a fracciones, que es la medida que a usted se le da bien... un tercio...

Hotah la detuvo.

—A mí no se me da bien nada de esto... —La aferró desde la muñeca con suavidad.

—¡Claro que sí! Ha sabido decirle a simple vista que había un error en sus cálculos...

—Pero... —Amy puso los brazos en jarra.

—Y sabía que debía ser un tercio del preparado...

—Yo nunca dije un tercio...

—¿Y cómo dijo?

—Separar el preparado en tres puñados y...

—Un puñado, un tercio, señor Hotah. Que usted lo sepa con otras palabras no quiere decir que no lo sepa. Por ejemplo, ¿cómo conoce usted a hypericum perforatum?

—Como hipérico —aclaró Hotah.

—¿Y si yo lo llamo hypericum perforatum pasa a ser otra planta o es la misma?

—Es la misma...

—De igual modo pasa con la fracción; usted la maneja, solo que en lugar de utilizar el término científico recurre al cotidiano. Hypericum perforatum es hipérico, y separar en tres puñados es dividir en tres tercios.

—Creo que acabo de marearme. —Amy rio, con una de esas sonrisas sinceras y cargadas de cariño. También se sonrojó un poco, como si deseara disimular su saber para no parecer una sabelotodo con él; en idioma cotidiano, estaba coqueteando, y Hotah era demasiado débil cuando de su colorada se trataba—. No lo tome a mal, señorita Brosman, sé que considera esto un insulto, me lo explicó Louis, pero...

—¿Pero?

—Cuánto me cobraría por enseñarme a hacer eso. —Señaló el suelo—. Sé los preparados en medidas *cotidianas*, pero luego debo suministrarlas bajo mi sentido común. Si es un potrillo, o si es una yegua, o un semental... En cambio, así, podría hacer una proporción, ¿verdad?

—Sí, usted está en lo cierto con ambas cosas.

—¿Ambas?

—Sí, me ofende que me quiera pagar, y sí, puede hacer una proporción.

—¡No tomaré clases gratuitas! —Hotah, por primera vez en su vida adulta, se sonrojó—. No soy un niño, no soy Elsu... además, no quiero aprender todo, solo eso.

—Para aprender eso, necesita saber leer, escribir y las cuatro operaciones básicas. —Él bufó, Amy se mantuvo firme—. No le cobraré, el saber no debe venderse.

—¡Patrañas!

—Ese vocabulario no está permitido en mis clases.

—Olvídese... fue una locura momentánea. —Hotah retornó al camino, iría a por Krystal y volvería al rancho. Al fin de cuentas, había conseguido su cometido y más. Había vuelto a hablar con Amy, solo que no recordaba cuán exasperante podía ser su muchacha de cabellos de fuego. Sonrió, y la sonrisa lo acompañó hasta la herrería de Lannis. La señorita Brosman también, sentía los pasos cortos a sus espaldas.

—Señor Hotah... —Amy se detuvo a tres metros del corral; la mirada miel dejó de estar en la anatomía masculina para ser absorbida por la amenaza que representaba la yegua atada tras vallas. Él detuvo su andar, y se apoyó en la misma para observar a la señorita británica y la palidez que la asaltaba—. Señor Hotah... ¿qué tal si... si...?

—¿Sí?

—Si me paga con su saber. Saber por saber... ya sabe... —La risa le nació nerviosa al darse cuenta de lo repetitiva que estaba siendo—, me refiero... tenemos, creo, no sé, un asunto pendiente. ¿Recuerda? O capaz no... no tendría por qué acordarse. Yo... tras lo de Thelma...

Amy Brosman, nerviosa y dubitativa, superaba cualquier tortura que Hotah pudiera soportar. De hecho, no lo consiguió, se acercó a ella y con una leve caricia le elevó el mentón, para que lo mirara a él y no al animal que le provocaba tal visceral reacción.

—Por supuesto que recuerdo nuestra charla, estaba esperando a que pudiéramos acordar cuándo empezar. Krystal tiene todo para ser una excelente maestra, ¿qué piensas?

—Que Rupert, el caballo enano de Edmund, podría ser un buen inicio...

—De eso nada... no aceptaré ese comportamiento en mi clase —bromeó él, y Amy dejó escapar una risa de alivio y nerviosismo.

—Bien, entonces... podríamos, ¿yo le enseño y usted me enseña?

—Sabe que no necesita pagarme... —Le recorrió la mandíbula con el pulgar, quería llegar a sus labios—. Deseo que destierre sus miedos... que nada la perturbe, salvo, quizás, yo... un poco.

Amy quería besarlo a su vez; pero ese miedo también debía ser desterrado paso a paso, porque una vez que emprendiera vuelo con sus nuevas alas, jamás volvería a pisar la tierra.

—Ojalá yo pudiera decir algo tan... conmovedor. —Se alejó de él, un par de centímetros—. Pero mis motivos para enseñarle son bastante más mundanos.

—¿Ah, sí?

—Sí... deseo... deseo que le cierre la boca al mequetrefe del señor Rider. —Sonrió, y Hotah la premió con una de sus sensuales carcajadas.

—Tenemos un trato, señorita Brosman. —Extendió su mano.

—Tenemos un trato, señor Hotah. —Y la estrechó con un firme apretón.

La señorita Amy Brosman no era la única víctima de la melancolía en tierras californianas, en el otro extremo de Sacramento, inmersa en una nueva realidad que no había deseado y que intentaba con todas sus fuerzas no detestar, se hallaba Chelsea Gibbon. Para la jovencita británica, el infernal desierto que la rodeaba era la cruel metáfora que describía el presente de su espíritu.

Desde que llegaron a la región, unos cuantos meses atrás, que vagaban de una vivienda a otra sin un destino certero. Esa existencia errante, que escapaba por completo del control de la muchacha, quedaba solo a cargo de las mujeres; Marcus, el patriarca Gibbon, se encontraba en San Francisco, echando raíces para lo que sería el provechoso bienestar familiar. Un bienestar que las alcanzaría en un futuro no muy lejano. Pero cuando tu corazón sufre a causa del amor perdido y el desarraigo, no hay lugar para pensar en el futuro, solo en el presente, y el de Chelsea estaba teñido de claroscuros. Aunque lo intentara, le era muy difícil cambiar los matices de su vida, no había lugar para tonos rosados. Más aún cuando se encontrabas preparado las maletas, por quinta vez, desde que había cruzado el condenado océano.

—Chelsea, hija, cambia esa actitud... esta vez todo será distinto. —A Faith Gibbon le hubiese encantado sonar más convincente. Le fue imposible. No podía ocultar su hartazgo, la amarga sensación se escapaba de la mujer a modo de suspiros constantes.

—¿Y cómo lo sabes, madre? ¿Cómo sabes que será distinto?

—Porque confío en tu padre, en sus capacidades y... —Los argumentos se le terminaron. Los únicos que resonaban en su mente eran los mismos que utilizaba desde hacía meses. Era absurdo repetirlos—. Además... —balbuceó nerviosa como quien es atrapado en una mentira.

—Además, ¿qué? —Lanzó el último de sus vestidos dentro del baúl de viaje. No poseían mucho más que eso—. Reconócelo, madre, fue un error venir a este maldito lugar.

—¡Chelsea Gibbon, cuida tus modales, muchachita! ¡Que estemos rodeadas de salvajes no te da permiso a que te comportes como una!

—Madre, a lo que tú le llamas «salvajes» otros les dicen «habitantes».

Estaban muy lejos de casa, y contrario a lo que manifestaban, Faith, que se mostraba predispuesta al cambio, no lograba sentirse a gusto con el entorno social que la circundaba. Chelsea, en cambio, que ante la mirada juiciosa de la mayoría todavía no afrontaba ni aceptaba la nueva realidad, era la que más adaptada se encontraba. Era indiscutible el hecho de que extrañaba su antigua vida, pero no por las comodidades o el estatus, sino por los vínculos emocionales.

—Sabes muy bien lo que quise decir... —Estaba hasta la coronilla de que Chelsea reformulara cada una de sus expresiones a su antojo. La triste peregrinación de Faith era interna, y lidiar con ella requería de una gran voluntad.

—Entonces dilo, con nombre y apellido, madre.

Chelsea compartía la mayor parte de sus días con los niños de Megan Foster y con la hija de los Foxworth. Con esta última había desarrollado una relación más cercana, y la acompañaba cada día a la escuelita del pueblo. Allí era donde se vinculaba con los verdaderos salvajes de Sacramento, los mellizos Murray. Dos auténticos engendros del demonio, según Faith. Y lo eran, los muy sinvergüenzas habían conseguido prender fuego su miriñaque en una de sus pocas visitas

al pueblo. Como si eso no fuera poco, estaba el niño mestizo, que se decía que era un ratero, y vivía pegado a esos dos.

—No, no lo haré... —Una cosa era pensarlo, y otra muy diferente era decirlo a viva voz. A Faith Gibbon le gustaba mantener las buenas formas, de esa manera sentía que su antigua vida no se evaporaba por completo—. Son niños, y confío que con el tiempo ellos mismos lograran domar ese... ese impulso... indómito y agreste —dijo para evitar la constante repetición de la expresión «salvaje», ya de común uso en su vocabulario.

Chelsea rio. Por primera vez en el día. No, no, por primera vez en lo que iba de la semana.

—Madre, si tu preocupación es que los pequeños me empujen a un mundo de infantiles fechorías, no te agobies, dudo que eso suceda a estas alturas. —Se permitió un minuto de descanso, y se arrojó a la cama.

Faith retomó la labor a medio hacer de su hija, cogió el vestido lanzado al baúl como si fuese una tela sin valor y lo acomodó como correspondía.

—¿Quién te dijo eso? —La risa de su hija fue una melodía ya casi olvidada para Faith. Hizo cuanto pudo por perpetuarla—. No, no... yo diría que el asunto es al revés. Si soy sincera, tú eras peor, y estoy convencida de que no eres un buen ejemplo para esos niños.

—¿Yo? —Demás estaba decir que su madre bromeaba. Solo le siguió el juego para extender el buen momento.

—Sí, tú... tú y Thomas. Siempre juntos, de aquí para allá, haciendo cuanta travesura pudieran. Recuerdo que en una oportunidad...

—Detente, madre... —la interrumpió—. No quiero oírlo.

La melancolía regresó a Chelsea con una velocidad abrumadora. Los rastros de risas, que estaban decididos a transformarse en sonrisa, desaparecieron. Tarde comprendió Faith que el recurso utilizado fue el peor de todos. La sola mención de Thomas Webb era experimentada por su hija como una daga atravesando a su corazón.

La tristeza embalsamó el aire, lo hizo pesado, irrespirable.

—Estaremos más cerca de los Carter... —Alguien tenía que ponerle punto final al incómodo momento—. Te vendrá bien rodearte con muchachitas de tu edad.

Se trasladarían tan solo un par de millas. Estarían en los alrededores del pueblo de Sacramento sin encontrarse en el centro del mismo.

—Voy a extrañar a las hermanas Foster —dejó escapar Chelsea con un suspiro.

—Yo también lo haré... extrañaré a Gillie, pero es lo mejor. —La tomó por los hombros para darle consuelo—. Necesitamos nuestra independencia, no podemos vivir por siempre de la amabilidad ajena...

—Ya lo sé, y no quiero eso, madre, en verdad no... solo quiero tener la seguridad de que esta vez será la última.

Ni bien arribaron a Sacramento, fueron alojadas en una de las propiedades de los Foster. Al cabo de unas semanas, se trasladaron a otra, en las afueras del pueblo, a mitad del camino entre San Francisco y esa localidad. Una preciosa casa estilo rústica, con más habitaciones de las que requerían, y que demandaba más de una mano para su correcto cuidado y aseo. Bajo orden de Marcus Gibbon, contrataron empleados e hicieron el lugar propio tanto como pudieron. El desencanto las alcanzó dos meses después, cuando las expectativas del jefe de la familia no lograron cumplirse y se vieron obligadas a abandonar la residencia en busca de otra acorde a su realidad económica. Así, como una especie de reiterativo sueño —y no justamente uno bueno— regresaron junto a los Foster. Por supuesto que la familia las trataba de maravilla, pero ese no era el caso, la amarga sensación de no sentirse poseedoras de nada, presas de una extrema

dependencia, las atormentaba más y más cada día. Ahora volvían a empacar para marcharse al que sería su hogar definitivo. Una vivienda con las comodidades justas y necesarias.

—¿Quieres que sea sincera contigo, Chelsea? —Faith exhaló con pesadumbre.

—Es lo único que pido, madre.

—Bueno, de ser así, te he estado mintiendo todo este tiempo, yo también le he perdido la fe a tu padre...

Chelsea fue en busca de las manos de su madre, le brindó una caricia con las suyas. Que bajara las defensas y confesara ante ella el malestar que encerraba dentro era un paso hacia adelante. Tal vez así, finalmente, dejarían de fingir, y tomarían el control de esa nueva vida de una vez por todas. Sin lujos, sin pretensiones, sin pasadas comparaciones. Tenían que olvidar.

—¿Pero? Me doy cuenta de que hay un pero...

—Pero el hecho de que, ahora, tu padre haya reducido sus expectativas y lo confiese en sus misivas, renueva mi esperanza. Creo que... —Guió las manos de Chelsea a su pecho. Hizo presión—, mejor dicho, lo siento aquí, siento que esta vez será la definitiva. Y voy a asegurarme de eso... No dejaré nuestra supervivencia solo a manos de Marcus.

—¿A qué te refieres?

—A que, una vez instaladas, comenzaré a dar clases particulares de música... Gillie ha sido tan amable de obsequiarme el pianoforte, según ella, el pobre instrumento va a morir de soledad en su hogar.

—Oh, madre... si padre se entera.

—Tu padre se encuentra lejos de aquí, con la cabeza en asuntos importantes... por fuera de ello, Marcus y yo ya hemos hablado de esto, juntos lo contemplamos como una posibilidad. —Mentía, solo lo aceptaría bajo la premisa de entretenimiento para su mujer, nada más, no como una labor remunerada—. Es más, si lo deseas, me encantaría que me ayudas...

—Por supuesto que sí, madre.

—Perfecto, destinaremos una de las habitaciones a sala de música... inclusive, he pensado en que podría dar clases a más de un niño a la vez. ¿Qué opinas?

—Mmmm, ¿sabes que con esa idea le abres la puerta a los Murray, no?

La motivación en su madre se hizo piel en ella. Podrían alejar las penas, hacer del simple paso de los días algo productivo.

—¡Pues, que bienvenidos sean! ¿Acaso te piensas que no puedo con esos dos pequeños bribones?

—No lo pongo en duda, madre.

—Vamos, terminemos de empacar, en cuanto las maletas estén listas iniciaremos, de manera definitiva, nuestra nueva vida. ¿Qué me dices? —Acarició las mejillas de su hija. No quería ver más tristeza en su mirada, era una jovencita hermosa, refinada, educada, y con un corazón que valía todo el oro de California. Se merecía una vida plagada de felicidad, no de melancolía.

Chelsea quería correr hacia el otro extremo del país, lanzarse al océano y nadar a tierras británicas solo para volver a reencontrarse con quien, creía, era el amor de su vida... Thomas. Pero lo que Chelsea quería no era más que un sueño infantil, sin sentido, las cartas ya estaban sobre la mesa, y ella... ella no tenía posibilidad de ganar jamás. El destino —cruel o no, solo en unos años podría analizarlo— la había llevado hasta allí, y por mucho que luchara contra él, este no cambiaría de planes. Su madre estaba en lo cierto... Colocó el resto de sus pertenencias dentro del baúl, era tiempo de iniciar su nueva vida allí.

Para Winifred Carter, que su hija se relacionara con las mujeres Gibbon era un completo triunfo.

Por un lado, Jo Ellen podía invertir parte de su ocioso tiempo en el aprendizaje del arte musical de la mano de Faith y sus maravillosas clases de piano; por el otro, compartía aventuras adolescentes con una muchachita recatada, de modales refinados y que se comportaba como una auténtica señorita, algo a lo que la mujer aspiraba para su hija. Le era muy difícil aplicar un correctivo a su primogénita, y sin la imagen paterna en casa —Joseph Carter pasaba gran parte del año recorriendo tierras lejanas—, le resultaba imposible domar el carácter impulsivo de la joven.

Asistir a lecciones de piano era lo último en la lista de intereses de la alborotada quinceañera, solo eran una excusa. Jo Ellen encontraba en Chelsea la compañera ideal, y no porque ésta se prestara a todas sus aventuras —desde su perspectiva, a la muchacha británica le faltaba... «chispa»— sino porque era la clase de amistad que su madre consideraba adecuada. El simple hecho de mencionar a la joven Gibbon le obsequiaba toda clase de permisos. Esa tarde, tenía unos planes en particular, y no podría llevarlos a cabo si Faith Gibbon mantenía la férrea paciencia con ella. Sin más alternativa, aporreó las teclas como si de un animal se tratase. No le atinaba a ninguna nota, y la desarmonía general que causaba dio paso a una jaqueca compartida.

—Me parece que lo más acertado sería ponerle un punto final a la clase de hoy. —Faith disimuló la imperiosa necesidad de masajearse las sienes—. ¿Estás de acuerdo?

—Oh, señora Gibbon, me parece una maravillosa idea, mi cabeza está a pasos de quebrarse en mil pedazos.

Los ojos de Faith fueron en busca de los de Chelsea, que se hallaba a la espera bajo el dintel del salón. El quebradero de cabeza era experimentado por partida triple.

—Bueno... ¿nos vemos pasado mañana, señora Gibbon? —Jo Ellen se apresuró a tomar las partituras de práctica.

¡Por los cielos, en el caso de la muchacha, clases tres veces a la semana era un despropósito! En realidad, el piano en sí lo era. No tenía buen oído musical, no reconocía los tempos en las melodías y, además, no ponía mucho de sí para mejorar. Era como si estuviera decidida al fracaso y, sin embargo, allí estaba, religiosamente. Ni una sola ausencia en lo que iba de las semanas.

—Si tú lo deseas —carraspeó Faith—, nos vemos pasado mañana o puedo hablar con tu madre para... —Para que deje de gastar dinero en una jovencita sin ningún tipo de habilidad artística.

—Oh, no... no se preocupe, ella misma me ha inculcado la perseverancia. Aquí estaré. —Giró sobre la butaca en busca de Chelsea—. Hablando de mi madre... —dijo como si el asunto surgiera de forma espontánea—, se encuentra en la modista, y quedé que la encontraría allí... si es que Chelsea me acompaña, claro está. —Volvió a girar, en esa ocasión, hasta quedar enfrentada a Faith—. No le agrada que recorra el pueblo sola.

—Lo bien que hace, estoy de acuerdo con Winifred... y eso también aplica a dos jovencitas.

—Técnicamente no vamos a estar «solas», nos tendremos la una a la otra y, además, tendremos a Barton. —Pestañeó, utilizó su mejor expresión angelical.

¡Como si su pequeño hermano fuese suficiente escolta!

—Madre, la señorita Brosman me espera... —intervino Chelsea, le había prometido a Jo Ellen que haría todo lo que estuviese a su alcance para convencer a su madre. No sabía qué planes albergaba la muchacha, pero no serían el extremo del desquicio—, puedo acompañar a Jo Ellen hasta la modista, y luego ir a la escolita...

El intercambio quedó a manos de las muchachas, Jo Ellen se aprovechó de lo dicho por su amiga.

—Perfecto, nosotras te alcanzaremos con nuestro carruaje...

Faith desconfiaba de Jo Ellen, no así de su hija, ésta le había demostrado en más de una oportunidad la madurez con la que se desenvolvía, muy poco habitual en jovencitas de su edad. La mayoría de ellas tenían la cabeza puesta en muchachos y potenciales futuros esposos. Chelsea, presa del desamor como estaba, apartaba de su mente cualquier tipo de pensamiento que la impulsara a realizar algún acto impropio de una dama.

—¿Madre? —Chelsea fue en busca de la confirmación. Faith exhaló resignada.

—Está bien... pero no te olvides el parasol, si van a caminar bajo el sol a estas horas, que sea con precaución.

Ni bien cruzaron la plaza en dirección a lo que se consideraba «la parte mala del pueblo», Chelsea interpretó las intenciones de Jo Ellen. Fue Barton el encargado de manifestar lo que ella pensaba.

—¿Por qué vamos por aquí? Es el camino más lejos y a madre no le gusta...

—Tú cállate —Jo Ellen le pellizcó el brazo. El pobrecito de Barton gritó como un cerdo a punto de ser destripado—, si quieres que te dé mi porción de postre en la cena, no dirás nada ¿me has oído?

Asintió en silencio, mientras se enjugaba las recién nacidas lágrimas y se masajeaba el brazo.

—¡Y eso va para ti también, Chelsea! —dijo abriendo el abanico para aventarse aire y ocultar su rostro. Dudaba que fuese a encontrarse algún rostro familiar por esos lares pueblerinos, pese a ello, era preferible tomar recaudos.

—¿Qué cosa? ¿Vas a pellizcarme o a extorsionarme con una porción de pastel?

—No lo sé, dímelo tú. —Se enlazó a su brazo como muestra de amistosa confianza—. ¿Cuál es el costo de tu silencio? —Le susurró al oído con picardía.

—Depende de lo que tenga que callar.

—¡Elsu! —gritó Barton al reconocer a su compañero de colegio en la herrería. Hacía días que el pequeño Carter no concurría a clases. Winifred consideró el mejor castigo posible para el muy malcriado de su hijo, y eso era privarlo del divertimento escolar. El niño corrió en dirección a su amigo.

—¡Oh, Barton, ven aquí pequeño travieso! —La puesta en escena fue perfecta, tanto que Jo Ellen sonrió de par en par debido a la satisfacción—. ¡Si madre se llega a enterar...! —Deshizo el abrazo entre ambas, decidida a alcanzar a su hermano. Al cabo de unos pasos, se volteó en dirección a Chelsea, y le guiñó el ojo—. ¡Si madre se llega a enterar pondrá el grito en el cielo y nos reprenderá a ambos!

Ante la mirada de los transeúntes, Jo Ellen no era más que una pobre muchacha luchando contra los caprichos y malas conductas de su hermano menor. La figura de Barton se perdió dentro de la herrería.

—Disculpe, señor Hotah... —dijo ni bien se asomó por la puerta principal.

Las palabras mágicas abandonaron la boca de Jo Ellen, «Señor Hotah». Era de conocimiento popular que el estado de salud del señor Lannis, el dueño de la herrería local, estaba empeorando. Como también era de conocimiento popular que el amerindio cumplía con parte de las funciones del hombre y utilizaba las instalaciones como propias, al igual que Elsu, su pupilo mestizo. Ese espacio se encontraba en el límite del prejuicio moral, allí, Hotah actuaba bajo sus costumbres y comodidades. Jo Ellen lo sabía, y esconderse tras el abanico al hallarlo sin camisa y con el torso sudado no fue más que otro acto dramático ensayado.

Hotah cubrió su desnudez de inmediato. Era un hombre respetuoso, no dado tanto a las

normas sociales que Chelsea había incorporado desde el momento de su nacimiento, pero deferente al fin. Aunque ellas eran unas consagradas jovencitas —las formas de sus cuerpos ya despertaban el deseo masculino—, él las seguía tratando como niñas.

—Oh, mira, Chelsea... que belleza de ejemplar tenemos ante nuestra vista —carraspeó la muchacha para dejar claro el doble sentido encerrado en sus palabras. La referencia iba dirigida a Hotah, por supuesto, y para disimular, Jo Ellen fue directo a un potrillo negro que se encontraba a la espera del cepillado matutino.

—No, no, señorita Carter, manténgase alejada, Pyro es un tanto rebelde.

—De ser así, no se preocupe... entre rebeldes nos entendemos. —Sonrió decidida a acariciarlo, se quitó el guante.

Hotah fue más rápido que ella, en segundos estuvo a su lado apartando al animal. El ceño fruncido del amerindio confesaba que la inesperada visita lo fastidiaba.

—Lo siento —expresó ante la reacción del hombre, hizo completo uso de sus pestañas al disculparse, como si quisiera encantarlo con el movimiento.

—Su rebeldía es solo un juego, la del animal no... y el «manténgase alejada» no fue una sugerencia. —Giró su rostro en busca del de Chelsea, no había duda que, para él, la jovencita británica era la más sensata—. No deberían estar aquí, este lado del pueblo no es lugar para niñas.

—¡No somos niñas! —Jo Ellen se mostró ofendida.

La queja fue pasada por alto. La conversación continuó siendo bilateral, entre el mestizo y la británica.

—Lo sabemos, solo que nos desviamos por el pequeño. —Chelsea coincidía con Hotah, no deberían estar allí. Puso fin a la adolescente travesura de su amiga—. Jo Ellen... Barton... vamos, su madre nos espera.

—¿Hacia dónde se dirigen? —preguntó para quitarse la preocupación de una responsabilidad que no le correspondía, pero que no podía evitar asumir. No las lanzaría a los lobos.

—Al local de la señora Anteen...

Hotah trazó en su mente el mapa más seguro. Si continuaban avanzando por esa calle, se toparían con la destilería y el saloon. Este último, desde la muerte de Ramírez ya no era el antro de perdición emblemático de Sacramento, ahora se encontraba regentado por Madame Margot, una mujer dispuesta a estar en paz con Dios y con el diablo. Las trifulcas en el lugar se redujeron a la mitad, y los borrachos mal hablados eran contenidos dentro de las instalaciones para que no importunaran a los vecinos de la zona. Así y todo, el ambiente que gobernaba esos alrededores no era el adecuado para ninguna muchachita.

—Elsu... —llamó al niño. En segundos estuvo junto a él con Barton a su lado, el niño siempre seguía con fascinación al pequeño mestizo—. Acompáñalos hasta la plaza principal...

—No es necesario, conocemos el camino... —Jo Ellen mantuvo los aires de ofensa.

—No, no lo conocen, de hacerlo, no estarían aquí... Ve, Elsu, y no te demores en tu regreso.

Un saludo cordial de despedida, y eso fue todo. Jo Ellen no tuvo más alternativa que contener el fastidio, y el resto del trayecto, con Elsu a la cabeza, no hizo más que refunfuñar aferrada al brazo de Chelsea.

—Ya deja de resoplar... ahora sí puedes compararte a Pyro, y no justamente por su rebeldía —se burló Chelsea para conseguir una sonrisa en su amiga.

—Ya calla que no estoy de humores...

—¡Ja! ¡Humores! ¿Qué pretendías?

—¿Qué pretendía? —Los ojos de Jo Ellen danzaron en sus cuencas. El fastidio dio un paso atrás para retornar a la común picardía—. Pretendía que me cargara en brazos y me subiera a su caballo para cabalgar por el desierto abrazada a su pecho desnudo... —Alzó la voz impulsada por el éxtasis de la imaginación—. A su desnudo, musculoso y sudado pecho.

—Shhhh... ¡Jo Ellen! —Lo obligó a callarse.

—¿Qué? —bajó el tono de su voz— ¡Déjame, aunque sea, soñar despierta!

—El señor Hotah te dobla en edad, Jo Ellen...

—¡Bienvenida a Sacramento, Chelsea! —El sarcasmo brotó de la muchachita Carter, extendió sus brazos—. Por si no te has dado cuenta, un hombre que te doble en edad es toda una conquista en este maldito lugar... si te descuidas y no estás atenta, puede que amanezcas sin mucha más opción que el abuelo viudo de tu prima lejana. Espera y verás...

Chelsea albergaba en su mente y en su corazón solo un rostro asociado al amor y al deseo, y ese rostro apenas tenía un año más que ella. La sola idea de imaginarse vinculada a un hombre con una edad similar a la de su padre le revolvió el estómago.

—No, no lo haré...

—Eso dicen todas —Volvió a enredarse en su brazo—, sin ir más lejos, el esposo de mi prima lejana Jackie tiene treinta y cuatro años más que ella... —Chelsea abrió los ojos de par en par—, y nada guapo... dicho sea de paso. Por eso, una tiene que ir adelantándose en busca de otras alternativas por fuera del lecho matrimonial, y Hotah... Oh, sin discusión alguna, es una muy buena alternativa. —Desplegó el abanico y apaciguó el sofoco.

—¿A qué te refieres?

Jo Ellen rio.

—Oh, Chelsea, eres tan inocente... demasiado inocente. ¡Ya aprenderás!

Asistía a la maestra del pueblo durante la tarde; una vez que la jornada escolar finalizaba se enfrascaba en todo tipo de tareas junto a la señorita Brosman. Era una buena manera de invertir el tiempo en algo provechoso y funcional. La ayudaba a organizar las nuevas actividades, preparaban el salón para la clase del día siguiente, compartían momentos de aprendizaje y, en esa tarde en particular, se dedicaban a la fabricación de conservas con productos recolectados en la huerta personal de Amy. Los espárragos y las alcachofas brotaban de la tierra sin mucho esfuerzo, y si pretendían honrar los obsequios de la madre tierra sin un ápice de desperdicio, debían recurrir al almacenamiento. Chelsea estaba fascinada, le encantaba sumar conocimientos prácticos a su lista, más en ese presente, en el que su madre y ella se valían por sí mismas. Se les daba una cocción a los vegetales, se los colocaba en frascos de vidrio, luego se los cubría con líquido que contenía sal, un toque de miel y vino agriado para evitar que se echara a perder —gracias a los Grant, poseían gran cantidad—, una vez sumergidos en la preparación, eran sometidos a un extenso baño de vapor que terminaba con el sellado, una capa de tela y cera.

Amy fue hasta la despensa en busca de su frasco de especias, previo al envasado y sellado, quedaba el paso que ella consideraba primordial, la aromatización del preparado. Chelsea ya estaba al tanto del secreto de cocina de la maestra, hojas secas de laurel. Lo utilizaba para las conservas, y para sus preparaciones cotidianas, al punto tal que hasta las Gibbon se vieron motivadas a hacerlo también. Mientras ubicaban las hojas de laurel en las paredes de los frascos que utilizarían, Chelsea compartía con Amy lo ocurrido horas atrás junto a Jo Ellen. La señorita Brosman disfrutaba de la compañía de la muchachita coterránea, podían charlar por horas mientras se dedicaban a una labor.

—Se mofó de mi inocencia el resto del camino...

—No me extraña de Jo Ellen... —Amy carraspeó intentando disimular la molestia que se había estancado en su garganta al oír la anécdota completa. ¡Jo Ellen era una bribona de primera línea! ¡Una atrevida!—. El señor Hotah está en lo cierto en lo que dijo, Chelsea, esa zona del pueblo no es adecuada para ustedes.

—Ya lo sé, las Foster han hecho hincapié en ello en cuanto nos mudamos al pueblo, pero... pero... —dudó. No sabía si era correcto o no transgredir las confesiones adolescentes entre ellas.

—¿Pero qué, Chelsea? —Recurrió al uso de su autoridad docente.

—Creo que... que el enamoramiento que siente hacia el Señor Hotah la arrastra como polilla a la luz.

—¿Enamoramiento? Eso te ha dicho... —Amy arrojó una, dos, tres... hojas de laurel dentro del frasco que tenía ante ella.

—En realidad no ha utilizado esa palabra exacta, es más bien una interpretación de su comportamiento.

—Entonces no está enamorada del señor Hotah. —Exhaló. Las mejillas le ardían por la furia de los celos. Sí, celos hacia una niña. Celos sin sentido. Pero celos al fin.

—No, solo me dijo que él sería una buena alternativa...

—¿Alternativa? —Cuatro, cinco, seis hojas de laurel— ¿Alternativa de qué?

—Una alternativa fuera del lecho matrimonial.

Amy se atragantó con la saliva. Tosió por unos cuantos segundos, en cuanto se recompuso, se expresó con la furia en los labios, sus manos perdieron el control.

—¡Pero esa muchachita está loca, ¿o qué?! ¿Cómo es posible que esas ideas rondan por su cabeza? —Siete, ocho, nueve hojas de laurel. Diez... once...

¡Cómo es posible que esa muchachita consentida se atreva a posar sus ojos en quién no debe! Eso fue lo que se le quedó atravesado en la garganta. Y el «quién no debe» dejaba a un lado el concepto de marginalidad, la expresión era puramente de naturaleza posesiva por parte de la maestra.

—Señorita Brosman... —Chelsea detuvo la acción automática de manos en Amy—, creo que se ha excedido.

—¿Excedido yo? Aquí la única excedida es la jovencita Carter, excedida en fantasías adolescentes... ¡Ya lo creo que sí!

—Me refería al laurel, señorita Brosman... se ha excedido con el laurel.

Amy observó el frasco. Tosió de nuevo. Respiró profundo en busca de calma.

—¡Oh, vaya... qué cabeza la mía! —Se recorrió el rostro con las manos, tenía la piel a fuego vivo, lo notaba al tacto—. Debe de ser el calor... tendríamos que abrir la puerta para que la ventisca nos alcance, ¿te parece? —No esperó respuesta, se levantó y la abrió—. Sí, sí... se está más a gusto ahora, ¿no es así?

Chelsea asintió y le sonrió, cuando conoces el amor en primera persona, lo reconoces en el otro. En ese instante sintió más que nunca empatía hacia la maestra. El enamoramiento de Jo Ellen no era más que un juego que nacía del aburrimiento, el que ellas atesoraban en secreto dentro de sus corazones era auténtico. El día que tuviese que llorar sus penas, Chelsea sabía a qué hombro recurrir, al de la señorita Amy Brosman.

Se convirtió en la más entusiasta de las maestras, si no lo era ya. La víspera de la boda de Louis y Salma se vivía como un impase para los trabajadores del rancho Grant; las tareas estaban abocadas a los preparativos, y poco a la siembra, cosecha, minería y entrenamiento de caballos. Zachary había puesto en pausa su labor para estar a disposición de mamá Grant, quien caminaba por las nubes al saber que todos sus hijos eran felices. Y esa felicidad se extendía por las sierras y dunas, por los senderos áridos, por el río Sacramento hasta llegar a la población, y allí, embebía a Amy Brosman de la misma energía.

Tenía a Hotah todo para ella. Tras las mañanas de clases, disponía de las tardes a su lado. Nada le quitaría ese placer, ni las habladurías, ni el calor, ni lo rebelde que resultó el hombre a la hora de estudiar.

Con él no necesitaba mantener las formas del aula; preparaba té y bocadillos, y le enseñaba las lecciones en la mesa de la cocina; la del saloncito resultaba demasiado pequeña e incómoda para las dimensiones del hombre. Con una infusión de hierbas y un ánimo imposible de menguar, preparaba las clases con gran esmero.

El único que sabía de aquello era Elsu, y entendía, a su corta edad, que no debía desperdigar el rumor. También conocía la forma de pago, y se mostraba ansioso por enseñar a la señorita Brosman todo lo que sabía de caballos. Pero cuando de clases de lectura y escritura se trataba, el muy bribón era imposible de encontrar. De modo que esa tarde estaban solos.

—Esto es ridículo —se quejó Hotah por enésima vez. Dibujaba en una pizarra las letras y los números, imitando la escritura de Amy. Se sentía abrumado por todo el conocimiento que debía adquirir antes de calcular una proporción, y se avergonzaba del trazo desigual de su puño sobre la pizarra. La letra de la maestra era elegante, curva, con la inclinación perfecta... él se sentía... lo que todos decían que era, un salvaje.

—No lo es. Y lo estás haciendo muy bien —lo alentó. Hotah no podía ver su progreso porque se comparaba con otros adultos, adultos formados desde pequeños. Olvidaba que, detrás de eso que él llamaba fracaso, se acumulaban muchos éxitos. Triunfos que Amy valoraba en lo más hondo y que le hacían inflar el pecho de orgullo.

Terminó el ejercicio de escritura, y ella lo repasó para corregir los errores. Era amable, gentil y paciente a la hora de hacerlo, algo que irritaba a Hotah. Bueno, en realidad, todo el asunto empezaba a molestarle. Amy se acomodó a su lado, podía sentir la tela de la falda contra la de su pantalón; le llegaba el perfume a lavanda y a algo más, a ella en su estado más puro. Un aroma fresco, que invitaba a acercar la nariz a su cuello y aspirar una bocanada, una gran inhalación que le llenara los pulmones del aire que ella le arrebatara. Su perfil se recortaba contra la luz de la tarde, que se colaba por la ventana, una que ahora tenía cortinas y les brindaba intimidad. La nariz perfecta y respingada, la piel clara como la leche, salpicada de canela, y los ojos miel. Era el postre más tentador que jamás hubiera tenido delante de él. El moño formado por sus cabellos rojizos no estaba tan tirante como antaño, dejaba algunos mechones enmarcando su rostro, en un gesto de vanidad que antes no poseía. Un detalle que ponía sobre el tapete una verdad imposible de silenciar: Amy Brosman le retribuía en sentimientos. Estaba ante él la prueba, en ese brillo, en

esa sonrisa, en el leve sonrojo que se depositaba en sus mejillas y la hacía brillar.

No podía quitar sus ojos de ella, como tampoco podía borrar los sombríos pensamientos que lo alcanzaban cuando la tenía cerca. Que aquello sin nombre que se gestaba entre ellos fuera recíproco no lo hacía posible; Amy Brosman estaba tan lejos de él como si aún permaneciera en Inglaterra. Esas absurdas lecciones solo acrecentaban la sensación, él era un bruto que no sabía leer ni escribir, y ella era una dama culta y refinada, incluso ante las demás mujeres del pueblo que ya lo llamaban a él salvaje.

Elsu bromeaba con que la señorita Brosman le había ganado una vez más, que él, el gran guerrero Iowa, había sido derrotado... no tenía idea de cuánto. Cerró los ojos y desoyó la devolución de la maestra; no quería escuchar más. Dolía, dolía su cercanía cuando no podía acariciarla, besarla... amarla.

—Ha estado perfecto, Hotah —lo felicitó, y se dispuso a premiarlo como sabía que él quería, con clases de matemática—. Prepararé más té, que ya se ha enfriado, y nos enfocaremos en situaciones problemáticas—. Puso el agua a hervir y, mientras esperaba, buscó el libro de ejercicios. Lo abrió en la unidad dos y lo colocó frente al hombre—. Ejercicio cinco —indicó, y aguardó a que Hotah lo leyera en voz alta.

—Un mer...ca...der... un mercader tie... tiene... —Amy permanecía imperturbable ante lo que Hotah consideraba una penosa lectura. Sintió el ardor de la vergüenza alzarse por su cuello hasta instaurarse en sus orejas, quemaban y supo que le hacía honor al mote con el que los blancos lo señalaban: piel roja. Intentó llegar hasta el final del enunciado, solo para darse cuenta de que había decodificado las letras, pero no comprendido el contenido. Debía releer, y como si eso no bastara, a la señorita Brosman le parecía un increíble progreso. ¿En qué demonios había progresado? Desplazó el libro y negó con la cabeza—. Suficiente, esto es absurdo.

—Hotah... —Él se mesó el cabello, lleno de frustración. No podía leer, no podía escribir, no podía calcular... no podía tener a Amy. ¿A qué demonios estaba jugando? Se aferraba a un clavo ardiente, a la esperanza de convertirse en alguien merecedor de la señorita Brosman. Peor aún, en alguien que la sociedad considerara digno.

—No, Amy. Es en vano, ya quedó establecido que soy un bruto. No pierdas tu tiempo...

—Teníamos un trato. —La señorita Brosman volvió a ser el fuego que lo cautivó en aquel primer encuentro. Estaba furiosa con él.

—Y lo mantendré, yo fallé, no tú. Seguiré ayudándote con tu miedo a los caballos...

—¿Estás diciendo que soy una bruta por no poder montar? —la pregunta lo tomó desprevenido, no le parecía que viniera a colación. Frunció el ceño, se puso de pie y la observó frente a él, con los brazos cruzados a la altura de su pecho, alzando apenas los senos que se adivinaban bajo la recatada camisa.

—No... ¡No!, ¿cómo llegamos a eso? Es distinto...

—¿Por qué? Yo tampoco aprendo tan rápido, ¿verdad? Es más, ni siquiera conseguí acariciar un caballo.

—Es distinto...

—Así que, según tú, soy una bruta.

—¡No! —se exasperó, quiso sacudirla desde los hombros—. Primero, tú padeces una fobia...

—Desde hace años, y nunca pude superarla. De modo que debo ser bastante corta de mente...

—Amy... No quieras dar vuelta esto, sabes que es distinto. Tú no has tenido la oportunidad de enfrentar ese miedo, ni la persona adecuada a tu lado que te ayudara...

—¿Te escuchas, Hotah? Ahora reemplaza tus propias palabras contigo como sujeto. Yo no he tenido las oportunidades ni la persona que me ayudara...

Amy Brosman era imposible; y era duro admitir que eso mismo que lo exasperaba era lo que la hacía adorable.

—¿No lo ves?! —perdió los estribos—. ¿No lo ves?, jamás seré bueno en esto, jamás seré...

—¿Hotah?, Jamás serás ¿qué?

—Jamás seré... —*El hombre para ti*. Amy lo leyó en su mirada, posó su mano en la de él, y con la otra viajó a su mejilla en una caricia que no se repetía desde la boda de Nora. Sin embargo, en lugar de transmitirle pena o aceptación, dejó que bebiera de su brioso temperamento.

—Ya veo... veo muy claramente.

—¿Amy?

—Tienes razón, esto es una pérdida de tiempo, y lo es no porque seas un bruto, no porque tus avances no hayan sido alentadores o porque te falten capacidades. Sino porque vienes aquí por los motivos equivocados, Hotah... no debes estudiar para ser alguien que no eres, debes hacerlo para ser tú mismo. Jamás serás ¿qué, Hotah? Ya eres... ¿acaso que estoy acariciando si no es a un hombre hecho y derecho?

Hotah apoyó su mano sobre la de ella, en la mejilla, donde la caricia se hacía eterna. Quiso retenerla, en cambio la retiró con un movimiento lento, desgarrador. Él sería su perdición, el pueblo le daría la espalda, viviría en la marginalidad, no existía lugar en el mundo para ellos dos. Intentó medir lo que diría, su mente era una gran nebulosa, en lugar de aplacar el temperamento de Amy, lo roció con alcohol.

—Para ti es fácil decirlo, la educación ha estado siempre al alcance de tu mano, pero... — En cuanto las palabras abandonaron sus labios, supo cuán hondo en el pantano de los errores había quedado postrado.

—¿Fácil?, ¿siempre a mi alcance?

—No quise... Amy... —Ella le había contado de su orfandad, y él, muy campante, le reclamaba que siempre había tenido privilegios—. Perdón... —La retuvo en un abrazo algo forzado—, lo dije sin pensar, yo... —Él había tenido un padre y una madre que lo habían amado, y había recibido todo de ellos; que lo aprendido no se ajustara al mundo del blanco no implicaba que no lo hubieran formado para la sociedad en la que debía desempeñarse. Sabía de su cultura, había sido un gran guerrero, poseía conocimientos de rituales y hierbas medicinales. La vida y sus decisiones lo habían guiado lejos de la tribu, no era igual para Amy Brosman. A ella la habían abandonado, desprotegida.

—No quiero tus disculpas. —Se deshizo del abrazo—. No quiero eso de ti, no cuando puedes darme tu entendimiento y empatía.

—Amy... —Se dejó caer en la silla. Ojalá ella le diera una bofetada, lo regresara a su sitio de manera poco amable. Ojalá alzara el mentón en un gesto de superioridad y le diera la espalda. Ojalá no la quisiera tanto.

—La ignorancia no es el enemigo de la educación, Hotah, es el opuesto. El enemigo es la vergüenza, el orgullo y la mirada censora de una sociedad hipócrita. No voy a mentirte, también me siento ridícula cuando me acerco a un caballo y chillo como si fuera a comerme; o cuando imagino mi falda al montar y el porte burlesco de la silla a mujeriegas; pero sé que lo hago por mí. No por los que miran, sino por mí. Y sé que tú, en cambio, no ves en mí a una quejica...

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué crees que yo sí veo eso en ti? Ahora, vete, Hotah... —Se hizo a un

lado para permitirle el paso—, daremos la clase por finalizada, porque aún estoy un poco enojada y no es bueno para la didáctica. —Suspiró y ocupó sus manos en apilar los libros y apuntes. Hotah aguardó unos segundos, que dedicó a la contemplación, antes de dar media vuelta y dejar la cocina. Amy se había ganado el derecho a estar furiosa, y él necesitaba pensar, algo imposible cuando la tenía cerca.

¿Cómo no hacer todo por ella? Si la señorita Brosman no creía que él tuviera que cambiar, si era así tal y como lo aceptaba, entonces resistir ya no era una posibilidad.

De nada valía intentar alejarse, o simular que nada había ocurrido. No era posible seguir con la farsa. Los sentimientos pesaban, y se hacían densos ante la falta de confesión. Las palabras no dichas se atoraban en sus gargantas y les quitaban la respiración. Se estaban ahogando, y no se atrevían a salvarse por miedo a que uno de ellos no sobreviviera el naufragio.

Amy pensaba que Hotah era quien más perdía por amarla, y Hotah estaba convencido de que era ella quien salía peor parada. Él dejaría de tener todo aquello que se había construido, el prestigio como domador, la vivienda dentro del rancho Grant, la aceptación de un círculo social que, aunque reducido, era leal, comprensivo y cariñoso. Ella... ella perdía la respetabilidad, y con eso, todo el bien que una mujer poseía por ese entonces. Su empleo estaba ligado al decoro, su lugar en la comunidad, todas las posibilidades de encajar. ¿La diferencia?, que Amy pertenecía. Ese grupo de personas blancas eran su tribu, con sus normas, reglas y pautas. Si renunciaba a ello, quedaría marginada, y andaría por la vida errante, al igual que Hotah.

Y Hotah no le deseaba aquello a nadie. Quizás, unos meses atrás, no hubiera pensado de igual modo. Su vida sencilla era todo cuanto anhelaba, no necesitaba más. Tenía sus caballos, un trabajo que le permitía subsistir haciendo eso que lo apasionaba y una familia compuesta de amistades leales que respetaban las diferencias. Hasta Amy...

Años habían pasado desde su último ritual de visión, vueltas y vueltas alrededor del sol, tantas que lo había olvidado. Había olvidado que su travesía hacia el oeste no era por el oro, el poder o el amor. Era por el destino. Allí, en esas tierras, encontraría su lugar, que no se trataba de algo físico... el mundo no era solo polvo y raíces. Su lugar era más que eso, era un corazón. Lo sabía, tenía certezas y, sin embargo, no hallaba el valor para enfrentar ese destino con la entereza que requería. Porque sabía que encontraría dolor, y no solo suyo.

En lugar de regresar a su casa, decidió que intentaría reencontrarse con el hombre que fue, el hombre que conocía el modo de interpretar las señales y que no les temía. El hombre que hacía seis años decidió el sendero del blanco, el camino del sol, la ruta de este a oeste, de nacimiento a muerte, con el afán de hallarse a sí mismo.

Armó el tipi en la loma, la misma que había propiciado el primer encuentro; prendió la fogata, preparó su infusión de hierbas y llenó la pipa. Se quitó la camisa, pintó su cuerpo y decoró sus cabellos con plumas y semillas. Se arrodilló frente a la llama e inhaló profundo, dejó que el humo que él emanaba se mezclara con el de la fogata, y comenzó el ritual.

No tenía ancestros con él, ni una guía; pero estaba seguro de que sus antepasados podían oírlo, impartirles su sabiduría.

Amy estaba inquieta, no le agradaba cómo había terminado la conversación con Hotah. Maldijo su temperamento y la forma en el que solía traicionarla. Rara vez perdía los estribos con un alumno, Noah y Owen eran claros ejemplos de que su paciencia era ilimitada, pero con Hotah nada de eso funcionaba.

Porque... porque la había herido. Jamás seré un hombre para ti, podía adivinar el resto de la frase, tan clara en su expresión dolida. Jamás seré un hombre para ti... Quiso zamarrearlo,

quiso abrazarlo, besarlo, quiso decirle que ya era ese hombre. Y de alguna manera, lo confesó, se lo dejó saber. El problema con el conocimiento es que obliga a una reacción, una respuesta que no tenía. ¿Qué hacer? Si él ya era el indicado para ella, y Amy no tenía ninguna duda al respecto, ¿qué quedaba por hacer?

Se dejó caer vestida en la cama y observó el cielorraso. Todo estaba mal. El mundo estaba dado vuelta, obligaba a los matrimonios sin amor y condenaba a los amores sinceros. Hotah tenía razón en sentirse frustrado, sobre sus hombros caían responsabilidades injustas. Los hombres manejaban el mundo y, al quitarle las riendas de su vida, lo relegaban al lugar de poca cosa.

Jamás seré un hombre para ti. ¿Qué demonios significaba eso? Podía ver a su alrededor, nunca las reglas le resultaron tan absurdas. Zachary Grant, por ejemplo, con su amor limpiaba el nombre de Thelma, la cobijaba en una familia y obligaba a la sociedad a olvidar los prejuicios. Era hombre, era poderoso, podía hacerlo. Incluso Louis, con su boda, arrojaba un manto de protección sobre Salma y las injurias sociales. Charles Miler... él era un noble ahora, casado con una plebeya... ¿Y si la noble hubiera sido Nora, y si se tratara de una duquesa enamorada de un pesquero, podrían entrar en la cámara de lores y exigir el amparo de la reina para su unión?

Hotah y Amy no eran más que dos personas sometidas por absurdas normas. Amy era mujer, no tenía poder ni independencia, y Hotah no pertenecía a aquellos que podían ir contra la corriente. Kaliska se lo había explicado, el amor de los padres de Hotah se había dado fuera de la ley de los blancos. ¿Era ella capaz de vivir al margen de la ley?

Le sorprendió saberse tan segura. Sí, sí era capaz. Porque el mundo no tenía sentido, entonces, ¿para qué intentar encajar? Ella lo veía con claridad, era el turno de que Hotah también lo hiciera. O, mejor dicho, que se convenciera de que Amy estaba dispuesta por él, que no le pesaría esa decisión, por el contrario, era la única posibilidad que la llenaría de dicha.

Se puso de pie decidida a irse a dormir con la mente un poco más clara. Tomaría un té, comería algo que no requiriese de mucho esfuerzo y...

Se detuvo justo frente a la ventana, a lo lejos, una luz naranja la invitaba a dejar el hogar. Ya no era curiosidad como la primera noche, sabía perfectamente quién estaba allí, a unos cuantos pies de distancia. Se rodeó con un liviano chal, porque las noches no eran tan cálidas sin la presencia del sol, y avanzó a paso decidido hasta la duna.

En esa ocasión, no se mantuvo oculta; trepó y, al ver el cuadro, se detuvo para sentarse a la distancia. Sabía que Hotah la había percibido, su aroma a lavanda, decía, pero lo cierto era que parecía portador de un don que siempre la encontraba, sin importar cuán lejos se hallara. Lo observó con sus ojos llenos de fascinación y admiración. No era el mismo ritual, lo reconoció por el candor del canto, una melodía que era aún más serena e hipnótica. La voz del hombre sonaba distinta al pronunciar su idioma, algo más gutural y ronca. La impresionaba como siempre verlo sin camisa y con sus tatuajes decorando la piel, se trataban de hazañas de guerra, y aunque Kaliska le había explicado que robar un caballo se consideraba suficiente para ostentar una nueva marca, Amy no dejaba de pensar en si Hotah se había visto obligado a matar para defenderse de los blancos. Tragó saliva, y pese a que el fornido cuerpo que tenía ante ella la hacía portadora de certezas, nadie sobreviviría a un enfrentamiento con él, temió y deseó haber estado a su lado... deseó estar siempre a su lado.

Fumaba de la pipa, rezaba, buscaba algo. Llamó a Amy tras varios minutos de silencio, y ella se acercó al fuego. Fue el tiempo de Hotah de deleitarse con la imagen de ella, con su figura menuda, sus cabellos que competían con las llamas, la piel lozana, las pecas que formaban constelaciones. Amy se sentó a su lado, sin decir nada por un buen rato. Era presa de los efectos del ritual, que, sin entenderlo, la impulsaba a la misma meditación que a él.

—Lamento muchísimo lo de hoy, Amy. Fui injusto con mi acusación... —La señorita Brosman posó su mano en la de él como muestra de aceptación—. Necesito que me hables de ti.

—¿Cómo?

Hotah señaló las llamas, la pipa, como explicación de su pedido.

—No estoy junto a los ancianos de la tribu, pero recuerdo algo del ritual —Sonrió con nostalgia—, necesito que me hables de ti.

A Amy le resultó curioso que esa conclusión viniera de un rito, pero no lo puso en dudas. Las creencias de las personas eran motores fuertes, incluso vínculos que los mantenían en pie en los momentos más duros. Asintió.

—¿Qué quieres saber?

—Todo... siempre se quiere saber todo, empecemos por lo que tú desees compartir.

Amy sintió un escalofrío recorrerla por completo; la noche cálida y la cercanía al fuego no la templaban. Sintió en ella el poder de la celebración ancestral Iowa, el ritual de la visión, y fue cautiva de los efectos. Los brazos de Hotah la rodearon para proporcionarle el calor de su cuerpo masculino, y con él, estuvo segura.

—El tabaco no huele igual cuando lo fumas tú —fue la superficial observación antes de adentrarse en el pasado para compartirlo con él. La risa suave de Hotah vibró bajo ella, haciendo que posara una mano en el pecho desnudo y lampiño del hombre para sentir la respiración pausada y los latidos del corazón. Ellos también tenían un ritmo hipnótico, un candor que la acunaba—. Me gusta hablar de los años buenos, nunca me consideré llorica... además, a veces es difícil hablar de los malos sin ser aplastada por la pena ajena. Pero sucede algo curioso, Hotah, y es que antes de los años buenos, yo no sabía que vivía en los malos... —Hotah la acercó más a él, estaba sentado con las piernas formando una canasta, y en ese nido acomodó el menudo cuerpo de Amy—. No tenía con qué comparar, y los niños a mi alrededor llevaban una vida como la mía. Hasta que no apareció el marqués de Shropshire, no supe que el orfanato estaba mal administrado, que merecía más comida que la que me daban y que la educación era mi derecho.

—¿Tienes recuerdos de antes?

—Solo el establo, pero es fácil deducir que tampoco fueron buenos años. No me dejaron en la puerta del orfanato, ni buscaron algo mejor para mí... simplemente me abandonaron. Existe una gran diferencia entre aquellos que no pueden tener niños a su cuidado, saben que los harán miserables y los entregan con la esperanza de que sea lo mejor para ellos y... después están los otros, los que egoístamente los dejan a la buena de Dios. —Hizo una prolongada pausa—. Luego Lady Katherine Richmond se presentó en el orfanato, tiene muchos niños rescatados en su haber, pero sintió una gran conexión conmigo. Y yo con ella. No sé cómo explicar lo que no es ciencia ni está en los libros, solo puedo decir que hay temperamentos que necesitan de otros para complementarse, y de alguna manera nos reconocemos.

—Algunos creen en los elementos... tierra, fuego, agua y aire...

—¿Tú?

—No, no forma parte de mi creencia. Los Iowa provenimos de diversos animales, oso, búfalo, águila... y cada uno de ellos aporta a la tribu un don... —Le acarició los mechones que danzaban sobre la piel desnuda de su pecho—. Volvamos a tu historia, ¿qué reconociste en Lady Katherine?

—La forma de encausar mi temple. Lord Anthony Richmond, su esposo y marqués, tiene un carácter bastante endemoniado —Rio al recordarlo—, es quizá demasiado fogoso, y en el pasado supo herir a las personas con él. Kathy consiguió que dirigiera esa energía casi indómita a las causas justas; yo soy en parte como él. Rebelde, contestadora... no mido siempre las

consecuencias de mis actos. Kathy vio eso en mí e hizo lo mismo que con Anthony, me enseñó a convertirlo en objetivos tangibles y nobles.

—Me alegro de que la hayas encontrado. —Le alzó el mentón para poder fijar su mirada en los ojos de ella, quería que viera reflejada la sinceridad de sus palabras—. Lo primero que pensé al verte fue en el fuego, en las llamas, y en el anhelo de que siempre ardieras. No hay nada más horrible que ver a las llamas extinguirse por la fuerza de una sociedad que no desea que nada brille. Supongo que Lady Kathy pensó igual que yo... —Amy sonrió, no lo corrigió por llamar Lady Kathy a la marquesa, sonaba bien... sonaba como lo que ella era, una mujer amorosa.

—¿Y tú?, ¿quién eres? ¿El agua que apaga el fuego, el aire que lo aviva, la tierra que lo encausa?

—Espero no ser agua —bromeó—, creo que soy aire, y por eso siempre vuelo.

—Cuéntame de lo de recién... ¿qué es el ritual?, ¿qué se busca? Debo admitir que me transmitió mucha serenidad, aunque no entendí ni una palabra.

Hotah carcajeó.

—El ritual de la visión intenta hallar sabiduría; hace muchos años me indicó este camino, y a veces, cuando tenemos las señales ante nosotros, nos negamos a verlas o a interpretarlas.

Amy se acomodó sobre él, con la espalda contra sus pectorales y la vista en el fuego. Los brazos de Hotah la sostenían por la cintura, le otorgaban su seguridad.

—Debería aprender más de ti, Hotah. Sé que batallas por encajar en el mundo de blancos, pero no dejo de pensar en que no vale la pena cuando está tan lleno de absurdas reglas e imposiciones. La mayoría de las personas a nuestro alrededor han sufrido por ellas... Nora, Thelma, Salma... nosotros. —Dejó caer su cabeza hacia atrás, los cabellos rozaron la piel de Hotah en una sensual caricia—. ¿Cómo hicieron tus padres?, dime qué debo aprender.

Él sonrió, una sonrisa tierna que ella no pudo ver.

—En mi tribu también existen reglas absurdas, Amy. A veces las defendemos no porque creamos en ellas, sino porque es la reacción ante la amenaza. Nunca me agradó el trato a los mestizos, pero cuando me tocó ocupar el lugar de jefe, me hice a un lado. No pienso que no fuera digno, ni el que hubiera hecho mal a mi comunidad, solo... solo no quise ser yo el que les arrebatara eso también, por más que me resultara un sinsentido.

—¿O sea que tampoco existe un espacio para...? —Fue incapaz de terminar la pregunta. *Para nosotros...* No había espacio para ellos en ninguna parte.

—Todo puede construirse, Amy, si se sabe en dónde. Esa respuesta deseaba hallar, he llegado al poniente, al lugar donde el sol se esconde... el destino es más que un punto al cual arribar.

—Quizá yo necesito de esa pipa para verlo todo tan claro como tú. —Hotah ahondó el abrazo como respuesta.

—Esa es una de las mayores diferencias con el hombre blanco... ustedes convierten a las personas, con la biblia o con la espada, pero lo hacen. Nosotros no, si no naces Iowa, no puedes ser Iowa; por eso me marché, porque no soy completamente descendiente de búfalos. Mi madre no pudo hacerse *búfalo* tras un bautismo o un ritual... simplemente, así es.

Por la curiosidad de Amy, Hotah le contó la leyenda de la tribu Iowa. Cada clan: búfalo, al que él pertenecía, oso, águila, lobo, paloma, búho y alce. Ellos habían aportado con diversos objetos y saberes, como la pipa que se utilizaba en los ritos, la flecha, así como la paz, la tierra donde asentarse y el fuego sagrado. Le contó que, si bien él pertenecía a un clan de líderes, el del búho siempre le había llamado la atención. De ellos había adquirido el conocimiento de las hierbas y la medicina, y le relató algo que para la sociedad europea podía considerarse un horror.

Los *mixoge*, hombres que vivían como mujeres, y que poseían un rol particular dentro de la tribu.

Hablaron hasta que el fuego se extinguió y fue reemplazado por el alba. Cuando se despidieron, fue con la certeza de que ambos habían encontrado la sabiduría que necesitaban. Habían arribado a su destino, para descubrir que eso no era más que un sitio como cualquier otro, el verdadero destino sería el que se forjaran desde ese día en adelante.

La capacidad manipuladora de Jo Ellen rozaba el límite de la majestuosidad. Un par de palabras por aquí, unas pestañas agitadas como alas de colibrí por allá, y en el medio, el arte de la gesticulación combinada con una destreza dramática digna del teatro griego. Faith siempre terminaba cediendo a los discursos de la jovencita que tenían como única meta arrastrar a Chelsea al abismo de sus adolescentes travesuras. Así que allí estaban, a media mañana, recorriendo el centro del pueblo como si esa fuese la actividad cotidiana.

—Quita esa expresión de tu rostro, Chelsea...

—¿Qué expresión? —Se aferraba al parasol como si este fuese su única alternativa de supervivencia. El sol azotaba tan fuerte ese día que la tierra bajo sus pies parecía resquebrajarse a cada paso que daban. Extrañaba el clima frío y lluvioso de Londres. Hasta la humedad... la humedad y el smog ciudadano. Y eso era decir mucho.

—Esa expresión de rostro fruncido que nace fruto de la decepción del brutal avance de los años...

—¡Vaya! ¿Todo eso te dice mi expresión? —fue apenas irónica. El temperamento de Chelsea no le permitía más que eso.

—No, espera... me has interrumpido. —Jo Ellen jugaba con su parasol, en ella, su funcionalidad quedaba relegada a la coquetería—. Me recuerdas a esas solteronas que se dedican al bordado mientras contemplan la vida desde el pórtico de su casa.

—¡Mira tú! Justamente esos eran mis planes... —En verdad lo eran, había pactado una visita a casa de Amy para trabajar juntas en los bordados de unos cojines que donarían a la iglesia para los más necesitados.

—¡Ni que lo digas! De seguro con tu adorada señorita Brosman, ¿no? —resopló con sorna — ¡Hablando de solteronas! —Y estalló en una carcajada.

Chelsea consideró lo dicho como un ataque directo a la maestra, y sintió la necesidad de salir en su defensa. El estilo de vida elegido por la señorita Brosman no debería de ser ni criticado ni menospreciado, al contrario, merecía ser apreciado.

—¡La señorita Brosman no es una solterona! Ha optado por una vida al servicio de otros...

—Si tú lo dices... —Jo Ellen enlazó el brazo al de Chelsea, y utilizó el hombro de su amiga como barrera de contención para su burlona risa—. Solo intenta no imitarla, ¿quieres? A propósito... ¿Has visto al hermano de Deborah Walker? —Todos los caminos de Jo Ellen conducían a lo mismo.

—¿Deborah Walker? —Chelsea hizo un repaso en su mente de los nuevos conocidos. Tenían un par de meses en Sacramento y todavía le era muy difícil recordarlos a todos.

—Sí, Deborah Walker, la conociste la otra vez, en el local de Lila Anteen.

La imagen de la muchacha salió a flote en la memoria de Chelsea. Uno o dos años mayor que ellas, comprometida con... ¡Rayos, tampoco lo recordaba!

—Oh, sí... aunque más que a ella, recuerdo las telas para su vestuario de boda.

—¡Las Walker tienen un excelente gusto, eso no se discute! Pero mi pregunta ha sido otra, ¿has visto a su hermano?

—No lo sé. —Rio, si apenas recordaba a la tal Deborah, era un gran absurdo preguntar por

su hermano—. Tal vez sí... tal vez no.

Jo Ellen se llevó el dorso de la mano a la frente, resopló como si fuese víctima de un sopor inesperado.

—Por los cielos, Chelsea, no puedo dejarte sola... Créeme, si te hubieras topado con Ed Walker, no lo olvidarías.

—Ya veo, te resulta atractivo, ¿no es así? —Chelsea resopló, la actividad preferida de Jo Ellen estaba dirigida a la conquista de potenciales esposos o alternativas extramatrimoniales. A la muchacha le resultaba desagradable la expresión «amante», pero no así el concepto.

—¿Conoces al mayor de los Grant? —Cuando se tenía una conversación con Jo Ellen, no había un hilo conductor que se sostuviera, iba de una cosa a otra, de un pensamiento a otro.

—¿Jonathan Grant? Sí...

—Pues, imagina que Jonathan Grant y Hotah tuvieran un hijo...

—¡Jo Ellen, ¿a quién se le ocurre semejante tontería?! —Chelsea llegó a pensar que el sofocante calor estaba afectando la capacidad mental de su amiga—. Ten, creo que te está faltando el aire.

—Ay, Chelsea, te falta imaginación... —Apartó el abanico con actitud altanera—. A los británicos les falta imaginación, lo he comprobado.

—Imaginación tengo... no te preocupes —se defendió abanicándose—, por suerte, la obsesión no se encuentra en mis cualidades. Algo que contigo no podría asegurar.

—Estoy en edad casamentera... estamos en edad casamentera, Chelsea, si no invertimos nuestro tiempo en eso, ¿en qué más?

—Puedo darte un montón de alternativas, si quieres.

Jo Ellen carcajeó.

—Me imagino, empezando por bordado... deja, prefiero mis obsesiones. Además, hablas como si no quisieras casarte.

Chelsea sobrevivía a duras penas con su corazón roto a cuestras, y si lo hacía, era por la esperanza de volverlo a unir en un futuro. Contaba con ello, con la promesa que atesoraba enlazada a su cuello y la más hermosa confesión de amor jamás dicha.

Se detuvo en seco, el recuerdo le paralizó las piernas. Quizá, por una vez, solo por una vez, podía compartir con alguien su secreto... Así, así lo sentiría como una realidad posible en vez de un lejano sueño.

—Si me prometes auténtico silencio... te contaré algo —susurró, sin poder evitar el tono confidente.

Los ojos de Jo Ellen se abrieron de par en par.

—Espera, me estás diciendo que tú... tú, Chelsea Gibbon, tienes un secreto. —No lo creía.

—Sí...

—Eso sí que no me lo esperaba. Vamos, dilo. —Jo Ellen experimentó ese momento como el instante exacto del nacimiento de su amistad. Lo anterior había sido una prueba.

—Solo si me lo prometes...

—¡Por supuesto que sí! —la interrumpió reduciendo la voz a un mínimo murmullo.

Chelsea tragó saliva, no solo sus piernas estaban estancadas, también lo estaban las palabras en su garganta.

—Es... estoy... estoy comprometida —balbuceó con temor, como si decirlo hiciera el efecto contrario al esperado. Como si en vez de sentirse como realidad, lo exorcizara, lo arrancara de raíz.

La reacción de Jo Ellen no se demoró, soltando al parasol, se cubrió la boca con ambas

manos.

—¿No? ¿En verdad? —susurró con una dosis de frenetismo sin igual, difícil de contener en ese nivel de voz—. No lo creo, o sí... no lo sé ¿Con quién?

—Thomas... —sonrió. Nombrarlo, pensarlo provocaba unas inmensas ganas de sonreír que, al cabo de unos minutos, se transformaban en melancolía—. Su nombre es Thomas Webb... nos amamos, y cuando alcance la mayoría de edad, cruzará el océano y vendrá a por mí.

La expresión en Jo Ellen no reveló ninguna muestra de interés, solo parpadeó.

—Ajá, cuando tenga la mayoría de edad —repitió sin convencimiento—. ¿Y eso cuando sería?

—En un par de años... Thomas tiene dieciséis ahora.

La muchachita Carter resopló, fue una exhalación que podía interpretarse como una expresión de fastidio al caer en cuenta de una estafa. Así se sentía, estafada por una historia de amor entre niños que no tendría un verdadero final. ¿Mayoría de edad? La mayoría de edad en Inglaterra se obtenía a los veintiún años. ¡Veintiún! Y su prometido... ¿tenía? ¡Tenía dieciséis años! Y no solo eso, quedaba el otro detalle, el paso de los años para Chelsea. Si esperaba al tal Thomas, tocaría con las manos el límite de la soltería. ¿Y si el muchacho se arrepentía? ¿Si no cruzaba el maldito océano por ella?

—Ahora comprendo tu afán por hacerle compañía a la señorita Brosman. —No pudo callarse. Tenía que decirlo, esa clase de historias eran adecuadas para los libros de Sarah Lorean, no para jovencitas como ellas, habitantes de un pueblo en medio de Sacramento, rodeadas del más sofocante desierto—. Para cuando tu futuro marido pueda desposarte tú ya serás una soltera consagrada... por eso lo pones en práctica a tan temprana edad.

Lo de Jo Ellen fue una bofetada invisible bien intencionada e impactó de manera brutal en Chelsea.

—No me importa, lo esperaré... lo amo, y es el único hombre al que amaré. —¿Por qué sentía que tenía que defenderse ante ella? Confiaba en Thomas, en su promesa—. Me entregó un anillo para sellar nuestro compromiso...

—Oh, ¡eso quiero verlo! ¡Muéstramelo!

—No... no... —La cargaba consigo siempre, junto a su corazón, bajo una importante cantidad de tela y corsé —, en otro momento. Es...

—¿Otro secreto? —la interrumpió.

Chelsea asintió en el preciso instante en que los ojos de Jo Ellen se desviaban por unos segundos, luego regresó al contacto visual con ella. Una mueca de fastidio le torcía los labios, y esa sensación nada tenía que ver con su amiga.

—Sabes, como siempre, me encantaría burlarme de tu inocencia... pero la verdad, me has sorprendido con el asuntito este de tus secretos. —Golpeó el pecho de Chelsea con su abanico—. Me has... sor...pren...di... do. No lo esperaba. ¡Bien por ti! —Una vez más volvió a desviar su mirada. Resopló con un marcado enojo—. ¡Por las babas de Satanás! —maldijo sin ocultar su gesticulación furiosa tras el abanico.

—¿Qué sucede? —Chelsea se giró, siguió el camino que le marcaban los ojos de su amiga. Era el Señor Rider, el boticario, quien, desde la puerta, agitaba su brazo convocándola con insistencia.

—¡Señorita Carter! ¡Señorita Carter!

—Ven... —dijo Jo Ellen, abrazándose a ella—, terminemos con esta tortura de una vez por todas. —La forzó a avanzar venciendo la parálisis de Chelsea, originada por el recuerdo y los

sentimientos.

—¿Para eso vinimos hasta aquí?

A un par de metros de la boticaria, Rider justificó la insistencia con un argumento que consideraba más que valedero, aunque en realidad no era más que una de sus tantas tretas para hacerla acercarse al lugar.

—Señorita Carter, el arroje que su madre me solicitó ya está listo.

—Sí, ya, ya, señor Rider.

—¿Arroje? ¿Tu madre está enferma?

—No, no, pero el señor Rider se encarga de que no lo esté atiborrándola con sus pócimas medicinales —fue mordaz, y lo fue tanto que hasta los dientes le rechinaron. Ya frente al hombre, fingió una sonrisa—. Buen día, señor Rider. —Era evidente el desagrado que le provocaba.

—Buen día, señorita Carter... —Rider se comportó en extremo amable. Chelsea bufó por lo bajo, semanas atrás, ella y su madre recurrieron a él por unas hierbas, y el comportamiento del boticario dejó mucho que desear. Quedaba establecido que el buen talante del hombre respondía a intereses particulares—, por favor, sea usted bienvenida... —Se hizo a un lado, sostuvo la puerta con una mano mientras se limpiaba la otra en la tela de su delantal—, usted también, señorita... —Invitó a Chelsea al interior de su pequeño local. Ni siquiera recordaba su nombre, lo que exponía aún más su falta de cordialidad hacia el común de la clientela.

El perfume dentro del lugar —dígase «perfume» para no decir «hedor», que lo era—, combinaba el olor a hierbas naturales, preparados medicinales y una cierta fragancia rancia que Chelsea no podía distinguir si era por falta de aseo general o personal. Daba la sensación de que el sudor en la frente de Rider se secaría formando una capa imperceptible en su piel, y a ésta, se le sumaría otra, y otra...

Jo Ellen no soportó el aroma, y con el más delicado de los disimulos, cogió el pañuelo escondido en el pliegue de la falda y lo llevó a su nariz. Carraspeó. Rider no dejaba de mirarla... de mirarla con osada actitud. Chelsea se sintió como una espectadora, era como si hubiese desaparecido para el hombre, no así para su amiga, que tiraba de su vestido con intenciones de acercarla más a ella. Sus cuerpos quedaron pegados, y la contemplación deleitosa del boticario se vio interrumpida por el cuerpo de la otra jovencita.

—Dijo arroje, ¿verdad? —Alguien tenía que romper el incómodo hechizo de silencio.

—Oh, sí... el arroje. Ya se lo traigo. —Rider se encaminó hacia la parte trasera del local, puntualmente, al espacio designado a su laboratorio, separado por un gran biombo. Desde allí continuó hablando—. Espero que su madre se encuentre en buen estado...

—Lo está, lo está... —Jo Ellen apretó la mandíbula y puso los ojos en blanco. Chelsea rio.

—Es una pena que su salud sea tan... tan tambaleante. ¡No como usted, que siempre se la ve tan... tan saludable, plena, lozana! —Asomó el rostro por el borde del biombo—. Sin duda, se encuentra en su mejor momento... —Sonrió, exponiendo su dentadura amarilla, producto del descuido y el exceso de tabaco—. Una fruta casi perfecta, señorita Carter, óptima para la cosecha...

¡Por las babas de Satanás!, repitió en el silencio de su mente Chelsea parafraseando a Jo Ellen.

—Disculpe, señor Rider... pero estamos apuradas, aquí, mi amiga, la señorita Gibbon, también tiene encargos que cumplir —mintió, al tiempo que le pellizcaba el brazo a Chelsea.

—Oh, sí... sí... estamos apuradas —confirmó la mentira con gusto. Quería salir de ese desagradable lugar. Es más, le diría a su madre que, de necesitar algún preparado, recurrieran a San Francisco, el boticario del pueblo conseguía erizarle la piel.

Rider no recibió de buena manera el planteo, el rostro se le tensó y la sonrisa ladina que les obsequiaba se torció en un gesto tosco. Regresó tras el biombo, y luego de unos segundos de demora, estuvo de nuevo ante ellas con frasco en mano.

—Aquí tiene... —Conservó el frasco en su mano, en vez de colocarlo, como correspondía, sobre la mesa mostrador. Intentaba forzar el contacto entre ambos.

Jo Ellen fue rápida, cogió el frasco por la parte superior, y tiró evitando el más mínimo roce.

—Gracias...

—No tiene por qué.

—Póngalo a cuenta de mi padre... —dijo empujando a Chelsea en dirección a la salida.

—Lo haré, por supuesto que lo haré, señorita Carter...

Los pies de Chelsea casi que se elevaron sobre el ras del piso por la fuerza con la que Jo Ellen la aventó fuera del local. Ya en el exterior, la muchachita exhaló. Exhaló y respiró. Una, dos veces. Bien profundo.

—¡Cielos, recuérdame no desayunar la próxima vez que tenga que venir a este condenado lugar! —Lo dijo sin medir el tono de su voz, no le importaba en lo más mínimo que el boticario la oyera.

—¡Jo Ellen! Baja la voz... puede escucharte.

Ella sonrió triunfal. Guardó su pañuelo, se apropió del parasol de Chelsea, lo abrió y se lo entregó.

—Esa es la idea, que me escuche... —Abrió su parasol—. Vamos... —le dijo y retomaron el camino por el cual arribaron—, si no comprende las señales indirectas, que comprenda las directas.

—¿A qué te refieres?

Jo Ellen se detuvo víctima de un fastidio poco común en ella, andaba por la vida haciendo uso y abuso de sus atributos femeninos, algo que puso en pausa de manera inesperada.

—Por algún extraño motivo, en esa cabeza calva y grasienta que tiene, se le ha gestado la idea de que... —gruñó. Apretó los labios. Gruñó de nuevo. Exhaló con ferocidad. Continuó—: de que por el hecho de ser amigo y socio de mi padre —Carter recorría los Estados Unidos vendiendo fórmulas mágicas medicinales— tiene derecho sobre mí.

—¿Derecho? —Oh, sí, la inocencia de Chelsea salía a flote una vez más.

—Sí, derecho a cortejarme...

—Pero...

—Sí, no lo digas, ya lo sé... tiene la edad de mi padre. ¡Solo en sus sueños me casaré con él!

Definitivamente no podrían un pie más en el local del señor Rider. Chelsea le comentaría a Faith la actitud babosa y descarada del hombre. Las piernas de la muchachita británica se activaron, Jo Ellen ya no era la única que deseaba alejarse de allí. Cruzaron hacia el lado opuesto de la calle ni bien una carreta les permitió el paso.

—¿Y tu madre? —preguntó Chelsea sin poder dejar ir la mala sensación de imaginar un hombre como el boticario casado con una jovencita como ellas.

—¿Qué hay con ella?

—¿Qué opina con respecto a que el señor Rider intente cortejarte?

—Nada, madre me ha dicho que no piensa invertir su única hija en un hombre como él... aspira a más. Las dos lo hacemos... Si me va a triplicar en edad, mínimo, tiene que nadar en oro.

Las expectativas de Jo Ellen eran muy altas. Demasiadas para una joven que no poseía un

apellido de renombre ni una cuantiosa fortuna familiar a heredar.

—O sea que está de acuerdo en que te cases con un hombre mucho más mayor que tú...

—Mi madre está de acuerdo en lo que sea conveniente para ambas; ella es la que me impulsa a tener en vista a... —sonrió con picardía—. Eso que tú ya sabes...

Por esas complicidades inesperadas del destino, Hotah atravesó la calle principal al suave galope, guiaba a dos caballos, sin duda se dirigía a las afueras del pueblo, rumbo al rancho Grant.

Jo Ellen suspiró, desenlazó la cinta del vestido que mantenía a raya a su escote. Jugó con los bucles de su cabello, e hizo girar el parasol en sus manos.

—Eres consciente de que a esta distancia él no puede verte... —Hablando de comportamientos descarados. Chelsea negó con la cabeza, Jo Ellen no tenía cura.

—Verdad... pero yo sí puedo verlo, y con eso me basta. ¡Oh, mira, tiene su cabellera trenzada!

—¡Por los cielos! Tu fascinación se está convirtiendo en obsesión.

—¿Y cuál es el problema? —rebató con altanería—. ¡Eres una mojitata! Chelsea Gibbon, acabas de descender ese peldaño que te ganaste minutos atrás con tu secretito.

—¡Vaya pena! —Se burló Chelsea, y Jo Ellen rio a carcajadas.

El mundo de Hotah y Amy se regía por dos verdades indiscutibles: no podían estar separados y la señorita Brosman era una excelente maestra, pero una pésima alumna. Los avances del hombre en lectoescritura y cálculo sobrepasaban por mucho los logros de la muchacha en tema de caballos. Ni siquiera era capaz de acariciarlos, lo más lejos que había llegado era a pararse cerca y soportar la proximidad de los animales.

—Si has conseguido conducir una calesa, ¿recuerdas? —fue la réplica de Hotah, que intentaba ocultar su frustración. Los secretos compartidos y el real conocimiento de lo vivido por la señorita Brosman alimentaban una paciencia desconocida en él.

—Fue distinto... la vida de Thelma y Salma estaba en juego.

—Intenta pensar en eso —utilizó como estrategia. No hubo caso, no se podía fingir algo así. El pánico ante la posible pérdida de sus amigas había prevalecido sobre el de los caballos, y solo una desgracia de esa magnitud lograría de nuevo enfrentarla a esos inmensos, amenazantes, terribles animales monstruosos. Sí, monstruosos, repitió la voz de su conciencia cuando la mansa yegua asomó las fauces por la valla para comer la hierba del otro lado.

No avanzaba, y lo peor, se quedaban sin tiempo. Ni bien fuera la boda de Louis y Salma, las tardes libres de Hotah tocarían su fin; él tendría que volver a sus tareas en el rancho, desde el alba hasta el ocaso, y las noches... y las noches serían demasiado comprometedoras como para pasarlas con ella, a solas, lejos de las miradas de todos. Amy se sonrojó de pensarlo, de anhelarlo.

Haciendo oídos sordos a lo ridículo de sus esperanzas, se vistió con esmero para la última clase que tendría por la tarde en mucho tiempo. El traje de montar diseñado por Lila Anteen era cómodo y funcional, y le sentaba bastante bien. Era en un tono verde oscuro, el color que mejor combinaba con su cabellera; acarreaba menos enaguas y la sobrefalda era liviana, cumplía con el trabajo de cubrir las piernas al montar a mujeriegas. Estaba segura de que le encontraría más bondades al traje si consiguiera sentarse en la silla.

Un solo avance contaba en su lista de éxitos, y era que la ansiedad ante la idea de acercarse a los animales ya no gobernaba su vida, porque era reemplazada por otra, una mucho más agradable: la expectativa de ver a Hotah.

Simular que no caminaba por las nubes le resultaba cada día más difícil. La señora Williams lo había notado, y guardaba las palabras porque sospechaba, al igual que todo el pueblo, que el producto de su ensoñación no era el esperado. Ya no secundaba a su marido con las ideas de emparejarla con el señor Rider, y fue de boca de ella que Amy se enteró de que el boticario tenía intenciones de desposar a Jo Ellen. Le costó a la maestra componer una mueca educada, Hotah había borrado con su presencia años de adoctrinamiento inglés. Ya no podía ver con normalidad la gran diferencia de edad entre hombres y mujeres, ni aceptar esos matrimonios forzados por las familias a cambio de mejorar el estatus. Se atragantó con las ganas de chillar ante la inminente infelicidad de Jo Ellen. No culpaba a la muchacha, puesta su situación en perspectiva, del coqueteo desmedido y el afán de divertirse; se sabía condenada. Y si el desprecio hacia Rider era alto por el trato dispensado hacia Hotah, crecía al divisar en sus ojos de cuervo la lujuria contenida con la que devoraba el joven cuerpo de su futura esposa.

El mundo de Amy Brosman había rotado, se había sacudido como solía hacerlo en esas tierras, con leves temblores que arrojaban tazas y cuadros al piso para luego calmarse, como si nada hubiera sucedido, pero dejando leves fisuras insalvables. Fisuras por las que se colaba una nueva visión de la vida, una que ponía en manifiesto que todo se movía, cambiaba, mutaba; que creer en lo estático es solo una forma de mentirse a sí mismo.

Lista para afrontar esos cambios en ella, abandonó la casa a paso firme y se dirigió a la herrería. Desde que Ramírez no se encontraba, la zona que solía estar vedada comenzaba a florecer. El burdel estaba de pie, y era regentado por la antigua madame, Margot. La mujer era algo más benigna con sus muchachas y más dura con quienes intentaban utilizar la fuerza con ellas. Wilbur, el nuevo reemplazo del sheriff, bebía gratis en el lugar a cambio de hacer la vista gorda cuando la regente tenía que encargarse de algún asuntito desagradable. Aunque Amy se permitiera una mente abierta, jamás aprobaría lo que allí sucedía; tenían un pacto silencioso, ella no volvía a meterse y la madame no corría el rumor de que la veía pasar tarde por medio con un destino obvio: los brazos de Hotah.

La sorpresa la detuvo antes de saludar a Lannis. Elsu no se encontraba, y el viejo herrero la puso al corriente.

—El niño fue invitado a casa de los Murray, no podía estar más contento.

—Y esa alegría me inunda a mí también, ¿cómo ha sucedido eso? —Se cubrió la boca con la mano enguantada para ocultar que estaba a punto de soltar una carcajada. Noah, Owen y Elsu juntos, creía que ella era la única capaz de soportar tanto alboroto.

—La abuela de los hermanos está de visita, y parece que Elsu consiguió enamorarla. La mujer es de Texas, insiste en que allí esos tres serían civilizados, ¿usted lo cree?

—Creo en lo que una experta diga... —rió, ya sin poder contenerlo—, si sobrevive al encuentro, tendremos la prueba de que es cierto.

—Y de que jamás pisaremos Texas. —Rompiéron en risotadas—. Pasa, pasa, Hotah está preparando el calesín.

—¿El calesín? —La sorpresa se apoderó de Amy; Lannis no contestó, no la había escuchado, su oído malo requería que le gritaran para oír. Se alejó de ella para regresar al pórtico a beber su té con una gota de whisky que agregaba pensando que nadie lo notaba, y un viejo perro mestizo se le acomodó entre las piernas. La señorita Brosman avanzó con la incertidumbre aprisionándole la boca del estómago. ¿Pretendía que condujera un calesín? La idea le aterraba, le recordaba demasiado a lo sucedido con Thelma y Salma—. ¿Hotah?

Lo llamó con voz quebrada al ver que, en efecto, tenía el coche listo para emprender un breve viaje.

—Puntual, como toda una británica —dijo el hombre cuando resonaron las campanadas de la iglesia marcando que eran las dos en punto de la tarde.

—Como debiera ser todo el mundo. Lo siento, Hotah, pero me asusto de pensar en tus planes, y eso si no cuento tu sonrisa enigmática.

Algo que adoraba de Hotah... La mente de Amy se burló de ella misma, ¿algo que adoraba?, todo él era preso de la misma admiración, entre sus virtudes, la sinceridad y la frescura. Podía ser que fuera algo parco cuando no lo conocías, y se mantuviera alejado, pero eso no era más que parte de esa sinceridad. No recurría a farsas para encajar, ni las mantenía para fingir.

—Mi sonrisa no es enigmática —confesó al acercarse a ella—, menos para ti. Tú sabes quién provoca que sonría...

—No juegues a la galantería conmigo, Hotah... —lo reprendió con las mejillas ardidadas y una sonrisa coqueta en retribución—, los dos sabemos que tienes planes de torturarme, y me

vengaré. Creo que leeremos a Hamlet en la próxima lección. —El hombre bufó, sin dejar de mostrar la real felicidad en sus facciones.

—Estás en lo cierto, pretendo exponerte a una de las peores torturas. Espero que sepas que lo hago porque pienso que es lo mejor, y que confíes en mí, jamás te lastimaría... —La seriedad con la que esas palabras estaban envueltas acrecentaron el temor.

—¿Hotah?

—De momento, lo mantendremos como una sorpresa. Ven, sube, yo conduzco... —La orden fue una brisa de aire fresco que borró el miedo a tener que llevar las riendas. Tantos años obligada a viajar le habían permitido adaptarse; le generaba ansiedad, sin llegar a ser pánico. Aunque prefería los carruajes y galeras en lugar de los calesines, tan pequeños que era imposible mantener la distancia con el tiraje. Debía sentarse junto a Hotah y justo detrás del caballo, un moteado enorme, de patas grandes y cuerpo fornido, ideal para esa labor de acarrear peso. Podía arrastrar el calesín con dos personas más sin siquiera fatigarse; le hubiera gustado admirarse de esa capacidad como lo hacía Hotah, que habló todo el camino de las cruzas que mejor desarrollaban la fuerza en los animales, la diferencia entre castrados y sementales y las bonanzas de las yeguas.

Amy reconocía que, al menos, de teoría de crianza sí había aprendido. Se sentía capaz de escribir un libro completo con todo lo que Hotah le explicó en ese tiempo, el domador no escatimaba en detalles ni censuraba palabras por tratarse de una dama. Hablaba de la crua, castración, esterilización y partos con total soltura, y Amy se nutría con la curiosidad que siempre la caracterizó.

Atenta a su acompañante, tardó en notar que iban camino al rancho Grant, y otra clase de aprensión se apoderó de Amy. No les había contado a sus amigas de los sentimientos hacia Hotah, pero sabía que, si los veían juntos, los adivinarían. Se sentía en falta con ellas, dado que ambas no vacilaron en abrir sus corazones y contar el pasado de amor y desamor que las había llevado a brazos de hombres maravillosos. ¿Ella?, ella guardaba su afecto con recelo, sabedora de que era más frágil. No dudaba en que Thelma y Salma no juzgarían, pero no soportaría leer en sus miradas el reflejo de la utopía, de lo imposible e insalvable. Quería albergar los sueños y las esperanzas tanto como le fuera posible, eran su tesoro más valioso.

—Creo que empiezo a temblar —dijo para romper con el hilo de pensamientos. La mano de Hotah que no estaba en las riendas se posó sobre la de ella, enguantada, y transmitió el calor por sobre la tela.

—Será duro, no lo negaré, pero estoy convencido de que estás lista, si no, no lo haría...

—Confío en ti. —Y esa aceptación englobó mucho más que un par de clases. Sus ojos se unieron por unos segundos antes de volver al camino. Los viñedos se recortaban a los lados y el sendero estaba enmarcado por algunos árboles que proyectaban sombras irregulares. Las vallas de madera no delimitaban toda la tierra, solo la frontera con los vecinos y algunos sectores para marcarlos más que para protegerlos. Como la zona en que dejaban de ser uvas para pasar a ser olivares, o el área a la que ellos se dirigían: la zona de crianza y entrenamiento de caballos. Los dominios de Zachary Grant. Pasar a tan pocos metros de la casa de Thelma y no detenerse la hizo arder en remordimientos. Le hizo un pedido a Hotah—. Luego podríamos pasar a saludar...

—Sí, por supuesto. —Alzó la mirada al cielo para constatar la hora—. Si todo sale bien, estaremos libres para una tardía hora del té.

Amy rodó los ojos en un gesto exagerado que hizo al hombre reír. La impuntualidad a la hora del té era inadmisibile para sus venas británicas, podía cuestionarse toda y cada una de las reglas, salvo las que dictaban las agujas del reloj.

Arribaron a los pocos minutos, y la señorita Brosman empezó a dudar en el mismo instante en que el aroma de las caballerizas la alcanzó. ¿Un establo? ¡Demonios!, eso sí era confianza, eso sí era un gran salto. Jamás, desde su borroso recuerdo de niña, había pisado un establo.

—¿Hotah, estás seguro?

—Sí, lo estoy. Debemos reemplazar tu recuerdo de estos lugares por uno agradable... —La ayudó a descender del calesín, la sostuvo de la cintura por más tiempo del debido; un movimiento calculado, diseñado para empezar la tarea de generar buenos recuerdos. La depositó con suavidad en el suelo—. Dime, Amy, solo tú sabes la respuesta... ¿podré, tendré éxito?

Tragó saliva y levantó el rostro para indagar en la mirada negra de Hotah, esos ojos que clamaban por una confesión más. Otra y otra, hasta que no quedaran palabras en sus gargantas. Ese hombre la desnudaba por completo, antes incluso de quitar la primera prenda; la exponía ante él con todo su esplendor, sin permitir que nada quedara al resguardo de su escrutinio. ¿Podría ser su presencia tan fuerte para borrar los malos recuerdos?

—Sí... tendrás éxito, lo sé. Ya sea hoy, mañana o en un nuevo año, pero sé que, si existe alguien capaz de triunfar por sobre mi miedo, ese eres tú, Hotah.

Quiso besarla, allí mismo, sin más dilataciones. Esperar era una tortura, una que valdría la pena. Aguardaba el momento indicado, y el mismo sería dentro del establo. Ese beso sería lo que su adorada Amy Brosman rememoraría desde ese día en adelante cada vez que viera un caballo. No el abandono, la miseria y el dolor, sino el amor... un amor paciente y fuerte, que podía contra todas las tormentas.

Avanzaron a paso lento, con las manos tomadas, y Amy se detuvo antes de atravesar el gran portón de madera. Las caballerizas eran una enorme construcción de ese noble material, pintado de rojo ladrillo con algunos detalles en blanco, como los marcos de algunas ventanas, que se encontraban abiertas para que los animales respiraran, las vigas expuestas y el techo. El aroma que le inundó la nariz no se aproximaba con el que ella asociaba al lugar; no lo había dicho, porque le parecía absurdo, pero cada vez que temía a algo estaba segura de poder oler el hedor rancio de los establos. Eso no estaba allí, y la parte racional de la señorita Brosman esgrimió la explicación: no se trataba de un derruido establo olvidado con animales sucios y mal cuidados, sino el criadero Grant, donde todos los caballos eran atendidos con manos gentiles y sabias, entre ellas las del mejor, su adorado Hotah.

Con la certeza de que se adentraba a algo distinto, dio un paso y dejó que la penumbra y el frescor de las caballerizas la alcanzaran; al igual que la sonrisa de orgullo del hombre a su lado.

—Con esto podemos darnos por satisfechos —bromeó Amy a su costa, para disimular el pánico y el conocimiento de que su lección recién comenzaba.

—Sí, pero no lo haremos. Somos insaciables... —Amy se sonrojó, algo habitual en ella cuando estaba en presencia de Hotah. Parecía que todo en la muchacha británica se teñía de su característico rojo gracias al estímulo constante del hombre. Por un momento quiso adjudicarle inocencia a su declaración, lo desestimó de inmediato al ver el brillo en su mirada. Lo reprendió con un suave golpe en el brazo.

—Puede que tengas buena didáctica, pero eres un pésimo maestro.

—No me cabe duda, lo mío no es la enseñanza, es la doma...

—Sigue y me marcho —amenazó, conteniendo la risa y el latir desbocado de su corazón.

—Tú buscas cualquier excusa para marcharte. No lo permitiré... —Le franqueó la puerta para impedirle el paso; Amy se sumó al juego de intentar escapar, por un lado, por el otro, para terminar prisionera de esos fuertes brazos. Le faltaba el aire, y no bastaba la frescura del recinto para aliviar el ardor de su piel—. ¿Lo has notado, Amy? —Le preguntó, al tiempo que le

acomodaba un mechón rebelde tras la oreja—, te has divertido en un establo, has olvidado por unos minutos todos tus miedos.

—Y tú me los has recordado... —recriminó. Se mordió el labio inferior, para no declarar que su respuesta nacía de la frustración de tener que poner fin al abrazo.

—Sí, porque tenemos algo más importante que hacer, y eso es barrer por completo con el temor. Ven... —Volvió a tomarla de la mano y la instó a avanzar. El divertimento se evaporó cuando Amy se encontró secundada por las cuadras. De ambos lados del camino central, corrales de madera, con puertas altas, aunque no lo suficiente, que mantenían al resguardo los caballos. Algunos lograban asomar las cabezas por encima del límite, e intentaban alcanzar a la pareja con sus fauces. Resultaba amenazador para la muchacha, y Hotah sintió el modo en que se tensaba—. Solo quieren olerte, es su forma de reconocerte.

—No sé si podré hacerlo, Hotah.

—Sí, lo conseguirás, porque... porque tengo una sorpresa más. —El aroma a heno se intensificó, al igual que el calor. Alguien había colocado piedras previamente calentadas al fuego cerca de una de las cuadras; al notarlos, Amy preguntó el motivo—. No se puede prender una hoguera en un lugar lleno de heno, menos con el clima californiano, tan propenso a los incendios. Un accidente, y los perderíamos a todo, por eso generamos el calor lejos de los animales, y luego lo traemos.

—¡Oh!, recuerdo que Lady Katherine solía hacer eso en las camas de todos nosotros, y de sus hijos. Las calentaba con piedras que envolvía en un paño para que nunca quemaran. Pero claro, en Londres se justifica, los inviernos son fríos y húmedos, ¿aquí?

—Para saberlo, tendrás que asomarte. —Él sonrió con picardía.

—¿Asomarme a una cuadra? Creo que alguien ha compartido bebida con el señor Lannis... —Hotah dejó escapar una risotada.

—De eso nada, señorita Brosman. —Dejó el tuteo como una broma íntima entre ellos—. Si existe algo que la motiva, es la curiosidad. ¿Se irá de aquí sin saber por qué generamos calor en un establo de California?, ¿podrá dormir esta noche con esa pregunta rondando su cabeza? ¿Por qué...? —repitió como si fuera un eco de montaña—, ¿por qué...?

—No es gracioso, señor Hotah.

—Oh, vamos, es muy gracioso.

Sí, lo era, y Amy le correspondió con una risa nerviosa.

—Bien, bien. Me asomaré, pero promete que no abrirás la puerta, y que lo que sea que allí se encuentre no me intentará oler, patear, morder, comer, o lo que sea...

—No te preocupes, es un monstruo muy bien entrenado. Feroz, sin duda, inmenso, el más grande de todos, pero no muy afin a la carne humana.

—Eres cruel... —Una última sonrisa antes de juntar el valor. Si Hotah estaba seguro de que del otro lado se hallaba la cura a su fobia, entonces ella también lo creería. Se aferró con fuerza a la mano del hombre, agradeciendo que los guantes impedirían que sus uñas se hundieran en su morena piel, y se puso de puntas de pie para mirar al interior. Lo que halló la dejó sin palabras, para después robarle una exclamación ahogada, que se convirtió en un suspiro y en una declaración que jamás imaginó que saldría de sus labios—: ¡Oh, es lo más hermoso, dulce, tierno, encantador que he visto en mi vida! Oh... Oh... —Y los sonidos de asombro se continuaron hasta que los ojos se le humedecieron en lágrimas de felicidad y el anhelo gobernó todos sus sentidos. Ante ella, un potrillo que apenas se sostenía en sus delgadas patas y que la miraba con igual dosis de recelo y curiosidad. Al fin, más valiente que la misma Amy, el animal avanzó por el corral, alejándose de la zona tibia, solo para buscarla a ella. La euforia al fin le ganaba a cualquier

miedo, y sin pensar más, rogó—: ¿Puedo acariciarlo? —Sin esperar respuesta, extendió la mano por la puerta, solo para percatarse de que no lograba llegar a él. El potrillo quiso ir a su encuentro, alzándose en las patas traseras, y cayó de manera graciosa sobre su grupa. Una risa rebosante de ternura nació en el pecho de Amy, y se cortó con la condición de Hotah.

—Sí, si su madre te lo permite.

—¿Cómo?

—En la cuadra de al lado está su madre, esa madera que ves allí se abre para unir ambas y que tanto la yegua como su potrillo puedan estar juntos y cálidos. Solo podrás tocar a su cría si ella te lo permite... y sé que tu corazón —Posó un dedo en el centro de su pecho, robando un profundo suspiro— lo entiende.

—Sí, lo hace, pero, ¿lo hará mi miedo?

—Vuelve a mirarlo... —Amy le hizo caso y volvió a asomarse. Los ojos del potrillo la enamoraron, y las ansias de brindarle una caricia aumentaron hasta borrar todo reparo.

—Intentémoslo —dictaminó, y Hotah tuvo que contenerse una vez más. La emoción lo embargaba a él también, el deseo de abrazarla y festejar con ella todos los avances de esa tarde. Un poco más, solo un poco más, se dijo.

—Bien... —La acompañó a la cuadra de al lado; la yegua, Luna, se encontraba recostada y por eso no asomaba el hocico. El parto había sido hacía menos de cuarenta y ocho horas, estaba agotada, y la separaban un par de horas del potrillo para que pudiera descansar. El parto no había sido sencillo, requirió de las manos expertas de Hotah para que tanto Luna como su hijo no murieran. El hombre abrió la puerta, y la yegua lo reconoció de inmediato; posó en él su mirada cansada, relinchó por lo bajo a modo de bienvenida y puso la atención en la visita inesperada. Sin embargo, al ser un animal manso, no se sintió amenazada por la presencia de otro humano. Tanto Amy como Luna tenían algo en común, confiaban en Hotah—. Puedes acercarte, te recomiendo que te quites el guante y permitas que huelga tu mano. Hazlo con la palma hacia abajo, es una forma de mostrar que no pretendes dañar.

Le hizo caso. Se quitó ambos guantes y los pendió del pequeño gancho en su traje con ese fin, se acuclilló frente al animal y extendió la mano, tal y como Hotah le había explicado. Vio cómo la misma temblaba, el corazón le latía tan fuerte que pensó que le rompería las costillas, y el corsé la asfixiaba. Luna la olfateó y se irguió, Amy ahogó el chillido, pero no pudo evitar retroceder espantada. Se dio de lleno con el pecho de Hotah, y esos firmes brazos que la sostuvieron.

—No tengas miedo, Amy —le susurró en su nuca—, Luna te ha aceptado. Espera su premio, por eso se ha puesto de pie...

—¿Cú...cuál es su premio?

—La puerta, quiere estar con su potrillo, quiere presentártelo. Y esa es la muestra más grande de confianza que un animal puede brindarte, dejar que te acerques a su indefenso potro. Pero antes...

—¿Qué?

—Antes vas a acariciarla a ella, para que sepa que tus manos no lastiman. —La mano de Hotah se posó sobre la de Amy, con la palma tibia en el revés de ella, y acompañó el movimiento hasta que los dedos de la muchacha acariciaron el suave pelaje de Luna. La yegua se movió, para conseguir que la caricia sea más profunda—. Ráscala... quiere que la rasques, como lo harías con un gato.

—Es bastante más grande que un gato... —se quejó, aún temblorosa.

—Y por eso requiere de un contacto más fuerte. —Amy se sorprendió al poder hacerlo sin

necesidad del acompañamiento de Hotah, y mientras ella se perdía en la fascinación del contacto con el animal, el domador abrió la puerta y el potrillo se adentró. Fue directo a mamar, lo que postergó el momento de acercamiento—. Jamás hay que molestar a una madre cuando amamanta, ¿verdad?

Dejaron la cuadra para darles intimidad, y dieron una vuelta por el camino central. Amy sonrió, una sonrisa de alegría y triunfo; ya no asociaba el olor a heno con el abandono, sino con potrillos, madres y domadores gentiles. No temió ya a los relinchos ni a las fauces que se asomaban, aunque Hotah la detuvo ante uno para impartir una lección tan importante como las demás.

—La confianza que has ganado es el primer gran paso, pero hay mucho más conocimiento, y quiero que guardes algo de recaudo.

—Si crees que mañana iré a cabalgar, y subiré a horcajadas a un semental sin silla, como hace Elsu... puedes estar tranquilo, no sucederá. —Las risas los acompañaron antes de regresar por el más que merecido premio, un par de caricias al potrillo recién nacido.

—Bien, porque ese de allí —señaló un animal negro bastante amenazante— es Jafar, y de ese sí debes cuidarte.

—¿Es malo?

—¡No!, no existe la maldad entre los animales. Es... salvaje, más salvaje que yo. Solo lo puede montar una persona: Emily. Su esposo se lo regaló hace años, y el tiempo no le ha quitado las mañas.

—¿Tú no puedes?

—Me acepta de mala gana —gruñó—, solo porque soy yo o no salir del corral hasta que llegue su amiga. Pero no me permite sillas y pone sus propias reglas... Es el padre del potrillo, también ha elegido con quién aparearse y con quién no. Un completo rebelde enamorado de Luna.

—Ser un completo salvaje tiene sus ventajas —convino ella—, se salió siempre con la suya. Lástima que sea tan miedosa, porque debo de reconocer que Jafar me cae bien, un verdadero espíritu libre.

Compartieron unos instantes más con Luna y su potrillo, antes de la última lección de la tarde.

—¿Más, Hotah? Creo que no podré digerir nuevas emociones por mucho tiempo, y aún nos queda la boda de Salma y Louis. ¡Sabes lo que la estoy esperando! Como para quedarme sin lágrimas para derramar.

—Estoy convencido de que podrás fabricar lágrimas nuevas hasta entonces. Prometo que no llegaremos tan lejos. Solo... —Se dirigieron hacia una de las primeras cuadras, Krystal estaba allí, otro de los empleados del rancho se había encargado con discreción de atender al caballo de tiraje que los había traído. Era la primera vez que Amy atestiguaba el verdadero rol de Hotah en el criadero Grant, su puesto era alto, la mano derecha de Zachary, y el orgullo ante su logro se vio opacado por pensar en cuánto perdería por amarla—. Krystal ya te conoce, por eso creo que es la indicada... —Sobre su lomo, una silla a mujeriegas. Amy divisó a otro empleado a lo lejos, el hombre saludó con un gesto con de sombrero y esperó a que Hotah le dijera que podía marcharse. Tras el mudo intercambio, la señorita Brosman enfrentó la realidad ante ella.

—¿Pretendes que la monte?

—No. No aún, solo quiero que te subas. No la sacaremos del corral siquiera...

—¿La hiciste ensillar? ¡Oh, Hotah, realmente estabas seguro de tu éxito!

—No, Amy, no estaba seguro de mi éxito, sino del tuyo. Y lo mismo sucede ahora, vamos...

—La tomó de la cintura y la acompañó dentro de la cuadra. Sin retirar las manos de allí, la alzó

hasta subirla, desoyendo el chillido que fue más sorpresa que temor. Una que no tardó en convertirse en euforia.

—¡Lo conseguí! Estoy... estoy... ¡Oh, Dios mío! —Se aferró a las riendas sin sus guantes, solo porque podía hacerlo. Krystal ni se movía, comía de su fardo ajena a la felicidad de su jinete —. Hotah, ¡Hotah! —Sin pensarlo, reemplazó las riendas con los hombros del domador, y con sus manos firmes en ellos, saltó para dejarse caer en sus brazos. Él la retuvo sin complicaciones, impidiéndole tocar el suelo con los pies. La sacó del corral, la hizo girar y girar, desde ese día en adelante, todo sería más fácil. No tenía intención de soltarla, de dejarla ir, jamás.

Era el momento de apoderarse de sus labios, de construir un nuevo recuerdo en torno a lo que antes era pavor y abandono. Con uno de sus brazos rodeando la cintura, llevó la otra mano al mentón y le elevó el rostro. Bajó el suyo, hasta posar apenas los labios en los de ella. El primer contacto fue eléctrico, abrió en ellos el apetito, el hambre de más. Se dispuso a invadir su boca, a reclamar lo que ambos se habían ganado, y...

—¿Hotah, señorita Brosman? —Una voz infantil los interrumpió. Por fortuna, a espaldas del domador, por lo que no había visto el beso.

—¿Derek?

—Y Dorothy —dijo otra voz, la de la adorable niña mitad Grant mitad Foster. La hija de Jonathan, el mayor de los hermanos.

—Hola... —Los saludó una vez sus pies tocaron el suelo.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Hotah, con evidente malestar. Derek, como sabía que debía hacerle caso a todo lo que ese hombre le dijera respecto a los caballos, se disculpó.

—Queríamos ver al potrillo.

—¿Ustedes? —preguntó Dorothy, más osada y con la insolencia Foster en sus venas. Amy contuvo la risa, porque reír quitaba autoridad. Tenía experiencia con niños, y sabía que la ausencia de respuesta nunca les bastaba.

—Hotah me estaba enseñando a no temerle a los caballos. Derek sabe cuánto miedo me provocan, ¿no es así? —El niño asintió, y relató la anécdota de cómo pidieron ayuda cuando su madre estuvo en peligro. Al parecer, no era la primera vez que alardeaba de su valor, porque su prima compuso una expresión de hastío—. Pues adivina qué, Derek, conseguí subirme a Krystal recién.

El niño, feliz por la dicha de su maestra, la abrazó con esos modos cariñosos tan propios de él. Tras lo cual, se sumó a la conversación contándole todo lo que él también había aprendido de caballos junto a su papá.

—Y seré sheriff, y enlazaré a los maleantes y...

Dorothy, al verse desplazada, se tomó de la mano de Hotah y lo instó a seguir los pasos de la maestra y el niño.

—Mientras ellos hablan, nosotros vayamos a lo importante, el potrillo —dijo la niña, y arrastró al domador a la cuadra de su interés. Amy se volteó para brindarle una sonrisa y una mirada llena de promesas, tenían una deuda pendiente, sí; una que ya no necesitaban cumplir en las caballerizas. Hotah triunfó sobre los miedos de Amy, y su recuerdo sería el que siempre la acompañaría desde ese día y hasta siempre.

La inesperada boda del más joven de los Grant fue un rumor que recorrió todo el territorio californiano con una intensidad similar a la de las tormentas del desierto. En Sacramento, alcanzó el máximo nivel de cotilleo, y lo hizo con lógicos motivos, el hijo de uno de los hombres más ricos de la región desposaría a una mujerzuela. ¡Lo que faltaba! ¡Una mujerzuela conocida por la mayoría de los habitantes del pueblo! Parte de la clientela del burdel —tras unas cuantas copas de más— se llenaba la boca con anécdotas en nombre de la prostituta. Se proclamaban como expertos conocedores de su cuerpo, y narraban cientos de experiencias vividas entre las piernas de la futura esposa. Madame Margot se encargaba de echar por tierra todos los chismes baratos. ¡Tú no te la has follado, Heddelston! ¡Ni tú, Peter! ¡Menos tú, Shabert! La madame pretendía mantener una buena relación con Dios y con el Diablo, y eso incluía establecer una buena relación con el sheriff y con los más poderosos terratenientes de California.

Como fuese, cada vez que Louis, o cualquier otro miembro de la familia, se hacía presente en el pueblo o en sus alrededores, los habitantes —que, al igual que Madame Margot, pretendían hacer buenas migas con sus ricos vecinos— cambiaban el discurso del rumor convirtiéndolo en una afectuosa felicitación cargada de deseos de buena ventura para la pareja. En especial sucedía cuando la matriarca Grant era la que se apersonaba; tenía una destreza única, la de silenciar a cualquiera con la simple expresión de su mirada. ¡Pobre de aquel que se atreviera a hablar mal de su futura nuera! Desparramaba por diestra y siniestra la satisfacción que sentía al recibir a Salma en su familia; para ella ya era una hija más, y no podía sentirse más bendecida. Y no lo decía solo para cerrarles los labios a los ingratos que, frustrados por su insatisfacción personal, hablaban por boca de ganso sobre la elección de esposa de su hijo, sino porque así lo sentía.

Desde la noche de la tragedia que la muchachita vivía bajo el techo Grant. La brutal golpiza recibida la mantuvo en reposo obligado por casi dos semanas. Una vez en el estadio final de su mejoría, la otra recuperación dio inicio. La que Salma necesitaba, la clase de recuperación que solo una familia como los Grant podía darle: afecto, aceptación, la verdadera esencia de un hogar. Sandra, por supuesto, tomó el mando de la labor. Fue palabra amable, abrazo inesperado, fue una mirada atenta sin dejo alguno de prejuicio. Fue la imagen soñada de aquella madre que Salma nunca tuvo.

Cuando piensas que te han roto en mil pedazos y que las cicatrices que han tatuado tu cuerpo te convierten en una especie de despreciable monstruo ante los demás; cuando crees que el pasado, ese que desterró de ti toda posibilidad de esperanza, jamás podrá borrarse, llega alguien único, capaz de ver por sobre la superficie, de pasar por alto las cicatrices, decidido a ayudarte, dispuesto a recoger tus fragmentos para volverte a unir.

—Oh, cielos... voy a llorar. ¡Voy a llorar y ya nunca me detendré! —La emoción de Sandra cobraba vida en sus ojos inundados de lágrimas—. Pareces un ángel... un ángel caído del cielo.

Salma optó por un vestido sencillo, de muselina en un delicado color arena. El blanco immaculado no era más que una broma de mal gusto para ella; prefería ese tono, que le recordaba el desierto, el lugar que consideró la morada final de su condena hasta el día en que Louis se cruzó en su camino. Simbolizaba para Salma la línea invisible que separaba la esperanza de su opuesto, y la felicidad de la más pura desolación. Ahora, en ese día, en ese instante, se encontraba

del lado impensado, y aunque sentía que podía tocar el cielo con las manos, la historia de su vida resonaba en su oído como una melodía imposible de silenciar.

—Pues no lo soy, es más, me atrevo a decir que soy todo lo contrario... —Una parte de Salma todavía no se creía digna del afecto recibido, ni se sentía merecedora de esa nueva posibilidad. Cada noche, al cerrar los ojos, temía por su despertar. ¿Y si todo era un sueño? ¿Si todo desaparecía? No lo hacía, la inconcebible y bella realidad se mantenía, echaba raíces a sus pies.

—¡Mira tú! —Fue una expresión de maternal reprimenda. Colocó los brazos en jarra unidos a su cintura para escenificar la reacción como correspondía—. Te diré algo, y te lo diré, aunque no venga al caso contigo, sino porque solo eres una necia... —Hizo una pausa despertando la ansiedad en la muchacha. Lo consiguió.

—¿Qué, mamá Grant? —Salma sonrió. Amaba las pequeñas lecciones de vida de Sandra que, la abofeteaban de manera continua, para recordarle que las segundas oportunidades existían y que solo se debía de ser valiente para tomarlas.

Sandra cogió una horquilla de perlas y se la colocó en el cabello oscuro.

—Aun el diablo puede desplegar alas, mi pequeña... —Acomodó los bucles sueltos al costado de su rostro. La forzó a mirarse al espejo, las miradas de ambas se encontraron—, tienes que pensar en la vida como una gran moneda; todo, absolutamente todo, tiene dos caras, es parte de nosotros. Bien y mal... Luz y oscuridad... alegría, tristeza. Todos somos ángeles y demonios. —Colocó otra delicada horquilla entre los mechones.

—No, no tú, mamá Grant... —A Salma le era muy difícil ubicar a Sandra en medio de la tambaleante línea que separaba entre lo correcto y lo incorrecto. Ante sus ojos no era más que la bondad hecha materia—. Tú eres un completo ángel.

—Puede que sí... hasta el día en que alguien le haga daño a mi familia. —Se ubicó ante a ella, interponiéndose a su imagen en el espejo, solo podía ver su rostro. Le acarició la mejilla y depositó un beso en su frente—. Ese día, créeme, conocerán el otro lado de mi rostro, al igual que este mundo supo ver el otro rostro de mi adorado niño...

Louis también cruzó esa línea al matar a Ramírez por ella, por su amor, por lo que creía era un bien mayor. Mamá Grant estaba en lo cierto, una inexplicable dualidad nos gobernaba a todos y nos ponía a prueba en cuanto la oportunidad se presentaba.

—Lo siento, mamá Grant... —Salma, en gran parte, se sentía responsable de la acción de Louis. Como si por ella, él hubiese condenado su alma. ¿Cómo podía ser digna de él? Le contagió su oscuridad, lo arrastró a un abismo—. Yo jamás deseé que Louis... —Las palabras se le enredaron en la lengua.

—Las decisiones de Louis le pertenecen a él y a nadie más que a él, muchachita... Quita de tu mente esa idea que otros sembraron en ti —La tomó por los hombros, la sacudió como quién quiere hacer entrar en razones a alguien. Por supuesto lo hizo con delicadeza—, esa idea de que no eres merecedora de esto y de que no eres dueña de tu vida. Lo eres, me has oído... y doy gracias al cielo de que vas a tener un esposo que se va a encargar de recordártelo a diario. —Los ojos de Salma se inundaron de lágrimas, y las de Sandra no hicieron más que perpetuarse. Tuvo que buscar un pañuelo para secarlas. Las de ella y las de la muchacha—. Ya basta, tú eres la novia, así que déjame el rol de llorona a mí, ¿quieres?

Fueron interrumpidas por un golpe en la puerta, un golpe seguido de dos presencias femeninas que no esperaron la invitación a pasar, Thelma y Amy. Los rostros ya estaban enrojecidos por la emoción, requerían de un pequeño puntapié para estallar en lágrimas

—¡Ni se atrevan, muchachas! —Sandra detuvo esas lágrimas al instante—. ¡Aquí ya hemos

contenido la tormenta emocional! Guárdense el llanto para la ceremonia...

—No es justo, mamá Grant... —reclamó Thelma—. No es justo que no nos permitan formar parte de la cofradía de lágrimas.

—No se trata de permitir o no —alegó Sandra.

Salma se echó a reír.

—¿Y de qué se trata? —Amy también exigía su legítimo derecho a llorar a mares al ver a su amiga antes de la boda.

—De que han llegado tarde, solo eso... ¿no es así, Salma?

—Un minuto antes y hubiésemos llorado a mares juntas —confirmó.

—¡Rayos! —protestó la señorita Brosman.

—Pero... pero yo —balbuceó Thelma a punto de quebrarse en lágrimas.

Las mujeres presentes se miraron y llegaron a un acuerdo. Podrían hacer una excepción.

—Está bien, Thelma... —sentenció Sandra con una sonrisa de par en par. Su más reciente nuera albergaba en el vientre un nuevo retoño Grant—. Puedes llorar, tu estado te lo permite...

Thelma sonrió victoriosa, pero no fueron lágrimas lo que dejó escapar, sino otra cosa. Una que la hizo correr hasta la bacinilla. Vomitó una vez... y otra. Amy la asistió sosteniendo sus cabellos hacia atrás.

—¿Te encuentras bien?

Una vez que el malestar finalizó, Thelma se humedeció el rostro en el aguamanil.

—Sí, lo estoy... y lo estaré, por lo menos, en los siguientes quince o veinte minutos —confesó con una sonrisa que no podía ser opacada por ningún malestar—. Creo que sumaré una bacinilla a mi atuendo de fiesta —se burló de sí misma.

—Pues me parece una maravillosa idea, Thelma —convino Sandra acercándose a ella. Tomó un abanico, y le brindó una refrescante brisa a su rostro—. Le estás dando cobijo a un Grant, y si te vales de mi experiencia y la de Megan, una bacinilla no será suficiente... espera y verás.

—¿Quieres decir que esto no es todo? —Thelma sentía que estaba a punto de escupir sus entrañas.

Sandra se quebró en una carcajada. Le entregó el abanico a Amy instándole a que continuara con la labor asistencial. Ella la reanudó de inmediato.

—Ya te lo he dicho, espera y verás... —dijo con un gesto de mano al aire—. Oh, y si es niña... —Abrió la puerta pronta a marcharse. Plantó la dulce incertidumbre, y germinó de inmediato.

—Si es niña, ¿qué? —Thelma, Salma y Amy preguntaron al unísono. Un segundo después, Thelma volvió a vomitar.

Sandra sonrió con ternura.

—Eso, eso mismo... —Volvió a quebrarse en una carcajada—. Tendré que darle la razón a Zach, a Zach y a Derek, es una niña. —Su figura desapareció al otro lado de la puerta—. Sí, sí... sin duda, es una pequeña Grant.

Una vez a solas, Thelma recuperó la compostura, respiró y exhaló.

—¿En qué estábamos? —dijo limpiándose los labios con un pañuelo. Fingió que hacía memoria—. Ya lo recuerdo... —Ella y Amy se miraron. Sonrieron, y juntas dejaron escapar las lágrimas.

—No, no... no la hagan. —Salma no se contuvo, y se rindió al llanto de felicidad junto a ellas.

—Te casas, Salma... —dejó escapar Amy flotando en una burbuja de dicha en compañía de

sus amigas—. Dilo en voz alta, vamos.

Salma se llevó las manos al pecho, ahí, sobre su corazón, sintió los latidos. Era feliz como nunca antes lo había sido en la vida.

—Me caso...

Y todos los demonios, la oscuridad del pasado y los temores de su presente... desaparecieron.

La ceremonia iniciaría en cuestión de minutos. Estaba todo dispuesto para la misma en el jardín principal del rancho, una glorieta decorada con las más hermosas flores y un futuro esposo más ansioso que todos los hombres Grant en sus pasadas bodas. Era íntima y pequeña, como casi todas las bodas de la familia; poseían un grupo reducido de amistades auténticas, y solo con ellas elegían compartir los momentos importantes. Pero para los Grant, intimidad no era sinónimo de austeridad, al contrario, festejaban a lo grande, festejaban como si fuesen rodeados por cientos de invitados.

Si existía algo en lo que Sandra era una verdadera experta, era en la organización de fiestas. No puso reparo ni límite en nada. El mejor vino de la cosecha familiar, champaña importada y todo tipo de licores. A la hora de saciar estómagos, fue muy detallista. La más exquisita y tierna carne de res, faisán, jamón ahumado y, ya que podían permitirse cualquier lujo, incluyeron cordero para deleitar al paladar. Tras los platos principales, el desfile que consagraría la noche quedaba a manos de la mesa dulce, con pastelillos de todo tipo, frutas exóticas y un pastel de boda que confesaba que sería el último de esa generación. No más celebración de matrimonio hasta que los pequeños se convirtieran en adultos... Ah, la añoranza y la felicidad hicieron efecto en cada uno de los hombres Grant que, luego de unas cuantas copas encima, se achisparon perdiendo la compostura.

Primero fue un brindis por la reciente pareja, luego fue otro brindis ante la noticia del nuevo miembro Grant que nacería en un par de meses. Zachary y Thelma no tuvieron más alternativa que confesarlo a viva voz, los vómitos de la primeriza madre se hicieron oír durante toda la ceremonia. Un brindis por aquí, otro por allá... risas, festejos, aplausos y besos más que audaces por parte del matrimonio. La noche se hizo presente trayendo consigo a un Elton Grant con violín en mano dispuesto a brindar entretenimiento, y Will Kennedy —uno de los empleados del Rancho, que al igual que el resto de los trabajadores, disfrutaba de la buena comida y el agasajo—, se le sumó con un instrumento fuera de lo convencional, un gran aro de madera cubierto con un parche de cuero y con diez cuerdas. Ni bien resonaron los primeros acordes de la melodía, Jonathan y Zachary entonaron sus gargantas y, al cabo de unos minutos, Louis y Benedict, el patriarca de la familia, alzaron las copas tarareando la letra de la canción.

Las hermanas Foster se adjudicaron la labor de estimular a sus esposos y cuñados al ritmo de las palmas.

—¿Está preparada para lo que seguirá a continuación, señorita Brosman? —Brithany estaba dispuesta a convertir a la muchacha británica en una americana más. Veía en sus ojos que, fuese cual fuese su pasado, no regresaría a él ni a sus tierras. California ya era su hogar.

—¿Qué seguirá a continuación, señorita Foster? —Amy no podía evitar sonreír. Tenía motivos para hacerlo, y el más importante de todos estaba a un par de metros de ella, sin apartar la vista de sus ojos. Amy ya no podía ocultarlo, era víctima del embrujo de su amado hechicero.

—¡La más completa barbarie, señorita Brosman! ¿Qué más? —Estalló en una carcajada cuando el cántico discordante de los Grant resonó en los oídos de todos los presentes—. Si tiene pensado regresar a Inglaterra... créame, este es el momento.

¿Regresar? ¿A dónde? Su hogar estaba allí, tan cerca y, a la vez, tan lejos... Si tan solo el amor fuese suficiente. Si tan solo pudieran alzar las copas, cantar y danzar en nombre de ese amor... No, ellos estaban destinados a las sombras.

Zachary convocó a Hotah para que se sumara al grupo musical, y adelantándose a un «no» de su parte, lo tomó por los hombros obligándolo a hacerlo, era parte de la familia. Luego, al igual que sus hermanos, Zach entonó la canción a su lado con toda la fuerza de sus pulmones. Hotah no cantó con ellos, sin embargo, se mantuvo ahí, formando parte del ritual Grant.

*This the song, the sigh of the weary,
Ésta es la canción, el suspiro de los cansados,
Hard Times, hard times, come again no more
Tiempos difíciles, tiempos difíciles, no vuelvan más
Many days you have lingered around my cabin door;
Muchos días te has quedado en la puerta de mi cabaña;
Oh hard times come again no more.
Oh, los tiempos difíciles no vuelven más.
Oh hard times come again no more.
Oh, los tiempos difíciles no vuelven más.*

El matrimonio se retiró a sus aposentos cuando la luna se alzó en lo alto. Los festejos y las desentonadas canciones continuaron. Megan y Jonathan Grant danzaron sin darle tregua al cuerpo, y Benedict hizo uso y abuso de su experiencia en el mismo rubro. Bailó junto a su esposa como si fuesen una pareja de adolescentes. Thelma... bueno, Thelma buscó refugio en brazos de su marido, y allí se quedó hasta que el agotamiento la catapultó sin piedad a otros brazos, los de Morfeo.

Por conveniencia, esa noche dormiría bajo el techo Grant, lo que le brindó la excusa perfecta para retirarse a su recámara. Alegó ser víctima de una jaqueca infernal producto del exceso de licor. Brithany Foster se jactó de ser la originadora del nuevo hábito de la británica.

—Pensé que ya nada me sorprendería en estas tierras, hasta que usted, señorita Brosman, pisó suelo californiano y se embriagó. ¡Gracias!

—No tiene por qué, ha sido un placer... —No había embriaguez en Amy, no caería dos veces en la jugarreta de las hermanas. De todas maneras, le siguió el juego a la muchacha—. ¿Sabe que sería igual de sorprendente?

—No, dígame... ¿qué?

—Usted en tierras británicas, señorita Foster. —Sin duda, la muchachita americana sería el centro de burlas de la temporada—. Pero no se preocupe, nadie la embriagará... de eso puede estar segura. ¡Nuestras benditas normas sociales nos lo impiden! ¡Vaya barbarie, ¿no?!

Jonathan y Megan, al igual que los padres de la aludida, elevaron sus copas tras la réplica de la maestra. Ya era hora de que alguien les colocara un punto final a las palabras de Brithany. La más joven de las Foster aceptó su derrota, es más, sonrió por lo bajo.

Caminó por el sendero que la llevaba directo a la casa, y cuando las miradas de los invitados se convirtieron en puntos lejanos, se desvió. Tomó la senda que la conduciría a los establos, conocía muy bien la ruta, la había memorizado meses atrás, aquella noche en la que todo cambió para ella, la noche en que supo que Hotah ya era parte de su vida, de la única vida que quería. Lo demás era tan solo pequeños pasos en un mundo que no estaba preparado para un amor que redefinía al sentimiento por completo. En un mundo en donde las apariencias prevalecen por sobre cualquier otro tipo de valor, el amor de Amy y Hotah era una amenaza. ¿Un sentimiento libre

de prejuicios, que mira dentro del corazón humano y revela su auténtica esencia? ¡Por los cielos que no! ¡Herejía! ¡Una atrocidad!

La comunión de miradas entre ella y Hotah a lo largo de la noche no fue más que un intercambio mudo que confesaba el desesperante anhelo de la cercanía. Habían forjado un lenguaje nuevo, a base de silencios y sonrisas ocultas. Los perfumes de sus pieles se fundían con el aire, y entremezclaban sus fragancias en complicidad del viento... fue ese embriagador y afrodisíaco viento el que la guio directo a él.

La luz de la luna, esplendorosa como solo ella podía serlo, dibujaba el contorno de su sombra en la tierra. La majestuosidad del astro se encontraba en jaque ante la presencia de un ser igual de magnífico. Porque lo era... único, irrepetible. La grandeza hecha hombre. Hotah era un hechicero, sí, por supuesto que lo era, le había lanzado un conjuro imposible de deshacer. El latido de su corazón estaba unido al de él, y lo estaría hasta el fin de los tiempos, hasta que sus cuerpos fueran cenizas y sus almas regresaran juntas a su origen. Hotah era un guerrero, el más despiadado de los guerreros; batalló contra su eterno temor y lo venció arrancando sus miedos y al doloroso pasado de raíz. ¿Cuántas batallas podría él soportar? ¿Y ella? ¿Cuántas batallas le permitiría luchar en su nombre? ¿Y el mundo? ¿Acaso, siquiera, les permitiría batallar?

—Piensas demasiado, Amy...

No le sorprendió que él hubiese notado su presencia. Siempre lo hacía. Al igual que ella.

—Lo sé... pero dejo de hacerlo ni bien me encuentro a tu lado. —Avanzó hasta ubicarse junto a él, unieron los dedos de sus manos y contemplaron la inmensidad del desierto nocturno.

—Eso me coloca a mí en una gran encrucijada, entonces.

Las estrellas brillaban más que nunca en el cielo, entre ellas narraban una historia, la de un hombre de piel morena, un salvaje, un alma solitaria... y la de una muchacha de cabellos de fuego, una rebelde, un alma igual de solitaria. Y las estrellas rieron... porque conocían la verdad que solo ellas atesoraban, esa historia que narraban llevaba cientos de años escrita, esperando a ser contada.

Finalmente, esa noche, cobraría vida.

—¿Cuál?

—Alejarme de ti...

—¿O? —Lo interrumpió girando hacia él. Hotah hizo lo mismo. Quedaron frente a frente. Esa noche él no era el único guerrero. Amy estaba dispuesta a enfrentarse al mundo entero también —. Si es una encrucijada debe de haber otro camino... y sin duda es el opuesto. ¡Lo elijo!

Hotah le acarició el rostro. Fue el preludio al encuentro de labios, al roce de los cuerpos. No había escapatoria esa noche.

—Es mi encrucijada, Amy... tú no puedes elegir. —Sonrió con dulzura mientras extendía la caricia hasta su cuello.

—Pensé que ya estaba establecido que era «nuestra» —Amy fue audaz, se liberó de las cadenas sociales y provocó el contacto de los cuerpos—. Y si no es así, creo que es una noche perfecta para hacerlo. ¿Qué piensas?

—No quiero hacerlo, no quiero pensar, porque tú provocas el efecto contrario en mi razón... —Rozó su mentón y alzó su rostro para que las miradas y los labios pudieran encontrarse.

—¿Y qué dice tu razón, Hotah? —La audacia le dio paso a la proclamación definitiva del deseo. Amy apoyó sus palmas en el pecho de Hotah, sintió su calor, disfrutó de la sensación e inició un recorrido ascendente por su torso.

—Mi razón me dice que elija el camino opuesto al que tú deseas que tome...

—Entonces olvídala, Hotah... haz como yo, no la escuches y abrázame. —Las manos de

Amy acariciaron la lampiña piel de su rostro. Las yemas de sus dedos recorrieron el contorno de su mandíbula, luego continuaron por sus pómulos con un único destino final: sus labios.

Hotah quería abrazarla, besarla, cargarla en sus brazos y desaparecer juntos en la noche. Hotah quería amarla...

Solo existía un inconveniente. El maldito mundo.

—Si nos ven... si te ven en mis brazos, Amy...

«*Serías una marginada, una excluida como yo*».

—Si nos ven, diré que el licor me trajo hasta aquí —bromeó para impedir que el trago amargo que la sociedad solo les permitía beber les envenenara la sangre, los sueños, los sentimientos— y tus brazos, atentos y gentiles, me sostuvieron. ¡Así que, abrázame! —demandó con una sonrisa mientras fingía que se tambaleaba—. ¡Mira, tienes que hacerlo! ¡Por mi bien, Hotah!

—¡Ya veo! ¡Ya veo! —intentó no reír. Era encantadora y quería besarla. Meses soñando con ese momento. Noches eternas imaginándola en sus brazos. No, era preferible reír, entretener a sus labios con eso, en vez de...—. ¡Sí que eres convincente! ¡Muy convincente! —La rodeó con sus brazos, y fue como abrazar al paraíso mismo. Ella levantó los talones, estiró los brazos y los entrelazó tras su nuca. Era un abrazo bien dispuesto.

—¡Por supuesto que soy convincente! No en vano me convertí en la burla de Brithany Foster. —Sonrió repleta de felicidad. Lo estaba, en sus brazos era feliz—. Ahora, bailemos.

—¿Bailar? ¿Qué clase de blasfemia es esa? —La sostuvo con fuerza, sin dañarla, solo para contener la locura expresada. No podían abusar de su libertad.

En puntilla de pie, susurró a su oído.

—Vamos, Hotah, si no bailo, me volverán a llamar «aguafiestas». Y tú no quieres que me llamen así, ¿verdad?

Él la cogió por la cintura y la elevó del suelo. Amy se aferró con más fuerza a su cuello, como si temiera que algo o alguien los separara. Los rostros se desafiaron, no había escapatoria, no podían huir.

—Yo no bailo la danza de los blancos... —Le dijo frustrado ante su incapacidad de satisfacerla. No sabía bailar.

—Pues inventemos nuestra propia danza, Hotah... —Apoyó su frente en la de él—. Aquí y ahora. Solo tú y yo... —Las respiraciones se fundieron en una, y los corazones acompañaron el ritmo de sus latidos.

Danzó, la hizo girar en sus brazos. Y en esos brazos el tiempo se detuvo.

Si el destino existía y estaba, en verdad, escrito... quizás, esa noche, al verlos, al comprender que el amor que continuaba creciendo en ellos era puro, indestructible, capaz de soportar todo, inclusive la distancia... quizá, se reescribiría.

Pero no, las estrellas conocían el final de su historia... Había montañas que nunca podrían escalar y puertas que jamás podrían atravesar. Estarían condenados, por siempre, a un sentimiento oculto, que solo podía satisfacerse bajo el manto perpetuo de la noche, con ellas como únicas testigos.

La música lejana resonaba en los alrededores del establo y los sonidos de la naturaleza decidieron formar parte de la melodía. Relinchos cercanos de los caballos en las cuerdas, aves nocturnas y la canción del viento, que se arriesgó a más, y danzó a la par que ellos.

—Hotah... —volvió a susurrarle rozando el lóbulo de su oreja con los labios. Le quemaba el cuerpo por el deseo contenido, le dolía el alma de tanto callar el sentimiento. No era justo. No era justo amar así y no poder gritarlo al mundo como el resto de los mortales—. Ahora... bésame.

«Bésame... Bésame... Bésame...»

El hechicero fue hechizado. El guerrero fue vencido.

Besarla sería el principio del fin. Ya había sufrido la consecuencia de un beso que no fue tal días atrás. Si descubriría su sabor por completo, si se lanzaba a la tibia aventura de sus labios, debía saber que podría regresar a ellos, una y otra vez... una y otra vez. Si la besaba, quería saber que le era permitido amarla.

—¿Solo por esta noche? —preguntó temiendo recibir la respuesta que no deseaba.

Amy ya había tomado su decisión, y en esa decisión, lo elegía a él. Confiaba en que, juntos, encontrarían la manera de desafiar al mundo. O... en su defecto, crearían uno propio, un mundo en donde el amor podía salvarlos, en vez, de condenarlos.

—Por esta noche... —dijo posando sus labios en los de él. Hotah cerró los ojos. No era la respuesta que quería oír. Amy depositó un beso en su boca—. Y por la noche de mañana... —Otro beso... —y la noche siguiente... —Otro beso. Hotah abrió los ojos. Sonrió. Sonrieron juntos— y la noche que le siga a esta... y...

Se entregó a él. Desde ese instante en adelante se entregaba a él como su igual, como su compañera.

Hotah acarició su mejilla, y extendió el roce hasta llegar a su nuca. Hundió los dedos en los cabellos de fuego de su amada señorita británica. Jugó con ellos con complicidad de Amy. En verdad le hacían honor... era fuego, puro fuego entre sus brazos.

Él también se entregó a ella, dispuesto a asumir las consecuencias que significaba atreverse a amarla. Sería su igual, su compañero, el encargado de luchar con los demonios que la atemorizaban... sería todo lo que ella necesitara que fuese.

Las bocas hicieron mucho más que reencontrarse, se desafiaron, colisionaron, batallaron como si ya se estuviesen rebelando contra todos. Las lenguas atacaron a la vanguardia, y fueron, dulcemente, despiadadas. Hacían un pacto entre ellas, se prometían eterna fidelidad, y se aferraban la una a la otra mientras descubrían, uno a uno, los sabores que las gobernaban.

Una vez que el deseo prisionero sació su ansia, el sentimiento se manifestó por completo. Se acariciaron hasta que cada una de las partes de sus cuerpos fue satisfecha. Ella también se aferró a su hermosa y larga cabellera azabache, estaba decidida a no separarse de él hasta que el enemigo se hiciera presente. ¿Quién era el enemigo? El amanecer... Pero para él, todavía restaban horas, minutos, eternos segundos, y Amy...

Amy los recibiría allí, en brazos de Hotah, y contra sus labios.

Por increíble que pareciera, Hotah se alzaba como la voz de la conciencia en esa relación. Un eco que se disipaba gracias a que su talón de Aquiles era quien alimentaba la hoguera de la locura.

Amy había arribado a una conclusión, y era inamovible. Amaría a Hotah sin necesidad de aceptación social, de bendiciones divinas, de miradas ajenas. La mañana siguiente a la boda, la confesión a sus amigas fue inevitable. Hasta los ciegos lo habían visto, y aquellos que, además de ojos, conocían a la maestra y a el domador, no albergaron dudas. El aire se cargaba de estática entre ellos, un canal energético los conectaba y, cuando las luces del día se apagaban, brillaban como la vía láctea.

Ninguna de ellas emitió comentario ni juicio, se alegraron por la dicha de su amiga y dieron por sentado su completo apoyo. Un soporte no solo emocional, sino también, económico. La certeza de que Zachary Grant no le daría la espalda a Hotah por un romance ilegal; el trabajo del hombre estaba a resguardo, protegido, al amparo de una de las personas más poderosas de California. ¿Ella?, ella no temía. Ya no había espacio en su pecho para el miedo, ni a los caballos, ni al qué dirán. Si recurría a la mínima discreción no era por vergüenza, se trataba de que existían cosas que solo les pertenecía a los amantes.

Los dos comenzaron a vislumbrar el futuro que se forjaba para ellos; la rutina que marcaría su vida y los mecería con el vaivén de las agujas del reloj. El señor Stanton, el contacto que supo tener con Horace Mann —quien, por desgracia, había fallecido en Boston el año anterior—, pagaba con regularidad el salario de la maestra, y Amy sabía de su puño y letra que despreciaba el trato que recibían los mestizos, los nativos y los esclavos. Esgrimía que la igualdad se fraguaba en las aulas, y los debates intelectuales con aquel instruido hombre le brindaban un suelo firme sobre el que pisar; ella tampoco sería desplazada de sus funciones tan fácilmente. Solo existía un problema, uno que ya encontrarían el modo de sortear, y era la necesidad de formalizar la unión de ambos. Matrimonio.

La misiva que había llegado de Boston alimentaba esa ilusión. Nora Jolley, actual marquesa de Aberdeen, y su esposo, Charles Miler, se encontraban en América y pronto visitarían California. La labor como contacto de la embajada británica en Estados Unidos lo retenía en el norte, en un estado que, Amy recordaba haber leído, permitía el mestizaje. Sin dar demasiados detalles, con Nora tampoco eran necesarios, indagó en la posibilidad que solo había hallado en los libros, y su amiga no dudó en extender la investigación más allá.

Con sus contactos, le fue fácil dar con cada laguna legal; sin contar con que tanto ella como su esposo se sumergían en las particularidades políticas de un país que estallaba en la desigualdad. La carta de Nora fue el acicate necesario para derribar la última barrera que la asfixiaba como un ajustado corsé.

Después de los pormenores sobre salud, familia, buenos deseos y anécdotas de Inglaterra, con sus correspondientes detalles sobre la vida del marqués y la marquesa de Shropshire, Lady Miler, como gustaba llamarla Amy para bromear con ella, expuso los avances en derechos civiles:

He tenido el gusto, querida Amy, de hablar en persona con William Lloyd Garrison, el propulsor de esta ley y un gran defensor de los derechos civiles de todos los ciudadanos. Existió hace unos años, un fuerte debate en Massachusetts respecto a, puntualmente, el

matrimonio, que incluye no solo a los afroamericanos, sino también, a los nativos. Si bien los anti abolicionistas —de quienes, prometo, no diré más nada, porque solo conseguiré que saltees el párrafo— ...

Amy sonrió al leerlo, jamás se cansaría de la pasión con la que su amiga se aferraba a las causas justas. Aprovechó para rellenar su taza, controlar la comida en el fuego, y retomó con la lectura.

...se proclamaron en contra, esgrimiendo el argumento de que lo hacían para impedir las consecuencias de la amalgamación racial que atentaba el orden «moral»; los abolicionistas, de la mano de este gran hombre que es Garrison, consiguieron el argumento racional, sostenible y, sobre todo, constitucional del asunto. La ley anti mestizaje, que distingue a las personas por un detalle ínfimo como el color de su tez, atenta contra los principios igualitarios del cristianismo y el republicanismo, así como en la promesa de igualdad de la constitución. De más está decir que al alzar la bandera republicana, han conseguido la victoria en el estado de Massachusetts, y esperamos con Charles que en muchas más...

La misiva continuó con especificaciones de política nacional, la división de dos modelos de país y la candidatura de Abraham Lincoln. Era mejor que el periódico local, pensó Amy, mientras cavilaba la respuesta y continuaba con la cocción de la cena.

Eran tantos los puntos tratados —la carta contaba con ocho carillas, Nora tenía un serio problema con la capacidad de resumen— que tendría que ir tópico por tópico para no dejar nada en el tintero. Ni ideas, ni tinta; sonrió.

El sol se perdía por la duna, la misma elevación mágica que le otorgó la primera visión de Hotah. Pronto lo tendría a él, de nuevo, frente a ella. Cogió el frasco con las hojas de laurel, y se detuvo antes de agregarlas. A Hotah no le gustaba, y ella lo adoraba. Separó el estofado en dos recipientes y luego agregó dos hojas al que le correspondía a ella.

A Elsu tampoco le gustaba el laurel, parecía ser otro rasgo en común entre ellos. Se vería condenada a separar las raciones de por vida, y esa condena le supo a gloria. Planear una vida con él... una en la que el niño mestizo estaba implícito, dado que Hotah era su mentor y, prácticamente, su tutor. Ahora se hallaba en la tribu, pero no tardaría en escaparse y ambos lo sabían. Regresaría a Sacramento, donde, al menos, dos personas lo aceptaban. Supuso que si existía un estado donde se pudieran casar, la adopción sería mucho más sencilla.

Construir la torre de sueños era su nuevo pasatiempo, aunque se sonrojaba solo de pensar en que sería ella quien le propusiera matrimonio a él. Bien... no sería la primera cosa que hicieran rompiendo los esquemas establecidos.

Esa cena era una regla quebrada más. Hotah terminaba su jornada agotado, a la cual debía sumarle el viaje desde el rancho a Sacramento; era inhumano esperarlo sin una succulenta comida que le hiciera recuperar la energía. Tras la ingesta, y a la luz de la vela, ella impartiría una lección distendida, con una taza de té y hierbas y un momento de mutua compañía. Las otras clases, las de caballos, estaban relegadas al día libre del domador. Los Grant, siguiendo la costumbre cristiana, le otorgaban los domingos. De modo que, tras el servicio religioso, Amy se marchaba a la ribera del río Sacramento, donde Hotah la esperaba con Krystal. Desde que habían desterrado la fobia, el aprendizaje tomaba otro ritmo.

Lo observó llegar desde la ventana de la cocina, y, en lugar de correr a su encuentro, lo hizo en otra dirección: sus aposentos. Donde se apuró a acomodar el cabello, enjuagar su rostro y pellizcar las mejillas para darle calor. Había perdido la noción del tiempo con el abanico de posibilidades que Nora abría con su carta. ¿Cómo pedirle que viajara con ella a Boston para casarse?

—¿Amy? —La pregunta llena de preocupación de Hotah la alcanzó.

—Aquí...

—Hay comida en el fuego... —Se acercó para cerciorarse de que todo estaba en orden.

—Lo sé —Rio—, solo me he alejado un par de segundos. —Reapareció presentable ante sus ojos, y pudo leer en ellos que adivinaba el motivo de su huida.

—Sabes que no necesitas hacer eso, ¿verdad? —Se acercó a ella, no había mechones para acomodar, pero el gesto de rozar con su mano la cabellera hasta detrás de la oreja salió de manera natural.

—Sí, lo sé, solo... —*Quería que todo fuera de tu agrado.* Era una sensación nueva, algo que jamás creyó que viviría. No había anhelado la vida marital ni las responsabilidades que caían en las mujeres cuando se casaban. Le resultaban absurdas y, al parecer, a Hotah también. No necesitaba que su mujer se alistara solo para verlo, ni que lo esperara con la comida. Bien podía él mismo cocinarse como había hecho durante toda su existencia. Lo único que ansiaba era a ella, y así se lo hizo saber.

Bajó el rostro, acortando la distancia que los separaba, y se apoderó de sus labios. Los saboreó, exploró la cavidad con su lengua, arrancó los suspiros que serían el néctar con el que sobreviviría un día más. Esa era la clase de alimento que buscaba cuando se presentaba en su casa, cuando llegaba tras una jornada extenuante.

—La cena está lista, juro que no le he puesto laurel a tu plato. —Hotah dejó escapar una risotada. Fue hacia el aljibe, que se encontraba en la parte posterior, y retiró agua que colocó en una jarra para luego arrojar en el aguamanil. Le parecía en extremo íntimo contar con un paño en la mesa auxiliar del salón, solo para él. Y eso que no conocía la intención de la maestra de trasladarlo a su propio tocador, junto al de ella.

Se higienizó mientras Amy servía la comida y lo ponía al corriente de las noticias de Nora. Hotah la notó nerviosa, algo extraño en la comunión nacida tras varias noches del mismo intercambio. Él la puso al corriente de Elsu, había hablado con el cacique Miwok, exponiendo que, al regresar a las labores del rancho, era difícil proteger al niño todo el tiempo. Sacramento no era un poblado peligroso, menos con la ausencia de Ramírez, sin embargo, los crímenes de odio se acrecentaban en el oeste, alimentados por una desbordante ambición que no fue saciada por la fiebre del oro.

—Dudo que eso consiga retenerlo por mucho tiempo... —finalizó, ante la mirada atenta de Amy. La sonrisa que nació en los labios de Hotah estuvo cargada de sensualidad. Su recatada señorita británica lo estaba devorando con los ojos. Todo en él le resultaba atractivo, y ese acto, el de pasar el paño por la piel, no hacía más que incrementar la salvaje belleza del amerindio—. ¿Qué sucede? —se atrevió a preguntar, al percatarse de que no solo había deseo en ella. Cariño, adoración y... ese algo más, indescifrable, que lo atormentaba.

Se consideraba un hombre valiente, un guerrero, los tatuajes en su piel lo probaban. Solo Amy podía derrotarlo, hacerlo añicos, y temió que ella le dijera lo que la razón tenía semanas proclamando: *lo nuestro es imposible, solo pongo en peligro tu reputación, y con ella, todo lo que has construido hasta ahora.* Por eso, las palabras que salieron de esos rosados labios que él tanto adoraba besar lo dejaron mudo y paralizado.

—¿Te casarías conmigo? —Los segundos pasaron, el paño chorreaba las últimas gotas que caían en su bota polvorienta. La mirada negro carbón exploraba la miel de Amy, y allí, sin saber qué decir, boqueó como pez fuera del agua.

Eso era él, en esa sociedad. Un pez fuera de su elemento, retorciéndose en un charco, robando una bocanada a la vez; y Amy Brosman extendía hacia él su magia, para invitarlo a nadar.

Le dolió que ella malinterpretara su silencio, y no la culpó por ello.

—Lo siento, Hotah. Ha sido una tontería de mi parte... —Se giró para terminar de servir la cena; no fue lo suficientemente rápida, no tanto como la primera lágrima que pendió de sus pestañas.

—No... no... ¡mierda!

—¡Hotah! No maldigas en esta casa —lo riñó con dureza; el tono de maestra frente al aula se vio empañado por el deje gangoso del llanto atorado en la garganta.

—Es que tú dices eso, me dejas sin palabras y ahora piensas que yo seré capaz de negarme, y todo eso en menos de un minuto. —Se acercó a ella y la rodeó por detrás, ya que no estaba dispuesta a voltearse y revelar su debilidad.

Su hermosa señorita británica, su hermosa Amy de fuego, incapaz de mostrarse herida.

—¿Acaso tu silencio no es una negativa?

—Claro que no... Amy... —La hizo girar, con sus brazos la acunó cerca de su pecho y le acarició con el pulgar el mentón, hasta rozar los labios que habían dejado escapar la mejor de las propuestas, la de una vida juntos—. Amy... si fuera posible casarme contigo, no lo dudaría. Yo mismo haría esa propuesta, y créeme, lo intenté...

—Hotah...

—En mi último viaje a San Francisco hablé con un abogado, suele trabajar con los Grant, es un hombre que sabe mucho, y me dijo que era ilegal en el estado de California... No puedo exponerte a esa ilegalidad, Amy, lo perderías todo, podrías ir presa... —Dejó caer su cabeza hasta apoyar la frente en la de ella, abatido. La razón se proclamaba una vez más, el peso de la ley caería sobre ellos si alguien se enteraba de sus encuentros, si alguien hallaba pruebas de que su relación iba más allá que un par de clases privadas.

Amy le acarició la mejilla, las lágrimas en sus ojos ya no eran de pena, sino de emoción. De un amor profundo, que se manifestaba en esa enorme renuncia, en ese intento fallido, en esa búsqueda incansable de un futuro.

—Me has dicho que del este al oeste es, para los Iowas, el sendero de la vida. De nacimiento a muerte del sol. ¿Si te dijera que debemos nacer en el este?

—¿Amy?

—También hice mis averiguaciones, Hotah... —Se escurrió de sus brazos por debajo, algo que le era más sencillo que intentar mover los noventa kilogramos de músculos que era ese hermoso hombre—. En el estado de Massachusetts, bueno, al parecer en Pensilvania también, pero yo he vivido en Boston y conozco mejor esa sociedad... —Respiró, porque se atragantaba con las ilusiones—. En Boston es legal; mi amiga Nora lo ha confirmado por mí. Hotah, el norte es mucho más...

—Civilizado... —bromeó él, solo para no dejar que las esperanzas ardieran hasta incinerarlo. Porque, si luego de palpar el paraíso, se lo quitaban, entonces jamás volvería a ponerse de pie.

—Progresista. Todas las civilizaciones son civilizadas a su modo, solo que algunas son... progresistas. En Boston fue donde me abrieron las puertas a la docencia, donde aceptaron que las mujeres trabajaran, no hay esclavitud, se intenta construir un país republicano y... no se oponen a lo nuestro.

—¿Estás segura? —La ansiedad gobernaba su voz.

—Sí. Lo leí mientras hacía de chaperona de Nora, pero quise estar segura. Hotah... —El sentimiento era compartido, se palpaba entre ellos—. No quería albergar falsas expectativas o soñar con algo imposible, no toleraría ese dolor, así que le pedí que me lo confirmara. Y así ha

sido... —Extendió la carta, Hotah era capaz de leer ya, aunque le costaba bastante, sobre todo cuando las palabras escapaban a su lenguaje cotidiano, como abolición, constitución, entre otras, Amy lo hizo por él.

—Entonces... entonces tendríamos que viajar y luego...

—Sería válido incluso aquí, nadie podría juzgarnos... Hotah... —Amy se vio en la obligación de echar el áncora que le fijara los pies a la tierra—, esto no quiere decir que nos acepten moralmente, que no nos miren mal, nos hagan a un lado, nos cierren puertas, nos insulten, marginen, desplacen... —Hotah asintió, lo hizo a la par que sus labios se curvaban sin importarle ninguno de esos obstáculos—. A mí no me importa nada de eso, ¿a ti?

Rio, a carcajadas. Rio feliz. La alzó en brazos solo para igualar las alturas y poder besarla.

—Lo único que me importa... la única que me importa eres tú... —La besó, con ardor, desesperación y un anhelo que ahora brillaba con la posibilidad de cumplirse—. Soportaría todo eso y más, creo que hasta sería capaz de comer laurel el resto de mi vida si con eso te tengo a mi lado.

Ella le correspondió la risotada.

—Oh, dime, señor Hotah, ¿cómo consideraría la ofensa de comer laurel, como algo peor a que el señor Rider nos eche de su boticaria o como algo apenas más soportable?

—Definitivamente es más insoportable —Volvió a besarla—, que Rider me eche es un placer. El laurel... en cambio...

El laurel quedó olvidado en el plato, en la mesa, donde la comida se enfriaba a la par que la pareja alimentaba la llama de la pasión. Una pasión que había sido pospuesta hasta ese instante, en pos de resguardarse el uno al otro. Ahora sabían que estaban a salvo, que existía un amanecer para ellos, e irían en busca del alba, por el sendero al este, para renacer como una unión fuerte, que podría con y contra todo.

Solo una cosa no había cambiado, la lección que ambos habían aprendido juntos, una que no tenía que ver con letras ni caballos, esa que dictaba que Amy y Hotah no necesitaban la aprobación, la bendición de nadie para amarse.

Los brazos de Hotah fueron el transporte, la cama de Amy, el destino. Desde esa noche, consagrarían la unión, lo harían como todo en sus vidas... a su manera.

El fuego lento en el que se cocían los acompañó hasta la recámara. Los besos se daban uno a continuación del otro, como una sinfonía eterna, sin pausas ni respiros. El cuerpo de Hotah no era un completo misterio para Amy, había vislumbrado su piel en más de una ocasión; esa seguridad la secundaba, la ayudaba a sentirse cómoda con lo que sucedería.

Nada de charlas maternas, de conocimiento femenino previo a la boda. El instinto ancestral era la guía, los cuerpos que estaban hechos para la comunión. Hotah se sentó en la cama para quitarse las botas y la camisa; lo hizo sin apenas separarse de Amy o interrumpir la unión de bocas. Las enaguas de ella eran la barrera que deseaba derribar, los escudos que protegían el tesoro anhelado. Las manos de Amy aprovecharon a explorar la piel, sin reparos, se deleitaron de la textura, de la suavidad y la tibieza. No quería pensar, solo experimentar. Los labios de ella sobre los de él, las lenguas que se tocaban, se saboreaban, los jadeos al unísono.

—Amy... —La detuvo solo para emprender una tarea que ambos ansiaban, una que los llevaría a sentir las pieles en contacto—, date la vuelta.

Ella acató, dejando su espalda a disposición de los dedos ágiles del domador. Hotah desprendió cada pequeño botón, revelando la fina tela de la camisola y las ballenas del corsé. La hilera se extendía hasta debajo de la cadera, y la apertura propició el descenso natural del

recatado vestido azul marino. Los lazos del corsé fueron el siguiente obstáculo a sortear, estaban en la zona frontal, lo que le permitía a Amy vestirse y desvestirse sola.

Esa noche no sería necesario, Hotah se mostraba ambicioso de cumplir con el rol de doncella. Volvió a hacerla girar, para desanudar los cordones y aflojarlo. Antes de quitarlo por completo, aprovechó el acceso al resto de los lazos, esos que sostenían las enaguas. Sonrió con placer y una dosis de divertimento. La moda femenina era un verdadero incordio, para todas las actividades, pero, sobre todo, a la hora de amar. Cinco enaguas almidonadas, con volados y puntillas para dar volumen, cayeron rígidas sobre el piso, haciendo un bollo de tela en torno a los delicados tobillos de Amy Brosman. Las manos de la muchacha se aferraron a la cabellera de él, exigiéndole un necesario contacto visual.

Hotah alzó su mirada hasta unirla a la de ella; dejó que la espesura de su iris le transmitiera el deseo, la pasión, la urgencia de ese cuerpo que se revelaba ante sus ojos. Era única... era perfecta... era su mujer. Y con esa confirmación, Amy pudo abandonar cualquier reparo sobre desnudarse ante un hombre y lo besó. Se inclinó hacia ese rostro elevado para devorar los labios, degustar en ellos el anhelo compartido. Él dejó a Amy hacer lo que quisiera, siempre y cuando le permitiera seguir con la tarea de desnudarla. La piel expuesta hasta el momento lo conducía al delirio. Blancura extrema, salpicada de pecas y lunares que lo invitaban a la exploración. Quería reconocerlos a todos, nombrarlos, dibujar constelaciones... quería ser el más entusiasta astrónomo de esa piel llena de estrellas. Tiró de los lazos hasta sacarlos de cada ojal, y abrió el corsé por completo, liberándola de una regla más, de esa que se apropiaba de su cuerpo para decirle cómo debía lucir.

Nada en Amy requería de artilugios. Sus senos pequeños, su cintura estrecha, las caderas que se redondeaban y traslucían bajo la camisola. Un fragmento de tela que no tardó en ir junto al resto. Las palmas de Hotah se fijaron a la altura de las costillas, y desde allí ascendieron hasta acunar los pechos coronados de enhiestos pezones rosados. Llevó uno a sus labios, y escuchó a Amy gemir. Ella se aferró a sus hombros, y avanzó un paso más, hasta pisar las enaguas apiladas y posicionarse entre las piernas abiertas de Hotah. Dejó caer la cabeza hacia atrás, y algunos mechones se soltaron de las horquillas.

—Suéltalo —rogó Hotah—, déjalo libre. Sé libre...

Amy llevó las manos a la cabellera y, una a una, sacó las horquillas allí ocultas. Su melena se derramó por la espalda, hasta debajo de la cadera, enmarcando su piel blanca con el fulgor de esos rizos característicos. Hotah debió poner pausa a sus movimientos, solo para contemplarla con embeleso. Tragó saliva, incapaz de dejar escapar un halago tan insípido como *eres hermosa*. No, hermosa no la definía, no bastaba. Magnífica, espléndida... Tampoco. Solo una palabra, un nombre que se volvía adjetivo: Amy... su Amy. Acababa de limitar su vocabulario a solo un nombre. ¿Qué era la vida?: Amy, ¿qué era el deseo?: Amy, ¿qué era la belleza?: Amy. Su Amy.

Se arrodilló, y ella enredó sus dedos en las trenzas azabaches de él. Hotah besó la piel marcada por el corsé, sanando las líneas que ese objeto de represión había dejado. Lo hizo al tiempo que se deshacía de los pololos y las medias...

—Tú también... —clamó ella, y la complació. Se irguió para quitar los pantalones y la ropa interior, que cayó junto a los restos de la de ella. Ya nada se interponía.

Amy posó las palmas en su pecho, para sentir el corazón acelerado, que latía al mismo ritmo que el de ella, y ascendió por la piel hasta aferrarse a la nuca. Se puso de puntas de pie, y él acortó el resto de la distancia. La rodeó por la cintura con sus fuertes brazos, hasta pegarla a su cuerpo, hasta que no cupo siquiera una de esas delgadas horquillas entre ellos, y la besó.

Descendió con las manos hasta las caderas y la instó a escalar por su cuerpo hasta la

cintura. Las piernas de Amy lo rodearon, y con los muslos como sostén, se elevó más, hasta que los rostros quedaron igualados.

—Hotah... —susurró, ansiosa, deseosa de más—. Hotah... —Lo proclamaba suyo, su hombre, su esposo, la persona a la que quería unirse de por vida. A quien quería ver cada mañana al despertar y cada noche al ir a dormir, a quien cuidaría y en quien depositaría sus sueños y esperanzas.

—Amy...

Giró con ella y trepó en la angosta cama; no deshizo el agarre de sus piernas a la cintura, solo acompañó la posición con el vaivén de sus cuerpos. Se sentó en el medio del colchón, con las piernas formando un nido en el que Amy siempre se encontraría protegida. Él armaba un círculo de contención con sus piernas, al igual que Amy hacía con las suyas asidas a la cintura. De ese modo se encontraban frente a frente, con las miradas unidas, las bocas pegadas, respirando el mismo aliento. La ayudó a descender, hasta que las pelvis quedaron juntas, generando una suave y agradable fricción. El roce del miembro entre los labios vaginales fue el estímulo que robó en ella los primeros gemidos desesperados y generó la humedad necesaria para la invasión.

Entre besos y caricias, los cuerpos se mecieron, hasta que el roce fue reemplazado por la penetración. Amy descendió, confiada y segura, abarcando la masculinidad de Hotah sin impedimentos. Centímetro a centímetro, hasta albergarlo por completo en su interior. Sin dolor, sin apenas sangre y, sobre todo, sin virginal pudor.

Si eso era ser salvaje, entonces el mundo necesitaba más salvajismo. Cerró los ojos por el deleite, se afianzó con sus muslos a la cintura de él y cabalgaron juntos hasta el clímax.

El destino que había llevado a Hotah al oeste se había cumplido, encontró allí su hogar. No era una tierra, no era el desierto... era el corazón de su amada señorita británica.

Un alboroto fuera de lo común le hizo abrir los ojos. Parpadeó unas cuantas veces, y consiguió una visibilidad nítida. Se incorporó sobre la cama. Hotah, a su lado, aún dormía. La simple contemplación de su hombre la hizo olvidarse del motivo que la despertó. Le entregó toda su atención a él. Todavía no podía elaborar un juicio final con respecto a su apariencia. ¿Era más bello dormido o despierto? Mmm... ¡Vaya pregunta! Con la excusa de establecer un dictamen mental, le acarició la mejilla y apartó los sedosos mechones negros que cubrían su rostro. Movida por el sentimiento ya libre en su interior, no se resistió al encanto ancestral del hombre que tenía ante ella, y depositó un suave beso en sus labios. Hotah sonrió cuando las bocas se encontraron.

—Tramposo... —le dijo regresando al cobijo de su pecho—. Pensé que dormías.

Él la envolvió en un abrazo. Amy le entregó el control total de su cuerpo, y se dejó manipular a su antojo. Bueno, no por completo a «su» antojo, también al suyo. La camisola de dormir, tan liviana que traslucía su desnudez, también le permitía apropiarse del cuerpo de Hotah. Enredó una de sus piernas a las del amerindio, mientras recorría con una delicada caricia el musculoso torso desnudo. Para mantener las formas, él conservaba sus pantalones puestos, aunque ese gesto de mínimo decoro ya era una broma sin sentido para ambos.

—Yo pensé lo mismo de ti... hasta que dejé de sentir tu cuerpo junto al mío. —Le devolvió el beso—. Me he acostumbrado muy rápido a tu calor por las noches, cuando no lo tengo regreso a la vigilia en segundos.

—Lo mismo me sucede a mí... —Apoyó su mentón a la altura del nacimiento del esternón de Hotah, desde allí lo observó con embeleso—. Estamos en problemas, entonces.

—¿Por qué lo dices? —Solo quería oírlo de su voz. Nada más. Sabía la respuesta.

—Porque, de ahora en más, no tenemos más alternativa que compartir todas las noches juntos.

—Tienes razón, es un gran... gran problema. Tendremos que hacerlo. —La tomó de la cintura, giró su cuerpo al tiempo que hacía lo mismo con el de ella y, valiéndose del soporte del colchón, la aprisionó entre sus brazos.

Amy se echó a reír, le encantaba sentir el peso de su musculatura. Era delicado. Pensar que lo trataban de salvaje... Ni el más caballero de los caballeros era tan amoroso, atento y considerado. Conocía historias de hombres que solo satisfacían con sus mujeres los instintos más bajos sin brindar la más mínima retribución. Con Hotah, conocía otros placeres. Con Hotah, el fuego que su cuerpo desprendía era estimulado hasta alcanzar su punto máximo. Ardía, en cuerpo y alma. Compartir cada noche a su lado era una necesidad, y él... él se había encomendado a la labor de complacerla en cada aspecto de su vida. Cuando la tarde caía, y las miradas indiscretas desaparecían, Hotah golpeaba la puerta trasera de su casa, y en complicidad con la noche, engañaban al mundo al escribir su propia historia.

El bullicio pueblerino fue creciendo, al punto que no pudieron dejarlo relegado al olvido. Hotah tuvo que contener sus ganas de observar por la ventana. La preocupación dio rienda suelta en él al pensar en Elsu.

—¿Crees que ha ocurrido algo? —Amy, en lo referido al conocimiento de las costumbres de Sacramento, continuaba siendo una forastera.

—Sin lugar a dudas, algo ha ocurrido... —Abandonó la cama. Fue en busca de su camisa, se cubrió.

—No piensas salir, ¿verdad? —La inquietud de Hotah se le contagió. Solía marcharse a esas horas, en el momento más calmo de la mañana, en donde su partida no los ponía en riesgo. Pero la calma habitual se esfumó ese día. Lo que fuese que estuviese sucediendo, lo pondría en riesgo. Amy no lo permitiría.

—Tengo que hacerlo, puede que...

—Elsu... —lo interrumpió ella. Leyó su pensamiento con facilidad, y lo hizo porque la sensación del posible peligro del niño también la abofeteó al rostro—. Déjame a mí, yo lo buscaré... de seguro está con Lannis, o con Edmund...

—Lo sé, lo sé... —balbuceó ocultando el enojo que sentía hacia sí mismo. El pequeño mestizo quedaba librado a su suerte desde que él se entregaba a las noches con Amy. El rancho Grant le abría las puertas sin dudarlo, pero Elsu, sin Hotah a su lado, prefería mantenerse alejado. Optaba por el techo del establo de la herrería del viejo Lannis, o dormir bajo el cielo del desierto.

—Entonces, si lo sabes y confías en mí... —Sostuvo su rostro con las manos. El encuentro de miradas fue imposible de eludir—, me dejarás que me encomiende a esa tarea, al fin y al cabo, es mi alumno... ¿no es así? —Hotah asintió—. Es más que probable que el alboroto provenga del saloon.

Era lo más lógico. Una trifulca de borrachos... El Sheriff Wilbur, no demostraba una gran respuesta de reacción ante los acontecimientos del pueblo. En vez de ser el primero en arribar, y contenerlos, era el último en llegar... y casi siempre, pasado de copas. Las cabezas más importantes del pueblo, junto a los terratenientes de la zona, coincidían en el hecho de relevarlo de su cargo, pero para hacerlo, tenían que hallar un reemplazo. Al parecer, conseguirlo, no era algo muy sencillo.

—Tienes razón... —finalmente habló.

—Gracias, lo sé... —Depositó una caricia en su barbilla. Luego lo besó. La preocupación de Hotah se diluyó un poco. Tan solo un poco—. Regresa al rancho... Tú has tu trabajo, que yo haré el mío, ¿sí? —La escuelita abriría sus puertas en un par de horas.

—Lo haré... —Se abotonó la camisa, y se trenzó el oscuro cabello para que no se agitara en su cabalgata a ritmo frenético.

Caminaron sumidos en un abrazo hasta la puerta trasera que se comunicaba a la huerta. Un último beso, una caricia... Krystal, la yegua, esperaba a por él junto al río, al otro lado de la duna. Hotah fue rápido, ágil, como siempre lo era; al cabo de unos segundos, su sombra se perdió en la lejanía.

Amy encendió los leños de cocina y puso agua a calentar. También se trenzó el cabello. Sonrió mientras lo hizo. Al finalizar, la enroscó en su coronilla, y lo sostuvo con horquillas. Preparó té cuando el agua alcanzó su punto. Aprovechó el reposar de las hebras para ir a vestirse y comenzar la jornada. Un golpe en la puerta la detuvo a mitad de camino...

—¡Señorita Brosman! ¡Señorita Brosman! —Reconoció la voz de Philomina tras la puerta.

Sin demora, se envolvió con el chal que pendía del perchero, y abrió.

—Señora Williams, buen día.

—¡Oh, no tan buenos, muchacha... no tan buenos! —La angustia dibujaba expresiones fuera de lo habitual en la mujer—. Dígame, por casualidad, ha visto usted a Jo Ellen por los alrededores.

¿Jo Ellen? Los ojos de Amy danzaron frenéticos en sus cuencas. Eso sí que no se lo

esperaba.

—No, no... —Hizo memoria—, hace días que no la veo. Barton ha estado en cama por intoxicación, y...

—Ya, ya... —La interrumpió ansiosa, podía imaginar el final de sus palabras: *Y, en consecuencia, no iba a por su hermano a la escuelita*—. Me lo imaginé.

—¿Le ha sucedido algo a la muchacha?

Philomina resopló.

—Esperemos que no, esperemos que solo sea una travesura de su parte...

—¿Travesura? ¿Qué tipo travesura? —Conocía el carácter de la muchacha de boca de Chelsea. La jovencita Carter era una devota de las pillerías.

—La peor de todas... ¡Ha desaparecido! —Amy se llevó una mano a la boca y otra al pecho—. Sí, todos reaccionamos de la misma manera, por desgracia, no nos sirve de mucho a menos que la hallemos, su madre está desesperada...

—¡Por los cielos, me imagino! Dígame ¿en qué puedo ayudar?

—Estamos formando un grupo de búsqueda, ya sabe, si dependemos de Wilbur... —No terminó siquiera la oración—. Nos reuniremos en la plaza principal en una hora, su participación será agradecida...

—Ahí, estaré, Señora Williams... cuente conmigo.

El inicio de clases podía posponerse, el bienestar de Jo Ellen era más importante.

Amy rogó que fuese una travesura más. Pensó en Chelsea... iría a por ella primero. Si alguien tenía información relevante, era su coterránea. Tomaría el camino más largo para cumplir con lo prometido a Hotah, pasaría por la herrería de Lannis en busca de Elsu.

¡Oh, por lo cielos! ¡Vaya manera de iniciar el día!

No tuvo ni que golpear a la puerta de las Gibbon, en cuanto el cuerpo de Amy se dibujó en uno de los cristales de la ventana, Chelsea salió a su encuentro.

—Señorita Brosman, oh... —La congoja le retenía las palabras en la garganta. A falta de voz, se abrazó a Amy. Sorbió las lágrimas que contenía sobre su hombro—. Me imagino que ya se ha enterado.

—Sí, por eso estoy aquí, sí hay alguien que conoce bien a Jo Ellen, eres tú...

—Pase, por favor... —La invitó dentro de la casa—. Mi madre se encuentra en casa de los Carter brindando ayuda y contención, y yo... —Caminaron juntas hasta la sala principal. Tomaron asiento en el sofá—, y yo me encuentro sola, atada de manos y pies, sin poder hacer nada al respecto. —Estalló en lágrimas.

—Tranquilízate, Chelsea... —Le rodeó la espalda con su brazo.

—No, no puedo tranquilizarme. —Chelsea buscó cobijo en el cuerpo de Amy. Primero apoyó la cabeza contra su pecho, y segundos después, se lanzó de lleno a su falda. Amy le acarició la frente tratando de lograr un estado de calma en la muchacha—. Es mi culpa... —dejó escapar en un sollozo gemido.

—¿De qué hablas, Chelsea? —Con delicadeza la forzó a incorporarse.

—Ayer estuvo aquí, vino a por mí para que la acompañara a un recado... le dije que no — Volvió a sorber las lágrimas. Tenía las mejillas empapadas. Amy hurgó en su falda hasta dar con un pañuelo, le secó el rostro. Chelsea continuó—: Porque los recados o diligencias de Jo Ellen son siempre una excusa para sus... sus... —Expediciones con vistas de hallar esposos o futuros amantes. Chelsea no se atrevió a decirlo.

—Lo sé, lo sé... vamos, continua sin pena.

—Y se marchó... ¡Sola! —De nuevo se lanzó al resguardo de su falda. Estaba angustiada, y liberaba el peso del malestar con Amy. No compartió esa horrible sensación con su madre porque, de hacerlo, debía de exponer la verdad. Cada vez que Jo Ellen iba a buscarla era en plan de adolescentes travesuras. Si Faith se enteraba de que ella había estado recorriendo el lado inapropiado del pueblo, la encerraría en su habitación por días—. Pensé que regresaría a su casa... que, sin mí, sin Barton, regresaría a su casa.

—¿Qué más podrías haber pensado? Pensaste lo lógico, Chelsea... —Tomó el rostro entre sus manos para establecer un encuentro de miradas—. Dime, ¿le has dicho a alguien esto? —Ella negó con la cabeza—. ¿Te dijo hacia dónde se dirigía?

—¡No! ¡No se lo pregunté! —Un mar de lágrimas volvió a brotar de sus ojos. Estaba fuera de sí.

—Escúchame... —le dijo sacudiendo su rostro para que retornara a sus cabales—. Ahora iremos a por el sheriff y le contaremos lo que me has dicho. —Era lo correcto. Tal vez la información los guiara sobre los pasos de la muchacha—. ¿Recuerdas la hora aproximada en que la viste por última vez?

Asintió, respiró profundo, exhaló, y habló:

—Fue justo cuando regresaba de la escolita... ella se presentó ni bien estuve de regreso.

Amy recapituló la tarde del día anterior para establecer la posible hora de desaparición de la muchacha Carter. Clases en la escolita, luego Chelsea asistiéndola en las labores de la huerta... Su partida coincidió con la llegada de Hotah. Ni bien estuvieron en la soledad de la casa, bebieron té, practicaron lectura, actividad que se vio interrumpida por la necesidad de compartir otros momentos, y... así transcurrió el resto de la noche entre ellos. Hotah, finalmente, había aprendido sobre la puntualidad inglesa, por lo que estuvo junto a ella antes de la seis de la tarde. En consecuencia, la desaparición de Jo Ellen era posterior.

Tendría que poner al tanto del asunto a Hotah, para que él lo trasladara a los Grant, y así sumarse a la búsqueda. Si no la hallaban en el pueblo, nadie mejor que ellos para el rastreo en los alrededores. Conocían las tierras, sus tierras, de una punta a la otra.

—Perfecto, ven... —Se incorporó encaminándose al perchero. Cogió un chal para cubrirla, estaba helada como resultado de su shock emocional—, iremos a por el sheriff sin más dilataciones. Le dirás esto, y todo lo relacionado a sus benditas expediciones de media tarde.

El destino al cual se dirigían fue interrumpido por una horda de pueblerinos en estado frenético. Los hombres compartían furiosas declaraciones en lo relacionado a la instaurada violencia del pueblo. Las mujeres, algunas lloraban, y otras rezaban una plegaria a los cielos. ¡Dios bendito, ten piedad de nosotros! ¡Dios bendito, cuida a nuestras niñas de los salvajes peligros que azotan estas tierras!

—¿Qué... qué demonios ocurre? —balbuceó por lo bajo Amy sin darse cuenta de que maldecía. Nadie le respondió. La miraban como si ella fuese el enemigo. Chelsea se aferró a su cintura cuando una mujer escupió en el rostro de Amy.

—¡Amante de indios! ¡Amante de asesinos! —le gritó la mujer. De inmediato, un coro de mujeres se le sumó.

Cubrió la cabeza de Chelsea para cruzar la plaza, la mayor congregación de personas allí se encontraba.

—¡No! ¡No... mi niña, no! ¡Nooo! —El grito desgarrador de Winifred Carter se oyó a lo largo y a lo ancho de Sacramento. Faith Gibbon la sostenía en brazos, estaba a punto de desmayarse.

A lo lejos, el sheriff Wilbur cargaba el cuerpo de Jo Ellen cubierta con una sábana. El brazo

inerte colgando revelaba el trágico final de la jovencita. Tras él, Roland Mckenzie, uno de los borrachos más consagrados del pueblo, gritaba a viva voz.

—¡El salvaje la mató!... —Compartía con todos lo que creía era una verdad y no una simple suposición. Los habitantes se reunieron en torno a él ávidos de información—. Lo vi alejarse a caballo como alma que carga el diablo... —Narraba los hechos con una destreza única, como si lo disfrutara, mientras los agónicos llantos de la señora Carter resonaban como truenos—. Fui tras sus pasos... algo en mí me dijo que lo hiciera, caminé y caminé hasta que la encontré... —Los gemidos de espanto acompañaron al llanto como una macabra melodía—. Estaba ahí, al borde del río... muerta. ¡Él la mató! ¡El salvaje!

Uno a uno los rostros se fueron volteando. No importaba la angustia de la madre, ni siquiera tenía relevancia el cuerpo sin vida que yacía cubierto en medio de la plaza. No... las miradas estaban dirigidas solo a ella. Los ojos de Ronald se posaron en los de Amy justo antes de proclamar ante todos la sentencia.

—¡El indio la mató!

Hotah había experimentado suficiente desprecio y discriminación en su vida como para saber que sus palabras de defensa no importaban, ni lo harían. Era la presa fácil de la sociedad, el chivo expiatorio de los blancos. Cuando se requería de un demonio, el color de su piel le otorgaba ese rol.

Fue maniatado como un animal y arrastrado con una soga. Era inhumano para cualquiera caminar bajo el sol el trayecto que separaba el rancho Grant del pueblo. Era inhumano para cualquier, menos para el amerindio. Lo merecía.

El sheriff Wilbur ató a la montura la soga que inmovilizaba las manos del prisionero, y avanzó a paso suave sobre la comodidad del lomo de su caballo. Marchaban a su lado el Pastor Williams, que oficiaba como testigo, y Blake Corben, el abogado notarial del pueblo que emitió la orden de arresto luego de ser presionado por los habitantes de Sacramento. El suceso despertó la indignación general y, a la vez, motivó la morbosidad de unos cuantos, que se unieron como espectadores de la aprehensión. Una detención que todos coincidieron en denominar como *la caza del salvaje*.

No le permitieron cambiarse de ropa. Abandonó el rancho con el torso desnudo y cubierto de sudor. El polvo que flotaba en el aire como consecuencia de los pasos sobre la tierra seca se adhirió a su cuerpo y le atravesó las fosas nasales hasta llegar a su garganta. Caminaba descalzo, sin botas, los pueblerinos presentes lo reclamaron así bajo el argumento de que en ellas podría conservar algún elemento filoso que le permitiese escapar. Williams y Corben se manifestaron en contra, sugirieron que portara sus botas hasta la comisaría, y una vez allí, serían requisadas. Pero no, el salvaje, tenía que comenzar a pagar por sus pecados desde ese instante... Así lo reclamaba el pueblo, y el sheriff le rendía cuentas a este. Obligó a Hotah a que se descalzara.

Zachary Grant no se encontraba en las inmediaciones del criadero, se hallaba en una breve reunión familiar en la estancia principal; el único presente fue Derek, su hijo, que a esas horas del día solía escabullirse para ver al domador en acción. Fue el pequeño quien se convirtió en el portavoz de la noticia en esas tierras. Para cuando la misma alcanzó los oídos de la familia, Hotah cruzaba los límites del terreno en dirección al pueblo.

Louis Grant, a galope rabioso, los interceptó antes de que atravesaran la plaza principal.

—¿Qué demonios es esto, Wilbur?

—Señor Grant, por favor, hágase a un lado. —Wilbur estaba desarrollando su papel a la perfección, los pueblerinos lo consideraban un justiciero en ese momento—. Estamos trasladando a un prisionero.

Louis estalló en una burlona carcajada. Hotah permanecía en silencio. Intercambiaron miradas.

—¡Debes estar bromeando! Ésta vez, sin dudas, te has pasado de copas. —Se le atravesó con el caballo para impedirle el paso. Los animales relincharon—. ¿De qué se lo acusa? —Le preguntó a Corben, sabía que dictaminaba las capturas.

—Del homicidio de Jo Ellen Carter —informó el hombre.

La nueva carcajada de Louis le ganó en creces a la anterior. No podía creer lo que oía. En primera instancia, estaba impactado por la noticia de la muerte de la muchacha; en segunda, no

podía ocultar la expresión de incredulidad en su rostro: ¿Responsabilizar a Hotah? En ese instante, Louis supo que se encontraban ante dos delitos. Un homicidio y un crimen de odio. Hotah era una víctima más.

—¿Con qué pruebas? —demandó—. Porque más te vale, Wilbur... y esto también va para ti, Corben, que tengan fundamento. En este preciso instante, Zachary y Jonathan se dirigen a San Francisco por apoyo legal —Habían decidido actuar rápido, sin importar el fondo de la acusación, Hotah requeriría de la asistencia de un abogado, y los hermanos corrieron en busca de esta. Contaría con el mejor abogado del estado—, y si esta acusación no tiene sustento... —Estaba furioso. Williams hizo la mirada a un lado. Nada bueno se obtenía cuando un Grant reaccionaba de esa manera—, haré que sus cojones decoren la maldita plaza central de Sacramento.

—Pues, hasta que eso suceda... —Ese día Wilbur tenía la cantidad perfecta de alcohol en sangre para hacerse a la estúpida idea de que era poderoso. Que el peso de la ley estaba bajo su yugo. No poseía todo el oro de California, pero tenía la insignia en su pecho—, hazte a un lado, a menos que quieras que te detenga por incumplimiento de la ley.

—¿Qué ley? ¿La de tu estupidez?

—Louis... —Hotah rompió el silencio. No hubo necesidad de más palabras. Nada de lo que dijera impediría lo que estaba ocurriendo. La verdad era el manto de tranquilidad que lo envolvía, y eso le transmitió al más joven de los Grant.

Louis se hizo a un lado, y ellos continuaron con la caminata. Cuando Hotah pasó junto a él, le susurró:

—Amy... ve, ahora.

Lo único que podía hacer por él era eso, adelantarse y procurar que el impacto en la maestra sea reducido lo más posible. Estaba sola, sus amistades estaban a millas de distancia, y cuando Hotah se convirtiera en la atracción principal de la tarde, ella sería una víctima colateral.

Espoleó el caballo adentrándose al pueblo. Casi todos los habitantes se hallaban a la espera en el centro de la plaza. Desde la panorámica que obtenía gracias a la altura del animal, observó con detenimiento cada uno de los rostros. No la encontró entre la multitud.

Galopó hasta la vivienda de la señorita Brosman. Un par de huevos habían sido estrellados contra su puerta. Louis maldijo para sus adentros. En pensamiento, se adelantaba a dos futuros hechos. El primero, las represalias contra la señorita Brosman aumentarían, situación que podría controlar si ésta tomaba refugio en la estancia de la familia. El otro hecho, el segundo, echaba por tierra la resolución del primero, porque este ponía en evidencia la testarudez de la muchacha británica. Maldijo de nuevo. ¿Dónde demonios se encontraba? ¿Dónde?

Betsy Murray, salió a su encuentro. Parecía ansiosa de compartir información.

—Si busca a la Señorita Brosman, no va a encontrarla aquí...

—¿Sabe dónde puedo hacerlo?

Un par de vecinos cruzaron la calle con las orejas bien dispuestas. La mujer carraspeó para disimular. No era tonta, conocía muy bien las actividades que la maestra y el amerindio realizaban en la intimidad de ese hogar. Pero sus hijos la adoraban, hablaban maravillas de Amy, y el aprendizaje adquirido junto a ella logró domar —en parte— el carácter de los pequeños diablitos; le estaría agradecida por siempre. Además, debía de reconocer que, contra sus propios prejuicios, el niño mestizo amigo de sus hijos era amable y trabajador. El tal Hotah era su tutor, y eso, en la mente de la mujer, desequilibraba la balanza que lo alzaba como un salvaje asesino.

—Supongo que en el único lugar en donde no la juzgarán por relacionarse con el mestizo... —dijo como si intentara trasladar un mensaje encriptado. Más vecinos se reunían en torno a la conversación.

Existía solo un lugar que le abría las puertas a Hotah con afecto y respeto.

—Gracias, señora Murray. —La saludó con un movimiento del ala de su sombrero, y se largó al trote en dirección a la herrería de Lannis.

La herrería estaba por completo cerrada. No era habitual. El acceso a los establos estaba tapiado con tablones de madera para impedir el ingreso a cualquiera. Louis se apeó del caballo, chocó las palmas en un aplauso notificando su presencia.

—¿Quién es el maldito que se atreve a molestar por aquí? —gruñó el viejo detrás de la puerta.

—Louis Grant, señor Lannis —respondió con un grito, era de conocimiento popular la sordera del herrero—. Estoy buscando a la señorita...

La puerta se abrió antes de que finalizara la oración. El viejo cargaba una escopeta en sus manos.

—Ven, muchacho... tú sí eres bienvenido.

No se sorprendió al encontrarla allí, por lo visto, la muchacha sabía en dónde encontrar seguridad. ¡El condenado lugar parecía una pequeña fortaleza!

—Louis, ¿sabes algo de Hotah? —Tenía el rostro al rojo vivo producto de las lágrimas. Se las limpió con las mangas del vestido. De inmediato, abandonó la butaca en la que reposaba para ir a su encuentro—. Ya... ya lo han... —tartamudeó. No podía pensar ni hablar con claridad.

—Sí, ya lo han apresado, en unos minutos estarán en el pueblo.

—¡Oh, cielo santo! Tengo que ir a por él... Tengo que... —La desesperación puso en marcha sus piernas.

—No, no. —Louis la detuvo. Ella luchó.

—Déjame, Louis... él me necesita. —Luchó para liberarse. No pudo, la sostuvo con toda la fuerza de sus brazos.

—No. No irás a ningún lado. —En cierta forma, le había hecho una muda promesa a Hotah. La cuidaría por él, y eso significaba mantenerla alejada de lo que afuera sucedía.

—¡Louis, maldición, suéltame! —gimió con angustia y la dosis justa de ira.

Lannis le apuntó con la escopeta. Situaciones extremas requerían de medidas extremas para el anciano hombre.

—La muchacha te ha dicho que la sueltes... Te sugiero que no la ignores.

—Señor Lannis, lo hago por su bien... —Louis se justificó, aunque no tuviera que hacerlo.

—Es su decisión, muchacho —sentenció el hombre con la mirada puesta en Amy, respetaría lo que ella eligiera.

—Pensé que usted estaría de acuerdo conmigo. Al fin y al cabo, vino a refugiarse aquí, ¿no es así?

—No, vine aquí en busca de Elsu... —Así había sido, si el pueblo se manifestaba de forma tan cruel con ella, no quería ni imaginarse qué sucedería si se topaban con el pequeño mestizo. Louis la liberó. Lannis bajó la escopeta. Amy dejó escapar un extenso suspiro—. Y luego... luego sucedió lo que seguro has visto. —Él asintió con pesar. La condena social se adelantaba a la de la justicia—. Todos lo creen culpable, Louis...

—Lo sé...

—¿Dime que tú no lo crees?

El ceño fruncido en el rostro de Louis demostró ofensa. ¿Cómo podía Amy pensar que él...?

—¡Por supuesto que no lo creo!

Lannis apoyó la escopeta contra la mesa, y se dejó caer de nalgas en su sillón individual. Estaba viejo y cansado, no podía estar de pie mucho tiempo.

—¿Zachary? ¿Zachary está con él?

—No, lo apresaron sin nuestra presencia... Zachary está camino a San Francisco en busca de asistencia legal.

Lo oído fue como una bocanada de aire fresco para Amy. Respiró profundo para recuperar fuerzas. Sentía que estaba en un sueño, en una de esas pesadillas que se repiten como eternas torturas hasta que encontramos la forma de despertar. ¿Cuándo sería su turno de despertar?

—Confío en él, sé que hará todo lo que esté a su alcance y más... Pero hasta que eso suceda —Evadió su cuerpo, y avanzó hasta la puerta—, Hotah me necesita a su lado.

—¡Maldición, Amy! —protestó por lo bajo—. ¡De un problema a la vez, por favor... de un problema a la vez! —Y fue tras sus pasos. Al abandonar juntos la casa, oyeron las últimas palabras de Lannis:

—¡No dejes que te intimiden, muchacha! ¡No los dejes ganar!

Evitaron las calles transitadas, se valieron de los atajos entre las casas. El cabello de la señorita Brosman, combinado con las mejillas ardidadas por la furia, la convertía en una antorcha andante. Los pocos habitantes que se cruzaron en su camino, al contemplar la apariencia de la británica, no hicieron más que rehuir de su mirada. No se atrevieron a decir ni una palabra.

Louis estaba dispuesto a seguir los pasos de Amy y a enfrentarse a quién se tuviese que enfrentar. Cruzaron la plaza. Lucharon contra la marea de pueblerinos que compartían opiniones con respecto al salvaje apresado. En otra ocasión, los allí presentes hubiesen aprovechado al máximo la oportunidad de blasfemar contra la maestra; no lo hicieron porque no deseaban establecer una enemistad con los Grant. Preferible callar ante él, y luego escupir veneno a sus espaldas. Por los rumores oídos, tras el escarnio vivido en el centro del pueblo —El sheriff Wilbur se debía a su público, y no dudó en hacer de la captura un humillante espectáculo—, Hotah fue trasladado al destino que pretendía ser su última morada: la comisaría. Hacia allí se dirigieron sin pausa.

Le asignaron la más rústica de las celdas, sin siquiera un catre en donde reposar. Solo tierra, metal oxidado y una diminuta claraboya tapiada con más madera de la necesaria. Desde allí oyó una voz que se filtraba por las rajaduras de los tablones como si fuese un lamento de un alma en pena.

—Hotah... Hotah...

—Shhhh... —lo silenció al reconocerlo: Elsu. Silbó.

El pequeño respondió al llamado de silencio otro silbido. Entre ellos existía un lenguaje que muy pocos conocían. Lo utilizaron. Elsu comprendió que, en ese momento, Hotah no estaba solo. El sheriff, el pastor Williams y otros hombres se encontraban a un par de metros dictaminando su futuro. El intercambio no duró más que un par de minutos. La condena ya pesaba sobre su cabeza, lo querían culpable. Satisfechos con la justicia a pasos de ser cumplida, lo dejaron a solas. Cuando tuvo la certeza de que no regresarían, se acercó a la claraboya. Silbó. El niño trepó hasta alcanzar de nuevo la altura de la diminuta ventana tapiada.

—Hotah... tengo algo que contarte... —Estaba ansioso, fuera de sí.

—No, no... Elsu. Tienes que marcharte, ¿me has oído? Regresa a la tribu.

—Pero, Hotah... tengo que contarte lo que vi —susurró cuanto pudo—. ¡Vi a Jo Ellen!

Nada de lo que Elsu dijera sería considerado. La palabra del niño no valía, ni valdría nunca. Aunque esta trajera consigo la verdad. Al contrario, podría perjudicarlo. Hotah no quería ni pensar en las acciones que tomarían en contra de él. Tenía que mantenerlo alejado de su tormenta. Lloverían piedras, cuchillos, correría sangre. La suya en particular.

—Escúchame, Elsu... lo que sea que crees que sabes, ve y cuéntaselo a Amy. —Si existía alguien capaz de hacer valer esa información era ella. Solo podía confiar en la inteligencia, tenacidad y terquedad de su mujer—. Amy sabrá qué hacer, tú... por favor, regresa a la tribu.

—No, no te abandonaré, Hotah... no le tengo miedo a los blancos.

—Pues deberías, Elsu... ellos tienen el poder de poner cadenas, nosotros no. Ve a por Amy...

—Está bien, iré a por ella, le contaré lo que vi y la protegeré hasta que tú seas libre de nuevo —Silbó como despedida. Era un gran pillo, no le dejaría la última palabra a Hotah, porque esa palabra lo obligaría a alejarse. No lo haría. Jamás.

La única dosis de buenaventura de la tarde jugó a favor del niño. No tuvo que ir a por la maestra, se le atravesó en el camino al doblar en la esquina de la comisaría.

—¡Elsu, gracias al cielo! —dijo abrazando su cuerpo como si la vida de los dos dependiera de ello—. Estuve buscándote... Sacramento no es un buen lugar para ti, por lo menos no hoy.

Louis intervino, también le preocupaba el bienestar del pequeño.

—Elsu, si no quieres ir a tu reserva, puedes ir al Rancho Grant, ¿lo sabes, no?

—El señor Lannis me dijo que puedo quedarme con él también.

—Pues quédate con él, entonces... —Amy quería quitar de su mente el temor sobre la vida del niño. Si estaba bajo el cuidado de Lannis no correría peligro, ella misma lo había comprobado. El herrero estaba armado hasta los dientes.

—Si me quedo con él... ¿quién la protegerá a usted, señorita Brosman? —Amy estuvo a punto de quebrarse en lágrimas una vez más—. Se lo prometí a Hotah...

El corazón de Amy latió descontrolado, golpeaba tan, pero tan fuerte, que no fue capaz de articular palabras. Louis fue su voz silenciada.

—¿Has hablado con Hotah? ¿Cuándo?

—Recién... me escabullí por detrás de la comisaría, y le hablé por la claraboya.

Louis sonrió. El pequeño mestizo era en extremo habilidoso.

—¿Qué te ha dicho?

—Que cuide a la señorita Brosman. —Esa promesa la había hecho él, y la consideraba más que primordial—. Y que le cuente lo que sé de Jo Ellen.

Amy regresó en sí. Controló las emociones que la paralizaban y cogió a Elsu por los hombros.

—¿A qué te refieres, Elsu? ¿Qué sabes?

—Ayer la vi... —susurró, era muy consciente de que la información que poseía era importante—, la seguí... y ahí fue cuando la vi discutir con el señor Rider.

—¿Rider? —repitió Louis con una sorpresa que le erizó la piel a los tres. Elsu asintió. Amy y Louis coincidieron en miradas—. Espera... ven. —Hizo que tanto ella como el niño se adentraran en uno de los pasadizos entre las casas. Una vez que estuvieron a resguardo—. Ahora, continúa...

—Sí, pero continúa desde el principio... —Amy intentó ser más específica, lo que el niño sabía podía valer tanto o más que todo el oro de California para ella—. ¿Cuándo la viste por primera vez? Has memoria, Elsu, por favor... necesitamos cada mínimo detalle.

—Fue hasta la herrería... siempre lo hace, pero ni siquiera entró. —Alzó los hombros al no poder interpretar los motivos de Jo Ellen. Amy los conocía, estaban asociados al despertar hormonal de la muchacha y su fascinación con Hotah—. Pensé que lo haría... y como no lo hizo, fui tras ella porque quería preguntarle sobre Barton. —Era el hermano de la joven Carter, que asistía a la escuela junto a él—. Extraño su compañía en clase, y quería saber si iba a regresar...

¿No lo extraña usted también, señorita Brosman?

—Por supuesto que lo extraño... —Le acarició el rostro con dulzura, se acuclilló para estar a la misma altura de su rostro—. Yo hubiese hecho lo mismo que tú, hubiese ido tras sus pasos. —Elsu sonrió satisfecho al confirmar que su conducta no fue inapropiada—. Dime ahora, ¿la seguiste hasta dónde?

—Supuse que regresaría a su casa... no fue así, tomó otro camino, uno que no debería de tomar.

—¿Qué camino, Elsu? —La intriga en Louis pudo más.

—Los callejones internos... creo que pretendía cruzar el pueblo por ahí en vez de atravesar la plaza. No llegó a hacerlo, el señor Rider la retuvo cuando pasó por la puerta trasera de la boticaria.

La boca de Amy se abrió producto de la sorpresa. Desde que asistía a clases de forma regular, el vocabulario de Elsu se estaba ampliando, eso era una verdad, aun así, quería creer que la utilización de la palabra «retuvo» era solo un error de interpretación del niño. Miró de soslayo. Él tenía una expresión similar en su rostro.

—¿Qué quieres decir, exactamente, con la «retuvo»?

—Discutieron... el señor Rider lo tomó del brazo y la obligó a entrar a la boticaria.

Louis se acuclilló también frente a él. Presentía el giro brutal de acontecimientos tras el relato del pequeño.

—¿Discutieron? ¿Estás seguro? —Elsu agitó la cabeza en un gran «sí» y agregó:

—Discutieron como lo hacen los adultos.

—Y dime, Elsu... —Amy no quería presionarlo, pero debía de hacerlo para aferrarse a esa esperanza como náufrago a un trozo de madera—. ¿Tú oíste esa discusión?

Las mejillas del niño se sonrojaron. Siempre lo regañaban por escuchar conversaciones ajenas. Sabía que no estaba bien, que era un comportamiento inapropiado.

—Sé que no está bien oír conversaciones ajenas, señorita Brosman —dijo por lo bajo en un intento por escapar de la mirada de los dos adultos.

—Pero la oíste, ¿no es así? —Le preguntó tomando su mentón entre las manos. Los ojos de Elsu se encontraron con los de Amy. Él asintió—. Por esta vez, y solo por esta vez, pasaremos por alto tu comportamiento. Dime lo que escuchaste...

—Jo Ellen le gritó... le dijo que él no podía darle órdenes. Que no era ni nunca sería su marido. —Se acercó al oído de ambos y prosiguió con el relato en confidencia—. Ahí fue cuando él la tomó del brazo, ella no quería... lo escupió al rostro y él la abofeteó. Luego... luego Jo Ellen le dijo que ya era tarde, que le había entregado su virginidad a otro. —Volvió a alzar sus hombros, todavía era muy pequeño para comprender esas palabras. Detuvo su relato, y se quedó en silencio.

—¿Y qué ocurrió después? —Amy trató de contener la nueva oleada de furia que nacía dentro de ella. ¡Maldito malnacido! ¡Maldito abusador! Podía imaginarse el resto de la historia, de todas maneras, reclamó el faltante de información.

—Logró hacerla entrar a la boticaria, y cuando quise acercarme más, el señor Clayton me arrojó piedras. Tuve que marcharme —finalizó con cierta tristeza al notar la expresión de insatisfacción de la maestra y el más joven de los Grant.

Clayton era el dueño de la destilería, y tenía la endiablada costumbre de apedrear al mestizo; según el hombre, aplicaba un correctivo a futuro, así el pequeño bribón no se atrevería a robarle jamás. Otro ser despreciable del pueblo.

—Hiciste bien, Elsu... No te preocupes, me aseguraré de que no vuelva a suceder algo así contigo. —Louis también estaba furioso, por la injusta captura de Hotah, por lo que interpretaba

había sido el trágico final de la jovencita Carter y por las actitudes brutales de los habitantes del pueblo para cualquier otro que no fuese ellos—. El señor Clayton y yo tendremos una agradable conversación.

Amy se volteó a Louis. Las buenas maneras tenían que ser enterradas en el olvido. Esperaba que Louis le retorciera el pescuezo con ganas al hombre.

—Y te asegurarás también, Louis, de que el señor Clayton confirme la presencia de Elsu en el lugar. —Regresó su rostro al niño—¿A qué hora, Elsu? ¿Podrás recordar la hora?

—Estaba oscuro ya, y antes de abandonar la herrería, el señor Lannis me dijo que el estofado estaba listo, que no me demorara.

Hotah, a esa hora, como cada día en las últimas semanas, se encontraba junto a ella compartiendo los momentos más preciados de su intimidad. Para ambos, el día comenzaba realmente cuando el sol se perdía en el horizonte.

Amy besó la frente de Elsu. Se permitió derramar más lágrimas, sin tristeza ni desesperación.

—Lo que sé, señorita Brosman, ¿ayudará a Hotah?

—Por supuesto que sí, Elsu... lo hará.

La esperanza ya no era un perfume lejano que flotaba en el ambiente, no, era algo tangible, y era la llave de la libertad de Hotah. El verdadero culpable pagaría por su crimen.

Las condiciones de vida infrahumana a las que Hotah era sometido dieron un giro brutal cuando Benedict Grant hizo acto de presencia en la comisaría. El sheriff se excusó ante el hombre exponiendo la falta de recursos en las instalaciones; no era que el amerindio se enfrentaba a un trato desigual, en lo absoluto, le dieron la última celda libre de la que disponían.

—Con todo respeto, señor Grant, creo que olvida que esto no es una posada de hospedaje.

—Dejemos a un lado lo que yo creo o no, sheriff Wilbur, para hablar de lo que se debe... trato digno por igual o todos los detenidos.

—Ya le he dicho, aquí nos encontramos ante la falta de recursos, algo que se escapa de mis manos...

—¡Me imagino, me imagino! —Carraspeó con evidente falsedad. Benedict se encontraba en una etapa de su vida en la cual prescindía del sarcasmo. En el caso de Wilbur, era inevitable—. Pues no se preocupe, entonces... en nombre de los benefactores de Sacramento —Los Grant, al igual que los Foster y los Shepard, como los grandes terratenientes de California que eran, contribuían a la urbanización y modernización del pueblo—, me ocuparé en persona de equilibrar la balanza de sus necesidades, así puede cumplir con sus funciones como Dios lo reclama.

Wilbur era un perfecto idiota, pero no tan idiota como para enemistarse con un hombre poderoso. Agradeció la contribución, y la recibió con una felicidad aún más grande. Luego, luego escupió el suelo por el cual el viejo Grant caminó. No podía esquivar esa bala, el maldito salvaje tendría su catre. Solo eso.

—Es solo pan de maíz, sheriff... queso y fruta. —Amy se mordió los labios, de lo contrario, lanzaría una catarata de insultos sin fin.

Hacía dos días que le negaban la visita, desde la mañana previa al apresamiento que no había podido estar frente a frente con Hotah. Wilbur ya carecía de excusas lógicas o legales, ella lo sabía, y no desistiría.

—No importa lo que sea, señorita Brosman —Hizo uso de su poder. Levantó las piernas y las acomodó sobre el escritorio. Las normas de la caballeridad le importaban poco—, aquí es considerado un privilegio...

—Dudo mucho que lo sea —dijo por lo bajo, se cubrió la nariz con un pañuelo. El hedor que comenzaba a rodearla le revolvía el estómago. Era la mezcla exacta entre falta de higiene y alcohol, y no provenía de las instalaciones en sí, sino del propio Wilbur—. Le repito, sheriff, es solo pan de maíz... —Miró de soslayo a Matt Perkins, el ayudante de la comisaría. Un muchacho joven, cristiano, de buen corazón. Notaba en su expresión que estaba en desacuerdo con el sheriff.

—Si le permito esta consideración especial a uno de los detenidos, el resto se manifestará en contra...

—No si reciben el mismo beneficio... Hay más que suficiente para todos, incluyéndolo a usted, sheriff, es más... —Cargaba una gran canasta cubierta con un delicado lienzo, ni bien la destapó, el olor a pan horneado inundó el lugar. Amy jugó su mejor carta, exhibió una botella—, sé que no corresponde, pero he traído también este delicioso licor de naranjas... —Wilbur se incorporó al instante, casi como si alguien le hubiese pateado el trasero.

—Por supuesto que no corresponde... —Camino hacia ella—, pero ya que se ha tomado la molestia —Se apropió de la botella, y luego se dirigió a su ayudante—: ¡Perkins, ocúpate de la canasta y el bendito pan de maíz! —Regresó a su trono, al otro lado del escritorio, con las piernas en lo alto.

El muchacho cumplió con la orden. Una vez junto a Amy, tomó la cesta y murmuró a espaldas del sheriff:

—No se preocupe, señorita Brosman, me ocuparé en persona de que esto llegue a destino.

—Gracias... —Él le correspondió el agradecimiento con un gesto de cabeza.

Wilbur no disimuló su intención de beber en plena jornada laboral. Abrió el cajón de su escritorio, sacó una taza y quitó el tapón de la botella con los dientes.

—Ahora, señorita Brosman, hable lo que tenga que hablar con quien tenga que hablar... le recuerdo que el horario de visita termina en diez minutos. —Le sonrió con sorna. El malnacido cambiaba los horarios cada día.

—Lo recordaré, sheriff... que disfrute el licor —dijo mientras permitía que Perkins la guiara en dirección a los calabozos.

El muchacho le brindó intimidad, al fin y al cabo, en ese sector de la comisaría, los calabozos estaban vacíos. Tenían separado al salvaje del resto.

Hotah se encontraba en la última celda. La luz del sol apenas se colaba por los tablones de madera que tapiaban su ventana, la penumbra era su compañera. Estaba sentado en el suelo, con la espalda contra la pared a pesar de contar con un catre en el que podría descansar con comodidad. Tenía los ojos cerrados. Los mantenía así la mayor parte del tiempo, prefería la introspección antes que la contemplación. En su interior se hallaba a sí mismo, ahí era un hombre libre, y siempre lo sería. El perfume a lavanda inundó su pecho. Lo creyó un recuerdo, uno que nacía producto de la armonía interior alcanzada. Amy era su refugio, en la vida material y en la espiritual.

La temperatura ambiente se elevó sin causa ni motivo, al tiempo que una brisa ardiente le rozó la mejilla. No era un recuerdo, podía sentir el poder de su fuego. La naturaleza era sabia, el color de cabello de su mujer era una señal de alerta que ésta colocó como advertencia para los simples mortales, una confesión al mundo de lo que en verdad era por dentro... una gran hoguera.

Quería lanzarse a sus brazos, y a la vez, no quería quebrar la calma a la que Hotah se entregaba en medio del más mísero caos. Domó la ansiedad de la misma manera en la que él le enseñó a vencer sus miedos. De un paso a la vez... Se dejó caer de rodillas al otro lado de las barras oxidadas. Los corazones hicieron lo demás, vibraron al ritmo en que solían hacerlo cuando estaban juntos, se hablaron en ese perfecto idioma de latidos. La mano de Amy atravesó los barrotes para posarse en la de él. Hotah respondió a la caricia de inmediato, entrelazando sus dedos a los de ella.

—Tendría que decirte... —apenas susurró. Amy lo interrumpió.

—Que no debería de estar aquí... que un lugar como este no es adecuado para mí; lo sé, y así podríamos estar hasta al anochecer. Así que, dílo... dílo todo, regáñame hasta que sea un nuevo día. —Él abrió los ojos. La escasa luz le facilitó el retorno a la realidad, apenas pestañeó. La mano libre de Amy escaló hasta alcanzar su rostro. Las yemas de sus dedos recorrieron sus labios secos. Estaba deshidratado, y su piel se hallaba cubierta de una capa densa de polvillo por falta de higiene.—. ¿Qué han hecho contigo? —Extendió la caricia de reconocimiento hasta su nuca, allí entró en contacto con su cabello, estaba reseco y quebradizo.

—Nada que la vida ya no me haya hecho, Amy... luzco peor de lo que me siento. —Intentó sonreír. No lo consiguió del todo, la mentira que colgaba de su cuello comenzaba a pesarle.

—¿Y cómo te sientes?

—Esa pregunta no tiene sentido cuando estoy a tu lado... —Cambió de postura hasta quedar de rodillas ante ella. Amy hizo lo mismo. Los brazos conquistaron el espacio que los separaba, y con los barrotes haciendo presión contra sus pechos, se abrazaron.

—No pueden tratarte así, Hotah —murmuró tan cerca de su oído como pudo.

—Pueden, quieren... y lo hacen, Amy. —Depositó un superficial beso en sus labios. Apenas un roce de bocas. El roído metal les impedía saciar la necesidad de contacto.

—El señor Grant ha hecho cuanto estuvo a su alcance para que se respetaran tus derechos...

—Lo sé, agradécele de mi parte... aunque no era necesario.

—¡Por supuesto que es necesario, Hotah! ¡Mírate, cielo santo, hasta podría asegurar que ni siquiera se molestan en alimentarte!

Hotah se dejó caer de nuevo de espalda contra la pared. Los cuerpos quedaron separados. Era importante para Amy reconocer cuáles eran las reglas del juego.

—El afán de justicia del sheriff tiene sus propios preceptos... tienes que entenderlo como yo lo he hecho.

—Pues, el afán de justicia del sheriff está equivocado, en especial contigo... ¡No permitiré que te traten como si fueras culpable! —Quería ir y escupir a la cara de Wilbur, a las caras de todo el pueblo, la verdad que poseía. Mientras encerraban al salvaje tras las rejas, el verdadero asesino se pavoneaba por las calles con una sonrisa de triunfo.

—Para él y el resto del pueblo, lo soy... y eso es un hecho.

—¡Un mentiroso hecho!

—Y lo será hasta que el verdadero culpable ocupe mi lugar... —confesó con un suspiro. Confiaba en el poder divino que reinaba por fuera de las leyes humanas. Esa justicia impondría su castigo tarde o temprano. Mientras tanto, se ponía a manos de la justicia blanca.

—Lo hará, yo me encargaré de que así sea —esgrimió Amy el mentón en alza y una certeza que heló la sangre del amerindio.

La conocía demasiado bien, tenía una destreza innata a la hora de inmiscuir sus narices en donde no debía. Una especialista en el arte de meterse en problemas, y esa maestría, decantaba en otra, en la de Hotah, que se hacía presente en el lugar y en el momento oportuno para rescatarla... del mundo, de sí misma. Con él tras las rejas ¿quién estaría allí para salvarla?

—Amy, no... prométeme que lo que sea que ronda por tu cabecita no se llevará a cabo.

—No puedo prometerte eso, Hotah... no cuando tu vida corre peligro. Además... —masculló con los dientes apretados, la ira hacía eco dentro de su pecho. ¡Aggg, sí, estaba enfurecida!—, Rider tiene que pagar.

La mención del hombre activó en Hotah todas las alarmas. El boticario era un ser despreciable, de la peor de las clases, el hombre se forjó un renombre a base de falsedad. Su expresión amable escondía lo que en verdad era, un alma oscura y ladina.

—¿Rider? ¿Estás segura? —Si era el artífice del asesinato, Amy tenía que mantenerse bien alejada de él.

—Más que eso, Elsu... Elsu vio todo.

—¿Qué vio?

—Los vio discutir... de muy mala manera, al punto tal que Rider se atrevió a abofetearla y todo. —El ceño de Hotah se frunció, la ira comenzaba a ser compartida—. De la inocente interpretación de los hechos que nos narró, pudimos asumir que Rider consideraba a Jo Ellen como un objeto de su propiedad y pretendía forzarla a un matrimonio. Claramente, un matrimonio al que ella no estaba dispuesta... y para ponerle fin al asunto, le espetó al hombre la... —Sentía

que profanaba la intimidad de la muchacha. ¡Pobrecilla! Exhaló—, la pérdida de su virtud. Después de eso, según Elsu... a la fuerza, la hizo entrar a la boticaria, y tras ello, nadie supo más de ella. ¡El señor Clayton es testigo!

El relato de Elsu no sumaría mucho. Primero, porque era otro salvaje mestizo. Segundo, porque era un niño. El primer punto pesaba más.

—¿De qué es testigo? ¿Vio la situación también? —Si lo había hecho, era una locura que mantuviera el silencio.

Amy contuvo la respuesta en sus labios cuando la pensó con sensatez y lógica. ¡Maldición! ¿De qué era testigo el hombre? ¿De que el niño estuviese allí? Solo eso...

—No... vio a Elsu, y eso es lo importante Hotah. Puede atestiguar el momento exacto en que la vio, y ese momento coincide con la última vez en que Jo Ellen fue vista con vida.

La esperanza que se colaba por los labios de Amy no era suficiente. No bebería de ella. Era un lujo que no podía permitirse.

—¿Y cómo me libraría de culpa a mí?

—Porque se establecería una hora aproximada, Hotah... ya había anochecido, y a esa hora tú estabas cenando conmigo. ¡Yo soy testigo de que estuviste a mi lado hasta el amanecer! ¡No pudiste...!

Hotah presentía lo que Amy estaba decidida a hacer, confesaría a los cuatro vientos la relación clandestina que estaban viviendo. Era una completa locura.

—Tú no eres testigo de nada, Amy... lo que sea que pienses, no será relevante, entiéndelo. —Se aferró a los barrotes para alcanzar su rostro. Lo tomó entre sus manos. Había súplica en sus ojos—. Nada de lo que digas jugará a mi favor, al contrario, solo conseguirás una condena más... la tuya, por favor, prométeme que callarás.

—No, no... no me pidas eso. —La súplica en ojos de Hotah era la muerte silenciosa a su reciente esperanza—. ¡Estuviste a mi lado! ¡A mi lado! —Las lágrimas se hicieron presentes como visitas no deseadas—. ¡Como cada noche, a mi lado! ¡Se lo voy a gritar al mundo de ser necesario!

—Y el mundo te castigará, igual o peor que a mí... Amy, mírame. —Ella rehuyó de sus ojos, no quería verlo, hacerlo era reconocer que no tenían armas con las que luchar. Él, con delicadeza, forzó el contacto visual. Acarició su mejilla—. Puedo soportar todo, Amy, todo... si sé que, tarde o temprano, regresaré a ti. Pero moriría aquí mismo al saberte presa de una condena que no mereces cargar.

—Pues no mi importa, no es tu decisión, es la mía; te amo, hoy, mañana y siempre... y si algo tan maravilloso como ese sentimiento merece una condena ¡Al diablo todos! El pagaré con gusto.

—Es un precio demasiado alto, señorita Brosman. —Suspiró, la liberó de la prisión de su caricia y tomó distancia. Uno, dos... tres pasos hacia atrás. Lejos de ella, para no tentarse, para no amarla tanto.

—Oh, no... no me vengas ahora con «señorita Brosman» ¡Eres inocente, y yo voy a encargarme de demostrarlo!

—No lo harás... tú misma lo has dicho, soy inocente, y confío en mi inocencia, la verdad prevalecerá.

—¿Y si no lo hace, Hotah?

—Lo hará. —No lo creía así, solo pretendía convencerla.

Un carraspeo cercano le indicó que ya no estaban más a solas. Los ojos de Hotah le marcaron el lugar exacto de la presencia, ella se volteó. Era el ayudante del sheriff.

—Lo siento, señorita Brosman, el tiempo de visita ha finalizado.

Los corazones se despidieron, y las últimas lágrimas recorrieron las mejillas de Amy. Si Hotah apelaba a la verdad, ella se encargaría de que ésta saliera a flote. Hurgaría en la inmundicia de Rider, alumbraría la oscuridad de su alma, lo expondría ante todos. No permitiría que ese miserable hombre se saliera con la suya, ya le había arrebatado la felicidad a Jo Ellen, la posibilidad de una vida... no les quitaría a ellos eso también. ¡Sí, la verdad prevalecería, como que se llamaba Amy Brosman!

Las desgracias traían consigo algunos aspectos positivos; dos, contabilizó Amy a su pesar: podía saberse cuán fuerte eras y se descubrían las verdaderas amistades.

La cofradía de mujeres estaba reunida en casa de la maestra, con las puertas cerradas, lejos de las miradas censuradoras. Allí, Amy, confesó sin miedo la verdad:

—Estaba conmigo; estuvo conmigo toda la noche... —Sus mejillas no ardieron, el pudor no se hizo presente. Era su hombre, su esposo, con o sin papeles, y había pasado la noche en donde le correspondía: su cama marital.

—¿Tendría que sorprenderme? —preguntó Brithany, en un intento de aligerar el asunto. Se sentó de manera teatral en la silla de la cocina y se abanicó con los guantes que había dejado a un lado—. Oh, oh... ¿quién lo hubiera imaginado?

—No es tiempo para bromas... —La reprendió Amber, su hermana, pero Amy la detuvo.

—Prefiero las bromas. El problema es que Hotah no quiere que confiese la coartada...

—¡Por supuesto! —exclamó el coro de voces femeninas: Chelsea, Thelma, Salma, Brithany y Amber—. Solo conseguirás condenarte tú también.

—No se trata de la amoralidad —convino Thelma, al tiempo que se tomaba el abultado vientre—, nada puede importarnos menos. Si no de la ilegalidad...

—Primero tendrían que probar que hicimos algo ilegal.

Salma alzó las cejas, esa versión de la señorita británica era por completo nueva. Daba paso a su verdadera esencia de fuego y guerra; iba a luchar y utilizaría todas sus armas.

—Me agrada tu actitud, pero tanta pasión necesita un dique —intervino Brithany, con una leve sonrisa—. Ya sabemos que Hotah es inocente, no tenemos dudas.

—Nunca las tuvimos —dijeron todas a coro.

—Si no podemos usar su coartada, solo una cosa resta por hacer... —Hizo una pausa, para generar un impacto. Las demás mujeres la miraron con una mezcla perfecta de diversión y hastío—. Encontraremos al culpable. Alguien lo hizo, ¿no? Y todo el pueblo mira a Hotah, nadie al verdadero culpable. Tenemos que hallarlo.

—¿Qué planeas? —Amy se puso de pie, haría cualquier cosa.

—Averigüemos en qué punto está la investigación. Ya sabemos que Wilbur está decidido a condenar a Hotah, por lo que de seguro dejó pasar un montón de datos relevantes. Iré a hablar con él.

—Te acompaño. —Amy se atusó el cabello, miró derredor, en busca de su bolso y...

—Nada de eso, se cerrará como una bóveda al verte.

—¡Necesito hacer algo! —La desesperación hizo mella en su espíritu.

—Mantenerte al margen de esto es hacer algo. Chelsea, tú, ven conmigo.

—¿Por qué yo? —Acató de manera automática, no sin que la curiosidad se colara en su pregunta.

—Porque eres la más bella, tontuela. Yo apporto inteligencia y tú... tú serás el cebo. —La muchachita británica vaciló, odiaba exponer sus atributos y llamar la atención de los hombres, pues se reservaba para quien había robado su corazón. El recuerdo de Jo Ellen la estimuló a sumarse al juego. Se enderezó e hizo algo que horrorizaría a su madre, algo que había aprendido

de quien esperaba fuera su cuñada: Lady Daphne Webb. Tiró del corsé hacia abajo, para despejar un poco el naciente escote adolescente, se mordió los labios para colorearlos de rojo y, con magistral cuidado, soltó algunos mechones de su cabellera, como si hubieran caído de manera natural—. ¡Demonios! Espero conseguir esposo antes de que llegues a los dieciséis o nos condenarás a la eterna soltería.

—Solo puedo casarme con uno, prometo compartir el resto. Vamos... Ya me dirás de camino qué debo hacer. —Brithany se prendió a su brazo, abrió el parasol, y abandonaron la casa en un andar coqueto, sumiendo a las demás mujeres en un sorpresivo silencio.

La comisaría estaba rodeada por un tumulto de curiosos que buscaban retazos de un rumor. Daban al indio por culpable, y disfrutaban de tener sustento para sus malintencionadas opiniones.

Siempre lo he dicho... era el inicio de todas las conversaciones. Si algo podía imponerse sobre la verdad era el afán de tener la razón. En el medio, una víctima: Hotah.

Brithany y Chelsea se abrieron paso por la multitud. La joven Foster codeó a su compañera:

—Finge lamento por tu amiga...

—No necesito fingirlo, realmente lo siento.

—Sí, pero se te nota que también lo sientes por Hotah. Luce como si fueras igual de idiota que todos ellos. Idiota y linda...

—No te preocupes, es la receta del éxito social en Inglaterra, sé lucir así. —Dejaron de susurrar en cuanto estuvieron en el umbral de la oficina del Sheriff, un guardia estaba apostado bajo el dintel para contener a la multitud. Se interpuso entre ellas, Brithany quiso intervenir, Chelsea fue quien tomó las riendas—. Necesito hablar con Wilbur, Jo... Jo Ellen era mi amiga, creo que podré aportar datos para... ¡Oh, no puedo siquiera decirlo! —Fingió un leve vahído, y los brazos del guardia la sostuvieron. En cuanto pudo palpar lo menudo y curvilíneo del cuerpo de la muchacha, y tener una visión perfecta de sus angelicales facciones, cayó rendido a sus pies.

—No debería estar aquí, rodeada de delincuentes. ¿Por qué no va a su casa y le digo a Wilbur que se aproxime de inmediato? La acompaño, la protejo, la... —Se atragantaba con las palabras, y Brithany puso los ojos en blanco.

—Por favor, quiero ser valiente, por mi amiga... pero... pero si usted me acompaña al interior, me sentiré más segura. —Parpadeó y codeó a la joven Foster que estaba a segundos de largar una odiosa carcajada.

—Claro, por supuesto. Soy Matt, bueno, todos me dicen Matt, tú puedes decirme Matt...

—Gracias, Matt, soy la señorita Gibbon...

—Sí, ya lo sabía... —Se quitó el sombrero, lo apoyó en su pecho, luego, gritó sin darse cuenta de los brutos modales—. ¡Wilbur! Te buscan... Es urgente. —Le guiñó el ojo, y Chelsea bajó la mirada, azorada.

—Ni siquiera tenía intenciones de casarme... —susurró Brithany a sus espaldas. Chelsea se robaría los corazones de todos los californianos.

Wilbur apareció dispuesto a reprender a Matt por dejar la guardia; uno de los periodistas del periódico local se había colado y hacía preguntas incómodas. Las maldiciones quedaron ahogadas al toparse con la muchacha.

—Se... Señorita Gibbon, ¿ha recordado algún detalle más para condenar al indio?

Brithany tuvo ganas de chillar, era raro que pasaran por alto su presencia. ¡Joder, también poseía sus encantos!, unos que, a su vez, venían bañados de una gruesa capa de dinero. Además, el malnacido del sheriff daba por hecho que Hotah era culpable, y solo buscaba reafirmar su teoría. No se diferenciaba en nada del resto de los chismosos. Chelsea volvió a codearla... ya hablaría

con esa chiquilla sobre quién era la mente de ese plan.

—No lo sé, puede que sí... estoy muy conmocionada. —Se dirigió hacia el escritorio de Willbur y se sentó. El sheriff ordenó a Matt regresar a su puesto, y el hombre lo hizo de mala gana; volvió la mirada una y otra vez, para vislumbrar un poco más el cuadro de la joven británica—. ¿Estas son sus notas? —Chelsea las tomó de un rápido movimiento—, es usted un hombre muy meticuloso.

—Eh... Gracias... —Se sonrojó.

—¿Puede decirme si tienen pistas? Algo que serene a mi pobre corazón... —Al pedido le sumó un par de sinceras lágrimas, de verdad le dolía la muerte de su amiga y bastaba pensar en ello para llorar como una magdalena.

—No puedo hacer comentarios. —Wilbur se acercó para prestarle consuelo, Chelsea se dejó tomar de las manos, unas que adrede llevaba sin guantes. El sheriff sintió la piel suave y perdió el hilo de los pensamientos.

—Quizá sea lo mejor. Es más, solo ver sus notas me ha provocado dolor... ¿Podría sentarme más allá?, ¿podría alcanzarme un vaso de agua?

El hombre la acompañó al otro escritorio —solo había dos en toda la oficina, y el segundo correspondía a Matt que montaba guardia de mala gana en la puerta— y le sirvió un vaso de dudosa higiene. Brithany aprovechó la distracción generada para revisar las notas de Wilbur, tuvo que contenerse de no maldecir a cada segundo. Caminaba de punta a punta de la pequeña oficina, y en cada ocasión que se acercaba a Chelsea le susurraba una pregunta.

—El médico... —le murmuró Brithany.

—¿La ha visto un médico a Jo Ellen?

—No creo que sea un tema para una muchacha como tú —dijo el sheriff.

—Es que necesito saber si fue mi culpa, si debía estar conmigo, si... —Rompió en llanto.

—No, no, señorita. Nada de eso, sucedió la noche anterior, cerca de la hora de la cena... o eso cree el médico.

—Pero... pero... ¿eso quiere decir que cuando Roland McKenzie vio a Hotah huir... ya habían pasado muchas horas de la muerte de Jo Ellen? —A Wilbur no le agradó que pusieran en tela de juicio sus conclusiones, ni que remarcaran lo obvio: su mejor testigo no era más que un borracho poco confiable que bien podría haberse hallado en la escena del crimen antes que el amerindio. Ni mención hacer sobre el hecho de que no se sostenía la hipótesis con la cantidad de horas muertas de la víctima.

—De seguro fue a cubrir la evidencia... —la contradijo de mala manera—, estos no son temas para damas, hay detalles escabrosos que no deben ser oídos por usted, señorita Gibbon. Es mejor que se marche, si tiene algún nuevo dato, con gusto me presentaré en su casa, para mantenerla a resguardo de los criminales que aquí se alojan. —La instó a ponerse de pie y, una vez que volvió a tener la imagen completa de la bella muchacha, el temple de ebrio violento disminuyó—. Es más, la acompaño ahora mismo, para asegurarme.

—He venido con la señorita Foster, no será necesario.

—Claro que sí... Señorita Foster, también velaré por su seguridad.

—Hasta que se acordó de mí —masculló por lo bajo Brithany, pero cuando Wilbur no la vio, sonrió para Chelsea y le guiñó el ojo. La distracción había surtido efecto, la joven californiana tenía los datos que había ido a buscar. Aceptaron la compañía del sheriff alegando que irían a la tienda de Lila Anteen... Una vez a solas, volverían junto a Amy para compartir lo descubierto.

—La ha matado el señor Rider —dictaminó Brithany al poner un pie dentro de la casa Brosman. Dejó caer el bolso con descuido en una mesa auxiliar y comenzó a quitarse los guantes.

—¡Oh, Dios mío! —exclamaron las presentes, salvo Chelsea, que ya había pasado por el efecto sorpresa—. ¿Tenemos pruebas? —preguntó Amy, con las tripas revueltas por la ansiedad. Por fortuna, otro estómago sufrió más el impacto de la noticia, el de Thelma, obligando a la maestra a pasar a la acción, le alcanzó un cuenco para que deje ir los pocos alimentos ingeridos. El embarazo la tenía prisionera de las náuseas.

—Bastantes, el problema... —Brithany no sabía cómo decirlo, Chelsea, en cambio, con el inevitable desprecio que aún arraigaba hacia América y su incivilizada sociedad, lo expuso sin más.

—No lo van a investigar, prefieren condenar a quien ya consideran un salvaje antes que admitir que los únicos salvajes e ignorantes son ellos. —Caminó hacia la cocina, puso un cacharro al fuego y se dispuso a preparar más té. Todo era mejor con té.

—Aun así, ¡lo intentaré!

—Mos... —agregó Salma—, lo intentaremos. Por ti, que has sido una gran amiga, y por él, que ha demostrado siempre estar del lado correcto. —La muchacha no olvidaba su ayuda a la hora de escapar de las garras de Ramírez—. Entonces, ¿qué averiguaron?

—Mataron a Jo Ellen la noche anterior, en el horario de la cena —dijo Chelsea.

—Eso quiere decir que... que Elsu... ¡Oh, Dios, esto es horrible! —La espantosa angustia regresó a Amy.

—Sí, Elsu la vio pelear con Rider más o menos para la misma hora en que se produjo el asesinato.

—Pobre mi niño, pobre Jo Ellen... Pobre, pobre Hotah... —No quiso llorar, pero las lágrimas brotaron sin mucho control. Salma y Thelma la ayudaron a sentarse, y Chelsea le colocó una taza de té frente a sus narices—. Elsu podría haber atestiguado el momento exacto... ¡o lo que es peor!, ¡él podría estar recibiendo las falsas acusaciones!

—En cierta forma las padece... —Se lamentó Brithany, estaba junto a su hermana Amber, quien no podía emitir ni un quejido por la impresión. Jo Ellen... la conocían desde niña, los Carter estuvieron siempre al servicio de los Foster. Apenas si podía digerir el espanto, como para agregarle las connotaciones de una acusación amañada y un hombre vil, capaz de matar a su... ¿prometida?

—¿A qué te refieres? —Amy sorbió el té para intentar serenarse.

—A que no le han creído. Wilbur anotó en su libreta, junto a las palabras de Elsu: *lo cubre por ser indio también*.

La señorita Brosman dejó los modales. Maldijo como solo un marinero sería capaz y golpeó la mesa llena de frustración.

—Pero hay algo más... —agregó Chelsea, consiguiendo una dosis de calma y alimentó la llama de la ilusión en Amy—, otra testigo.

—Carmela... No sé quién es, al parecer una muchacha...

—Del burdel —completó Salma—, yo sé quién es.

—¿Qué dijo Carmela? —se impacientó Amy.

—Al parecer, desmiente que Rider haya estado toda la noche en el burdel como le dijo a Wilbur. Al menos, el sheriff fue a constatar las palabras de Elsu, solo que las desestimó de inmediato... entre la versión del boticario y la de un niño y una prostituta, eligió la del boticario.

—¡El asesino! —Amy ardía en furia.

—Tenemos que probarlo —dijo Chelsea, y Thelma asintió a la par—, de lo contrario solo

pecaremos de alzar el dedo acusador igual que hicieron ellos. Aunque sí es cierto que hay más contra Rider que contra Hotah.

—Contra Hotah no tienen nada más que la palabra de Mckenzie, que ni siquiera se ajusta con lo que dice el médico... —Brithany se mostró furiosa.

—¿Y por qué retienen a Hotah entonces? ¿Por qué le hacen esto? —Las lágrimas no servían, necesitaba actuar para no morir de pena—. Iré a hablar con Carmela, a preguntarle qué vio.

—Déjame eso a mí, Amy... conmigo se sentirá contenida. —Salma tenía un buen punto, la muchacha y ella se conocían de años.

—Permíteme ir contigo, si me quedo un segundo más encerrada, sin hacer nada, enloqueceré. ¡Demonios!, ¡Hotah encerrado!, él debe estar enloqueciendo, él... —*Es un alma libre, es el aire que alimenta mi fuego.* Se silenció, volverían a arder juntos, a ser un equipo, a surcar los cielos, a recorrer el camino del sol. Lo conseguirían, claro que sí.

Siguió los pasos de Salma, encontraría las pruebas que limpiaran el nombre de Hotah, y si eso no funcionaba, declararía la verdad. Ese hombre que creían que había pasado la noche matando a una mujer, en realidad consumió las horas amando a otra. Amando a Amy Brosman.

El burdel no lucía como Amy lo recordaba; en parte porque el momento traumático de entonces lo había teñido de lúgubre y, porque, ahora, la limpieza y la gestión estaba en manos de la madame.

Ese mismo antro que meses atrás fue su perdición, hoy refulgía con una tenue llama de esperanza. Una que Margot sopló sin conseguir apagar del todo:

—Adivino qué las trae por aquí. No servimos té... británicas.

—Hola, Margot —Salma no se dejó amedrentar—, tampoco tomo demasiado té. Sirve lo que se le aproxime en color.

La mujer derramó una medida de whisky en cada diminuto vaso. No poseían uno para cada bebida, como en un salón londinense. El que se utilizaba para el tequila bastaba para el resto de los licores. Los desplazó por la barra, y para sorpresa de las dos mujeres, Amy lo empinó.

—Gracias, lo necesitaba... ¿cuánto te debo?

—Ese lo invita la casa. ¡Carmela!, ¡te buscan!

—¿Cómo...?

—Buscas salvar a tu indio, muñeca, todas lo sabemos. ¡Carmela, mueve tu trasero como si te pagara para eso!

—Por lo que me pagas, debería estar postrada...

—Mientras sea en una cama. Acá, la amante del indio te quiere preguntar qué viste. —Al fin, algo que no había sucedido desde que empezó esa odisea, las mejillas de la señorita Brosman ardieron de pudor.

Su amante... pensarlo de esa manera aplacó el malestar. Lo amaba, se amaban, y lo sucedido era tan natural y necesario entre ellos como cualquier otra actividad humana. Comer, respirar, amarse... incluso no sabía si ese era el orden correcto.

—¿Y tú, Margot, qué has visto? —preguntó Salma

—Eso no importa, vi lo que el sheriff necesitó que viera. Lo siento, el saloon depende de mi relación con Wilbur.

—No importa lo que declares... —intervino Amy—, no pediremos eso, solo saber.

—Rider estuvo aquí la noche antes de que apareciera la niña muerta. Estaba nervioso y actuaba raro...

—¿Raro en qué sentido? —insistió la maestra.

Margot buscó la mirada de Salma, y la ex prostituta y actual señora Grant asintió. Le daba el

permiso de hablar sin tapujos de lo que allí sucedía.

—Cuando Rider viene en busca de alivio lo hace con cierta discreción; le gusta jugar a ser un hombre decente...

—¿No era la primera vez que venía? —A la risa de la madame se le sumó la de Carmela, la de otra muchacha que limpiaba el suelo y la ahogada de Salma.

—No, querida, hasta el pastor Williams se pasa por aquí. ¿Por qué crees que no nos echan?, como sea, los mojigatos gustan de la discreción: ojos que no ven, Dios que no juzga... Pero esa noche, Rider se sentó en la barra, junto a Wilbur, y pidió una ginebra que bebió de a sorbos.

Amy miró a Salma con la pregunta muda en su mirada: ¿Por qué ese dato es relevante? No quería pecar de ingenua una vez más, pero prefería hacerlo si con eso conseguía la verdad. Salma lo explicó:

—No deseaba emborracharse, pero sí pasar muchas horas aquí.

—Y tú sabes bien que la única forma de soportar las horas aquí es bebiendo o follando — agregó Margot—. Rider no hizo ninguna de las dos cosas... ¡Carmela!

—Estoy detrás de ti, vieja sorda y ciega.

—Explícales a las señoritas puritanas —Margot no dejaba pasar la ocasión de recriminarle el cambio de vida a Salma— qué sucedió con Rider.

—Era medianoche ya, recién entonces se terminó la ginebra, y al parecer no quería beber otra. Seguía nervioso... estaba sudado, apestaba. Bueno... como todos aquí. Me hizo señas de que quería mis servicios, le dijo eso a Wilbur que estaba ebrio a su lado...

—Otra actitud poco habitual. Los hombres alardean de las mujeres que se tiran, no de las putas que pagan. Pero se aseguró de decirle al sheriff que se iba con Carmela... —agregó Margot, y con el índice golpeó la barra.

—Me pagó por una mam... felación... —se corrigió la prostituta—, pero ni siquiera atinó a bajarse los pantalones. Adjudicó que le daba vergüenza que no se le... ¡Joder, por qué me siento así frente a la maestra si ella hace las preguntas! —Las mejillas de Carmela ardían como si se tratara de una virgen.

—No tuvo una erección —completó Amy, depositó unos centavos en la barra y Margot rellenó su chupito. Con el término apropiado consiguió que Carmela dejara los reparos, y ella se aferró al efecto del alcohol.

—Eso, pero lo cierto es que ni lo intentó. Tampoco me pidió que le devolviera el dinero... Ya sabes —dijo para Salma—, los hombres suelen culparnos a nosotras cuando no se les para. Como sea... con esa excusa dejó el saloon por la puerta trasera y regresó a la hora, más o menos.

—Y cuando lo hizo, escuché que le decía a Wilbur que debía probar a Carmela, que era la mejor o algo así —completó Margot.

—Le mintió al sheriff, y ahora el idiota no quiere admitir que como testigo es tan poco confiable como el mismo Mckenzie... —maldijo Amy.

—Me caes mejor con alcohol en sangre, muñeca. —Margot le sonrió.

—Eso no es todo... —agregó Carmela—, cuando lo tuve cerca vi sangre en su camisa. Una mancha en la manga y nada más. Al regresar, tenía otra, una fresca, en el cuello. Se lo he dicho a Wilbur, pero él le cree a Rider, dice que es normal que los hombres no quieran decir cuando no tienen una erección, pero que eso no es delito.

—Mentir a la ley sí lo es —dijo Salma.

—No cuando la ley es la del oeste, ya deberías saberlo. —Margot se encogió de hombros con resignación.

—Pues eso está por verse —dijo Amy, terminó la bebida de un solo sorbo que la hizo toser

y se balanceó hacia la salida—, encontraré esa maldita prueba o, si no...

—¿O si no qué, muñeca, dirás la verdad tú?

—Sí, Margot, diré la verdad yo...

La madame conocía la coartada de Hotah. La madame sabía cada sucio secreto del pueblo, ese era su pase para ser mujer y regentar un burdel. Lanzó un par de centavos hacia la maestra, que ella logró atrapar en el aire por acto reflejo.

—Ya lo dije, me caes bien, la casa invita hoy y siempre. Aunque dudo que regreses...

—Quién sabe... —respondió—, quién sabe...

Abandonó con Salma el saloon, no diría jamás... la vida le había demostrado que siempre guardaba sorpresas bajo la manga.

No perderían más tiempo, las pruebas estaban en casa de Rider y debían apurarse antes de que éste las eliminara. Thelma solo pudo pensar en que Zachary la mataría; la salvaría primero, para ser él quien pudiera quitarle la vida después.

Embarazada, con mareos, fatiga y vómitos, se dispuso a irrumpir en la morada del boticario. Brithany, Amy y Salma se mostraban más entusiasmadas, sobre todo la maestra, quien todavía tenía el efecto del whisky barato calentándole la sangre.

Chelsea y Amber estaban a un par de metros, simulaban conversar bajo el parasol; montaban guardia y algo más, una vez que encontraran lo que buscaban, pasarían a la acción.

Las cuatro mujeres se adentraron por la parte trasera, la que daba a la destilería del señor Clayton. Amy juró que una vez terminada aquella pesadilla, se dedicaría una jornada completa a probar puntería contra el local de ese malnacido capaz de arrojarle piedras a un niño. A su Elsu...

Desde que la relación con Hotah cambió de matiz, pensaba en Elsu de otra forma. Ya no quería que Hotah le comprara la protección de una tribu que lo marginaba, ni deseaba que siguiera mendigando la atención y los cuidados de Lannis, de ella y su futuro esposo; no cuando podían brindarle más. Podían darle lo mismo que ella había recibido del marqués y la marquesa, una familia. Y sentirlo de ese modo enardecía la respuesta hacia aquel despreciable hombre que creía que apedreándolo lo adoctrinaría como a un perro.

—¿Amy? —Le llamó la atención Brithany, al verla con la mirada cargada de odio en el cartel baleado de la destilería.

—Un enemigo por vez...

—Hemos creado un monstruo... —masculló Thelma en complicidad con Foster.

—¿Conservará aún la camisa?, ¿la habrá lavado? —Amy retomó a lo importante.

—En mi experiencia con hombres —dijo Salma—, no se lavan la ropa. Creo que le paga unos centavos a Christine para que lo haga...

—¿Mi Christine? —preguntó Thelma, molesta. La mujer era la encargada de la limpieza y organización del edificio editorial Miler & Miler.

—Sí, nuestra Christine —la corrigió Salma—. Gracias a ella mi Louis come cuando trabaja en Sacramento.

—Como sea... —intervino Brithany—, eso es de ayuda. Si no encontramos la camisa, Christine sabrá si cuando la lavó tenía o no sangre.

—No será necesario... —Amy las interrumpió. Las muchachas estaban discutiendo de pie junto al aljibe, mientras la maestra no perdía el tiempo. Se levantó la falda, enredó su brazo en las enaguas, y con la tela como protección, rompió el cristal de la ventana trasera de la vivienda del boticario.

—¡Amy! —exclamaron las tres.

—La veo, no me voy a ir de aquí sin la prueba... —Abrió el pestillo y se coló dentro de la casa. Con lo que no contó fue con que la ruptura del vidrio alertaría a Rider, quien se hizo presente de inmediato.

—¿Qué demonios sucede aquí? —exclamó, furioso, sin miedo a usar la violencia.

—Sucede que hemos encontrado la prueba de que usted mató a Jo Ellen... lo hizo a la hora de la cena, y por la noche arrojó su cuerpo junto al río.

—¡Maldita puta mentirosa amante de indios! —El hombre se lanzó contra ella para arrebatárle la camisa.

—¿Así fue, Rider? ¿Se violentó con Jo Ellen como lo hace ahora conmigo?

La disputa dio inicio, Amy rodeaba la cama del boticario para mantenerse lejos de su alcance, mientras Brithany corría a dar la orden a Chelsea y Amber.

La muchacha Gibbon no tardó en reaccionar, aceleró el paso hacia la oficina del sheriff pidiendo auxilio.

—¡Matt, Matt! —Sería más fácil con el auxiliar, pues no tenía razones para no ir a por Rider. Wilbur necesitaba desmentir su alcoholismo y su falta de cerebro para llevar a cabo una investigación; mientras que Matt solo deseaba congraciarse con la bella señorita británica de modales delicados y facciones de ángel—. Matt, es el señor Rider. ¡Ayuda!

El oficial no dudó en dejar su puesto y correr junto a Chelsea.

—¿Qué sucede?

—Tiene una camisa manchada con sangre de Jo Ellen —esgrimió la acusación sin importarle la falta de evidencia. Al fin de cuentas, eso hacían con Hotah. La ética la guardaba para el juicio—. La señorita Brosman le preguntó qué significaba, y él la atacó. —La explicación se dio mientras las dos mujeres arrastraban a Matt hacia la casa del boticario. Llegaron justo para atestiguar el momento en que Rider alcanzaba a Amy y se disponía a golpearla.

—¡Deténgase ahora mismo, Rider! —demandó el oficial. El pobre hombre se giró hacia Chelsea con gallardía, para ver si la había impresionado con su voz de mando. La joven no dudó en premiarlo con una mirada tímida, que se volvió un rodar de ojos en cuanto el oficial regresó la atención a la escena.

—Ha irrumpido en mi propiedad.

—Tiene una camisa con manchas de sangre, no estuvo donde dijo que estuvo, fue el último en ver a Jo Ellen con vida... —La explicación de Amy salía de sus labios a gran velocidad. Matt se adentró por la ventana y los separó. Estaban ambos aferrados con fuerza a la prenda.

—¡Suéltenla! —Rider y la señorita Brosman lo hicieron. El oficial la inspeccionó—. Es verdad, tiene sangre...

—Es mía, de un corte...

—¿Cuál corte? —inquirió Amy. Rider palideció, Matt le exigió que mostrara el corte.

—No... perdón, no fue un corte, sino un sangrado de la nariz...

—Hmmm. No lo sé... el del puño puede ser, pero... ¿el del cuello?

No era evidencia suficiente por sí sola, solo una prueba para certificar las palabras de Carmela y sostener la versión de Elsu, de la pelea a horas de la cena.

—¡Esto es absurdo! Invaden mi casa, me acusan...

—Estamos todos muy alterados. —Matt intentó apaciguar la situación, no quería más arrestos. Sacramento ya era un caos—. Me llevaré la camisa, si como usted dice, no significa nada, entonces no habrá problemas. En cuanto a la invasión... Señorita Brosman, le debe la reparación del cristal y una disculpa.

—Mis más sinceras disculpas, señor Rider.

—¡Y un demonio! —se quejó el hombre, y Chelsea dejó escapar un quejido ahogado.

—El vocabulario, Rider, hay damas presentes —lo reprendió Matt. El boticario tuvo en bien callarse—. La señorita Brosman ha dado sus disculpas y es de caballero aceptarlas.

Thelma se acercó al marco de la ventana con un dólar, lo que equivalía a más que el costo del arreglo, y lo extendió hacia Rider.

—Por las molestias ocasionadas.

Antes de que el indignado hombre pudiera decir más, Brithany codeó a Chelsea.

—¡Oh, Matt, sabía que podía contar con usted! Ha manejado esto con verdadera diplomacia, ¿ha pensado en dedicarse a la política?

El halago lo hizo dar por zanjado el asunto. Tenía algo más importante que hacer que lidiar con la maestra del pueblo y el boticario, debía acompañar a la señorita Gibbon a su casa y asegurarse de que sus nervios no se habían visto afectados por el crimen. Al fin de cuentas, era su labor protegerla.

—No lo sé, creo que me gustaría ser sheriff... —Volvió a cruzar la ventana para ofrecerle su brazo a Chelsea. Cargaba consigo la camisa, la evidencia de que Wilbur había hecho una labor penosa.

—Puede que se le cumpla su sueño, Matt. Puede... —convino la más joven de las señoritas británicas, con un deje socarrón en la voz difícil de notar. Una vez librarán a Hotah de la falsa acusación, liberarán al pueblo del penoso sheriff.

Bruce Kingsman, uno de los jueces del estado de California, y el asignado al caso de Hotah, odiaba Sacramento. Tal era así, que se alojaba lejos de la capital del estado, en una pintoresca mansión con vista al mar en el área de la bahía. Solía programar todos los juicios del poblado para los días jueves, de manera de apersonarse el miércoles por la noche y estar de regreso en la playa el viernes al mediodía. No solían ser casos de gran envergadura, un robo de ganado, una trifulca, una deuda de juego...

Detestaba su gente, su idiosincrasia, su ignorancia y la falta de progreso. Y detestaba, sobre todo, ese juicio que le consumiría más tiempo del necesario en la ciudad. Supo, antes incluso de iniciar la jornada, que el acusado era inocente. Solo esperaba que Alan Rocks, el abogado de San Francisco, pudiera probarlo; porque su experiencia con el jurado era penosa.

Aquello no era un juicio, sino un gran prejuicio. El jurado debía ser imparcial, algo imposible cuando todos se conocían, cuando compartían secretos, pesares y males. Que Dios y América los ayudara, regó antes de empezar.

Un inicio para nada esperanzador. El acusado fue arrastrado sucio, hambriento, sediento, y luego fue encadenado al banquillo que le correspondía.

—Se levanta la sesión... —dijo sin siquiera dar los buenos días—, lleven al acusado a bañarse, cambiarse y a comer. De lo contrario, lo pongo en libertad condicional hasta el jueves que viene. —Se bajó del estrado y abandonó el recinto antes de que todos pudieran ponerse de pie como indicaba el protocolo.

Amy suspiró aliviada. Era un avance, una bocanada de esperanza entre tantos golpes. Cargaba con una piedra en la boca del estómago desde la noche anterior, una sensación que se acrecentó ni bien estuvo en las oficinas del juzgado. Las miradas sobre ella decían todo, no existía la imparcialidad para Hotah... querían condenarlo, sacárselo de encima. Sin embargo, eso no fue lo más doloroso. No... la estocada final vino de mano de los Carter.

Si tan solo Winifred o Barton la hubieran observado con recelo, desprecio o malestar; si tan solo le hubieran demostrado que la odiaban por ponerse del lado de Hotah... Pero no, la familia de Jo Ellen tampoco creía que Hotah fuera el culpable. Se los veía agotados, devastados. En esos días habían padecido un infierno; el cuerpo de su hija fue retenido para que lo vieran varios médicos, por lo que no pudieron velarla a tiempo y, cuando lo hicieron, el hedor a putrefacción les impidió realizar una ceremonia decente. Luego llovieron las preguntas incómodas y las acusaciones de quienes levantaban el dedo con demasiada facilidad; la joven no era virgen, y les preguntaron si sabían de amantes o relaciones casuales, de idas y venidas. Todo ello acompañado del eco de voces que susurraba: *se lo merecía, era una cualquiera, se lo merecía.*

No, Jo Ellen no lo merecía, y Hotah tampoco. Pero los Carter ya habían perdido a su pequeña, y nada se las devolvería. Solo esperaban conseguir un poco de paz, lo mismo daba si el acusado era real o falso, no existiría verdadera justicia para su niña, porque ella había caído en la desgracia de ser juzgada sin posibilidad de defensa. Para los Carter, mientras antes terminara todo, mejor.

Amy y Hotah estaban vivos, a ellos les correspondía luchar, y esa familia no los odiaría por eso. La señorita Brosman abrazó a Winifred y le prestó el hombro para llorar. Compartió con ella

el consuelo:

—No los escuches, Jo Ellen fue una gran muchacha, nada de lo que se diga empañará su recuerdo para quienes la quisimos con el corazón. —La mujer asintió, le acarició la mejilla y se alejó. La farsa estaba por comenzar.

Conformar un jurado neutral en un poblado de tan pocos habitantes era imposible; todos los presentes tenían una opinión formada al respecto. Tanto de la víctima como del supuesto victimario. Incluso el pastor Williams prefería acusar injustamente a Hotah antes de contemplar la posibilidad de que un buen samaritano de su parroquia fuera el culpable; bastante tenía con aceptar que Jo Ellen se había *descarriado*.

Amy quería gritar de frustración.

Se sentó junto a Louis, Zachary, Sandra y Benedict Grant. En la primera fila tras el banquillo del acusado. Habían enviado un telegrama a Boston, avisando a Miler, que respondió desde la misma estación de tren; nadie en su círculo tenía dudas de la inocencia de Hotah, pero albergaban cierto temor de que eso no bastara.

Alan Rocks se sentía confiado, tras mirar de un lado y del otro las «evidencias», no consideraba que aquello fuera a extenderse más de una tarde.

—Kingsman es un hombre inteligente, de seguro debe estar bufando en su oficina... querrá cerrar esto lo antes posible.

—Pero es un juicio por jurado.

—Sí, pero él tiene la última palabra...

Con la reaparición de un Hotah bañado, vestido con pantalón claro, camisa y chaleco, y el cabello negro, peinado hacia atrás en una prolija coleta, se dio reinicio a la sesión. Amy cruzó una tenue sonrisa y una mirada que, esperaba, fuera de aliento. Hotah estaba serio, con las facciones tan rudas que parecían talladas en madera. Se acercó a Rocks y le susurró: *no permitas que declare*. El abogado asintió, y Amy, que lo había escuchado, se sintió morir.

No será necesario, había dicho Rocks, quien sí tenía el panorama completo y conocía la verdadera coartada del amerindio. Coincidió con que era mejor no sacarla a relucir, y que con el resto bastaba para desestimar la acusación. Amy no estaba tan segura.

Aquellos que creían en Hotah, como los Carter, Murray, los Grant o Lannis no se hallaban en el jurado. En cambio, Soler e, incluso, Clayton estaban sentados en la tarima de madera dispuestos a ser la voz del pueblo. Toda una gran, gran farsa.

Wilbur, si se salía con la suya, ganaría la permanencia como sheriff; se guardaba en el bolsillo a los vecinos, a esos que blandían la bandera de la moral y la hipocresía. Aquellos que preferían juzgar a un inocente antes de perder los privilegios.

—Se abre la sesión... tiene la palabra la fiscalía —manifestó el juez, y Peter Cooper, el abogado asignado a los Carter, se puso de pie y caminó hacia la tarima.

—Buenos días, vecinos, ciudadanos de Sacramento... hoy necesitamos de ustedes. Dos semanas atrás, Jo Ellen Carter era una joven feliz, vivaz, con sueños a futuro. Una joven que, puede que haya cometido errores, pero deseaba remendarlos. Alguien... el acusado... ese hombre que se hace llamar Hotah —Señaló al banquillo—, le robó la posibilidad. Durante este juicio les probaré que el acusado se aprovechó de la inocencia de Jo Ellen Carter para seducirla, mancillarla, y cuando la muchacha decidió dejar la indecorosa relación, para abrir su corazón a Dios y a un matrimonio puro con el señor Rider, ese hombre —dijo con un deje de actuado desprecio— enfureció, y en un arrebato de ira la mató de un golpe. No conforme con eso, la arrojó a la ribera del río Sacramento para que se la llevara la corriente. En sus manos está alejar a un monstruo de la sociedad, de sus hijos e hijas. En sus manos está proteger a los más débiles...

Muchas gracias, su señoría. —Y regresó al sitio junto a la familia Carter. Winifred apenas podía mirar al abogado, se secaba las lágrimas con un pañuelo y escondía el rubor de indignación tras la tela. Sabía que su hija fue una coqueta, como también sabía que Hotah no era su amante. Solo quería terminar con aquello, dejar de sentir las miradas, esas que gritaban de manera muda: *mala madre, mala madre que educó mal a su hija*.

—La defensa... —pidió el juez. Rocks se puso de pie; también jugaba al teatro allí, a cambiar la inflexión de la voz, a transmitir con su discurso emociones que impactaran en el jurado.

—Hoy un hombre inocente está sentado en el banquillo de los acusados. Un hombre que ha sido arrastrado allí sin pruebas, con tan solo los prejuicios como comandantes. Ese hombre es el señor Hotah... recuerden bien su nombre: señor Hotah. Un vecino, un ciudadano ejemplar, un hombre trabajador. Señor Hotah... —repitió con énfasis, para arrojar un manto de humanidad—. Durante este juicio les demostraré no solo su inocencia, sino también que, en pos de ensuciarlo, se ha encubierto al verdadero asesino. El sheriff Wilbur les ha fallado, señores del jurado, quien debía protegerlos e impartir justicia ha decidido por sus propios medios buscar un chivo expiatorio y sentarlo aquí, para gastar su dinero y su tiempo en un juicio que debería tener a otro en el banquillo. Hoy tienen en sus manos la posibilidad de decir basta a la injusticia y de ¡clamar a la ley! —elevó la voz— que encuentren al verdadero asesino de Jo Ellen. Ella es la víctima, ella es por quien todos debemos estar unidos. Salven a sus hijos del asesino que está en las calles y de los cómplices de esos asesinos que hoy señalan con el dedo a un inocente. A el señor Hotah... muchas gracias, su señoría.

Luego de los discursos de apertura, se hizo una pausa de cinco minutos en donde se sirvieron vasos de agua y se escuchó solo el ruido del roce de papeles y murmullos ahogados. Al fondo del salón, dos muchachos llamaron la atención de Amy. Uno de ellos, Karl, el dibujante del periódico que retrataba el juicio, una escena que aparecería en primera plana; a su lado, Brian O'Sean, un irlandés joven que trabajaba en el correo. El muchachito estaba casi descompuesto e intentaba disimular un inminente llanto que rompería con la imagen de hombre fuerte que deseaba proyectar.

El martillo sobre la madera hizo regresar el silencio.

—La fiscalía puede llamar a su primer testigo.

—La fiscalía llama a Roland Mckenzie —dijo Peter Cooper. El testigo ocular se sentó a la izquierda del juez, levantó la mano derecha, la otra la posó en la biblia y repitió el juramento. Luego pasó a declarar lo que había visto.

Fue el turno de Rocks cuando Cooper dijo no tener más preguntas.

—¿Bebe usted, señor Mckenzie?

—Disculpe...

—Seré más directo... —Giró hacia el jurado—, había bebido usted la noche anterior a hallar el cuerpo de Jo Ellen.

—Eh... S... Sí.

—¿Cómo está tan seguro? Han pasado algunos días, yo no recuerdo qué días bebo y qué días no. —El testigo balbuceó—. Le recuerdo que está bajo juramento, Mckenzie. Dijo haber bebido, ¿es verdad?

—Sí... S...

—¿Y cómo lo recuerda?, ¿cómo está tan seguro? —Puso las manos sobre la madera que los separaba—, quizá pueda ayudarlo. —Unió la mirada a la del testigo—. Está seguro porque usted bebe todos los días, a toda hora. Está seguro porque usted siempre está ebrio. ¿Está ebrio ahora,

señor Mckenzie? —Golpeó con su palma el estrado—. Le recuerdo que está bajo juramento, que juró sobre la biblia, ¿está ebrio ahora?, ¿estaba ebrio esa mañana?

—¡Sí!, pero sé lo que vi. Lo vi a él. —Señaló el lugar del acusado.

—Ya sabemos lo que dijo haber visto, se lo preguntó Cooper. No más preguntas, su señoría. —Roland Mckenzie bajó del estrado con las piernas tambaleantes, y el abogado defensor regresó junto a Hotah. Acomodó los papeles, le correspondía a él llamar a un testigo—. La defensa llama al doctor Ernest Law Somer.

El médico se encaminó hacia el estrado, juró y contestó a las preguntas. Era un hombre de unos sesenta años, con una trayectoria impecable. El único cuestionamiento en su contra era que abogaba por estudiar los cuerpos humanos, y proclamaba una ley que le permitiera a la medicina el estudio forense. El análisis hecho en Jo Ellen no arrojaba demasiada evidencia: Cooper se enfocó en la no virginidad de la muchacha, mientras que Rocks se centró en la hora de la muerte y en el modo.

—Un objeto contundente... —confirmó Law Somer.

—Permítame despejar dudas, ¿la herida de Jo Ellen no se dio porque ella se haya caído sobre una roca a la ribera del río?

—No, no muestra la forma de un golpe de esa índole, la herida es más compatible con un objeto como un candelabro, quizás, o un atizador.

—Candelabro... atizador... —repitió Rocks, como si lo meditara—. Esos parecen objetos que no se encuentran al alcance de la mano cuando vamos a pescar, ¿verdad? —Antes de que el médico respondiera sobre un tema que no era de su injerencia, el abogado lo detuvo—. Muchas gracias, doctor Law Somer. La defensa desea llamar al señor Clayton...

—Objeción, el señor Clayton es parte del jurado —se quejó la fiscalía.

—Algo que objeté en su momento y me lo han negado...

—Los dos, aquí —demandó el juez y los abogados se acercaron—. ¿De qué se trata todo esto?

—Como dije en el discurso de apertura, Wilbur se ha negado a investigar y ha descartado datos que señalan a otro como culpable. Clayton es uno de ellos... es parte de mi defensa, su señoría.

—¡Pero no está en el caso! —se quejó Cooper.

—Como dije...

—Suficiente —interrumpió Kingsman, la discusión se daba en susurros—, lo permitiré. Cooper, usted no está aquí para condenar al señor Hotah, sino para condenar al culpable del homicidio de Jo Ellen Carter. Recuérdelo.

—Sí, su señoría.

Bruce Kingsman pidió un vaso de agua y se limpió el sudor antes de seguir. Que Cooper se hubiera prestado a esa paparruchada lo enfadaba, no tenían nada contra el amerindio, y el juicio se convertía, segundo a segundo, en una columna de chimentos de un diario sensacionalista.

Rocks tomó la palabra.

—Entre tantos testigos, uno de ellos fue desestimado de inmediato. Quiero creer que por su edad y no por su etnia, porque de pensar lo segundo estaría confirmando que se trata de una persecución racial...

—Rocks... —alertó el juez, y el abogado asintió con un actuado gesto de arrepentimiento.

—Un niño llamado Elsu le informó al sheriff que vio a Jo Ellen discutir con su prometido, el señor Rider, a la hora de la cena. El señor Rider la empujó dentro del local de su boticaria, y Elsu no volvió a verla con vida. ¿De qué discutían?, según las notas de Wilbur, peleaban porque

Jo Ellen no deseaba casarse con él. ¿Por qué el niño no pudo atestiguar más que la pelea? Eso es algo que Clayton nos podrá aclarar. Señor Clayton, ¿vio usted a Elsu la noche del asesinato de Jo Ellen?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la parte trasera de la boticaria.

—¿A qué hora?

—No lo sé con precisión, solo puedo decirle que estaba preparando mi cena. Suelo cenar entre las siete y las ocho... —Rocks se giró hacia el jurado.

—Las siete y las ocho, más o menos diez horas antes de hallar el cuerpo de Jo Ellen en el río, el horario aproximado de su muerte. —Regresó hacia Clayton—. ¿Y qué hizo usted?

—Le arrojé piedras para que se marchara, ese niño es un ratero.

—Ya ven, el niño estuvo donde dijo que estuvo, vio lo que dijo que vio, escuchó lo que dijo que escuchó y si no supo más nada es porque le han arrojado piedras. Su declaración, tal y como consta en la investigación del caso, fue hecha a un lado y nadie le ha preguntado a Clayton qué vio. No más preguntas, su señoría.

Cooper se puso de pie, no caminó hacia el estrado; lanzó los interrogantes desde su lugar.

—¿Vio usted a Jo Ellen o solo a Elsu?

—Solo a Elsu.

—¿Escuchó usted la disputa?

—No.

—No más preguntas, su señoría. La fiscalía llama a Hotah a atestiguar.

El murmullo se levantó en el recinto, el juez lo silenció a golpe de martillo.

—Haremos una pausa de diez minutos y proseguiremos con la declaración del acusado.

Amy se inclinó hacia Rocks, odiaba que Hotah no se girara a mirarla siquiera. Sabía que lo hacía para protegerla, pero le dolía como mil espinas en el corazón.

—Rocks, sea sincero, ¿cómo va el juicio?

—Kingsman no lo cree culpable, pero el jurado es demasiado parcial. No esperaba tanto desprecio...

—¡Demonios! —El abogado se volteó tras la maldición de la jovencita británica—. Lo siento, es que... cuando llegué yo también subestimé los prejuicios de este pueblo, me temo que usted también lo hizo.

Hotah no pudo dejar de ignorar la conversación. Unió la mirada carbón a la miel de ella, y dejó que la amenaza se trasluciera en sus pupilas.

—No, Amy, no lo harás. Promete que no lo harás.

—Lo siento, Hotah, no conseguirás de mí una promesa tan absurda, haré todo lo que esté a mi alcance para salvarte.

—Amy...

—No insistas... —Pasó la mano enguantada por los barrotes de madera que separaban la primera fila del escritorio de la defensa. Sabía que ninguno de los Grant la censuraría por esa imperiosa necesidad de acariciarlo, de transmitirle su fuerza. Enredó los dedos entre los suyos—. Debes salir en libertad, me prometiste casarte conmigo, ¿recuerdas? —Sus ojos se humedecieron—, no irás a arrepentirte ahora, ¿verdad? —intentó bromear—, que una solterona como yo no consigue un hombre todos los días.

Hotah quería besarla, allí mismo; desafiar a ese jurado, hacerlos testigos del amor y borrar de ellos el deseo de sangre y venganza. Pero no era capaz de condenar a Amy al escrutinio

público, a la más terrible marginalidad. Sabía que los atacarían una vez casados, que acusarían de ilegítima la unión y los perseguirían; sin embargo, lo que allí sucedía era de otra índole. Lo veía en las miradas de lado que le lanzaban a Winifred Carter, en las acusaciones sobre Jo Ellen. Un juez podía declararte inocente, quitarte la condena, dejarte en libertad; pero no había juez que limpiara la reputación de una dama, que pusiera fin a las imputaciones de amoral.

—Señor Hotah... —llamó el juez, y el hombre pasó al estrado. Juró sobre una biblia en la que no creía y se sentó; Rocks le había explicado que podía negarse a declarar, y que no sería encubrimiento si el único afectado era él. Se le llamaba la quinta enmienda.

Cooper caminó en silencio por el recinto, de punta a punta, hasta detenerse frente a los miembros del jurado.

—Solo tengo una pregunta para el acusado... —Se negaba a tratarlo por su nombre, intentaba eliminar toda posibilidad de empatía en los presentes—, ¿cuál es su coartada?, ¿qué estaba haciendo la noche en que mataron a Jo Ellen Carter?

—Me acojo a la quinta enmienda —respondió como Rocks le había indicado.

—Queda establecido que el acusado no quiere o no puede probar una coartada para la noche del homicidio. No más preguntas, su señoría. —Volvió a su sitio y de inmediato Rocks se puso de pie.

—¿Sabe, Hotah? —A diferencia de la fiscalía, él, como abogado defensor, recurría al trato cordial y cercano con el afán de generar simpatía—, desde que la investigación comenzó, intento ponerme en los zapatos de un asesino. Pensar como uno. Soy un hombre inocente, como usted, de modo que la tarea me resulta ardua... No obstante, lo intento... —Dio un par de pasos frente al jurado, los miró a cada uno de ellos, estudió sus facciones. Eligió uno al azar, resultó ser la ayudante de la modista Lila Anteen—. Dígame, ¿qué hacía usted la noche del homicidio?

La mujer no necesitaba responder, y así lo indicó el juez.

—No importa, no es necesario, seguro cenó y luego se fue a dormir. Si es casada, con su marido, si es soltera, sola. Como fuese, durante el transcurso de las horas que buscamos aclarar aquí, usted pudo escabullirse, matar a Jo Ellen y regresar al hogar. O usted... —Señaló a otro—, o usted. Incluso yo... estaba solo, en San Francisco, nadie puede confirmar que no viajé a Sacramento, maté a una dulce muchacha que comenzaba a vivir y regresé a la ciudad de la bahía.

—Rocks... —lo amonestó el juez.

—Entonces, me pregunto, ¿qué haría si fuera el asesino? Pues me aseguraría una coartada más sólida. Si Hotah fuera el asesino, ¿qué piensan?, ¿se atendería a la quinta enmienda o hubiera buscado un lugar con testigos, muchos? ¿por qué no el mismo sheriff para que confirmara que estaba en otro sitio?

—Rocks, si no tiene preguntas... —Kingsman lo instó a dejar el teatro.

—Tengo una, señor Hotah, dado que no nos dirá su coartada, ¿nos puede decir, al menos, el motivo por el cual la calla?

Hotah se aclaró la garganta. Buscó la mirada de Amy para un fugaz contacto, y suspiró.

—Porque un juez puede determinar la inocencia de un hombre, pero no puede quitar el estigma. He visto y vivido muchas veces el desprecio, la marginación, y este proceso pone en manifiesto lo que sucede cuando la acusación viene de la población y no de la ley. Hoy podemos ver que no solo se me enjuicia a mí, en este banquillo... también Jo Ellen sufre las consecuencias, ¿por qué?, simplemente por coquetear de manera infantil con un indio. Pueden cubrir sus bocas con fingido horror, negar ser parte, pero el rumor en contra de la muchacha resuena como un eco... —Winifred Carter se secó las lágrimas—. Se ha desestimado la declaración de Elsu, por indio y por amigo de un indio. Se han alzado los dedos señalando a cada una de mis amistades y seres

queridos. Y para ellos no existirá sentencia de inocencia que los salve del escrutinio público. De modo que pienso protegerlos de esto tanto como me sea posible, incluso si con ello no consigo probar mi coartada.

—Ya ven... —dijo en un tono cargado de sarcasmo para quienes dictaminarían si Hotah era culpable o no—, estamos ante un monstruo. No más preguntas, su señoría.

—Haré... —Kingsman fue interrumpido.

—Su señoría... —Cooper pidió la palabra, podía repetir la ronda de preguntas.

—¿Sí?

Cooper se dirigió a los presentes.

—El acusado puede marearnos con su supuesta bondad y su discurso de protección a los seres queridos, pero eso no lo exime de su falta de coartada. ¿Estaba usted durmiendo en su casa como los miembros del jurado?

—Me acojo a la quinta enmienda.

—¿Estaba usted en un lugar concurrido?

—Me acojo a la quinta enmienda.

—Lo cierto es que no puede decirnos dónde estuvo, y eso es porque al único que protege es a usted mismo. Esa noche no estaba en su hogar, no estaba en un lugar público... ¡esa noche estaba matando a Jo Ellen Carter! —Golpeó la mesa de la fiscalía con énfasis—. No más preguntas, su señoría.

El eco de voces se elevó por sobre el sonido del martillo. Amy miró derredor, Brian O'Sean se mordía el puño para contener la impotencia y el llanto. ¿Por qué estaba tan afectado? Ella no tenía tiempo para ese misterio, algo urgente la apremiaba.

—Rocks... —Hotah había regresado al escritorio de la defensa, la devoraba con la mirada. Podía leer en ella la determinación, y Amy, consciente de que le fallaría en la promesa, cortó el contacto visual—. Rocks, déjeme declarar. ¡Al demonio la quinta enmienda! ¡Al demonio Cooper, Wilbur y todo este maldito poblado! —Sandra la tomó de la mano, intentando que volviera a sentarse. Ella forcejeó, Hotah se puso de pie—. ¡No! No me pidas que me haga a un lado... No...

—¿Algún problema en la defensa, Rocks? —preguntó el juez, por si debía pedir un receso. Quería que el juicio no se extendiera más de esa jornada, permanecer un día más en Sacramento no era opción.

—No, su señoría, no suc...

—Yo soy la coartada —expresó Amy por encima de la voz del abogado, y el eco de voces resonó una vez más. El sonido del martillo provocaba dolor de cabeza en los presentes, todos querían dar por terminado el caso.

—Señorita...

—Brosman, Amy Brosman...

—Señorita Amy Brosman, su declaración no sirve de nada desde ese lugar. Si tiene algo que decir, tome juramento y hágalo sobre las sagradas escrituras...

—No... —rogó Hotah.

—¡No! —exclamó Cooper. Rocks estaba desconcertado.

—Abogados... —Los llamó Kingsman—, acérquense. —Ambos hombres lo hicieron.

Cooper alegó que era el segundo testigo fuera de la lista, Rocks insistió en que eso no era más que otra prueba sobre la penosa investigación.

—Le permitiré declarar —dictaminó el juez—, dado que usted, Cooper, no hizo más que exigir la coartada, ahí la tiene. Rocks, no más testigos fuera de lista.

—Este no estaba planeado.

—Mucho peor para usted, abogado.

Los hombres regresaron a sus sitios, y Amy pasó al estrado. Sintió el peso de las miradas en ella, todas cargaban especulaciones y rumores. Desde su arribo un año atrás que no hacía más que desafiarlos, enfrentándose a Ramírez, a quienes no querían a Elsu en clases, y ahora...

Jura decir la verdad, solo la verdad y nada más que la verdad.

—Sí, juro.

—Haré esto breve —dijo Rocks—, ¿puede confirmar que Hotah estuvo con usted en el rango de horas que los médicos determinaron como posible muerte? Es decir, desde las siete de la tarde hasta la medianoche. Le recuerdo que está bajo juramento y que solo puede decir la verdad.

—Sí, estuvo conmigo. Sí, puedo confirmarlo.

—No más preguntas su señoría.

Cooper sudaba. Su defensa había caído a pique, y solo tenía una carta por jugar, la de deslegitimar esa declaración, del mismo modo que se hizo con la de Carmela y Elsu. Para lograrlo debía poner sobre el tapete la moral de la maestra.

—¿Alguien más los ha visto juntos esa noche, señorita Brosman?

—No lo sé, eso debería averiguarlo usted, señor Cooper. O el señor Wilbur, que es el sheriff, ¿no es ese su trabajo? —La furia latía en las venas de Amy, alimentaba ese fuego que había enamorado a Hotah, y que ahora lo asustaba. Iba a hacer arder a Sacramento, sin importarle si ella debía inmolarsse para conseguirlo. Iba a salvar al hombre que amaba.

—¿Eso quiere decir que, en lo que a usted respecta, estaba sola con el acusado?

—Sí, estaba a solas con el señor Hotah.

—¿Es común para usted estar sola con hombres solteros?

—¿Y es eso relevante para determinar la inocencia del señor Hotah?

—Conteste...

—Objeción —clamó Rocks.

—Cooper, no estamos juzgando a la señorita Brosman, sino al señor Hotah. Objeción aceptada.

—¿Dónde se dio el encuentro?

—En mi casa.

—¿Desde qué hora?

—Aproximadamente desde las cinco y media o seis de la tarde. Justo antes de la cena...

—Y lo recuerda bien, porque...

—Porque lo esperaba para cenar, y suelo cenar siempre antes de las siete.

—¿Y dice que estuvo con usted hasta medianoche?

—Sí.

—¿Cuál es su relación con el acusado?

—Soy su prometida... —El murmullo se volvió griterío, y el juez debió pedir silencio.

—¿Sabe usted que es ilegal?

—Sí, en San Francisco es ilegal, pero no en Massachusetts ni en Pensilvania, nos casaremos allí. Insisto, ¿es esto relevante?

—Lo mismo me pregunto —intervino Kingsman—, ¿es esto relevante, Cooper?

—Quiero llegar a un punto importante y es... ¿cómo puede asegurar que el acusado estuvo con usted hasta la medianoche?

—Verá... además de ser su prometida, algo bastante reciente, soy maestra. La única maestra del pueblo, tanto de niños como de adultos. La razón por la que estaba a solas con mi prometido es que es mi único alumno adulto.

—¿Y a todos los alumnos los espera con la cena? —preguntó jocoso.

—No, a algunos los espero con el desayuno —contestó con altura—, verá, y creo que su señoría coincidirá conmigo, la alimentación es importante para el funcionamiento de la mente. Por eso es que Hotah no podía comenzar este juicio sin haberse alimentado antes... ¿Señor Cooper, eso implica que su señoría ha hecho algo impropio, personal, afectivo con el acusado? —El abogado tembló al darse cuenta de que Amy lo empujaba al desacato—. No necesita contestar, usted es la defensa, yo solo una testigo; solo le diré que es una actitud profesional ocuparse humanamente de las personas. Ya sea como juez o como maestra... Sí, alimento a cada niño, hombre o mujer que quiera aprender y que comience las clases con el estómago vacío.

—¿Po... por qué la clase se dio de noche?

—Porque de día el señor Hotah trabaja, suele suceder eso con los alumnos adultos. Por eso es muy, muy importante la educación a temprana edad. —No dejó pasar la oportunidad de recordarle al poblado que enviaran a sus hijos a clases—. Si también quiere un testigo para eso, el señor Zachary Grant aquí presente puede dar fe.

—No será necesario...

—Eso pensé.

—¿Y la clase se extendió hasta medianoche?

—No —respondió, no tuvo más remedio, era leal al juramento hecho—, hasta aproximadamente las diez de la noche.

—¿Luego se marchó? Pudo haber...

—No, dado que era tarde para emprender el regreso al rancho Grant, pernoctó en mi casa. Al amanecer, aún estaba allí, y tengo el sueño muy ligero, así que puedo dar fe de que permaneció bajo mi techo durante el rango de horas especificado por el médico.

En ese punto, las miradas la quemaban. Se condenaba, había pasado la noche con un hombre soltero, con un indio.

—¿Entiende usted que lo que ha hecho es ilegal?

—¿Qué cosa?

—Fraternizar con un hombre de otra raza es...

—¿En qué momento he dicho que fraternicé, o, por qué no mejor utiliza el término correcto, fornicué con el señor Hotah? No recuerdo haber declarado eso, solo dije que, dada la hora, se quedó a dormir en mi hogar, como corresponde dado que soy una mujer cortés y hospitalaria. —Alzó el mentón, se sorprendió al notar que no se sonrojaba, que las palabras, incluso fornicar, salían con liviandad de sus labios.

—Entonces seré más directo...

—No —interrumpió el juez—, no lo será, señor Cooper. Le recuerdo, no estamos aquí para juzgar a la señorita Brosman, sino para determinar si el señor Hotah es o no culpable del homicidio de Jo Ellen Carter. Si no tiene más preguntas relacionadas a eso... no permitiré que mi juzgado se convierta en una columna de cotilleo.

—No más preguntas, su señoría.

—Y no más testigos —dijo Kingsman al repasar la lista. No permitiría que Rocks sacara a nadie más de la galera—. Los alegatos finales.

El alegato de Cooper se resquebrajó, dado que se basaba pura y exclusivamente en la falta de coartada. Rocks, en cambio, disfrutó el momento, focalizando en la penosa investigación de Wilbur, en la razón por la cual Hotah protegía a su prometida y el impacto de las voces malintencionadas sobre las personas inocentes. Sobre todo, hizo gran hincapié en Jo Ellen, en que se embarraba su memoria con habladurías sin entregarle verdadera justicia.

—Allí afuera, señores, aún se encuentra un asesino. Un criminal que se escuda detrás de quienes prefieren mirar a otro lado o escandalizarse por rumores infundados en lugar de acciones ilegales. Por la memoria de Jo Ellen Carter, declaren a este hombre, al señor Hotah, inocente, y vayan tras los pasos del verdadero homicida. Las pruebas están en la oficina del sheriff, solo él las retiene y los priva de la verdad y la seguridad que debió, en primera instancia, proveer. Gracias, jurado. Gracias, su señoría.

El tiempo de deliberación fue breve, la conclusión, a pesar de muchos y para alivios de otros, fue que no existían pruebas para culpar a Hotah. El juez estuvo de acuerdo, y reapareció a leer la sentencia.

—Se lo declara: no culpable. Sin embargo, yo, Bruce Kingsman, dictamino que la libertad del señor Hotah sea condicional y no deje California hasta que se aclare la muerte de Jo Ellen Carter. —Martilló una vez, y Rocks salió disparado a discutir la sentencia.

—Cooper, acérquese —ordenó el juez—, los dos, a mi despacho.

Amy abrazaba a Hotah, se aferraba a él, aliviada y furiosa en partes iguales. Era libre, pero la injusticia aún pesaba sobre sus hombros. Y conocía el porqué, de ser un hombre blanco nada de eso hubiera sucedido. Debían posponer el matrimonio hasta que se aclarara el homicidio, y como que se llamaba Amy Brosman que encontraría al culpable y lo pondría tras las rejas.

Lo buscó en la multitud, lo vio escabullirse. El señor Rider huía como solo las ratas lo hacían, y en un rincón, la mirada de Brian O'Sean también lo seguía, rebotante de ira. Él era la clave, y ella la descifraría.

Había salvado a su hombre, ahora era momento de salvar su amor y su futuro.

—Señoría... —se quejó Rocks una vez en el despacho.

—Ya, dejen esta farsa, me duele la cabeza. Cooper, sirve el whisky, ¡joder, hombre, consigues enfermar a cualquiera!

—Kingsman...

—De eso nada. Venir a hacerme perder el tiempo con este juicio de pacotilla. Todos sabemos que el indio es inocente...

—¿Entonces, por qué la condicional? —El abogado defensor estaba que trinaba.

—Porque si lo dejas en libertad, sin causa, y sin otro a quien culpar, solo conseguiremos un linchamiento público. Esa gente quiere la cabeza de un indio en una pica, ¡y yo no se las voy a dar! ¡No soy esa clase de juez, joder! ¡Qué me sirvas el whisky, Cooper!

—Tome, su señoría... —Le alcanzó el vaso, mientras él mismo bebía del suyo un fuerte trago.

—Prestarte a esto, Cooper... prestarte a esto... deberías estar buscando al verdadero asesino de esa pobre niña. No me traigan de nuevo aquí hasta que no lo tengan, con todas las pruebas, porque no pasaré por esa situación de nuevo... por cierto, Rocks, tú sabes quién es, ¿verdad?, ¿por qué no se lo dices a este mequetrefe así empieza a hacer carrera en leyes como es debido?

—Es...

—Shh, cuando yo me vaya. De todos modos, ya sé quién es. No me decepciones, muchacho. —Palmeó la espalda de Peter Cooper, terminó la bebida de un sorbo y dejó el juzgado hasta el siguiente jueves. Esperaba que fueran casos de robo de ganado, o se jubilaría muy, muy joven.

Sin importar el resultado final de la justicia, Hotah nunca sería libre. Aunque arrastrara consigo las pruebas de su inocencia por el resto de sus días, para todos siempre sería el culpable por el simple hecho de que nadie ocupó la vacante de victimario que dejó vacía. Amy ansiaba una vida plena a su lado, la merecían... ¡Por los cielos que la merecían! La clase de injusticia que aprisionaba a Hotah se extendía bajo tierra como una raíz ponzoñosa, que envenenaría todo lo que no se ve hasta alcanzar la superficie para devastarla en su totalidad. No lo permitiría. Amy nunca bajaba los brazos, ni siquiera cuando el tiempo no corría a su favor.

Debía dar un paso rápido, antes de que Rider urdiera una estrategia que le salvara el pescuezo. O peor aún, se marchara dejando por siempre el estigma tatuado en la piel del indio que tanto odiaba. El motivo de su odio trascendía la mera cuestión racial, existía una razón mayor, y Amy comenzaba a vislumbrarla. El resentimiento del boticario hacia Hotah encontraba la justificación en Jo Ellen. La muchachita, con su comportamiento, en más de una oportunidad mostró una notoria fascinación hacia el atractivo mestizo. Chelsea en persona le compartía las travesuras de conquista de su amiga en torno a Hotah, provocaciones adolescentes que nunca fueron correspondidas, pero provocaciones al fin. El pueblo trataba a la joven Carter de mujerzuela, y señalaban como amante al mismo hombre que acusaban de asesino. Nada más lejos de la verdad, pero la pérdida de virtud de Jo Ellen ponía en manifiesto otro punto relevante: el interés sentimental de la joven. La pregunta era ¿quién se encontraba detrás de ese reciente enigma? Para Amy, la respuesta parecía más sencilla de lo esperado. Hubo un rostro, tan solo un rostro inesperado en las oficinas del juzgado, Brian O'Sean. Lo curioso de su presencia nada tenía que ver con la presencia en sí —no sería ni el primero ni el último pueblerino deseoso de morbosidad—, lo que lo diferencia del resto era su estado. Inquieto y nervioso, disimulando unas irrefrenables ganas de llorar. Amy reconocía la combinación de sensaciones en él, posiblemente, porque se enfrentaba a distintas variaciones de las mismas. Presentía que, en cierta forma, los dos se encontraban allí a la espera de justicia en nombre de las personas que amaban.

Al igual que muchos otros, Amy ya no tenía dudas, el verdadero asesino de Jo Ellen se encontraba exhibiendo su sonrisa en la boticaria del pueblo. Pese a ello, Hotah lidiaba con las consecuencias de sus macabros hechos. Para liberarlo de los cargos tendrían que avanzar de un paso a la vez. El primero debía desterrar la idea de amorío entre él y la jovencita, y la única manera de hacerlo, sería hallando al verdadero. Presentía que el tal O'Sean llenaría ese vacío en la historia de Jo Ellen.

Ir en su búsqueda fue la prioridad de la mañana. Podía posponer el resto de sus actividades. El muchacho trabajaba en las oficinas del correo, aunque según había oído, semanas atrás hizo la presentación de un pedido de traslado a San Francisco.

Lo halló cabizbajo, clasificando los despachos de correspondencia.

—Disculpa, tú eres Brian, ¿verdad?

Nada. El muchacho estaba tan sumergido en cavilaciones que no oyó ni una sola palabra, menos que menos, notó su presencia. Amy carraspeó con fuerza; obtuvo la atención de todos los presentes, salvo la de él. Tommerson, el jefe del correo, tomó el asunto entre sus manos. Se acercó a su empleado.

—¡O' Sean! —le gritó a medio metro de distancia—. ¡Te buscan, zopenco!

—¿Qué? —Levantó la vista a su jefe, a ella—. Ah, lo siento...

—Lo siento, lo siento... —protestó Tommerson—. Tú y tu cabecita. ¡No envidio para nada a San Francisco! —carcajeó como burla.

O'Sean pasó por alto el ataque del hombre y fue hasta donde Amy se encontraba, mostrador mediante.

—Diga, señorita Brosman. —En su voz se filtraban los rastros de melancolía que le dibujaban prematuras arrugas en el rostro.

—¿Sabes quién soy?

—Todos saben quién es usted... —Brian tenía un buen punto, al fin de cuentas, era la actual comidilla del pueblo.

—Te he visto en las oficinas del juzgado —le dijo, y él agachó la cabeza—. Pensé que conocía a todos los amigos de Jo Ellen, veo que me equivoqué. ¿Por qué lo eran, no es así? —La intención de su pregunta fue directa y obvia para O'Sean—. Tal vez podríamos hablar...

—No aquí —la interrumpió antes de que el recuerdo gatillara en él emociones que no eran apropiadas en público—, mi horario finaliza en un par de minutos, si quiere...

—Sí, quiero... —se apuró a responder. No la dejaría escapar—. ¿Deseas que te espere?

La duda lo atacó. Los nervios hicieron de las suyas. Se mordió los labios.

—Yo... yo la buscaré. Hoy, o tal vez mañana... Cuando pueda la buscaré.

—Hazlo, Brian... algo me dice que los dos queremos lo mismo —De puntillas de pie, se elevó por el mostrador y le murmuró—: justicia para Jo Ellen.

Abandonó el correo estableciendo una línea directa de complicidad entre ambos. El intercambio final de miradas le brindó la certeza de que muy pronto tendría noticias de él.

Sin posponer más el resto de sus tareas, sin escalas, se dirigió a la que pronto dejaría de ser su casa. Esa noche partiría rumbo a la estancia Grant. Allí residiría hasta que la verdad saliera a la luz y Hotah obtuviese su auténtica libertad. Los planes de viajar a Massachusetts para concretar su matrimonio fueron pospuestos por el dictamen del juez. Hotah también se reubicaría, de manera definitiva, en la pequeña casa con la que contaba en las tierras de Zachary. Era conveniente que se mantuviera lejos del pueblo, en ese preciso instante se encontraba en lo de Lannis recogiendo las pertenencias que ahí albergaba, al igual que las de Elsu. El pequeño se instalaría con él, y una vez concretada la unión matrimonial, sería parte de la familia. Estaba decidido, Hotah hablaría con la tribu, y luego Rocks los ayudaría con los papeles de adopción.

Amy ya había desarrollado la habilidad de hacer oídos sordos a los comentarios tendenciosos y fuera de lugar. Las miradas de reojo también era algo que la tenían sin cuidado. Con el pasar de los días los humores pueblerinos continuaban en alza, decididos a manifestarse, pero lo hacían con una nueva modalidad. Al notar que el impacto en los calumniados no era igual que al inicio, optaron por formas más creativas de expresión. Al principio fueron frutas podridas o huevos estrellados en los cristales de las ventanas. Luego intentaron con restos de orín y excrementos. Estaban tan creativos que Amy supuso que muchas de las heces que le obsequiaron tendrían nombre y apellido. La escuela sufrió iguales incidentes, y el Pastor Williams, detractor a viva voz de su relación sentimental con el mestizo, dio por finalizada su labor como docente. En otras circunstancias, se hubiese sentido devastada; no fue así porque sabía que contaba con el apoyo necesario para retomar sus funciones educativas en el lugar que fuese. Staton, el contacto que la ubicó allí en primera instancia, la apoyaría con gusto en la transición que ésta requiriera. En definitiva, el viento soplaba, con la misma intensidad, en contra y a favor. Solo era cuestión de resistir el vendaval... Aunque este doblara su apuesta como forma de despedida.

Philomina se mostraba furiosa, con los brazos en jarra a la cintura, refunfuñando en voz alta. ¡Que la oyeran, por supuesto sí!

—¡Debería darles vergüenza! Ustedes no son quién para juzgar... —Elevaba su índice al cielo—. ¡Solo el Señor puede hacerlo! —Señaló a uno de los vecinos que justo pasaba ante ella. El hombre se apresuró en su caminata—. ¡Sí, solo el Señor! Y Él jamás se atrevería a tan maña grosería. —Estaba tan, pero tan enfadada, que giró sobre sí dispuesta a hallar rostros a los que recriminar. La pobre mujer solo encontró uno, el de Amy—. Oh, no, muchacha... no le dediques ni un segundo de tu tiempo a esto.

—Tarde, señora Williams. —Se ubicó junto a la mujer—. ¡Vaya, este es un recuerdo que atesoraré por siempre! —fingió emoción, se llevó las manos al pecho.

Observó el frente de la casa, se habían tomado la molestia de escribir con pintura puertas y paredes externas. Mujerzuela —en realidad habían escrito «mujersuela»—, amante de indios, blanca con sangre salvaje, alma impía. Ahí se detuvo.

—Podemos deducir dos cosas de tal comportamiento vil, los que se tomaron la molestia de escribir esto son grandes devotos...

—¿Lo dice por lo de «alma impía»? —Philomina asintió. Amy rio—. Eso sí que ha sido una novedad. Dígame ahora cuál sería su otra deducción.

—El que escribió esto necesita con urgencia sus clases.

—De ser así, en cuanto tenga la nueva locación de la escuelita se la haré saber así se la comparte. ¿Qué le parece, señora Williams?

La mujer se volteó a ella. La furia le dio lugar a otra emoción, la melancolía. En el caso de Philomina Williams, fue melancolía con una dosis de culpa.

—Que voy a extrañarte, muchacha, eso me parece. —Dudó en abrazarla, y de inmediato se reprochó la tontería. La abrazó a vista de todos—. Siento mucho lo que ha ocurrido...

—No tienes por qué, Philomina.

—Sí, me corresponde disculparme contigo, en especial en nombre de Norland. Sé que él no ha sido ... —La mujer no sabía qué palabras utilizar, su esposo fue uno de los máximos detractores de Hotah. Resopló—. No creo que lo que te vaya a decir sirva, o aplaque algo a estas alturas... pero confío en que el Señor, tarde o temprano, permitirá que la verdad salga a la luz.

—¿Y cuál es esa verdad según usted?

—Que el mestizo es solo una víctima más.

—¿Mestizo? Hotah... su nombre es Hotah.

—Lo siento, muchacha, me expreso por simple costumbre. —El Pastor Williams se refería de esa manera a Hotah, era más que lógico que Philomina lo hiciera también.

Amy hizo a un lado el enquistado prejuicio que reducía a Hotah a un simple calificativo étnico, y sonrió. Que la mujer del pastor del pueblo lo considerara un hombre inocente abría la puerta a la ilusión de poder limpiar su nombre.

—Espero, entonces, que esa costumbre cambie.

—Lo intentaré, aunque no te tenga cerca para recordármelo... —De nuevo la melancolía, en esa oportunidad, le hizo brillar los ojos.

—Estaré a unas cuantas millas, y cuando quiera, puede venir a visitarme.

—¡Lo haré! No lo pongas en duda... Además, tendré la excusa perfecta para visitar a los Grant. ¿Cuándo te marchas?

—Puede que esta misma noche. —Dependía de un par de detalles. Para ella y Hotah era lo ideal, no deseaban pasar ni un día más en Sacramento.

—¿Ya?

—Sí, solo me falta empacar unas cosas, y si no lo he hecho es por falta de maletas.

—Tengo un baúl que puede llegar a servirte si lo quieres.

—Un baúl sería fantástico, señora Williams. —Sonrió de par en par. Estaría bajo el techo Grant en un par de horas.

—Dame unos minutos, tiene unas tonterías de Norland, lo vacío y es tuyo —dijo, y se fue a por baúl.

A solas, contempló por última vez la fachada de la que dejaría de ser su casa. Dentro se habían gestado muchos momentos que atesoraría por siempre en su memoria y en su corazón, por fuera de ello, olvidaría lo demás. Olvidaría eso, la manifestación del odio y el prejuicio. Olvidaría y se marcharía decidida a luchar por sus dos grandes amores: Hotah, y la educación.

—Señorita Brosman... —Un susurro la convocó justo cuando estuvo a punto de cerrar la puerta tras su espalda. Al voltearse se dio de lleno con Brian O'Sean—. Si no es molestia para usted, me gustaría hablar de nuestra amiga en común.

La expresión en sus ojos rezaba urgencia.

—Por... por supuesto. ¿Quieres pasar así conversamos con calma?

—¿No le causaré inconvenientes, señorita?

En breve Philomina estaría de regreso con el baúl. Miró hacia ambos lados de la calle. ¿Qué habladuría más podían sumar en su nombre?

—No, ningún inconveniente, ven...

Le permitió el paso, y O'Sean no dudó en aceptarlo. Amy presentía que esa noche se marcharía de Sacramento con mucho más que su equipaje.

Desde el instante en que el juez Kingsman fue asignado a la causa del indio, Rider supo que sería un gran grano en el trasero para él. No se equivocó. ¡Poner al maldito salvaje en libertad condicional! Era un idiota. Uno que se combinaba con algo aún peor, una británica de cabellos rojizos que estaba decidida a hacerle la vida imposible. A descubrir y exponer la verdad, una más que indudable: él era el asesino de Jo Ellen.

La mató, sí. La muy desagradecida se lo ganó por despreciarlo, por rehuir de su futuro deber como esposa. Porque así lo había pactado su padre tiempo atrás, cuando apenas era una niña. Un favor de aquí, otro por allá. Un negocio posible por aquí, otro por allá. Cuando Carter estuvo a punto de la bancarrota fueron los ahorros de Rider los que sirvieron de base para su negocio de venta ambulante. Sin contar con que la mayoría de los preparados y emulsiones que éste vendía nacían entre las paredes de su boticaria. Era una labor en conjunto, y como interés de aquella primera transacción, se estableció el que sería un enlace matrimonial. Pero, claro... Carter pasaba la mayor parte de su tiempo recorriendo los estados aledaños, y sin su presencia en Sacramento, la coqueta muchacha hacía cuanto se le antojase bajo la muda aprobación de la madre. Rider lo sabía, Winifred estaba en contra de ese pacto entre hombres, lo despreciaba igual que Jo Ellen. Digna hija de su madre, la malnacida heredó la actitud desagradecida de la mujer.

En retrospectiva, hizo bien en matarla. ¡Jovencita promiscua! ¡Entregando su cuerpo a salvajes, y vaya a saber a cuántos hombres más! Libraba a la familia Carter de un juicio de valor en vida. De aquí a unos meses, Jo Ellen sería un recuerdo más que enterrado para el pueblo, y junto a él, también sería enterrada su falta de virtud. Si estuviese viva, otro sería el cantar. No, no... eso sería una huella imborrable, en especial para los padres. Viéndolo desde esa perspectiva, les hizo un favor. Hizo bien en matarla. Su único error fue no haberse cobrado con su cuerpo la deuda pendiente. Lo pensó, tarde, pero lo pensó. El cuerpo estaba frío, y sus ojos... ¡No pudo cerrarlos, y el desprecio estaba dibujado en su iris!

Analizándolo bien, cometió más de un error. Dejó cabos sueltos por actuar movido por la rabia. No volvería a suceder. La desprolijidad era común en un principiante, se dijo. Solo era cuestión de perfeccionarse. Planearlo. En primera instancia, requería de una coartada mejor que una puta de burdel. En segundo lugar, debería de comprobar el estado de la corriente del río antes de arrojar el cuerpo. Detalles más, detalles menos. ¡Maldición! Ahora debía encontrar la forma de compensar las equivocaciones antes de que la metiche británica y sus amigas obtuvieran certezas en su nombre.

Para colmo de males, como si con la maestra y el salvaje no tuviese suficiente, el imbécil de Brian O'Sean regresaba al pueblo. Mmmm... el olfato no le fallaba. El niñato se traía algo entre manos, no era casualidad su retorno en medio del juicio de...

Necesitaba saber cuál era el vínculo que lo unía a Jo Ellen, porque de ser uno íntimo — sospechaba que así lo era—, podría exponer una que otra situación comprometedoras que colocara, de manera definitiva, la lupa del juzgado sobre su cabeza.

¡Maldición! ¡Maldición! ¡Y maldita mujerzuela colorada!

Detestaba a Amy Brosman con todas sus entrañas. Siempre estaba un paso adelante de él... y ahí estaba ahora, conversando en el correo con O'Sean.

Observó la escena desde afuera. Era un especialista en el arte de entender las gesticulaciones ajenas, la experiencia en la atención al público lo había dotado de tan maravilloso don. El muchacho se sentía incómodo ante la maestra y la situación. Con suerte, el temperamento de la mujer lo agotaría consiguiendo el efecto opuesto, que cerrara su boca a cal y canto.

La vio alejarse y adivinó por sus facciones que no se marchaba con lo que había ido a buscar. Sonrió. Él sí lo conseguiría. Increparía al muchacho a la salida.

Se mantuvo oculto en uno de los pasadizos entre casas frente a las oficinas del correo. Desde ahí podía observar con detalle lo que sucedía dentro. Esperó. Contaba con todo el tiempo del mundo, además, la paciencia era otra de sus cualidades. ¡Vaya! Estaba dotado de muchas cualidades, pensó. Las mujeres de ese condenado pueblo no se merecían a un hombre como él. ¡Ingratas! Eran todas una réplica exacta de Jo Ellen. ¡Ingratas y mujerzuelas!

Para darle un buen uso a los minutos perdidos, buscó cerillas en el bolsillo del pantalón, cogió también un cigarro de elaboración propia, y lo encendió. Finalmente, casi junto a la última pitada, el cartel de cerrado decoró el vidrio de la puerta del correo. A los minutos, O'Sean abandonó el recinto.

¡Oh, no! No, no, ¡maldito O'Sean! ¿Qué demonios haces, imbécil?

Estaba tomando el camino opuesto al de su residencia. Fue tras sus pasos, resguardándose en los pórticos de las casas y los pasadizos. Quería pasar desapercibido. Supo de inmediato hacia dónde se dirigía el idiota: la casa de la señorita Brosman ¡Mierda!

Las supuestas cualidades de Rider se hicieron añicos contra el suelo. Perdió la paciencia y la escasa capacidad de pensamiento que tenía. Fue víctima inmediata de la desesperación. Y en hombres como Rider, la desesperación era peligrosa.

Ella lo dejó ingresar al interior de la casa. La búsqueda de indebida intimidad indicaba solo una cosa: los asuntos a tratar eran importantes y requerían de secretismo.

Las primeras gotas de sudor comenzaron a perlar la frente de Rider. Miró a ambos lados de la calle, una vez confirmado que nadie podía verlo, cruzó al otro lado, directo a la parte trasera de la casa de la maestra. La puerta que daba a la huerta estaba abierta, aun así, antes de ingresar, la bordeó hasta ubicarse junto a la ventana lateral del saloncito principal; estaba apenas entreabierta, para permitirle el ingreso a la brisa vespertina. Allí hablaban; puso todo de sí, alcanzó a oír parte de la conversación.

—Sé que todos la tratan de mujerzuela, pero era solo su fachada... una fachada que tenía como propósito aplacar las intenciones de Rider.

—¿Te refieres al matrimonio?

—Sí, el hombre no aceptaba el rechazo a su propuesta sin importar lo que Jo Ellen o su madre manifestaran... estaba decidido a forzar la unión bajo no sé qué argumento ¡Jo Ellen lo aborrecía! ¡Lo aborrecía, y me amaba a mí! —elevó la voz sumido en la desesperación.

Los dientes de Rider crujieron. Un poco más de presión y se quebrarían.

—Tranquilízate, Brian... tranquilízate. Creo que te vendría bien un té, ¿no es así? A mí me sentaría de maravillas, ¿qué me dices? ¿me acompañas?

No había que ser un gran experto para hacer la suma de las partes en la historia de la muchacha Carter. Era tan simple como uno más uno, y el resultado sería: el boticario.

Amy se perdió dentro de la cocina, dejando a O'Sean a solas. Los nervios lo hacían caminar de un lado al otro. Rider experimentaba la misma amarga inquietud, y ante la imposibilidad de comportarse como un animal enjaulado, volvió a hurgar en sus pantalones en busca de otro cigarro. Las manos le temblaban, no podía evitarlo, la cerilla encendida se escabulló por entre sus dedos y cayó al suelo. Los restos de aserrín, producto del corte de leños para la cocina, entraron

en contacto con la pequeña llama, y comenzaron a encenderse poco a poco. Intentó apagarlo con el pie, sin dar alerta sobre su presencia. La conversación se reanudó ni bien Amy regresó al salón.

—La infusión está reposando... mientras tanto, Brian, ¿puedo hacerte unas preguntas? —Él asintió—. ¿En alguna oportunidad Jo Ellen te habló del comportamiento indebido de Rider para con ella?

—Todo el tiempo... rehuía de él cuando podía, y si no lo lograba, se valía de su hermano o su amiga para nunca tener que lidiar sola con ese desgraciado.

—¿O sea que Jo Elle te expuso a ti su recelo para con él, su temor?

—Sí, por eso íbamos a marcharnos a San Francisco... yo solicité mi traslado a esa localidad. Nos marcharíamos y nos casaríamos. Lejos de Sacramento, de las opiniones de todos... pero en especial, lejos de él.

¡Maldito imbécil! ¡Tú, tu boca y tu puta muerta! ¡Todos pueden irse al mismísimo infierno!

La sensación de calor junto a su pierna le hizo apartar la mirada de la escena en dirección a sus pies. ¡Mierda! No había conseguido apagar ese pequeño inicio de llama, y ahora se estaba expandiendo. Intentó cubrirla con tierra... intentó. Se detuvo. Sonrió. Observó como el fuego crecía.

¡Él se encargaría de enviarlos al infierno!

Sí, había prometido ser cuidadoso en esos asuntos, no cometer errores. En fin... cuando uno se encuentra ante las oportunidades, tiene que tomarlas. Cogió un puñado del polvillo de leño y, a gachas, se encaminó hasta la puerta principal. Trabajó el picaporte con una de las sillas dispuestas en el pórtico. No podrían salir por ahí. Arrojó el polvillo, encendió la cerilla sobre él y regresó sobre sus pasos.

El giro que tomara la conversación le importaba poco. Fue directo a la parte trasera, la puerta abierta se comunicaba con la cocina. Buscó material inflamable allí, no era estúpido, las cerillas y el aserrín no harían milagros. Halló una lámpara de aceite y dos botellas de licor. Con estas últimas, humedeció las cortinas.

—¿Y Hotah? ¿Ella te habló de una relación con él?

—Sí, no... en realidad, no existía una relación como la que dicen que tuvieron...

—¿Íntima?

—Sí, íntima, eso jamás sucedió, Jo Ellen coqueteaba con él porque sabía que la trataba como a una niña, que no se propasaría. Además, Rider jamás se atrevería a desafiarlo, le temía. ¡Siento mucho que lo culpen de algo que no es más que una acusación absurda!

—¿Tú no crees que Hotah sea el autor de su muerte?

—¡Por supuesto que no! Si hay un culpable aquí, es ese maldito boticario.

Los pasos resonaron en dirección a la cocina. Rider encendió la lámpara y arrojó las cerillas que le quedaban en las cortinas húmedas. La reacción fue inmediata. El fuego se expandió como una epidemia.

—¿Qué... qué demonios?! —balbuceó Amy al encontrarse con ese inesperado cuadro ardiente en la cocina.

—¡Muchacho idiota! ¿Por qué no te quedaste en San Francisco? —Rider elevó la lámpara. Amy interpretó lo que pretendía.

—Rider, baje esa lámpara, por favor...

—Lo haré, por supuesto que lo haré, siempre y cuando caminen... caminen sobre sus pasos. ¡Vamos! —Les gritó fuera de sí—. ¡Beberán el condenado té en otra ocasión!

—¡Usted está loco! —gruñó O'Sean—. ¿Qué pretende ahora, matarnos a nosotros?

Retrocedieron hasta estar de nuevo en el salón. El humo del incendio se filtraba hacia el

interior desde la ventana y la puerta.

—En realidad, como me siento responsable de tu tristeza, pretendo reunirme con tu amor... — Se burló. Había perdido la cordura, y eso sería la condena de los tres—, así dejas de extrañarla. De paso, me haces un favor y te llevas contigo a la metiche de la maestra...

—¡Señor Rider, todavía está a tiempo de detener esta locura! —Amy quería establecer un puente de empatía con él—. Estoy más que segura que lo de Jo Ellen fue un accidente... la desesperación hizo lo demás, puedo entenderlo.

—No, lo de Jo Ellen no fue un accidente, ¡fue un escarmiento! ¡Alguien debía de aleccionar a esa mujerzuela barata! ¿A quién engañamos aquí? El futuro de Jo Ellen se encontraba en el burdel de Madame Margot.

—¡Maldito bastardo!

Brian no contuvo su ira, se lanzó sobre el cuerpo de Rider. Cayeron juntos al suelo, golpeando primero contra la biblioteca, donde impactó la lámpara; el camino marcado por el aceite fue correspondido por la llama. Los libros que reposaban en el piso, a la espera de ser empacados, ardieron a la par de la alfombra.

—¡Cielo santo! —gritó Amy. Intentó ir hacia la puerta, clamar por ayuda, aunque el fuego le impidiera salir.

—¡Oh, no, tú no irás a ningún lado! —Rider se libró por unos segundos del agarre del muchacho y la tomó por unos de los talones.

Ella trastabilló, cayó sin mucho control sobre su cuerpo; su cabeza golpeó contra la mesa contigua al sofá. Sintió un líquido tibio recorrerle la frente, le cubrió los ojos; era sangre. Todo alrededor dio un brusco movimiento. Los sonidos guturales de pelea de los hombres se hicieron lejanos, y de un instante a otro, todo se volvió negro.

El pastor Williams era peor que un niño, parecía incapaz de desechar sus juguetes. Llámese juguetes a herramientas oxidadas y cacharros de antaño. Cuando su esposo estuviese de regreso en casa, lo obligaría a poner orden en sus pertenencias. Philomina arrastró el baúl, pesaba. Se tomó su tiempo, un minuto más o menos no haría la diferencia. Prestó atención al camino, no quería dañarlo con alguna piedra o ensuciarlo más de lo que estaba. Una vez en lo de Amy, se encargaría de quitarle el polvillo. Una vez en lo de Amy... si es que lograba llegar. ¡Ufff, sí que era pesado! Se detuvo, y recién ahí se percató de la fatalidad que ardía ante sus ojos. La primera reacción fue cubrirse la boca con las manos por el espanto. La segunda, fue correr. Correr al grito de... ¡Ayuda! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Ayuda!

Al llegar al pórtico comprobó que la puerta estaba trabada con una silla; la misma ardía como el resto de la madera que recubría todo el frente. Intentó, desesperada, un camino alternativo; bordeó la casa a paso apresurado. En medio del humo negro que empezaba a cubrir el alrededor del lugar, chocó con un cuerpo cubierto con hollín y con rastros de sangre en el rostro.

—¡Rider! —gritó de espanto, juraría que vio a el diablo en persona en los ojos de ese hombre.

—¡Hágase a un lado, maldita chismosa religiosa! —La empujó para darse a la fuga.

Philomina cayó de rodillas al suelo, y ahí se quedó, producto del espanto, hasta que fue asistida por Betsy Murray.

—¡Por todos los santos del cielo! ¿Qué ha ocurrido? —La ayudó a incorporarse.

—¡Rider! ¡El fuego! ¡La señorita Brosman! —La pobre mujer no pudo articular una oración como era debido.

—¿La señorita Brosman está dentro de la casa? —Philomina asintió—. ¡Joe! ¡Joe! —llamó a su esposo—. ¡La maestra está dentro! ¡Niños, a por agua ya!

Los mellizos, los vecinos de los alrededores y cuanto transeúnte se cruzó conformaron un frente de ataque contra el fuego.

El viento no solo hizo danzar por el cielo de Sacramento la espesa capa de humo negro, también extendió como un eco el pedido de socorro.

El mal augurio aprisionaba el pecho de Hotah desde primera hora de la mañana, y le bastó ver las nubes de hollín para confirmarlo. Hasta Krystal, la yegua, se mostró inquieta. Lannis fue el encargado de darle contexto a la agobiante sensación.

—¡Fuego, Hotah! ¡La casa de Amy! ¡Fuego! —El pobre viejo utilizó toda la fuerza de sus pulmones en ese grito. Se dejó caer en los escalones de la herrería para recuperarse.

Hotah montó a Krystal, apenas tuvo que guiarla, las patas del animal galoparon furiosas, ansiosas, como si supiera que la vida de la maestra dependiera de ella. Atravesaron el pueblo en un abrir y cerrar de ojos, fue acompañado de un centenar de murmullos. En ese pueblo, las noticias corrían más rápido que las llamas y los mejores corceles. El salvaje ya no era salvaje. El asesino ya no era asesino. Ahora era el hombre que todos esperaban que cumpliera con la noble acción de rescatar de las fauces del fuego a la mujer amada.

Las llamas crecían, crecían, el agua no las domaba, y nadie... nadie se atrevía a cruzarlas.

Ni bien descendió de la montura, fue hasta aljibe. Allí se empapó con agua. Joe Murray se acercó a él.

—Las dos entradas han sido tomadas por el fuego —le informó, como una excusa o una disculpa.

Hotah no hizo comentario. Una vez mojado de pies a cabeza, se cubrió la nariz y la boca con una pañoleta húmeda.

Se abrió camino entre los hombres, evaluó con rapidez el estado del pórtico. Tomó un tronco como elemento de empuje y golpeó la puerta en llamas hasta derribarla. Traspasó el fuego, y se perdió dentro de la casa.

El humo lo hizo toser, le ardieron los ojos de inmediato. El lugar era un infierno. Apenas podía ver bien.

—¡Ayuda! —oyó una voz ahogada. Avanzó—. ¡Ayuda!

Una mano se aferró a su pantorrilla izquierda. Levantó el cuerpo. Era Brian, el muchacho del correo.

—¿Puedes caminar? —Él negó. La cargó sobre su hombro y volvió sobre sus pasos. Cruzó el pórtico, lo alejó cuanto pudo de la casa y lo recostó en el suelo.

—¿Amy? ¿Amy está adentro? —asintió.

—Jun... junto...al... —Apenas podía hablar. Y antes de que pudiera terminar, Hotah se adentró al lugar con los murmullos que pronosticaban lo peor a su espalda.

El panorama era desalentador. El fuego no podía contenerse y, como gente del desierto que eran, sabían que la única manera de combatirlo era rodearlo para que no se dispersara y esperar a que se consumiera. La lluvia jamás sería aliada en esas tierras.

El Pastor Williams inició una plegaria en voz alta. Philomina se sumó a él y, uno a uno, el resto de los presentes también lo hicieron. Devotos a no, rezaban... rezaban mientras contemplaban cómo la fachada de la casa ardía, borrando para siempre las furiosas expresiones de un pueblo desbordado de odio y recelo. *Mujerzuela... Amante de indios... Alma impía.*

El dintel de la puerta fue consumido por el fuego, provocando el desmoronamiento del acceso principal. Betsy abrazó a sus mellizos, les cubrió los ojos, no quería que vieran el

inminente final. La casa era una trampa mortal.

Krystal relinchó. Sacudió con violencia la cabeza. Alzó las patas delanteras. Piafaba con furia...

El silbido fue imperceptible para todos, a excepción del animal. Sus patas rascaron la tierra, golpearon fuerte. Una vez, otra vez... resopló, los ollares se ensancharon y, ante la mirada desconcertada de los presentes, se largó al galope en dirección a la casa. Con un salto majestuoso cruzó la baranda del pórtico y traspasó los cristales del ventanal hasta que su cuerpo se mezcló con las llamas. Los gemidos de asombro fueron la melodía perfecta para tal magnánimo acto de heroísmo animal. En segundos, la yegua volvió a atravesar la ventana en sentido opuesto, y en esa ocasión, no lo hacía sola, cargaba en su lomo a Hotah y a Amy, sanos y salvos.

No se detuvo, cabalgó lejos, fuera de los límites del pueblo... regresaba a su hogar. Los tres lo hacían.

De ahí a un tiempo, el relato de lo sucedido esa noche sería una anécdota que se convertiría en leyenda. Una que hablaría de los prejuicios extinguidos, del odio que sería desterrado y del amor... el amor verdadero.

No hagas al otro lo que no te gustaría que te hicieran a ti. Incluso si se lo merecían, pensó Amy Brosman con una infinita tristeza. No había victoria allí, solo pérdida y derrota. Jo Ellen no volvería, no verían su sonrisa nunca más, ni sus coqueteos descarados, ni su vivacidad. Rider tras las rejas solo arrojaba sobre ellos calma, y sobre los Carter, justicia.

Mientras Sacramento convulsionaba y se levantaba contra el asesino, Hotah, Amy y Elsu viajaron hacia las tierras Foster, para brindar el consuelo a las víctimas. Winifred Carter no tenía más lágrimas por derramar, se la veía apagada, pero también un poco más serena. Observaba a Barton de soslayo, intentaba nutrirse de él, mantener la fuerza para el hijo que la necesitaba. Elevaba una promesa muda de hacer las cosas de otro modo con el pequeño, oír sus deseos, priorizarlo por sobre una sociedad que lo golpearía si cometía un error.

Rider en prisión era el primer paso, el siguiente, el reemplazo del sheriff. Wilbur había demostrado no estar a la altura de las circunstancias, no solo una vez, sino dos. Ebrio cuando sucedió lo de Thelma, cegado cuando la desgracia tocó a Jo Ellen.

Esos cambios llegaban con uno más, el dictamen del juez Bruce Kingsman que quitaba de los hombros de Hotah la libertad condicional y lo proclamaba, a viva voz, como un hombre inocente.

La vida regresaba a su cauce, como un río que se había desbocado tras la tormenta, pero que recordaba cuál era su camino. Y el sendero tenía un único destino: las caballerías Grant. Quedaban algunos asuntos pendientes entre ellos que debían tratarse sí o sí en aquel lugar.

Amy se vistió para la ocasión, con un traje de montar cortesía de Chelsea, la muchacha a sus quince años tenía la complexión de la menuda maestra; sus pertenencias habían ardido en el incendio. ¿Qué mejor manera de decirle adiós al pasado? Nada material la anclaba, su espíritu era más libre que nunca. El celeste no era su color, pensó al ver su reflejo en uno de los cristales, pero no le importó; la vanidad no era uno de sus rasgos predominantes. Además, prefería enfocarse en otra clase de belleza, en esa que se presentaba ante sus ojos invitándola a retratarlos.

Hotah se hallaba junto a Elsu, estaban colocando las riendas a uno de los potros nuevos, un Appaloosa moteado, con patas delgadas y ágiles y un lomo que se fortalecía por los cuidados del hombre y el niño.

La forma de hablar de ambos era hipnótica, el niño aprendía a susurrar calmo para transmitir esa serenidad a los animales. Lástima que no fuera suficiente para Amy.

—Elsu, ni se te ocurra... que los estoy mirando —dijo en tono alegre, cuando notó que el pequeño se iba a subir a grupas sin silla.

—Tiene que ser así, señorita Brosman. Primero se acostumbran al jinete y luego a la silla.

—Y me parece muy bien, pero no en mi presencia. —Hotah sonrió, Elsu bufó y le brindó una disculpa al ansioso potro—. Tenme paciencia, ya ves, puedo entrar a una caballería y hasta acercarme. Algún día te podré ver cabalgar sin sentir que alguien está aprisionándome el corazón.

—Venga, yo la ayudo...

—De eso mismo quería hablar contigo. —Buscó con la mirada a Hotah, y se encontró con esos ojos negros de hechicero que la habían cautivado desde el primer encuentro. En ellos se escondía el mundo, un mundo en el que quería habitar por siempre—. Alguien me explicó una vez

que la mejor forma de ganarle a los miedos es, primero, derribándolos, y luego, construyendo buenos recuerdos sobre las cenizas de los malos, de modo que nunca puedan volver a crecer allí.

El niño dejó de poner atención en el animal para hacerlo en Amy, veía la superficie acuosa de su mirada miel, sin comprender la emoción del momento. Buscó el apoyo de Hotah, que también estaba conmovido y lo observaba como si intentara encontrar en él la respuesta. ¿En él?, pensó Elsu. El recelo se abrió camino en su pecho, le pedirían algo que no podría cumplir, fallaría y lo echarían de allí también. Elevó el mentón, sacó pecho y abrió apenas las piernas para equilibrar el peso de su menudo cuerpo, se meneó sobre los talones en un porte de completo desafío, para demostrar que no le importaba, que no le dolía que lo abandonaran una vez más, que lo reemplazaran, que...

—Cuando era pequeña, en una cuadra sucia de Inglaterra, mi familia de sangre me abandonó —dijo Amy, cortando con el discurso mudo del niño—, de modo que la mejor forma de romper con eso es aquí, en una cuadra limpia de California, construir una nueva familia, una que jamás me abandone. Hotah ha aceptado. ¿Tú, Elsu?, ¿aceptas ser la familia de Hotah y mía?

Elsu soltó las riendas, sus dedos se aflojaron uno a uno, de manera lenta. Miró a Hotah, a Amy, a esos dos que esperaban su respuesta, y salió corriendo. Pasó entre los cuerpos con un empujón, y dejó que sus piernas delgadas y fuertes lo llevaran lejos de allí.

—¡Oh! —La angustia creció en el pecho de Amy—, oh, no, lo he arruinado todo. —Quiso ir tras sus pasos, los brazos de Hotah la retuvieron.

—No, Amy, no lo has hecho. Necesita un tiempo para procesar la emoción, nadie lo ha amado jamás, nadie le ha ofrecido una familia jamás, un lugar, un corazón, una esperanza. Algún día te explicaré, mi querida bruja de cabellos rojos... —dijo Hotah enredando los dedos en los mechones de Amy para luego reclamar sus besos—, lo aterrador que es tu amor.

—¿Aterrador? —Le acarició el mentón, exploró la mirada negra.

—Sí. Todo lo transformas a tu paso, construyes mundos, lazos. Haces a todos mejores, me haces a mí un mejor hombre, pero no me dejas la posibilidad de regodearme en la victoria. Que me quieras me vuelve humilde y soberbio al mismo tiempo... un ganador que se postra sobre su vencedora. Siempre pensaré que no lo merezco, y eso me llevará a un esfuerzo por enamorarte cada día. Sé que habrá noches, como las que pasé en tus brazos, en que sentiré que no hay persona más dichosa que yo, y que, si tus ojos me han elegido, si tu corazón me ha reconocido, entonces sí soy digno. No sé de diccionarios, tú eres la maestra, así que dime, ¿no es esa la definición de gloria?

—Pensé que ya lo sabías, Hotah, nosotros escribimos nuestro propio diccionario. Ahora esa será la definición de gloria: yo en tus brazos, tú en los míos... y un hijo rebelde que debemos convencer. —Se puso de puntas de pie, para trepar por el pecho firme hasta poder enredar sus manos en la nuca y obligarlo a sellar el momento con un beso.

Sobre las cenizas del dolor, colocaban la primera piedra de una nueva vida.

¿Doncellas? Eso no existía en las tierras Grant. A las mujeres les encantaba encargarse ellas mismas de todas las tareas; preparar las maletas de Amy no fue la excepción. Era un arte hacer tanto alboroto con las pocas pertenencias que poseía, pero Sandra Grant hacía de los desafíos su néctar.

—Un pajarito me contó que lo nuevo aguarda por ti en Boston. No veo la hora de poder hacerme un vestido con esa aclamada modista que viste a la marquesa de Aberdeen. —Amy sonrió ante las palabras de la matriarca; todas sabían que Nora era el opuesto a la ostentación y que se incomodaba un poco cuando le recordaban su título.

—Estoy segura de que le encantaría, tiene buen gusto sin olvidar la funcionalidad.

—¡Oh!, es la mejor clase de buen gusto. Yo, confieso, no lo tengo... —La mujer ocupó las manos doblando prendas al azar—. El recuerdo se ha teñido con el tiempo, arrojando su manto de benignidad, pero se lo he hecho pasar de horrores a mi querida Emily en Londres. Menos mal que mi yerno pudo ver más allá de la superficie...

—No se preocupe... —Amy le brindó un cariñoso abrazo—, yo tampoco tengo buen gusto, por eso dejo que Clarise haga todo por mí.

—Como sea... al ser la mayor de esta carabina, me tocaría entregarte algo viejo, pero no lo haré. Casi todo lo que poseo es bastante nuevo, de modo que le robé el privilegio a tus amigas y te entregaré algo azul.

—Oh, no es necesario.

—Sí, sí lo es. Además, eres la única que se casa fuera de mis tierras, por ello tengo que estar presente a lo grande de otra manera.

—Me da miedo preguntar.

—Y lo bien que haces... —dijeron Thelma y Salma al unísono. Las hermanas Foster, en cambio, reían por adelantado, acostumbradas a las extravagancias de la adinerada mujer.

—¡Están asustándome demasiado! —Amy palideció, y su color se aclaró aún más cuando vio el enorme cofre que le alcanzó Sandra Grant.

—Oh, no, no, no... no necesito ni abrirlo para negarme. Esto...

—Querida, primero, no acepto un no por respuesta. Segundo, quiero que sepas que su valor material no es nada en comparación con lo que tú nos has dejado, otra clase de valores, unos que no se pierden con los años. Le has enseñado a este poblado la importancia del amor y del coraje, eres pionera en educación, no solo en el aula. Las personas que se han atrevido a amar por sobre los prejuicios son quienes deben llevar el estandarte; las generaciones futuras te lo agradecerán. Tú y todas ellas que lo hicieron inspirarán a otras, y otras, y otras. Y algún día, en algún libro, alguien contará la historia de esa valiente señorita británica que llegó al oeste de Estados Unidos para mostrarnos que ser salvaje no es algo de pieles, salvaje es solo aquel que deja que el odio gane. Y cuando cuenten esa historia... —Abrió el cofre—, quiero que digan que esa grandiosa mujer llevaba una corona forjada de oro Grant. ¿O qué creías?, ¿que te permitiría todo el protagonismo? —Las mujeres rieron a carcajadas. Todas salvo Amy, quien dejó su estado catatónico para abrazar a la matriarca.

No creía ser capaz de lucir aquello, y lamentó no poder negarse. Ante ella, una diadema de oro blanco con incrustaciones en zafiros azules, con unos pendientes y una gargantilla. Casi carcajeó al pensar en el impacto que debió provocar Emily Grant en Inglaterra, al ser burguesa y cargar con joyas dignas de una reina.

—Nosotras seremos más humildes —intervino Salma—, y lo bueno de que nos corresponda entregarte algo prestado, es que te obligaremos a un reencuentro para que lo devuelvas.

—¡Salma! —la reprendió Thelma.

—Lo siento, no voy a esconder que la extrañaré como mil demonios. Sacramento sin ella será demasiado pacífico, y la paz es sinónimo de aburrimiento. Como sea... ya tienes a tu hada madrina con la corona, te faltan los zapatos de cristal y un bolso haciendo juego.

—¡Siempre lo he pensado! —dijo Thelma—, ¡qué incómodo el zapato de cristal, sin contar con que jamás encontrará un bolso a juego!

Salma le entregó los zapatos, los mismos que ella había usado para caminar hasta el altar, y Thelma le entregó un diminuto bolso. Las hermanas Foster se encargaron de lo que no sería llevado en la boda, pero que era estrictamente necesario para la noche. Un hermoso camisón con

salto de cama, tan osado y sensual que consiguieron que hasta Sandra Grant se sonrojara.

—Nosotras somos las amistades divertidas —dijo Brithany—, recuerda eso. Cuando quieras portarte mal...

—No voy a preguntar cómo una muchachita soltera sabe de estas cosas... —dijo la matriarca, y Megan y Amber se rieron a costa de su hermana. Continuaron con la charla llena de gritos, exclamaciones y carcajadas, hasta que un rostro que se asomaba por el borde de la puerta las llamó al silencio.

—¿Elsu?

—¿Puedo hablar con usted, señorita Brosman?

—Claro que sí. —Las muchachas dejaron lo que estaban haciendo para brindarles privacidad. El niño se sentía algo intimidado por la gran casona de los Grant y el lujo que lo rodeaba. Al igual que Hotah, prefería los espacios abiertos, la naturaleza y la magnificencia que ella otorgaba. Amy se sentó en el borde de la cama—. ¿Qué sucede, Elsu?

—¿Aún quiere ser mi madre?

—Sí, Elsu.

—¿Aunque haya salido corriendo?

—Sí.

—¿Aunque no haya venido a verla por dos días?

—Sí.

—¿Aunque quiera montar a caballo?

—Sí.

—¿Aunque me porte mal a veces? —Movi6 la punta del pie sobre el suelo, sin animarse a unir la mirada con Amy.

—Sí, pero que sea solo a veces, ¡eh!... digamos... Mmmm... dos veces por semana te puedes portar mal. ¿Qué dices?

El niño permaneció de pie, quieto. Miró la puerta, contempló la posibilidad de escapar una vez más. El amor de Amy Brosman era aterrador, Hotah tenía razón. ¿Cómo se respondía a un cariño tan grande, tan puro, que no pedía nada a cambio? En el último instante, tomó coraje, y en lugar de huir, corrió al encuentro de los brazos de la maestra. Se cobijó entre ellos, trepó, hasta rodearla con piernas y brazos, y hundir la cabeza en su cuello para que no lo viera llorar.

Ahora Elsu también conocía el significado de la palabra gloria.

EPÍLOGO

El tren disminuyendo la velocidad, el cielo plumizo, la brisa gélida que parecía detenerse para susurrar la premonición de nevada... Boston los recibía de gala para la boda.

Hotah no se amedrentó ante las bajas temperaturas, la llanura en la que creció, esa que le entregaba la mitad de sangre búfalo, conocía de lagos helados y vientos fríos. Elsu, en cambio, mantenía la sangre tibia a fuerza de emoción. La primera vez en ver nieve, la primera vez en viajar en tren, la primera vez en tener alguien contra quien acurrucarse cuando la noche lo cubría con su manto y los fantasmas lo asaltaban en sueños.

El duro viaje fue para el niño una aventura que forjaba más y más los lazos con su nueva mamá. Ya no la trataba de usted, y empezaba a fantasear con la idea de convertirse en el alumno preferido del aula. Él, el desplazado, pasaba a ser el privilegiado. Tenía a la señorita Brosman para él a todas horas del día...

Bueno, cuando no se la disputaba con Hotah.

Los primeros copos de nieve se depositaron en sus mechones negros, y elevó el rostro para recibirlos en las mejillas. Así, con Hotah y Amy abrazados mientras Elsu danzaba bajo el invernal cielo, los encontraron Nora y Charles.

—Querido amigo... —Miler palmeó la espalda de Hotah primero, para luego convertirlo en un abrazo brusco, de esos que solo se dan entre los hombres—, otro que ha caído bajo las invasoras intenciones de los británicos. Intentan volver a dominarnos...

—Esta vez con una estrategia mejor, si hasta camino por mis propios medios hasta la horca, ¡y con una sonrisa!

—Te he oído, Hotah, te he oído... —Amy estaba prendida a Nora. Entre ellas el abrazo fue imposible, pues el vientre de la marquesa era un impedimento.

—Déjalos que bromeen, así se convencerán de que es decisión de ellos. —La señorita Brosman apoyó la mano en la abultada panza de Nora—. El mío llegará en breve, pero déjame ver al tuyo. Hola, Elsu, ¿te acuerdas de mí? Nos hemos cruzado en Sacramento.

—No, señora.

—Milady... —lo corrigió Amy, y Elsu frunció el ceño—, el trato hacia ella es el de milady.

—¿Como milady Kathy? —preguntó. Durante el viaje, su nueva mamá le había relatado la vida en Inglaterra y las personas a las que ella consideraba familia. Las jóvenes británicas sonrieron.

—Puedes llamarme Nora, y a él, Charles. Dejemos ese protocolo inglés lejos de nosotros por ahora. Vamos, el carruaje nos espera, que en cualquier momento esta nevada se convertirá en tormenta.

Subieron al coche de Miler, quien intentaba no ostentar escudos salvo que la situación lo ameritara, y conversaron de todo un poco. Se hospedarían en la mansión del matrimonio en la ciudad, donde también se daría una reducida cena de boda.

—He invitado a Clarise a pasar una temporada con nosotras...

—Ya ves cómo nos tienen en cuenta, Hotah.

—Oh, nada de quejas, que ya la tendrá para toda la vida. Solo pienso robarla un par de noches... —Nora sonrió con ternura al ver la expresión en Amy cuando ella hizo mención al resto

de la vida. Esa era la clase de felicidad que uno desea para las personas que quiere.

Los días siguientes se dieron en una vorágine citadina que Amy no recordaba haber extrañado tanto. Pruebas de vestido, elección de menú y paseos. Muchos paseos. Llevar a Elsu a conocer cada rincón, caminar por las aceras de Boston, apreciar una de las ciudades más progresistas de América.

Hotah y Amy vivieron esos días como un renacer, entre ellos se daba un cortejo que jamás creyeron posible. Visitar parques, ir al teatro, o solo compartir un momento con chaperonas resguardando el buen nombre de la pareja; una idílica burbuja, un viaje a un mundo mejor, sin prejuicios ni leyes que amenazaran al amor y la igualdad.

El día de la boda nevó, la señorita Brosman lucía acorde al paisaje, y Hotah sintió que se le cortaba el aliento. La observó dirigirse hacia él, con el fondo blanco, su vestido sencillo del mismo tono y el cabello rojo, que refulgía como un nuevo amanecer. La unión se llevaba a cabo en las oficinas del juzgado, no había iglesia para ellos, ni religión. Solo un papel emitido por uno de los estados de Estados Unidos de América que los protegería de las injusticias.

—No lo sé —murmuró Amy antes de que los llamaran para firmar—, se lo prometí a mamá Grant, pero siento que es ridículo. No va ni con el vestido, ni con el evento...

—¡Patrañas!

—¡Señora St. Jordan! —exclamaron las tres amigas al escuchar a la recatada viuda lanzar un insulto.

—Lo siento, pero, niña... ridículo es el pájaro muerto que se ha puesto la señora Sullivan —dijo en un susurro dirigido a su amiga, la mujer que supo cumplir de carabina en el pasado—, a esa cantidad de quilates jamás se le puede decir ridículo. Además, es solo un momento, regálate el instante de sentirte reina...

Se giró hacia su futuro esposo, los ojos de él, serenos como agua de un estanque, le recordaron que ya era la mujer más afortunada. Bien podía lucir una corona.

—Esa es mi niña... —St. Jordan estaba feliz, había conseguido que dos de las tres muchachas se casaran, y eso que, mentalmente, había apostado a que la señorita Brosman sería la última, si no era que moría solterona—. Ya tienes algo azul, algo nuevo, algo prestado...

—Lo que me recuerda... —dijo Nora, y buscó en su bolso una carta—, algo viejo.

—¿Qué es?

—Tendrás que leerlo, pero creo que es evidente, si se necesita algo antiguo, mejor recurrir a Inglaterra, allí sobran las cosas viejas.

Amy se hizo a un lado al reconocer la letra de Lady Katherine Richmond. Había recibido un telegrama, gracias al nuevo cableado trasatlántico puesto en funcionamiento dos años antes, lo que le había dado el tiempo de enviar la misiva con las felicitaciones y algo más.

Mi querida Amy, nuestra querida Amy,

Nos hemos enterado de las buenas nuevas y todos aquí somos felices por tu dicha. Enviamos por barco abrazos, besos y bendiciones. Desearíamos estar allí, presentes en cuerpo, pero nos ha sido imposible. Dejamos que nuestros pensamientos viajen tras el océano para acompañarte en este día y en los que vendrán, que sé, en mi corazón, serán dichosos.

No me cabe duda de que has conseguido una unión por amor. ¿Qué otra fuerza podría arrastrar a mi rebelde Amy al altar? Tu carácter de fuego que adoré desde que te conocí solo nutre la sinceridad en ti. Y responderé a esa sinceridad con más honestidad.

Lord Richmond ha llevado a cabo una investigación de tu prometido, quizá cuando leas esta carta, esposo; como los recursos desde aquí son limitados, recurrió a la única

persona que lo conoce: Lord Webb. Colin Webb habló maravillas de Hotah, sobre todo, de su don para la cría y doma de caballos. Si alguien con las caballerizas de Webb dice que se trata del mejor, no nos quedan dudas. De sus dotes humanas, no conozco mejor criterio que el tuyo, querida Amy, por lo que sé que es un gran hombre. Lo que nos lleva a otras verdades, una en especial que me rebalsa el corazón: siempre deseé tu regreso.

Ya conoces el amor, mi niña, a veces es una batalla entre la felicidad de quienes queremos y el egoísmo de necesitarlos; pero cuando el cariño es sincero, gana siempre el primer platillo. Antes de que te marcharas, pensábamos con Anthony regalarte una casa en Londres, para asegurarnos tu bienestar, además de una dote por si este día llegaba. Hemos cambiado de parecer... aquí, nuestro regalo, algo «antiguo» que portar en tu boda. Las caballerizas que posee el marquesado en Glasgow te pertenecen; las cuestiones de notarios, rentas y administración las tiene Lord Miler a su disposición. Las mismas entregan una renta anual que se les será enviada a cada cierre de libros. Asuntos que, quien te escribe, desconoce con completo.

Ansiamos verte pronto, conocer a ese gran hombre y saber más de Elsu. Intentaré mover a este viejo cascarrabias a quien yo he entregado el corazón para visitarte en breve; tus hermanos te envían saludos y todos de amamos con el corazón.

Mientras tanto, ama, ríe, vuela, goza, sé libre, rebélate, desafía y piensa cada tanto en nosotros.

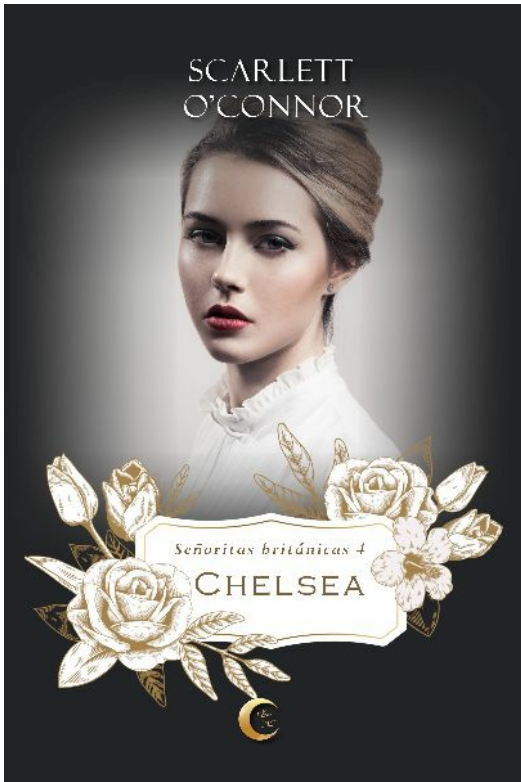
*Con todo el cariño,
Kathy y Anthony.*

Se secó las lágrimas justo a tiempo para entrar a la oficina. Los papeles dispuestos, los testigos sonrientes y un oficinista cansado que, en honor a su trabajo, expresó:

—Los declaro marido y mujer, puede besar a la novia.

Y los labios de Hotah no vacilaron. El cielo se abrió, el sol brilló, y les mostró el camino. Estaban en el este, el ocaso aguardaba por ellos. Ese siempre sería su destino, el del sendero del sol.

PRÓXIMAMENTE



NUESTRO CATÁLOGO



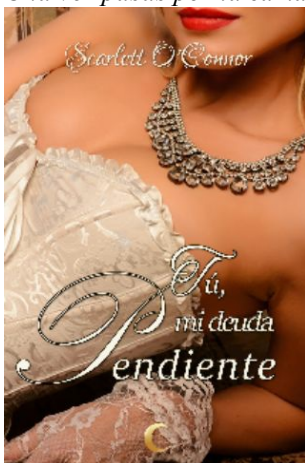
Melanie Rogers y Scarlett O'connor se reúnen para escribir una novela erótica que no podrás dejar de leer.

"Recuerda siempre leer la letra pequeña".

Xaviera Fontaine estaba desesperada, día a día, su marido se distanciaba de ella. Por eso, cuando Alice le habla del mejor amante de la ciudad, no duda en recurrir a él para descubrir los placeres del sexo y reconstruir su matrimonio.

Pero nadie le advirtió...

Una vez pasas por la cama de Leonard, no vuelves a ser la misma mujer.



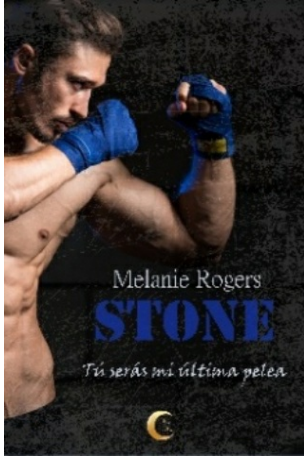
¡Scarlett lo ha hecho de nuevo! «Tú, mi deuda pendiente» es una novela llena de sensualidad y erotismo que te volverá a hacer creer en el amor.

-Melanie Rogers

Una traición ha llevado a la ruina a su familia. Anthony Richmond desea que el traidor pague con sangre, pero cuando Lady Katherine se presenta sola en su casa de soltero a clamar por la vida de su hermano, los planes de venganza tomarán otro rumbo. Uno mucho más placentero para el marqués de Shropshire:

Seducirla, mancillarla y pasar por el lodo el apellido Aldridge, como ellos hicieron con Richmond.

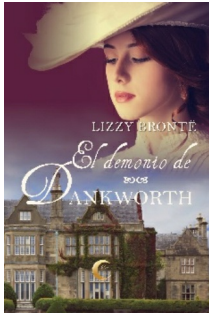
Pero nadie le advirtió. Lady Katherine puede ser tan buena contrincante como él en el juego de seducción.



*Melanie regresa golpeando fuerte. Peleas clandestinas, mafia, odio y, por supuesto, AMOR con todas las letras. Una historia adictiva. -Lizzy Brontë
Una mujer. Un pasado. Y la pelea de su vida.*

Vince "The Stone" Flynn sobrevive en las sombras. La noche es su fiel compañera, en ella oculta los fragmentos de una vida que quiere dejar atrás. Por desgracia, la presencia de Katrina, una mujer que oculta un pasado igual de oscuro que él, lo arrastrará directo al infierno del cual escapó tiempo atrás.

*Golpe a golpe, así recordará quién es.
Puño contra puño, así reclamará lo que es suyo.
No hay reglas. No hay piedad. Solo... ganar o morir.*



*Un sinfín de emociones. Eso es lo que promete Lizzy Brontë con esta novela de romance gótico. Miedo, misterio y amor se entremezclan para crear una historia adictiva.
-Scarlett O'Connor.*

¿Quién estaría tan desesperada como para casarse con el Demonio de Dankworth?

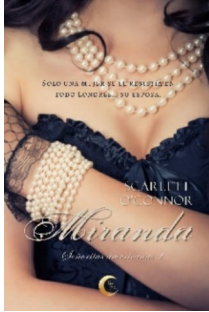
Diane Mayer, la huérfana del Barón de Tavernier, está atrapada en una vida que no tiene buen presagio. Los avances de su libidinoso tío son cada día más osados, y la única salida que es capaz de evaluar se le presenta en el abismo ante ella.

Una tormenta, un cambio de planes y una nueva opción: Morir o casarse con el Demonio de Dankworth. Cambiar un monstruo por otro.

Andrew Lawrens, conde de Dankworth, lleva el disfraz por fuera. Las cicatrices en su cuerpo son reflejo de las que porta en su interior. Tiene en sus manos la posibilidad de salvar a Diane de su infortunio... ¿O será Diane quien lo salve a él?

Personajes inolvidables. Romance como Scarlett nos tiene acostumbrados y un final que te dejará con ganas de saber más de esta serie. Ansiosa por más entregas de «Señoritas americanas».

Para la sociedad inglesa, Miranda Clark es sinónimo de escándalo. Todo en ella resulta repudiable, sus costumbres americanas, su falta de decoro y su deshonesto pasado.

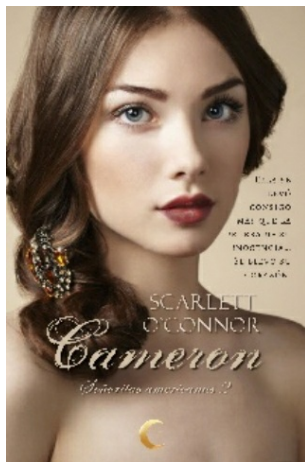


Por desgracia para ellos, Elliot Spencer, el futuro duque de Weymouth, especialista en el escándalo local, piensa lo contrario. Hacerla su esposa se convierte en una necesidad.

No enamorarse, ese es el plan de Elliot.

No caer en la red de sus encantos, ese es el plan de Miranda.

Las apuestas se abren... ¿Quién ganará?



Cameron Madison había crecido entre algodones, protegida y alejada de todos, hasta que Sean Walsh llegó a su vida y le robó el corazón.

El empresario de Chicago ve más allá de su apariencia, ve su espíritu indómito, sus ansias de vivir y de experimentar.

Ambos se aman, ambos tienen planes juntos, hasta que el asesinato de una esclava lo apunta a él como único autor, y a ella, como único testigo.

Un océano de distancia no bastará para acallar la verdad, para romper con su amor... para poner fin al peligro que asecha a Cameron.

Ella se había llevado más que su corazón, se había llevado la prueba de su inocencia. Debe recuperarla antes de que sea demasiado tarde.

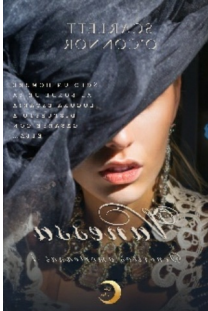


Emily Grant debía casarse. El estatus de su familia dependía de que consiguiera un buen marido, cualquiera con un título nobiliario o buenas relaciones bastaría. Pero... Si todos los hombres

eran iguales, ¿por qué no podían ser iguales a Lord Colin Webb?

Colin Webb es el heredero del condado de Sutcliff, un dandi que parece tener a todas las mujeres a sus pies. Su secreto lo lleva a mantener una fachada de perfecto amante, una farsa que está agotado de mantener.

¿Podrá una discolor americana ser la respuesta que lleva años buscando en sus compañeras de alcoba?



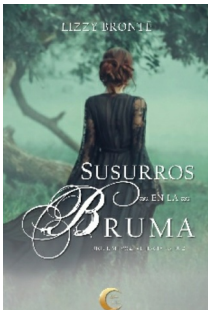
Última entrega de la serie Señoritas americanas. Scarlett nos regala una historia plagada de esperanza y superación, una mujer fuerte que intenta abrirse camino en un mundo de hombres.

¿Quién estaría tan desesperado como para casarse con la arisca Vanessa Cleveland?

Desesperado y demente. William Witthall, conocido como el conde Loco, está en la ruina. Quizá se deba a su mala administración o, tal vez, a su afición a hablar de duendes. No lo sabe. Lo único de lo que está seguro es de que necesita ayuda para salvar sus tierras, y ¿quién mejor que la brillante señorita Cleveland?

Vanessa no podrá resistir el desafío de probar que puede hacer todo aquello que le es vedado, más aún, cuando los secretos de su pasado vuelvan para atosigarla y la obliguen a averiguar de qué están hechos sus sueños y aspiraciones.

¿Eres tan loco como William, te atreves a lanzarte a la historia de Vanessa?



Ava Monroe tiene un don, el de ayudar almas atrapadas. Su vida nómada y excéntrica le brinda todo lo que necesita, libertad y ausencia de lazos afectivos. No desea echar raíces, conoce mejor que nadie el dolor de la pérdida.

Una voz susurrante, un pedido de auxilio en medio de la noche la llevan a las tierras de Durstfall.

Entre las sombras de la olvidada mansión habitan Luke Skyller y su sobrina Rose. Ambos viven una existencia de exilio; en el caso de la niña, por sus sentidos perdidos, en el caso del conde, por su afán de no volver a sentir. Sortear esos muros emocionales será un desafío para Ava Monroe, uno que pondrá en peligro su tan bien resguardado corazón.

¿Podrá Ava sacarlos de su encierro, o será ella la que caiga en la trampa de los brazos de Luke?



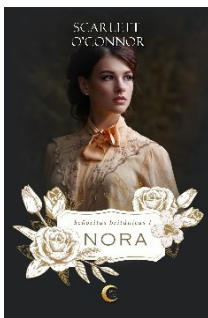
¿Don o maldición? Julia Wesley era poseedora de una gran capacidad empática, característica que marcó su existencia desde temprana edad.

Hija de un general durante la guerra napoleónica, huérfana de madre y con un pasado escandaloso en el frente de batalla, está condenada a la soltería.

Sin embargo, su camino puede truncarse. Un enigmático camafeo y dos hombres atormentados alterarán la vida de Julia para siempre.

Ella tiene el poder de sanarlos, pero solo uno de ellos tiene salvación.

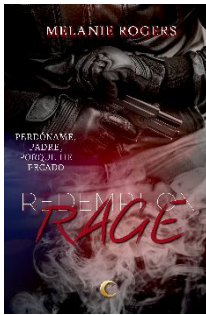
La música y la esperanza resuenan en esta hermosa historia de Lizzy Brontë, una novela que nos enseña que los héroes no necesitan capas ni espadas... El amor es la más poderosa de las armas.



Una buena señorita británica es delicada, sumisa y sosegada. Conoce bien su lugar en la sociedad y no lo desafía, ¿en qué problemas puede verse envuelta? En muchos.

Nora Jolley huye de Inglaterra como polizón en un barco con destino a América. La motiva la búsqueda de justicia por su hermana y solo un hombre puede ayudarla: Charles Miler, el editor más emblemático e inalcanzable de Estados Unidos.

Dar con él no será tarea sencilla; ir tras sus pasos implicará toda una aventura, una empresa que la llevará de punta a punta del inmenso país, que le hará conocerse a sí misma y que pondrá en riesgo, no solo sus altruistas anhelos, sino también, su corazón.



Un pasado de abusos... Un presente de violencia.

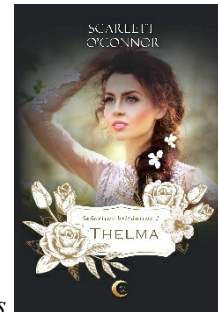
Darren Foley, Rage, es el sicario de la mafia irlandesa. El trabajo es muy sencillo, matar a un traidor. Lo ha hecho infinidad de veces, es el mejor... Esa noche algo sale fuera de lo planeado, y la ira que le da sentido a su nombre nace en él como una neblina roja.

El motivo: Cadence Hazel y su impulsivo temperamento.

Cadence jamás pensó que su sueño de ser actriz se convertiría en pesadilla; tras atestiguar un homicidio y quedar en medio de una guerra de mafias, solo tendrá una opción si quiere vivir; aliarse con el asesino.

En Los Ángeles no existen buenos y malos, existen bastardos miserables y... Rage.

Un amor que surge en las sombras, pero que está destinado a brillar como el sol de California.



Corre el año 1854, es el inicio de temporada en Londres y no pueden existir dos seres más apáticos al respecto que la consagrada solterona, Thelma Ferrer, y el americano Zachary Grant. Ella no tiene expectativas de hallar un buen marido, y él solo busca un pretendiente para su hermana Emily que eleve el estatus de la familia. Nada los preparó para enfrentarse al amor.

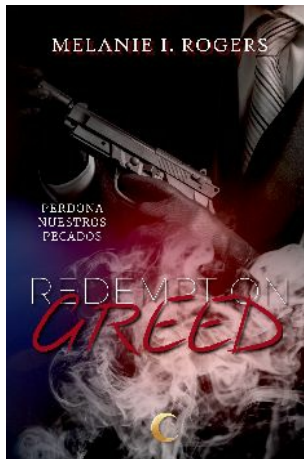
Mientras Inglaterra le abre las puertas de sus salones a las debutantes y los cotilleos, Zach y Thelma iniciarán una historia de amor tras las bambalinas de la nobleza y sus rígidas normas.

Pero los secretos y las mentiras que flotan en el aire confabulan en su contra. Dos culturas, un océano, millas de tierra y años de silencio...

¿Podrá el amor sobrevivir al tiempo y la distancia?

Scarlett O'Connor nos trae la segunda entrega de la saga Señoritas Británicas, y con ella la tan esperada historia de Zachary y Thelma.

Amor, traiciones y desventuras, desde los salones de bailes londinenses hasta el lejano Oeste.



LOS ANGELES ES TIERRA DE PECADO, Y CUANDO VIVES EN EL INFIERNO, DEBES CONVERTIRTE EN DEMONIO PARA GOBERNAR.

Maya Brooks hizo una promesa, una que cumplirá, aunque la lleve directo a las puertas del purgatorio y la obligue a admitir sus pecados para hallar la redención.

Aiden Hayes, conocido como Greed, es el menor de los hermanos irlandeses al mando de la mafia. Un único anhelo rige su vida y alimenta su codicia: vengar la muerte de su mentor, y la pieza para concretar sus planes está en manos de esa asistente social de piel caoba y rizos endiablados llamada Maya Brooks. Si quiere conseguirlo, deberá dejar las sombras que lo cobijan, pactar una tregua consigo mismo, luchar contra sus demonios y arriesgarse a experimentar el prohibido sabor de la obsesión y el deseo.

¿Podrá Maya sacarlo de la oscuridad, o será ella quien caiga en las fauces del infierno?

La ciudad estaba en llamas, y solo una fuerza mayor podría regresar las cosas a su cauce. El diluvio que ansiamos cuando el mundo arde...

SÍGUENOS EN LAS REDES SOCIALES



<https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial>



[/LuneNoir7](#)



[/lune.noir.libros](#)

Icons made by: flaticon

<https://www.flaticon.es/autores/freepik>

www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.



<https://lunenoiditorial.wixsite.com/lunenoir>